

Colas Breugnon - Romain Rolland

https://fr.wikisource.org/wiki/Colas_Breugnon/Texte_entier

Traducción: Elejandría

Nota

Este libro estaba completamente impreso y listo para salir antes de la guerra, y no he cambiado nada en él. La sangrienta epopeya de la que los nietos de Colas Breugnon acaban de ser héroes y víctimas se ha encargado de demostrar al mundo que «el buen hombre aún vive».

Y los pueblos de Europa, gloriosos y molidos, mientras se frotan las costillas, encontrarán, creo yo, algo de buen sentido en las reflexiones que hace un «cordero de nuestra tierra, entre el loup y el pastor».

Noviembre de 1918. R. R.

ADVERTENCIA AL LECTOR

Los lectores de *Jean-Christophe* no se esperan, a buen seguro, este nuevo libro. No los sorprenderá a ellos más que a mí.

Preparaba yo otras obras —un drama y una novela sobre temas contemporáneos y en la atmósfera un poco trágica de *Jean-Christophe*—. De pronto tuve que dejar todas las notas tomadas, las escenas preparadas, por esta obra despreocupada en la que no pensaba el día anterior.

Es una reacción contra la constricción de diez años bajo la armadura de *Jean-Christophe*, que, hecha primero a mi medida, había terminado por quedarme demasiado estrecha. Sentí una necesidad invencible de libre alegría gala; sí, incluso de irreverencia. Al mismo tiempo, el regreso al suelo natal, que no había vuelto a ver desde mi juventud, me hizo retomar el contacto con mi tierra de la Borgoña nivernesa, y despertó en mí un pasado que creía dormido para siempre: todos los Colas Breugnon que llevo en el pellejo. Tuve que hablar por ellos. ¡Esos malditos charlatanes no habían hablado

bastante en vida! Aprovecharon que uno de sus nietos tenía el dichoso privilegio de escribir (¡cuánto lo envidiaron a menudo!) para tomarme como secretario. Por más que me defendí:

—Vamos, abuelo, ¡usted ya tuvo su tiempo! Déjeme hablar a mí. ¡A cada cual su turno!

Ellos replicaban:

—Muchacho, tú hablarás cuando yo haya hablado. Para empezar, no tienes nada más interesante que contar. Sosiégate ahí, escucha y no te pierdas ni una palabra... Vamos, muchacho, ¡haz eso por tu viejo! Ya verás más tarde, cuando estés donde nosotros estamos... Lo más penoso de la muerte, ¿ves?, es el silencio...

¿Qué iba a hacer? Tuve que ceder y escribí al dictado.

Ahora ya terminó, y heme aquí libre de nuevo (al menos eso supongo). Voy a retomar el hilo de mis propios pensamientos, a menos que a uno de mis viejos charlatanes se le ocurra otra vez salir de su tumba para dictarme sus cartas a la posteridad.

No me atrevo a creer que la compañía de mi Colas Breugnon divertirá tanto a los lectores como al autor. Que tomen al menos este libro como es, franco, redondo, sin pretensiones de transformar el mundo ni de explicarlo, sin política, sin metafísica; un libro a la «buena vieja usanza francesa», que se ríe de la vida porque la encuentra buena y porque goza de buena salud. En resumen, como dice la Doncella (era inevitable que su nombre fuera invocado a la cabeza de un relato galo), amigos, «tomadlo a bien»...

Mayo de 1914. ROMAIN ROLLAND

I

LA ALONDRA DE LA CANDELARIA

2 de febrero.

¡Bendito sea san Martín! Los negocios ya no marchan; no vale la pena deslomarse. Bastante he trabajado en mi vida. Tomémonos un buen rato. Heme aquí a mi mesa, un jarro de vino a mi derecha, el

tintero a mi izquierda; un hermoso cuaderno flamante, ante mí, me abre los brazos. ¡A tu salud, hijo mío, y charlemos!

Abajo tempesta mi mujer. Fuera, sopla el cierzo y la guerra amenaza. Dejemos hacer. ¡Qué alegría encontrarse, mi monono, mi barrigón, cara a cara los dos!... (Contigo hablo, jofaina hermosa y de colores, jofaina curiosa, risueña, de larga nariz borgoñona y plantada de través, como sombrero sobre la oreja...) Pero dime, te lo ruego, ¿qué singular placer experimento al volverte a ver, al inclinarme, a solas, sobre mi vieja jofaina, al pasearme alegremente a través de sus surcos y, como en el fondo de un pozo (¡al diablo el pozo!), de mi bodega, a beber en mi corazón un trago de viejos recuerdos? ¡Pase aún soñar, pero escribir lo que se sueña!... Soñar, ¿qué digo? Tengo los ojos bien abiertos, grandes, arrugados en las sienes, placenteros y burlones; ¡a otros los sueños vanos! Cuento lo que he visto, lo que he dicho y hecho... ¿No es una gran locura? ¿Para quién escribo? Desde luego no para la gloria; no soy tonto, sé lo que valgo, ¡a Dios gracias!... ¿Para mis nietos? De todos mis papeles, ¿qué quedará en diez años? Mi vieja está celosa de ellos, quema lo que encuentra... ¿Para quién, entonces? —¡Eh!, para mí. Para nuestro buen placer. Reviento si no escribo. No soy en vano el nieto del abuelo, que no habría podido dormirse antes de haber anotado, al umbral de la almohada, el número de jarros que había bebido y devuelto. Necesito charlar; y en mi Clamecy, en las justas de la lengua, no tengo mi hartazgo. Tengo que desahogarme, como aquel otro que le cortaba el pelo al rey Midas. Tengo la lengua un poco larga; si llegaran a oírme, me juego la hoguera. ¡Pero peor para mí, a fe mía! Si no se arriesgara nada, uno se ahogaría de aburrimiento. Me gusta, como a nuestros grandes bueyes blancos, rumiar por la tarde el alimento de mi jornada. ¡Qué bueno es tentar, palpar y manosear todo lo que se ha pensado, observado, recogido; saborear con el pico, gustar, regustar, dejar fundir en la lengua, deglutir lentamente mientras se lo cuenta uno mismo, lo que no se tuvo tiempo de degustar en paz mientras se apresuraba uno a atraparlo al vuelo! Qué bueno es dar la vuelta a su pequeño universo, decirse: «Es mío. Aquí soy amo y señor. Ni frío ni heladas

tienen presa sobre él. Ni rey, ni papa, ni guerras. Ni mi vieja gruñona...»

Ea, ¡que haga un poco la cuenta de este universo!

*
**

En primer lugar, me tengo a mí —es lo mejor del asunto—, me tengo a mí, Colas Breugnon, buen muchacho, borgoñón, redondo de moderes y de barriga, ya pasado de la primera juventud, cincuenta años bien cumplidos, pero fornido, con los dientes sanos, el ojo fresco como un pez y el pelo que se sostiene espeso en el cuero, aunque grisáceo. No os diré que no lo preferiría rubio, ni que si me ofrecierais volver veinte años, o treinta, hacia atrás, haría ascos.

Pero, después de todo, ¡diez lustros son una hermosa cosa!

Burlaos, jovenzuelos. No llega el que quiere. Creed que no es nada haber paseado el pellejo por los caminos de Francia cincuenta años, con la que cae... ¡Dios!, ¡cuánto ha caído sobre nuestras espaldas, amiga mía, de sol y de lluvia! ¡Cómo hemos sido cocidos, recocidos y lavados! En este viejo saco curtido, ¡cuántos placeres y penas hemos hecho entrar, malicias, agudezas, experiencias y locuras, paja y heno, higos y uvas, frutos verdes, frutos dulces, rosas y escaramujos, cosas vistas, y leídas, y sabidas, y tenidas, ¡vividas! ¡Todo ello, amontonado en nuestro zurrón, de mala manera! ¡Qué diversión rebuscar ahí dentro!... ¡Alto ahí, mi Colas! Rebuscaremos mañana. Si empiezo hoy, no acabo... Por el momento, hagamos el inventario sumario de todas las mercancías de las que soy propietario.

Poseo una casa, una mujer, cuatro muchachos, una hija casada (¡Dios sea loado!), un yerno (¡qué remedio!), dieciocho nietos, un asno gris, un perro, seis gallinas y un cerdo. ¡Vaya, qué rico soy! Ajustémonos las gafas para mirar de más cerca nuestros tesoros. De los últimos, a decir verdad, no hablo sino de memoria. Las guerras han pasado, los soldados, los enemigos y los amigos también. El cerdo está salado, el asno deslomado, la bodega bebida, el gallinero desplumado.

Pero a la mujer, la tengo, ¡voto a Dios!, ¡bien que la tengo!

Escuchadla berrear. Imposible olvidar mi felicidad: ¡es mía, es mía, el hermoso pájaro, yo soy su poseedor! ¡Maldito bribón de

Breugnon! Todo el mundo te envidia... Caballeros, no tienen más que pedir. ¡Si alguien quiere llevársela!... Una mujer economizadora, activa, sobria, honesta, en fin, llena de virtudes (esto no la alimenta apenas y, lo confieso, pecador, más que siete virtudes magras prefiero un pecado rollizo... Vamos, seamos virtuosos, a falta de algo mejor, Dios lo quiere)... ¡Huy!, ¡cómo se agita, nuestra Marie-falta-de-gracia, llenando la casa con su cuerpo esmirriado, fisgoneando, trepando, rechinando, refunfuñando, gruñendo, regañando, de la bodega al granero, persiguiendo el polvo y la tranquilidad! Hace cerca de treinta años que estamos casados. ¡El diablo sabe por qué! Yo amaba a otra, que se burlaba de mí; y ella me quería a mí, que no la quería a ella. Era en aquel tiempo una pequeña morena pálida, cuyas duras pupilas me habrían comido vivo y ardían como dos gotas del agua que roe el acero. Me amaba, me amaba hasta desfallecer. A fuerza de perseguirme (¡qué tontos son los hombres!), un poco por piedad, un poco por vanidad, mucho por cansancio, a fin (¡bonito medio!) de desembarazarme de esa obsesión, me convertí (como Juan de Vrie, que se mete en el agua para huir de la lluvia), me convertí en su marido. Desde ese tiempo, la tengo, tengo la virtud en mi casa. Y ella se venga, la dulce criatura. ¿De qué? De haberle gustado. Me hace rabiar; lo querría, al menos; pero no hay peligro: amo demasiado mi reposo y no soy tan tonto de hacerme por unas palabras un suelo de melancolía. Cuando llueve, dejo llover. Cuando truena, barítono. Y cuando ella grita, río. ¿Por qué no habría de gritar, esa mujer? ¿Tendría yo la pretensión de impedírselo? No quiero su muerte. Donde mujer hay, silencio no hay. Que cante su canción, yo canto la mía. Con tal de que no se le ocurra cerrarme el pico (y bien se guarda de ello, sabe lo que cuesta), el suyo puede gorjear: cada cual tiene su música. Por lo demás, estén nuestros instrumentos acordados o no, no por ello hemos dejado de ejecutar, juntos, bastantes bonitas piezas: una hija y cuatro muchachos. Todos sólidos, bien membrados: no he escatimado el paño ni el oficio. Sin embargo, de la nidada, el único donde reconozco mi semilla por completo es en mi pícara Martine, ¡mi hija, la ladina! ¡Cuánto trabajo me dio llevarla sin naufragio hasta el puerto del matrimonio! ¡Uf!, ¡ya está calmada!... No hay que fiarse

demasiado; pero eso ya no es asunto mío. Bastante me hizo velar y trotar. ¡A mi yerno! Es su turno. Florimond, el pastelero, ¡que vigile su horno!... Disputamos siempre, cada vez que nos vemos; pero con ningún otro nos entendemos tan bien. Brava muchacha, avisada hasta en sus locuras, y honesta, con tal de que la honestidad ría: porque para ella, el peor de los vicios es lo que aburre. No teme el trabajo: el trabajo es lucha; la lucha es placer. Y ama la vida; sabe lo que es bueno; como yo: es mi sangre. Fui demasiado generoso, solamente, al hacerla.

No he tenido tanto éxito con los muchachos. La madre puso de lo suyo, y la masa se torció: de cuatro, dos son beatos, como ella y, por añadidura, de dos integratorismos enemigos. Uno está siempre metido entre faldas negras, curas y santurrones; y el otro es hugonote. Me pregunto cómo he empollado estos patos. El tercero es soldado, hace la guerra, vagabundea, no sé muy bien dónde. Y en cuanto al cuarto, no es nada, nada de nada: un pequeño tendero, desvaído, borreguil; bostezo solo de pensarlo. No reencuentro mi raza sino con el tenedor en el puño, cuando estamos sentados, los seis, alrededor de mi mesa. A la mesa, nadie duerme, cada cual está bien de acuerdo; y es un hermoso espectáculo vernos, a los seis, maniobrar las mandíbulas, abatir pan a dos manos y despachar el vino sin cuerda ni polea.

Después del mobiliario, hablemos de la casa. Ella también es mi hija. La he edificado, pieza por pieza, y más bien tres veces que una, a la orilla del Beuvron, indolente, graso y verde, bien nutrido de hierba, de tierra y de estiércol, a la entrada del suburbio, al otro lado del puente, ese dogo agazapado a quien el agua moja el vientre. Justo enfrente se yergue, orgullosa y ligera, la torre de San Martín con su falda bordada, y el portal florecido por donde suben las gradas negras y empinadas de Vieille-Rome, igual que al paraíso. Mi casco, mi casucha, está situada fuera de los muros: lo que hace que cada vez que desde la torre se ve en la llanura un enemigo, la ciudad cierra sus puertas y el enemigo viene a mi casa. Aunque me gusta charlar, esas son visitas de las que sabría prescindir. La mayoría de las veces me voy, dejo la llave bajo la puerta. Pero

cuando regreso, acontece que no encuentro ni la llave ni la puerta: quedan los cuatro muros. Entonces, reedifico. Me dicen:

—¡Atontado! Trabajas para el enemigo. Deja tu madriguera y vente al recinto. Estarás al abrigo.

Yo respondo:

—¡Landeri! Estoy bien donde estoy. Sé que detrás de un grueso muro estaría mejor garantizado. Pero detrás de un grueso muro, ¿qué vería? El muro. Me secaría de aburrimiento. Quiero mis codos libres. Quiero poder extenderme a la orilla de mi Beuvron y, cuando no trabajo, desde mi pequeño jardín, mirar los reflejos recortados en el agua calma, los círculos que en la superficie eructan los peces, las hierbas cabelludas que se mueven en el fondo, pescar allí con caña, lavar mis harapos y vaciar mi jarro. Y además, ¡qué demonios!, bien o mal, siempre he estado aquí; es demasiado tarde para cambiar. No puede sucederme nada peor de lo que me ha sucedido. ¿La casa, una vez más, decís, será destruida? Es posible. Buenas gentes, no pretendo edificar para la eternidad. Pero de donde estoy incrustado, ¡voto a tal!, no será fácil arrancarme. La he rehecho dos veces, la rehaceré bien diez. No es que esto me divierta. Pero me aburriría diez veces más cambiar de sitio. Sería como un cuerpo sin pellejo. ¿Me ofrecéis otra, más hermosa, más blanca, más nueva? Me vendría grande, o la haría estallar. Ca, prefiero la mía...

Ea, recapitulemos: mujer, hijos y casa; ¿he dado bien la vuelta a mis propiedades?... Me queda lo mejor, lo guardo para el buen bocado, me queda mi oficio. Soy de la cofradía de Santa Ana, carpintero. Llevo en los entierros y en las procesiones el bastón decorado del compás sobre la lira, sobre el cual la abuela del buen Dios enseña a leer a su hija tiquitita, María llena de gracia, no más alta que una bota. Armado con el formón, el escoplo y la gubia, la garlopa en la mano, reino, en mi banco de trabajo, sobre el roble nudoso y el nogal pulido. ¿Qué haré salir de ahí? Es según mi placer... y el dinero de los clientes. ¡Cuántas formas duermen, agazapadas y apretadas ahí dentro! Para despertar a la Bella durmiente del bosque no hace falta, como su amante, sino entrar en el fondo del bosque. Pero la belleza que yo encuentro bajo mi cepillo no es una

melindrosa. Mejor que una Diana esmirriada, sin trasero ni delantero, de uno de esos italianos, prefiero un mueble de Borgoña de pátina bronceada, vigoroso, abundante, cargado de frutos como una viña, un hermoso baúl panzudo, un armario esculpido, según la ruda fantasía de maestro Hugues Sambin. Visto las casas con paneles, con molduras. Desenrollo los anillos de las escaleras de caracol; y, como manzanas de una espaldera, hago salir de los muros los muebles amplios y robustos hechos para el lugar justo donde los he injertado. Pero el regalo es cuando puedo anotar en mi hoja lo que ríe en mi fantasía, un movimiento, un gesto, una espina dorsal que se arquea, un pecho que se infla, volutas florecidas, una guirnalda, grutescos, o cuando atrapo al vuelo y clavo en mi tabla el hocico de un transeúnte. Soy yo quien ha esculpido (esto es mi obra maestra) para mi delectación y la del cura, en el coro de la iglesia de Montréal, estas sillerías donde se ve a dos burgueses que se regocijan y brindan, a la mesa, alrededor de un pichel, y a dos leones que berrean disputándose un hueso.

Trabajar después de beber, beber después de trabajar, ¡qué hermosa existencia!... Veo a mi alrededor a unos torpes que gruñen. Dicen que elijo bien el momento para cantar, que es una época triste... No hay épocas tristes, solo hay gentes tristes. Yo no soy de esos, a Dios gracias. ¿Se roban?, ¿se curten el pellejo? Siempre será así. Pongo la mano en el fuego a que dentro de cuatrocientos años nuestros choznos estarán igual de rabiosos por cardarse el pelo y comerse las narices. No digo que no sabrán cuarenta formas nuevas de hacerlo mejor que nosotros. Pero respondo que no habrán encontrado forma nueva de beber, y los desafío a saberlo mejor que yo... ¿Quién sabe lo que harán, esos tipos, dentro de cuatrocientos años? Quizá, gracias a la hierba del cura de Meudon, el mirífico *Pantagruelion*, puedan visitar las regiones de la Luna, la oficina de los rayos y las compuertas de las lluvias, tomar aposento en los cielos, pimplar con los dioses... Bueno, iré con ellos. ¿Acaso no son mi semilla y salidos de mi panza? ¡Enjambrad, mononos míos! Pero donde estoy es más seguro. ¿Quién me dice a mí que dentro de cuatro siglos el vino será tan bueno?

Mi mujer me reprocha amar demasiado la juerga. No desdeño nada. Amo todo lo que es bueno, la buena mesa, el buen vino, las hermosas alegrías carnales y aquellas de piel más tierna, dulces y plumosas, que se degustan soñando, ¡el divino no-hacer-nada donde se hacen tantas cosas! —(uno es dueño del mundo, joven, hermoso, conquistador, transforma la tierra, oye crecer la hierba, conversa con los árboles, los animales y los dioses)— y tú, viejo compañero, tú que no traicionas, mi amigo, mi Acates, ¡mi trabajo!... Qué placentero es encontrarse, con su herramienta en las manos, ante su banco de trabajo, serrando, cortando, cepillando, recortando, perfilando, claveteando, limando, manoseando, triturando la materia hermosa y firme que se rebela y se pliega, la madera de nogal dulce y grasa, que palpita bajo la mano como un lomo de hada, los cuerpos rosas y rubios, los cuerpos morenos y dorados de las ninfas de nuestros bosques, despojados de sus velos, ¡por el hacha cortados! ¡Alegría de la mano exacta, de los dedos inteligentes, los gruesos dedos de donde se ve salir la frágil obra de arte! ¡Alegría del espíritu que manda a las fuerzas de la tierra, que inscribe en la madera, en el hierro o la piedra, el capricho ordenado de su noble fantasía! Me siento el monarca de un reino de quimera. Mi campo me da su carne y mi viña su sangre. Los espíritus de la savia hacen crecer para mi art, alargan, engordan, estiran y pulen al torno los hermosos miembros de los árboles que voy a acariciar. Mis manos son obreros dóciles que dirige mi maestro compañero, mi viejo cerebro, el cual, siéndome sumiso a sí mismo, organiza el juego que place a mi ensueño. ¿Quién fue jamás mejor servido que yo? ¡Oh, qué hermoso reyecito! ¿No tengo acaso todo el derecho de beber a mi salud? Y no olvidemos la de mis bravos súbditos (no soy un desagradecido). ¡Bendito sea el día en que vine al mundo! ¡Cuántas gloriosas cosas sobre la máquina redonda, risueñas de mirar, suaves de saborear! ¡Gran Dios, qué buena es la vida! Por más que me atiborro de ella, siempre tengo hambre, se me cae la baba; debo de estar enfermo: a cualquier hora del día se me hace la boca agua ante la mesa puesta de la tierra y del sol...

Pero me jacto, compadre: el sol está difunto; hiela en mi universo. Ese sacripante del invierno ha entrado en la habitación. La pluma entre mis dedos torpes tropieza. ¡Dios me perdone!, un carámbano se forma en mi vaso y mi nariz ha palidecido: ¡execrable color, librea de cementerio! Tengo horror a lo pálido. ¡Hola!, ¡sacudámonos! Las campanas de San Martín tiñen y repican. Es hoy la Candelaria... «el invierno pasa, o toma vigor...» El canalla, toma vigor. ¡Pues bien, hagamos como él! Salgamos a la gran carretera a afrontarlo cara a cara...

¡Qué hermoso frío! Un centenar de agujas me picotean las mejillas. Emboscado a la vuelta de la calle, el cierzo me agarra la barba. Ardo. ¡Loado sea Dios!, mi tez recobra su lustre... Me gusta oír bajo mis pasos la tierra endurecida que suena. Me siento todo gallardo. ¿Qué tienen, pues, todas estas gentes, con ese aire piteoso, malhumorado?...

—«¡Vamos!, ¡ánimo, ánimo!, vecina, ¿con quién la tiene usted? ¿Con ese viento polizón que le levanta las faldas? Bien hace, es joven; ¡ojalá lo fuera yo también! Muerde en el lugar justo, el ladino, el goloso, conoce los finos bocados. Paciencia, comadre, hay que dejar vivir a todos... ¿Y adónde corre usted, pues, con el diablo en el cuerpo? ¿A misa? ¡*Laus Deo*! Él tendrá la victoria siempre sobre el Maligno. Reirá el que llora y el helado se cocerá... Bueno, ¿ya se ríe? Todo va bien... ¿Adónde corro yo también? Como usted, a misa. Pero no a la del cura. A la misa de los campos».

Paso primero por casa de mi hija para recoger a mi pequeña Glodie. Todos los días damos nuestro paseo juntos. Es mi mejor amiga, mi pequeña ovejita, mi rana que grazna. Tiene cinco años cumplidos, más despierta que una rata y más fina que el coral. En cuanto me ve, acude corriendo. Sabe que tengo siempre mi cuévano lleno de historias; las ama tanto como yo. La tomo de la mano.

—Ven, pequeña, vamos al encuentro de la alondra.

—¿La alondra?

—Es la Candelaria. ¿No sabes que hoy nos regresa de los cielos?

—¿Qué ha ido a hacer allí?

—Buscar para nosotros el fuego.

—¿El fuego?

—El fuego que hace el sol, el fuego que hace hervir la marmita de la tierra.

—¿Se había ido, entonces?

—Pues sí, por Todos los Santos. Cada año, en noviembre, se va a calentar las estrellas del cielo.

—¿Cómo regresa?

—Los tres pajaritos han ido a buscarlo.

—Cuéntame...

Trotonea por la carretera. Sólidamente envuelta en un jersey de lana blanca, tocada con una capucha azul, tiene el aire de un herrero.

No teme el frío; pero sus redondas mejillas están rojas como manzanas roscas y su moquito de nariz corre como una fuente...

—Ea, mosquito, ¡sonquémonos, sopla las velas! ¿Es para la Candelaria? La lámpara se enciende en el cielo.

—Cuéntame, abuelito, lo de los tres pajaritos...

(Me gusta hacerme de rogar).

—Los tres pajaritos partieron de viaje. Los tres audaces compadres: el Reyezuelo, el Petirrojo y la amiga Alondra. El primero, el Reyezuelo, siempre vivo y movedizo como un Pulgarcito, y orgulloso como Artabán, divisa en los aires el hermoso fuego, semejante a un grano de mijo que rodaba. Se lanza sobre él gritando: «¡Soy yo!, ¡lo tengo!, ¡soy yo!». Y los otros gritan: «¡Yo!, ¡yo!, ¡yo!». Pero ya el Reyezuelo lo ha atrapado al paso y desciende como una flecha...

«¡Fuego!, ¡fuego!, ¡quemame!». Como gachas hirvientes, el Reyezuelo lo pasea de un lado a otro del pico; ya no puede más, bostezo y la lengua se le pela; lo escupe, lo esconde bajo sus pequeñas alas...

«¡Ay!, ¡ay!, ¡fuego!». Las pequeñas alas se queman... (¿Te has fijado bien en sus manchas de tostado y sus plumas rizadas?...). El Petirrojo acude enseguida en su socorro. Pica el grano de fuego y lo posa devotamente en su mullido chaleco. Heme aquí el hermoso chaleco que se vuelve rojo, rojo, y el Petirrojo grita: «¡Ya tengo bastante, bastante!, ¡mi traje está quemado!». Entonces llega la Alondra, la brava pequeña amiga mía, atrapa al vuelo la llama que se escapaba para volver a subir al cielo y presta, pronta, precisa como una flecha, cae sobre la tierra y con el pico sepulta en

nuestros surcos helados el hermoso grano de sol que los hace desmayarse de gusto...

He terminado mi historia. Glodie cacarea a su vez. Al salir de la ciudad la he puesto a mis espaldas para subir la colina. El cielo está gris, la nieve cruje bajo los zuecos. Los arbustos y los árboles raquíticos de huesos menudos están acolchados de blanco. El humo de las chozas sube recto, lento y azul. No se oye ningún ruido más que el de mi pequeña rana. Llegamos a lo alto. A mis pies está mi ciudad, a la que el Yonne perezoso y el Beuvron callejero ciñen con sus cintas. Toda tocada de nieve, por más yerta que esté, friolera y tiritando, me calienta el corazón cada vez que la veo...

Ciudad de los hermosos reflejos y de las flexibles colinas... A tu alrededor, trenzadas como las pajas de un nesting, se enroscan las líneas dulces de los otros labrados. Las olas alargadas de las montañas boscosas, en cinco o seis hileras, ondulan blandamente; se vuelven azules a lo lejos; se diría un mar. Pero este no tiene nada del elemento pérfido que sacudió al itacense Ulises y a su escuadra. Sin tormentas. Sin emboscadas. Todo es calma. Apenas aquí y allá un soplo parece hinchar el seno de una colline. De una grupa de olas a otra, los caminos van todo rectos, sin apresurarse, dejando como un estela de barca. En la cresta de las olas, a lo lejos, la Magdalena de Vézelay yergue sus mástiles. Y muy cerca, a la vuelta del Yonne sinuoso, las rocas de Basserville apuntan entre los matorrales sus dientes de jabalí. En el hueco del círculo de las colinas, la ciudad, negligente y engalanada, inclina a la orilla de sus aguas sus jardines, sus tugurios, sus harapos, sus joyas, la roña y la armonía de su cuerpo alargado, y su cabeza tocada con su torre calada...

Así admiro el caparazón del que soy el caracol. Las campanas de mi iglesia suben por el valle; su voz pura se derrama como raudal cristalino en el aire fino y helado. Mientras me expando embriagándome con su música, he aquí que un rayo de sol hiende la gris envoltura que tenía el cielo oculto. Y justo en ese momento, mi Glodie bate las manos y grita:

—¡Abuelito, la oigo!, ¡la alondra, la alondra!...

Entonces yo, a quien su pequeña voz fresca de felicidad hacía reír, la abrazo y digo:

—Yo también la oigo. Alondra de la primavera...

II

EL ASEDIO

O EL PASTOR, EL LOBO Y EL CORDERO

«Cordero de Chamoux, no hacen falta más que tres para estrangular a un loup».

Mitad de febrero.

Mi bodega estará pronto vacía. Los soldados que monseñor de Nevers, nuestro duque, nos envió para defendernos, acaban de pinchar mi última barrica. ¡No perdamos tiempo, vayamos a beber con ellos! Arruinarme, bien quiero; pero arruinarme alegremente. ¡No es la primera vez! Si place a la bondad divina, no será la última. ¡Buenos muchachos! Están más afligidos que yo cuando les comunico que el líquido baja... Sé de vecinos míos que se lo toman por lo trágico. Yo ya no puedo, estoy curado de espantos: he ido demasiadas veces al teatro en mi vida, ya no me tomo a los titiriteros en serio. ¡He visto a tantos de esos enmascarados desde que estoy en el mundo!, suizos, alemanes, gascones, loreneses, animales de guerra con el arnés a la espalda y las armas en el puño, tragadores de guisantes pardos, lebreles hambrientos, ¡jamás cansados de comerse al buen hombre! ¿Quién pudo jamás saber por qué causa se baten? Ayer por el Rey, hoy por la Liga. Tan pronto son los santurrones, tan pronto los hugonotes. Todos los partidos se valen; el mejor no vale la cuerda para colgarlo. ¿Qué nos importa que sea este ladrón o ese otro el que trampea en la corte? Y en cuanto a su pretensión de mezclar a Dios en sus asuntos... ¡voto a los arenques!, buenas gentes, ¡dejad hacer a Dios! Es hombre de edad. Si el cuero os pica, rascaos vosotros solos, Dios no tiene

necesidad de vosotros. No es manco, que yo sepa. Se rascará si le place...

Lo peor es que pretenden forzarme, a mí también, ¡a afeitarse la barba!... Señor, os honro y creo, sin jactarme, que nos encontramos más de una vez al día, si es verdadero el refrán, el buen refrán galo: *Quien buen vino bebe, a Dios ve*. Pero jamás me vendría a la mente decir, como esos beatos, que os conozco bien, que sois mi primo, que me habéis confiado vuestras treinta y seis voluntades. Me haréis la justicia de que os dejo en paz; y todo lo que os pido es que me dejéis de igual modo. Bastante tenemos que hacer los dos con poner orden en nuestra casa, vos en vuestro universo, yo en el pequeño mío. Señor, tú me has hecho libre. Yo te devuelvo la cortesía. ¡Pero no faltaba más sino que estos mequetrefes pretendan que yo administre tus asuntos, que hable por ti, que diga cómo quieres que te coman, y que a quien te coma de otro modo lo declare enemigo tuyo y mío!... ¿El mío? ¡Ca!, ¡no tengo ninguno! Todos los hombres son mis amigos. Si se baten, es su placer. Yo saco, por mi parte, mi tajada del juego... Sí, si puedo. Pero es que no quieren, esos mendigos. Si no soy el enemigo de uno, tendré a los dos como enemigos. ¡Pues bien, entonces, puesto que entre dos campos debo siempre ser batido, batamos también! Tanto me da. Antes que yunque, yunque, yunque, seamos yunque y luego martillo.

Pero ¿quién me dirá por qué fueron puestos en la tierra todos esos animales, todos esos gentiles hombres, esos políticos, esos grandes señores que de nuestra Francia son sañidores y, cantando siempre su gloria, le vacían los bolsillos limpiamente; que, no saciados de roer nuestros dineros, pretenden devorar los graneros extranjeros, amenazan a Alemania, codician Italia, y en el gineceo del Gran Turco meten la nariz; que querrían absorber la mitad de la tierra y ¡que no sabrían ni siquiera plantar coles en ella!... Vamos, paz, amigo mío, ¡no te hagas mala sangre! Todo está bien como está... a la espera de que un día lo hagamos mejor (será lo más pronto que nos sea posible). No hay animal tan triste que no pueda servir. He oído contar que una vez el buen Dios (¡pero, Señor, hoy no hablo sino de vos!) paseándose con Pedro, vio en el suburbio de Béyant,

sentada al umbral de su puerta, a una mujer consumiéndose de tedio. Se aburría tanto que nuestro Padre, buscando en su bondad de corazón, de su bolsillo, según dicen, sacó un centenar de piojos, se los arrojó y dijo: «¡Tome, hija mía, diviértase!». Entonces la mujer, despertándose, partió de caza; y cada vez que agarraba una bestezuela, se reía de contento. Es la misma caridad, sin duda, si el Cielo nos ha gratificado, a fin de distraernos, con estas bestias de dos pies que nos trasquilan la lana. ¡Seamos, pues, alegres, ea! La vermina es, según parece, indicio de salud. (La vermina son nuestros amos). Regocijémonos, hermanos míos: porque nadie, en ese caso, está más sano que nosotros... Y luego, os diré (al oído): «¡Paciencia!, tenemos la sartén por el mango. El frío, las heladas, la canalla de los campamentos y la de la corte no duran sino un tiempo, se irán. La buena tierra queda, y nosotros para empreñarla... ¡Mientras tanto, bebámonos el fondo de mi barrica! Hay que hacer sitio para las vendimias por venir».

*
**

Mi hija Martine me dice:

—Eres un fanfarrón. A oírte, se creería que jamás haces más obra que la del gazzate: badajear, charlar como batiente de campana, bostezar de sed y mirar las musarañas; que no vives sino para hacer banquetes, que te beberías Roma y Ampoma; y no puedes estar un día sin trabajar. Querrías que se te creyera un abejorro, aturdido, pródigo, desordenado, que no sabe lo que entra en su escarcela ni lo que se va de ella; y estarías enfermo si todo en tu jornada no estuviera, hora por hora, exactamente sonado, igual que reloj de carillón; sabes, con un sueldo de diferencia, todo lo que has gastado desde la Pascua del año pasado, y nadie ha visto aún a quien te haya timado... ¡Inocente, cabeza loca! ¡Mirad al hermoso cordero!... *Cordero de Chamoux, no hacen falta más que tres para estrangular a un lobo...*

Río y no respondo a la señora buen pico. ¡Tiene razón, la niña!... Tiene razón en decirlo. Pero una mujer no oculta sino lo que no sabe. Y ella me conoce, porque soy yo quien la ha hecho... Vamos, Colas Breugnon, conven con ello, muchacho: por más que hagas locuras, jamás serás un loco por completo. ¡Pardiez!, como cada

cual, tienes un loco en la manga, lo muestras cuando quieres; pero lo haces entrar cuando te faltan las manos libres y la cabeza sana para obrar. Como todos los franceses, tienes en tu cabezota tan bien el instinto del orden y la razón anclados que puedes divertirte haciendo el extravagante: no hay riesgos (¡pobres necios!) sino para las gentes que te miran con la boca abierta y querrían imitarte. Los hermosos discursos, los versos rimbombantes, los proyectos rompemontañas son cosa detectable: uno se exalta, se prende fuego. Pero nosotros no consumimos sino nuestra broza; y guardamos nuestra madera gruesa, bien ordenada, en nuestro leñero. Mi fantasía se alegra y da el espectáculo a mi razón, que la mira sentada confortablemente. Todo es para mi diversión. Tengo por teatro el universo y, sin moverme de mi sillón, sigo la comedia; aplaudo a Matamoros o bien a Francatrippa; gozo con los torneos y las pompas reales, grito *bis* a esas gentes que se rompen la cabeza. ¡Es para nuestro placer! A fin de duplicarlo, finjo mezclarme en la farsa y creer en ella. Pero ¡me guardaré bien, hola!, creo en ella justo lo necesario para divertirme. Así es como escucho las historias de hadas... ¡No solo de hadas! Hay un gordo señor, allá arriba, en el Empíreo... Lo respetamos mucho; cuando pasa por nuestras calles, la cruz a la cabeza y la bandera, con sus *Oremus*, vestimos con nuestros lienzos blancos los muros de nuestras casas. Pero entre nosotros... ¡Charlatán, cómete la lengua! Esto huele a hoguera... ¡Señor, no he dicho nada!, os quito el sombrero...

*
**

Finales de febrero.

El asno, habiendo esquilado el prado, dijo que ya no había necesidad de guardarlo, y se fue a comer (guardar, quiero decir) algún otro prado vecino. La guarnición de monseñor de Nevers ha partido esta mañana. Daba gusto verlos, grasos como tocino de olla. Yo estaba orgulloso de nuestra cocina. Nos hemos despedido, el corazón en la boca, la boca en el corazón. Hicieron mil votos graciosos y corteses para que nuestros trigos sean hermosos, para que nuestras viñas no se hielen.

—Trabaja bien, tío —me dijo Fiacre Bolacre, mi huésped el sargento. (Es el nombre que me da y que bien he ganado: *Aquel es*

bien mi tío que el vientre me hinche). No escatimes tu trabajo y ve a podar tu viña. Por san Martín volveremos a bebérnosla.

¡Buenos muchachos, siempre listos para acudir en socorro de un hombre honesto, a la mesa, a brazadas con su pichel!

Uno se siente más ligero desde que se han marchado. Los vecinos prudentemente desbloquean sus escondrijos. Aquellos que los días pasados mostraban caras de cuaresma y gimiendo de hambruna, como si hubieran llevado un loup dentro de la panza, bajo la paja del granero o la tierra del sótano, desentierran ahora con qué alimentar a la bestia. No hay tan mendigo que no haya encontrado medio, gimiendo muy bien que no le quedaba nada, de guardar en alguna parte lo mejor de su vino. Yo mismo (no sé cómo se hizo), apenas el huésped Fiacre Bolacre hubo partido (lo había conducido hasta el final del suburbio de Judée) me acordé, golpeándome la frente, de un pequeño tonel de Chablis, olvidado por descuido bajo el estiércol de los caballos a fin de que estuviera al calor. Me quedé muy contristado por ello, así como se puede creer; pero cuando el mal está hecho, está hecho y bien hecho, hay que acomodarse. Yo me acomodo bien. Bolacre, sobrino mío, ¡ah!, ¡qué os habéis perdido!, ¡qué néctar, qué ramillete!... Pero no os perderéis nada, amigo mío, no os perderéis nada: ¡va a vuestra salud!

Se va uno a vecindear de una a otra casa. Se muestran los hallazgos que se han hecho en la bodega; y, como los augures, se guiñan el ojo felicitándose. Se cuentan también los daños y los perjuicios. Los de los vecinos divierten y distraen de los propios. Se informa uno de la salud de la mujer de Vincent Pluviaut. Después de cada paso de tropas por la ciudad, por azar singular, esta valiente gala ensancha su cintura. Se felicita al padre, se admira la virtud de sus lomos prolíficos en la prueba pública; y gentilmente, para reír, sin mala intención, le doy una palmada en la barriga al afortunado bribón, cuya casa es la única, digo, en mostrar el vientre lleno cuando las otras lo tienen vacío. Todos a reír, como es justo, e incluso bien discretamente, igual que ansarinos desbocados, de una oreja a la otra. Pero Pluviaut se toma mal nuestros cumplidos y dice que haría mejor en vigilar a mi mujer. A lo que he respondido que, en

cuanto a esa, su feliz poseedor podía dormir sobre las dos orejas sin temer que le quitaran su tesoro. Todos han estado de acuerdo.

*
**

Pero he aquí los días de carnaval. Por mal armado que se esté, se les debe hacer honor. El renombre de la ciudad y el nuestro están comprometidos. ¿Qué se diría de Clamecy, gloria de las andouillettes, si el Carnaval nos encontrara sin mostaza? Se oyen freír las sartenes; un suave olor a grasa impregna el aire de las calles. ¡Salta, crepe!, ¡más alto!, ¡salta para mi Glodie!...

Un *ra-pla-pla* de tambor, un *lus-tu-flu* de flauta. Risas y abucheos... Son los señores de Judée, que vienen en su carro a rendir visita a Rome.

Marchan a la cabeza la música y los alabarderos, que hienden la multitud con sus narices. Narices en trompa, narices en lanza, narices en cuerno de caza, narices cerbatanas, narices erizadas de espinas igual que castañas, o sobre la punta de las cuales hay pájaros plantados. Empujan a los curiosos, hurgan en las faldas de las muchachas que chillan. Pero todo se aparta y huye ante el rey de las narices, que arremete como un ariete y, semejante a una bombardas, rueda sobre un cureña de ruedas su nariz.

Sigue el carro de la Cuaresma, emperador de los comedores de merluza. Caras pálidas, verdes, descarnadas, encapuchadas, ceñudas, tiritando bajo capuchones o tocadas con cabezas de pescado. ¡Cuánto pescado! Este sostiene en cada puño una perca o un carpa; el otro blande, en una horca, una brocheta de gobios; un tercero nos exhibe por jefe una cabeza de lucio, de cuyo pico sale un pez y que da a luz con una sierra, abriéndose el vientre lleno de peces. Tengo una indigestión... Otros, con la boca abierta, metiéndose los dedos a fin de ensancharla, se ahogan empujando en su gaznate (¡A beber!) huevos que no quieren pasar. A la izquierda, a la derecha, desde lo alto del carro, máscaras de mochuelos, hábitos de frailes, pescadores de caña pescan, al cabo de un hilo, a los pilluelos que saltan como cabritos, el pico al aire para atrapar y masticar, masca, masca al vuelo, las grageas o las boñigas en el azúcar rodadas. And detrás, un diablo danza vestido de cocinero; agita una cacerola y un cucharón de olla; con una

infame pócima, embucha la ración a seis condenados descalzos, atados en fila india, que por los barrotes de una escala pasan su cabeza gesticulante, tocada con un gorro de algodón.

¡Pero he aquí a los triunfadores, los héroes de la jornada! Sobre un trono de jamones, bajo una cúpula de lenguas ahumadas, aparece la reina de las andouilles, coronada de salchichones, el cuello adornado con un rosario de salchichas enfiladas con las que juega coquetamente con sus dedos rechonchos; escoltada por sus esbirros, morcillas blancas y morcillas negras, andouillettes de Clamecy, a las que Riflandouille, el coronel, conduce a la victoria. Armados con broches y mecheros de tocino, tienen gran empaque, grasos y lucientes. Y me gustan también estos dignatarios cuyo vientre es una marmita, o el cuerpo un pastel en corteza, y que llevan, tales los reyes magos, quién una cabeza de jabalí, quién un frasco de vino tinto morillón, quién la mostaza de Dijon. Al ruido de los bronces, de los címbalos, de las espumaderas, de las graseras, llega en medio de las risotadas, sobre su asno, el rey de los cabrones, el amigo Pluviaut. ¡Vincent, es él, ha sido elegido! Sentado a contrapelo, tocado con un alto turbante, copa en mano, escucha a su guardia de gancheros de madera, diablos cornudos que, con la pica o la vara al hombro, largan a voz clara, en buena lengua franca y francesa, sin velos, su historia y su gloria. Como sabio, no muestra de ello indiscreta soberbia; indiferente, bebe, despacha un trago; pero cuando pasa al pie de un aposento ilustrado por la misma fortuna, grita levantando su vaso: «¡Hola, confrade, a tu salud!».

En fin, para cerrar el cortejo, viene la hermosa estación nueva. Una fresca muchacha, rosa y risueña, de lisa frente, de cabellos rubios con pequeños rizos, coronada de primulas, amarillas y claras, y llevando en bandolera, alrededor de los pequeños pechos redondos, verdes amentos tomados de los avellanos de los matorrales. A su cintura una escarcela sonante y llena, y en sus manos una cesta, canta con sus cejas pálidas elevadas, entornando los ojos de un azul de azur ligero, la boca abierta como una O sobre sus dientes afilados como cuchillos, canta con voz tiple a la golondrina que regresará pronto. A sus lados, en el carro que arrastran cuatro

grandes bueyes blancos, mofletudas de buen año, bien a punto, hermosas gallardas de cuerpo gracioso y rebotado, y jovencitas en la edad del pavo que, como tiernos arbolillos, han brotado de aquí y de allá. A cada una le falta un trozo; pero por lo demás, el loup haría una buena comida... ¡Las feas hermosas! Llevan en jaulas pájaros de paso o, sacando de la cesta de la reina de la primavera, arrojan a los curiosos pasteles, sorpresas, papelillos de dulces donde se encuentran gorros y faldas, almendrados, su destino escrito, versos de amor... o bien los cuernos.

Llegadas al pie del mercado, cerca de la torre, las doncellas saltan del carro y en la gran plaza danzan con los clérigos y los oficiales. Mientras tanto, el Martes de Carnaval, la Cuaresma y el rey de los cabrones prosiguen su marcha triunfal, deteniéndose cada veinte pasos para decir a las gentes sus verdades, o a buscarla en el fondo del vaso...

¡A beber! ¡A beber! ¡A beber! ¿Nos separaremos sin beber?

¡No! ¡Los borgoñones no son tan locos de separarse sin beber un trago!

*
**

Pero a fuerza de regarla, la lengua se engrosa y la verve se moja. Dejo al amigo Vincent hacer con su escolta una parada nueva a la sombra de una rama de taberna. La jornada es demasiado hermosa para quedarse enjaulado. ¡Vayamos a tomar el aire de los campos! Mi viejo amigo el cura Chamaille, que ha venido de su aldea en su carreta de asno a banquetear en casa de monseñor el arcipreste de San Martín, me invita a acompañarlo un tramo de camino. Me llevo a mi Glodie. Subimos al tartano. ¡Arre, borrica!... Es tan pequeña que propongo ponerla en el carro, entre Glodie y yo... La carretera blanca se alarga. El sol viejo sesteá; se calienta, al rincón de su fuego, más de lo que nos calienta. El asno se duerme también y se detiene a pensar. El cura lo interpela, indignado, con su voz de grueso ngorro:

—¡Madelon!

El asno da un respingo, hace calceta con sus canillas, zigzaguea entre dos roderas y de nuevo se detiene y medita, insensible a nuestras objeciones:

—¡Ah, maldita!, sin la señal de la cruz que llevas a la espalda —gruñe Chamaille, que le agujonea las nalgas con la punta de su bastón—, ¡cómo te rompería mi vara en el lomo!

A fin de descansar, hacemos una parada en la primera posada, a la vuelta del camino, que desde allí vuelve a descender hacia la blanca aldea de Armes, en el claro de su agua mirando su fino hocico. En medio de un campo vecino, alrededor de un gran nogal que se pavonea irguiendo en el cielo harinoso sus brazos negros y su orgulloso armazón despojado, unas muchachas hacen un corro. ¡Vayamos a bailar!... Han ido a llevar la crepe del Martes de Carnaval a la comadre urraca.

—Mira, Glodie, mira a Margot la urraca, con su chaleco blanco en el borde de su nido, allá arriba, allá arriba, ¡que se inclina para ver! ¡La curiosa! A fin de que nada escape a su pequeño ojo redondo y a su lengua charlatana, ha hecho su casa sin puerta ni ventanas, en lo más alto de las ramas, abierta a todos los vientos. Está helada, empapada, ¿qué importa? Puede verlo todo. Está de mal humor, tiene el aire de decirnos: «¿Qué tengo yo que ver con vuestros dones? ¡Patanes, lleváoslos! ¿Creéis que si tuviera antojo de vuestra crepe no sería capaz de ir a tomarla a vuestra casa? Comer lo que te dan no tiene placer. Solo tengo hambre de lo que robo».

—Entonces, ¿por qué, abuelito, se le da la crepe con esos hermosos lazos? ¿Por qué desearle su fiesta a esta ladronzuela?

—Porque en la vida, ves tú, es más prudente estar bien que estar mal con los malos.

—¡Pues bien, Colas Breugnon, hermosas cosas le enseñas! —gruñe el cura Chamaille.

—No le digo que sea hermoso, le digo que es lo que cada cual hace, tú, cura, el primerito. Puedes poner los ojos redondos. Cuando tienes que ver con una de tus devotas que lo ven todo, lo saben todo, meten su nariz en todas partes, que tienen la boca igual que un saco lleno de malicias, ¡atrévete a pretender un poco que, para hacerlas callar, no les embutirías el pico con crepes!

—¡Ah, Dios, si eso bastara! —exclama el cura.

—He calumniado a Margot, vale más que una mujer. Al menos su lengua es buena a veces para algo.

—¿Y para qué, abuelo?

—Cuando viene el loup, grita...

Pues bien, a estas palabras, la urraca se pone a gritar. Jura, blasfema, bate las alas, vuela, cubre de imprecaciones no sé a quién, no sé a qué, que está en el valle de Armes. A la linde del bosque, sus compadres emplumados, el arrendajo Charlot y Colas el cuervo, le responden en el mismo tono agrio e irritado. Las gentes ríen, las gentes gritan: «¡Al lobo!». Nadie se lo cree. No por ello se deja de ir a ver (creer es bueno, ver vale más)... ¿Y qué se ve?... ¡Voto a un bicho! Una banda de gentes armadas que suben la cuesta al trote. Los reconocemos. ¡Son esos sacripantes, las tropas de Vézelay, que, sabiendo nuestra ciudad desprovista de su guardia, se imaginaban encontrar la urraca (pero no esta) en el nido!...

¡Os ruego que penséis que no nos demoramos en considerarlos! Cada cual grita: ¡sálvese quien pueda! Se empujan, se atropellan. Se escapa uno a todas piernas, por la carretera, por los campos, este vientre a tierra, aquel sobre la otra vertiente de su individuo. Nosotros tres saltamos al carro de asno. Como si comprendiera, Madelon parte como una flecha, azotada a más no poder por el cura Chamaille, que ha perdido en su emoción todo recuerdo de los miramientos que se deben al lomo de un jumento marcado con la señal de la cruz. Rodamos en medio de un torrente de gentes que lanzan gritos de sirena y, cubiertos de polvo y de gloria, entramos en Clamecy, los primeritos, teniendo en nuestros talones al resto de los fugitivos. Y siempre al galope, la carreta dando tumbos, Madelon no tocando ya tierra, el cura azotando, atravesamos el suburbio de Béyant gritando:

—¡Que viene el enemigo!

Las gentes se reían al principio al vernos pasar. Bu no tardaron en comprender. Al instante fue como un hormiguero donde se acaba de introducir un bastón. Cada cual se agitaba, salía, entraba, salía. Los hombres se armaban, las mujeres hacían su fardo, los objetos se apilaban en los cuévanos, las carretillas; todo el pueblo del suburbio, abandonando sus lares, reflujo hacia la ciudad, al abrigo de las murallas; los gancheros, sin quitarse sus disfraces, sus máscaras,

cornudos, ganchudos, panzudos, quién de Gargantúa y quién de Belcebú, corrieron a los bastiones armados con picas y arpones. De suerte que, cuando la vanguardia de los señores de Vézelay llegó bajo los muros, los puentes estaban levantados y no quedaba del otro lado de los fosos sino unos pocos pobres diablos que, no teniendo nada que perder, no se habían apresurado mucho a salvarlo, y el rey de los cabrones, nuestro amigo Pluviaut, olvidado por la escolta, que, lleno hasta el gollete y redondo como Noé, roncaba sobre su penco sosteniéndole la cola.

Aquí es donde se ve la ventaja de encontrarse con franceses por enemigos. Otros zoquetes, alemanes, o suizos, o ingleses, que tienen el entendimiento en las manos y comprenden en Navidad lo que se les dice por Todos los Santos, habrían creído que se burlaban; y yo no habría dado un rábano por el pellejo del pobre Pluviaut. Pero entre gentes de nuestra tierra uno se entiende a media palabra: de dondequiera que se venga, de Lorena, de Turena, gentes de Champaña o de Bretaña, ocas de Beauce, asnos de Beaune o liebres de Vézelay, que uno se curta, que se asome, una buena jugarreta es buena para todo gallardo francés... Al ver a nuestro Sileno, todo el campamento enemigo se rió, de la boca y de la nariz, de la garganta y de la barbilla, del corazón y de la barriga. Y, por san Rigoberto, de verlos que se reían, nosotros nos reventábamos de risa a lo largo de nuestros bastiones. Después intercambiamos, por encima de los fosos, injurias muy graciosas, a la manera de Áyax y de Héctor el troyano. Pero las nuestras eran de más jugosa grasa. Querría anotarlas, no tengo tiempo; las anotaré, sin embargo (¡paciencia!), en una recopilación que hago desde hace doce años de las mejores agudezas, paillardises, gaillardises, que he oído, dicho o leído (sería una lástima, verdaderamente, que se perdieran) en el curso de mi peregrinación por este valle de lágrimas. Solo de pensarlo se me sacude la barriga; acabo, escribiendo, de hacer un borrón gordo.

*
**

Cuando hubimos gritado bien, hubo que actuar (actuar después de hablar, descansa). Ni ellos ni nosotros teníamos muchas ganas. El golpe había fallado para ellos, nosotros estábamos al abrigo: no

tenían ningún deseo de escalar nuestros muros; se arriesga uno demasiado a romperse los huesos. Sin embargo, se trataba de hacer, costara lo que costara, alguna cosa, no importa qué. Se quemó pólvora, se descargaron petardazos a más no poder. Nadie sufrió por ello sino los gorriones. La espalda al muro, al pie del parapeto, sentados en paz, esperábamos que los plomos hubieran pasado para descargar también los nuestros, pero sin apuntar (no hay que exponerse demasiado). No se arriesgaba uno a mirar sino cuando oía berrear a sus prisioneros: eran bien una docena, hombres y mujeres de Béyant, todos alineados, no la cara, sino la popa vuelta a los muros, a quienes se daba la azotaina. Gritaban más fuerte que las anguilas, pero el mal no era grande. Para vengarnos, bien resguardados, desfilamos a lo largo de nuestras cortinas blandiendo por encima de los muros, espetados en la punta de nuestras picas, jamones, salchichones y morcillas. Oíamos los gritos de rabia y de deseo de los sitiadores. Nos dimos un atracón de buena sangre; y para no perder ni una gota (¡cuando tienes una buena farsa, hasta la médula roe el hueso!), llegada la noche instalamos bajo el cielo claro, en los taludes, con los muros por paraviento, mesas cargadas de vituallas y de frascos; banqueteamos con gran estrépito, cantando, brindando a la salud del Martes de Carnaval. De golpe, los otros por poco revientan de furor en su pellejo. Así la jornada se pasó gentiment, sin demasiado daño. Si no fuera porque uno de los nuestros, el gordo Gueneau de Pousseaux, habiendo querido en su juerga pasearse por la muralla, vaso en mano para mofarse de ellos, tuvo por un mosquetazo su cerebro y su vaso puestos en capirozada. Y por nuestra parte descalabramos a uno o dos en cambio. Pero nuestro buen humor no se alteró por ello. Ninguna fiesta, bien se sabe, sin algunos platos rotos.

Chamaille esperaba la noche para salir de la ciudad y regresar a su casa. Por más que le decíamos:

—Amigo, arriesgas mucho. Espera mejor al final. Dios se encargará bien de tus parroquianos.

Él respondía:

—Mi lugar está entre mis corderos. Soy el brazo de Dios; y si falto, Dios quedará manco. No lo será donde yo esté, lo juro.

—Lo creo, lo creo —dije—, ya lo demostraste cuando los hugonotes sitiaban tu campanario y aplastaste con un grueso sillar a su capitán Papiphage.

—Se quedó muy sorprendido —dijo él—, ¡el descreído! Y yo lo estuve de igual modo. Soy bonachón y no me gusta ver correr la sangre. Es asqueroso. ¡Pero el diablo sabe qué le pasa a uno por el almacén cuando está entre locos! Se vuelve uno loup.

Yo dije:

—Es verdad, no hay nada como estar en multitud para no tener ya el sentido común. Cien sabios hacen un loco, y cien ovejas un loup... Pero dime, cura, a este propósito, ¿cómo arreglas juntas las dos morales: la del hombre solo que vive cara a cara con su conciencia y pide la paz para sí y para los otros, y la moral de los rebaños de hombres, de los Estados, que hacen de la guerra y del crimen una virtud? ¿Cuál viene de Dios?

—¡Hermosa pregunta, pardiez!... Las dos. Todo viene de Dios.

—Entonces no sabe lo que quiere. Pero creo bien más bien que lo sabe y no puede. Si solo tiene que ver con el hombre aislado, es fácil: le es muy sencillo hacerse obedecer. Pero cuando el hombre está en tropa, Dios no las tiene todas consigo. ¿Qué puede uno solo contra todos? Entonces el hombre es entregado a la tierra, su madre, que le sopla su espíritu carnicero... Te acuerdas del cuento de nuestra tierra donde unos hombres, en ciertos días, son loups, y luego vuelven a su pellejo. Nuestros viejos cuentos saben más largo que tu breviario, mi cura. Cada hombre en el Estado recobra su pellejo de loup. Y los Estados, los reyes, sus ministros por más que se vistan de pastores y, los ladinos, se digan primos del gran pastor, del tuyo, del Buen Pastor, son todos lobos cervales, toros, fauces y vientres que nada puede colmar. ¿And por qué? Para alimentar el hambre inmensa de la tierra.

—Divagas, pagano —dijo Chamaille—. Los loups vienen de Dios, como el resto. Todo lo ha hecho para nuestro bien. ¿No sabes que fue Jesús quien, según nos dicen, creó al loup a fin de defender las coles que crecían en el jardincito de la Virgen, su santa madre,

contra las cabras y los cabritos? Tuvo razón. Inclinémonos. Nos quejamos siempre de los fuertes. Pero, amigo mío, si los débiles se convirtieran en reyes, sería aún mucho peor. Conclusión: todo es bueno, los loups y las ovejas; las ovejas tienen necesidad de los loups para guardarlas; y los loups de las ovejas: porque hay que comer... Con esto, mi Colas, me voy a guardar mis coles.

Su sotana se arremangó, su garrote empuñó y en la noche sin luna partió, habiéndome confiado con emoción a Madelon.

Los días siguientes fueron menos alegres. Habíamos devorado tontamente la primera noche, sin contar, por glotonería, fanfarronería y por estupidez. Y nuestras provisiones estaban más que mermadas. Hubo que apretarse el vientre; se apretó. Pero se presumía siempre. Cuando las morcillas se acabaron, se fabricaron otras, tripas embutidas de salvado, cuerdas empapadas de alquitrán que se paseaban en arpones a la barba del enemigo. Pero el ladino olió la artimaña. Una bala cortó una de las morcillas justo por el medio. ¿And quién se rió más fuerte entonces? No fuimos nosotros. Para rematarnos, estos bribones, viéndonos pescar con caña desde lo alto de los muros en el río, imaginaron en las esclusas de arriba y de abajo colocar grandes redes para interceptar la fritura. En vano nuestro arcipreste imprecó a esos malos cristianos para que nos dejaran hacer la cuaresma. A falta de vigilia, hubo que vivir de nuestro tocino.

Habríamos podido, sin duda, implorar el socorro de monseñor de Nevers. Pero, para no ocultar nada, no teníamos ninguna prisa por albergar de nuevo a sus tropas. Nos costaba menos tener a los enemigos ante nuestros muros que, dentro, a los amigos. Así, mientras podíamos pasarnos sin ellos, nos callábamos; era lo mejor. Y el enemigo, por su parte, era bastante discreto para no llamarlos. Se prefería entenderse entre dos, sin un tercero. Se abrieron, pues, sin apresurarse, los tratos. Y entretanto, en los dos campos se llevaba una vida muy juiciosa, acostándose temprano, levantándose tarde y todo el día jugando a las bochas, al tejo, bostezando de aburrimiento más que de hambre, y sesteando tan bien y tan bien que ayunando engordamos.

Uno se movía lo menos posible. Pero era muy difícil contener también a los niños. Estos gandules, siempre corriendo, piando, riendo, en movimiento, no cesaban de exponerse, trepando a los muros, sacando la lengua al sitiador, bombardeándolo a pedradas; tenían una artillería de jeringas de saúco, de hondas de cordel, de bastones hendidos... ¡atrapa esto, atrapa aquello, zas en el montón!... Y nuestros monos aullaban de risa; y furiosos, los lapidados juraban exterminarlos. Se nos gritó que el primero de los polizones que en los muros mostrara la punta de la nariz sería arcabuceado. Prometimos vigilarlos; pero por más que les estirábamos las orejas y les poníamos la voz gorda, se nos escapaban entre los dedos. Y lo más fuerte (aún tiemblo) fue que una hermosa tarde oigo un grito: era Glodie (¡no!, ¡quién lo hubiera dicho!), esa mosquita muerta, santurrona, ¡ah, la ladina!, ¡mi tesoro!... que desde el talud en el foso acababa de dar el chapuzón... ¡Dios bueno, la habría azotado!... En los muros no di más que un brinco. Y todos, inclinados, mirábamos... El enemigo habría tenido buen juego si hubiera querido tenernos por blancos; pero, como nosotros, miraba al fondo del foso a mi querida que (¡la Santa Virgen sea bendita!) había rodado mullidamente como un gatito y, sin espantarse de otro modo, sentada en la hierba florecida, levantaba la cabeza hacia las cabezas que se inclinaban de los dos lados, les hacía la risita y recogía un ramo. Todos le reían también. Monseñor de Ragny, el comandante del enemigo, prohibió que se hiciera ningún daño a la niña e incluso le arrojó, bravo hombre, su caja de dulces.

Pero mientras estábamos ocupados con Glodie, Martine (nunca se acaba con las mujeres), para salvar a su cordera, a lo largo del talud rodaba también, corriendo, resbalando, rodando, la falda hasta el cuello arremangada y mostrando a todos los sitiadores, orgullosamente, su oriente, su occidente, los cuatro puntos del firmamento, y el otro al cielo resplandeciente. Su éxito fue clamoroso. Ella no se intimidó por ello, tomó a su Glodie, la abrazó y la azotó.

Entusiasmado por sus encantos, no escuchando a su capitán, un gran soldado saltó al foso y vino hacia ella corriendo. Ella esperó.

Desde nuestros baluartes le arrojamos una escoba. Ella la empuñó y bravamente sobre el enemigo marchó, y ¡leña al mono!, *pati patac*, el galán no las tenía todas consigo, ¡y sacude y zurea!, escapó, ¡sonad trompetas y clarines! Se izó a la triunfadora con la niña entre las risas de los dos campos; y yo tiraba, orgulloso como un pavo real, de la cuerda al cabo de la cual subía mi gallarda, que exponía al enemigo el astro de las noches.

Se empleó una semana aún en discutir. (Todas las ocasiones son buenas para charlar). El falso rumor de la aproximación de monseñor de Nevers nos puso por fin de acuerdo; y el pacto se hizo, en suma, a buen precio: prometimos a los de Vézelay el diezmo de las vendimias próximas. Es bueno prometer lo que no se tiene, lo que se tendrá... No se tendrá tal vez; en todos los casos, bajo los puentes el agua pasará, y vino en nuestro estómago.

De los dos lados estábamos, pues, bien satisfechos los unos de los otros, y de nosotros mucho más todavía. Pero apenas salidos del aguacero, nos vino nueva lluvia. Fue en la noche justamente que siguió al tratado cuando en los cielos apareció una señal. Hacia las diez de la noche salió de detrás de Sembert, donde estaba agazapado, y, deslizándose en el prado de las estrellas, hacia Saint-Pierre-du-Mont como una serpiente se alargó. Parecía una espada cuya punta era una antorcha, con lenguas de humo. Y una mano sostenía la empuñadura, cuyos cinco dedos terminaban en cabezas aullantes. Se distinguía en el anular a una mujer cuyos cabellos flotaban al viento. Y la anchura en la empuñadura de la espada era de un palmo; de siete a ocho líneas en la punta; de tres líneas y dos pulgadas en su medio exactamente. Y su color era sangriento, violáceo, tumefacto, igual que una herida en el costado. Todas nuestras cabezas hacia el cielo, con la boca abierta, estaban levantadas; se oía castañetear los dientes. Y los dos campos se preguntaban cuál de los dos era el blanco del presagio. Y nosotros estábamos bien convencidos de que era el otro. Pero todos tenían la carne de gallina. Excepto yo. Yo no tuve miedo. Hay que decir que no vi nada, estaba acostado desde las nueve. Me había acostado para obedecer al almanaque: porque era la fecha indicada a fin de tomar medicina; y dondequiera que esté, cuando el almanaque

manda, me ejecuto sin réplica: porque es palabra de Evangelio. Pero como me lo han contado todo, es como si lo hubiera visto. Lo he anotado.

*
**

Después de que la paz fue firmada, enemigos y amigos juntos banquetearon. Y como había llegado entonces el ecuador de la Cuaresma, ayuno roto, se lo dieron todo. De las aldeas de los alrededores nos llegaron a porfía, para festejar nuestra liberación, las jofainas y los comedores. Fue una hermosa jornada. A lo largo de los baluartes la mesa estaba puesta. Se sirvieron en ella tres jabatos asados enteros y rellenos de un picadillo especiado de asaduras de jabalí y de hígado de garza, jamones perfumados, ahumados en el hogar con ramas de enebro; pasteles de liebre y de cerdo, embalsamados con ajo y laurel; andouillettes y tripas; lucios y caracoles; callos, negros guisos que, antes de que se hubiera probado, os emborrachaban por la nariz; y cabezas de ternera que se fundían bajo la lengua; y matorrales ardientes de cangrejos de río pimientados que os abrasaban el gaznate; y por encima, para apaciguarlo, ensaladas a la chalota vinagradas, y fieras bocanadas de las cosechas de la Chapotte, de Mandre, de Vaufilloux; y por postre el requesón blanco, fresco, granuloso, que se aplastaba entre la lengua y el paladar; y bizcochos que os limpiaban un vaso lleno como una esponja de un solo golpe.

Ninguno de nosotros soltó el pie mientras quedó de qué atiborrarse. Lado sea Dios que nos dio el poder en tan poco espacio, en el saco de nuestro estómago, apilar frascos y platos. Sobre todo la justa fue hermosa entre el ermitaño Courte-Oreille de Saint-Martin-de-Vézelay, que a los vezelianos escoltaba (ese gran observador que el primero, según dicen, anotó que un asno no puede rebuznar si no tiene la cola al aire), y el nuestro (no digo asno), Dom Hennequin, que pretendía que había debido de ser antaño carpa o lucio, tanto desgusto tenía por el agua, por haber bebido demasiada, sin duda, en la otra vida. En resumen, cuando salimos de la mesa, vezelianos y clamecycois, teníamos los unos por los otros mucho más aprecio que en la sopa: es en el comer donde se aprende lo

que vale el hombre. Quien ama lo que es bueno, yo lo amo: es un buen borgoñón.

En fin, para acabar de ponernos de acuerdo, digeríamos nuestra comida cuando aparecieron los refuerzos que monseñor de Nevers enviaba para protegernos. Nos reímos bien; y nuestros dos campos, muy cortésmente, les rogaron que se volvieran. No osaron insistir y se marcharon todos compungidos, como perros que las ovejas hacen pastar. Y decíamos abrazándonos:

—¡Qué tontos éramos de batirnos para el provecho de nuestros guardianes! Si no tuviéramos enemigos, ¡los inventarían, pardiez!, para defendernos. ¡Muchas gracias! ¡Dios nos salve de nuestros salvadores! Nos salvaremos muy bien nosotros solos. ¡Pobres ovejas! Si no tuviéramos que defendernos más que del loup, sabríamos muy bien guardarnos de él. Pero ¿quién nos guardará del pastor?

III

EL CURA DE BRÈVES

Primero de abril.

Tan pronto como los caminos estuvieron libres de estos visitantes importunos, resolví marcharme, sin más tardar, a ver a mi Chamaille en su aldea. No estaba muy inquieto por lo que hubiera sido de él. ¡El gallardo sabe defenderse! ¡No importa!, uno está más tranquilo cuando ha visto con sus propios ojos al amigo lejano... Y además me hacía falta despabilarme las piernas.

Partí, pues, sin decir nada y seguía silbando a lo largo de la orilla del río, que se estira al pie de las colinas boscosas. Sobre las hojas nuevecitas se desgranaban las gotitas de una pequeña lluvia bendita, llantos de la primavera, que se callaba unos momentos y luego reanudaba tranquilamente. En las arboledas, un ardilla enamorada maullaba. En los prados, las ocas garlaban. Los mirlos se lo daban todo a garganta qué quieres y la pequeña cerrajera hacía su: «titiput»...

En el camino decidí detenerme para ir a buscar a Dornecy a mi otro amigo, el notario, maestro Paillard: al igual que las Gracias, no estamos al completo sino a tres. Lo encontré en su despacho, que garabateaba en sus minutas el tiempo que hacía, los sueños que había tenido y sus vistas sobre la política. Cerca de él estaba abierto, al lado del *De Legibus*, el libro de las *Profecías* de monseñor Nostradamus. Cuando está uno toda su vida calafateado en su aposento, el espíritu se toma su revancha y no se va sino mejor por las llanuras del ensueño y los matorrales del recuerdo; y, a falta de poder dirigir la máquina redonda, lee en el porvenir lo que acontecerá en el mundo. Todo está escrito, dicen: lo creo, pero confieso que jamás he conseguido leer en las *Centurias* el porvenir sino cuando ya estaba cumplido.

Al verme, el buen Paillard se expandió; y la casa, de arriba abajo, resonó con nuestras carcajadas. Me alegraba mirarlo, el pequeño hombre panzudo, cara picada de viruelas, de anchas mejillas, nariz coloreada, los ojos entornados, vivos y rusos, aire ceñudo y refunfuñando contra el tiempo, contra las gentes, pero en el fondo muy buen bromista, siempre chanceándose y mucho más bromista que yo. Es su felicidad soltaros, con aire severo, una enorme calambur. Y grave es hermoso de ver, a la mesa con la botella, invocando a Como y a Momo, y entonando su cancioncilla. Todo contento de tenerme, me sostenía las manos en sus manos gruesas y torpes, pero como él malignas, hábiles diablesamente para manosear los instrumentos, limar, recortar, encuadernar, carpintear. Todo lo ha hecho en su casa; y el todo no es hermoso, pero el todo es de él; y hermoso o feo, es su retrato.

Para no perder la costumbre, se quejó de esto y de aquello; y yo, por contradicción, encontraba bueno aquello y esto. Él es el doctor Mal-Peor, y yo, Bien-Mejor: ese es nuestro juego. Gruñó contra sus clientes; y sin duda hay que confesar que ponen poco empeño en pagarle: porque algunos de sus créditos se remontan a treinta y cinco años; y aunque interesado, no se apresura nada en hacerlos entrar. Los otros, si se liquidan, es por azar, cuando piensan en ello; en especie: una cesta de huevos, un par de pollos. Es la costumbre;

y se encontraría ofensivo que reclamara su dinero. Gruñía, pero dejaba hacer; y creo que en su lugar él habría hecho lo mismo. Afortunadamente para él, sus bienes le bastaban. Una fortuna redondita y que ponía huevos. Pocas necesidades. Un viejo solterón; que no cazaba faldas; y para los placeres de la mesa, la Naturaleza ha proveído en nuestra tierra, la mesa está puesta en nuestros campos. Nuestras viñas, nuestros huertos, nuestros estanques, nuestros conejos son despensas abundantes. Su mayor gasto era para sus libracos, que mostraba, pero de lejos (porque el animal no es nada prestamista), y por una manía que tiene de mirar la luna (polizón) con sus gafas que son recientemente llegadas de Holanda. Se ha acondicionado en su granero, encima de su tejado, entre las chimeneas, una plataforma tambaleante desde donde observa gravemente el firmamento giratorio; se esfuerza en descifrar en él, sin comprender gran cosa, el alfabeto de nuestros destinos. Por lo demás, no cree en ello, pero le gusta creer. En lo cual lo comprendo: uno tiene placer desde su ventana en ver pasar los fuegos del cielo como, en la calle, a las señoritas; les presta aventuras, intrigas, una novela; y verdadero o no, es divertido. Discutimos largamente sobre el prodigio, sobre la espada de fuego sangriento en la noche blandida el miércoles anterior. Y cada cual explicaba la señal a su manera; por supuesto, cada cual sostenía *mordicus* que solo su sentido era el bueno. Pero al final descubrimos que ni él ni yo habíamos visto nada. Porque esa noche mi astrólogo, justamente, había echado un sueño ante su instrumento. Desde el momento en que ya no está uno solo en haber sido tonto, se toma su partido. Nosotros lo tomamos alegremente.

Y salimos bien decididos a no confesar nada al cura. Fuimos a través de los campos examinando los brotes jóvenes, los husos rosas de los matorrales, los pájaros que hacían sus nidos y en la llanura un gavilán, como una rueda, en los cielos girando. Nos contábamos riendo la buena farsa que antaño a Chamaille le habíamos hecho. Durante meses, Paillard y yo habíamos sudado sangre y agua a fin de enseñar a un gordo mirlo metido en jaula un canto huguenote. Después de lo cual lo habíamos soltado en el

jardín de mi cura. Encontrándose bien allí, se había hecho el maestro de los otros mirlos de la aldea. Y Chamaille, a quien su coral venía a perturbar cuando leía su breviario, se santiguaba, blasfemaba, creía que el diablo andaba suelto en su jardín, lo exorcizaba y, de rabia, emboscado detrás de su persiana, arcabuceaba al Espíritu Maligno. No era engañado por ello del todo, por lo demás. Porque cuando había matado al diablo, se lo comía.

*
**

Charlando llegamos.

Brèves parecía dormir. Las casas en la carretera bostezaban, puertas abiertas, al sol de la primavera y a las narices de los transeúntes. Ningún rostro humano, salvo en el borde de un foso el trasero de un chiquillo que se daba aire y que hacía aguas. Pero a medida que Paillard y yo, sosteniéndonos del brazo, avanzábamos conversando hacia el centro del pueblo por el camino alfombrado de pajas y boñigas, subía un ronquido de abejas irritadas. Y cuando desembocamos en la plaza de la iglesia, la encontramos llena de gentes gesticulando, perorando y piando. En medio, al umbral de la puerta entreabierta del jardín de la rectoría, Chamaille, carmesí de cólera, berreaba mostrando los dos puños a todos sus parroquianos. Tratábamos de comprender; pero no oíamos nada sino un tumulto de voces:

«...Orugas y larvas... Abejorros y ratones de campo... *Cum spiritu tuo...*»

Y Chamaille gritaba:

—¡No!, ¡no!, ¡no iré!

Y la multitud:

—¡Sacrado nombre! ¿Eres nuestro cura?, respóndenos, ¿sí o no? Si lo eres (and lo eres), es para que nos sirvas.

And Chamaille:

—¡Mequetrefes!, sirvo a Dios, no a vosotros...

Fue un hermoso alboroto. Chamaille, para terminar, cerró la puerta de golpe en las narices de sus administrados; a través de la reja se vieron aún sus dos manos agitarse, de las cuales una por costumbre derramaba sobre su pueblo untuosamente la lluvia de la bendición y de las cuales la otra levantaba sobre la tierra el trueno de la

maldición. Una última vez, a la ventana de la casa, apareció su vientre redondo y su cara cuadrada que, no pudiendo hacerse oír en medio de los abucheos, replicó rabiosamente con un palmo de narices. Con esto, persianas cerradas y cara de madera. Los gritones se cansaron; la plaza se vació; y, deslizándonos detrás de los curiosos rezagados, pudimos por fin a la puerta de Chamaille llamar.

Llamamos largo tiempo. El animal tozudo no quería abrir.

—¡Eh!, ¡señor cura!...

Por más que llamábamos (disfrazábamos nuestras voces a fin de divertirnos):

—Maestro Chamaille, ¿está ahí?

—¡Al diablo!, no estoy.

Y como insistíamos:

—¿Quieren levantar el campamento? Si no dejan mi puerta, ¡voy, cabrones de perros, a bautizarlos de hermosa manera!

Por poco vierte sobre nuestras espaldas su jarro de agua. Gritamos:

—¡Chamaille, al menos vierte vino!

A estas palabras, por milagro, la tormenta se apaciguó. Roja como un sol, la buena cara regocijada de Chamaille se inclinó:

—¡Voto a un bicho! Breugnon, Paillard, ¿sois vosotros? ¡Iba a hacer una de las mías! ¡Ah, los malditos bromistas!, ¿por qué no lo decíais?

Nuestro hombre de cuatro en cuatro descende sus gradas.

—¡Entrad!, ¡entrad!, ¡benditos! Ea, ¡que os abrace! Buenas gentes, ¡qué a gusto estoy de ver rostro humano después de todos estos babuinos! ¿Habéis asistido a la danza que hacían? Que dancen tanto como les plazca, yo no me moveré. Subid, vamos a beber.

Deben de tener calor. ¡Querer hacerme salir con el Santísimo Sacramento! Va a llover dentro de poco: estaríamos, el buen Dios y yo, empapados como sopas. ¿Estamos a su servicio? ¿Soy un mozo de labranza? ¡Tratar al hombre de Dios como a un patán!

¡Sacripantes! Estoy hecho para limpiar sus almas y no sus campos.

—Ah, vamos —preguntamos—, ¿qué nos estás cantando? ¿Con quién diablos la tienes?

—Subid, subid —dijo—. Allá arriba estaremos mejor. Pero primero hay que beber. ¡No puedo más, me ahogo!... ¿Qué decís de este vino? Ciertamente no es de los peores. ¿Creerían, amigos míos, que esos animales tenían la pretensión de hacerme todos los días hacer las Rogaciones, desde la Pascua... ¿Por qué no desde los Reyes hasta la Circuncisión? ¡Y eso por unos abejorros!

—¡Unos abejorros! —dijimos—. Seguramente algunos se te han quedado en la cuenta. Divagas, Chamaille.

—¡No divago nada! —gritó indignado—. ¡Ah, eso es demasiado fuerte! ¡Soy yo el blanco de todas sus locuras y soy yo el loco!

—Entonces explícate como hombre ponderado.

—Me harían condenar —dijo limpiándose de furor—; ¡haría falta que me quedara calmo cuando nos importunan, a mí y a Dios, a Dios y a mí, toda la santa jornada, para que nos prestemos a sus paparruchas!... Pues bien, sabed (¡uf!, me ahogaré, es seguro) que esos paganos que se preocupan como de un comino de la vida eterna y no lavan su alma más que sus pies, exigen de su cura la lluvia y el buen tiempo. Hace falta que mande al sol, a la luna: «Un poco de calor, de agua, bastante, no hace falta demasiada, un pequeño sol dulce, mullido, envuelto, una brisa ligera, sobre todo nada de heladas, otra regada, Señor, es para mi viña; ¡detente, bastante has meado! Ahora me hace falta un pequeño golpe de calor...»

A oír a estos marrajos parecería que Dios no tiene nada mejor que hacer, bajo el látigo de la oración, que el asno del jardinero, atado a su muela, que hace subir agua. Además (¡es lo más hermoso!), ni siquiera se entienden entre ellos: uno quiere la lluvia cuando el otro quiere el sol. ¡Y he aquí que lanzan a los santos al rescate! Son treinta y siete, allá arriba, que hacen agua. Marcha a la cabeza, lanza en mano, san Medardo, gran meón. Por la otra parte no son sino dos: san Raimundo y san Diego, que disipan las nubes. Pero vienen en refuerzo san Blas espanta-viento, Cristóbal para-granizo, Valeriano traga-tormentas, Aureliano corta-truenos, san Claro hace el tiempo claro. La discordia está en el cielo. Todos estos grandes personajes se arrean mamporros. Y he aquí a las santas Susana, Elena y Escolástica que se agarran del moño. El buen Dios ya no

sabe a qué santo encomendarse. Y si Dios no sabe nada, ¿qué sabrá su cura? ¡Pobre cura!... En fin, eso no es asunto mío. No estoy ahí sino para transmitir las oraciones. Y la ejecución corresponde al patrón. Tampoco diría nada (aunque esta idolatría, entre nosotros, me asquea... Mi dulce Señor Jesús, ¿habéis muerto en vano?) si al menos estos gandules no quisieran mezclarme en las querellas del cielo. Pero (¡están rabiosos!) pretenden servirse de mí y de la cruz como de un talismán contra todas las verminas que devoran sus campos. Un día es por los ratones que roen los granos de los graneros. Procesión, exorcismo, oración a san Nicasio. Día helado de diciembre, con la nieve hasta la espalda: me cobré un lumbago... Después, por las orugas. Oraciones a santa Gertrudis, procesión. Es en marzo: aguaceros, nieve derretida, lluvia helada: me cobro un ronquido, toso desde ese tiempo... Hoy, los abejorros. ¡Otra procesión! Haría falta que hiciera la vuelta a sus huertos (un grueso sol de plomo, nubes panzudas y azul negro como moscas, una tormenta que madura, regresaría con un buen calor enfriado) cantando el versículo: «*Ibi ceciderunt* hacedores de iniquidad, *atque expulsi sunt* y no han podido *stare...*». ¡Pero sería yo el que sería limpiamente expulsado!... «*Ibi cecidit* Chamaille Baptiste, dijo Dulcis, cura». ... ¡No, no, no, muchas gracias! No tengo prisa. Se cansa uno, al final, de las mejores bromas. ¿Me corresponde a mí, por favor, desorugar sus campos? Si los abejorros los molestan, ¡que se desabejorren ellos mismos, esos holgazanes! Ayúdame y el Cielo te ayudará. Sería demasiado cómodo cruzarse de brazos y decirle al cura: «¡haz esto, haz aquello!». Yo haré lo que plazca a Dios y a mí: bebo. Bebo. Haced lo mismo... En cuanto a ellos, ¡que me sitien si quieren! No tengo cura de ello, compañeros, y juro que levantarán antes el asedio de mi casa que yo levantaré el mío de este sillón. ¡Bebamos!

*
**

Bebió, extenuado por su gran gasto de aliento y de elocuencia. Y nosotros, al igual que él, levantamos nuestro vaso sobre nuestro gaznate mirando a través el cielo y nuestro destino, que nos parecían rosas. Durante algunos minutos el silencio reinó. Solo Paillard, que chasqueaba la lengua, y Chamaille, en cuyo grueso

cuello el vino hacía: *glouglou*. Él bebía de un solo trago; Paillard, a pequeños sorbos. Chamaille, cuando el raudal caía al fondo del agujero, hacía: «¡Ah!», levantando sus ojos al firmamento. Paillard miraba su vaso, por encima, por debajo, a la sombra y al sol, lo humeaba, renqueaba, bebía de la nariz, del ojo, tanto como del paladar. Por mi parte saboreaba juntos el brebaje y los bebedores; mi alegría se aumentaba con la suya y con observarlos: beber y ver hacen la pareja; es un bocado de rey. No por ello despachaba yo menos, pronto y presto, mi vaso. Y los tres bien al paso; ¡nada de rezagados!... ¿Quién lo creería, sin embargo? Cuando hicimos la cuenta, el que llegó primero a la barrera de un buen trago fue monseñor el notario.

Después de que el rocío de bodega hubo humedecido dulcemente nuestros mollejas y devuelto la flexibilidad a los espíritus animales, nuestras almas se expandieron, y nuestras caras también. En la ventana abierta, apoyados, enternecidos, mirábamos con éxtasis en los campos la primavera nueva, el alegre sol en los husos de los chopos que se repluman, en el hueco del valle el Yonne oculto que gira y gira en los prados como un perro joven que juega, y de donde subía hasta nosotros el eco de los batidores y de las lavanderas y de las ánades graznadoras. Y Chamaille, desfruncido, decía pellizcándonos el brazo:

—¡Qué bien se vive en este país! ¡Que el Dios del cielo sea bendito, que a los tres nos hizo nacer aquí! ¿Se puede algo más monono, más risueño, más emocionante, enternecedor, apetitoso, graso, mullido y gracioso? Se le saltan a uno las lágrimas de los ojos. ¡Daban ganas de comérselo, al tunante!

Aprobábamos con la barbilla cuando de pronto arrancó de nuevo:

—Pero ¿por qué diablos se le ocurrió, allá arriba, hacer en este país brotar a estos animales? Tuvo razón, está entendido. Sabe lo que hace, hay que creer... ¡pero preferiría, lo confieso, que hubiera tenido un error y que mis parroquianos estuvieran con el diablo, donde se quiera: con los incas o el Gran Turco, no me importa, con tal de que estén en otra parte que aquí!

Le dijimos:

—Chamaille, son sin embargo los mismos. ¡Tanto estos como otros!
¿De qué sirve cambiar?

—Es, pues —reanudó Chamaille—, que han sido creados no para ser salvados por mí, sino salvarse ellos forzándome a hacer penitencia en la tierra. Convenid, compadres míos, convenid en que no hay apenas oficio más miserable que el de un cura de campaña que suda para hacer entrar las santas verdades en el cráneo endurecido de estos pobres embobados. Por más que los alimentamos con el jugo del Evangelio y hacemos a sus chiquillos mamar el catecismo: el hecho apenas entrado les sale por la nariz; les hace falta a estos grandes gaznates más grosera papilla. Cuando han masticado algún tiempo un ave, de un lado a otro de la boca paseado letanías, o, para oírse rebuznar, cantado vísperas y completas, nada de las sagradas palabras pasa el atrio de su boca assoiffée. El corazón ni el estómago reciben casi nada. Después como antes, siguen siendo puros paganos. En vano, desde hace siglos, extirpamos de los campos, de los arroyos, de los bosques, a los genios y a las hadas; vanamente soplamos hasta hacer estallar nuestras mejillas y nuestros pulmones, soplamos, resoplamos estas antorchas infernales a fin de que, en la noche más negra del universo, la luz del verdadero Dios sola se haga ver, jamás se ha podido matar a estos espíritus de la tierra, estas sucias supersticiones, este alma de la materia. Las viejas cepas de los robles, las negras piedras-que-giran, continúan albergando a esta ralea satánica. ¡Cuántas hemos, sin embargo, roto, cortado, saqueado, quemado, desarraigado! Haría falta volver cada terrón, cada piedra, la tierra entera de la Galia, nuestra madre, para acabar de arrancar los diablos que tiene en el cuerpo. No se conseguiría ni siquiera. Esta maldita naturaleza se nos desliza entre las manos: le cortáis las patas, le brotan alas. Por cada dios que se mata, renacen otros diez. Todo es dios, todo es diablo para esos atontados. Creen en los hombres lobo, en el caballo blanco sin cabeza y en la gallina negra, en la gran serpiente humana, en el duendecillo Fouletot y en los patos hechiceros... ¡Pero decidme, os lo ruego, la cara que debe de hacer, en medio de estos monstruos descalabrados, escapados del Arca de Noé, el dulce hijo de María y del piadoso carpintero!

Monseñor Paillard respondió:

—Compadre, *ojo otro ojo ve, y no a sí mismo*. Tus parroquianos están locos, es cierto. Pero tú, ¿estás más sano? Cura, no tienes nada que decir; porque haces todo como ellos. ¿Valen tus santos más que sus duendecillos y sus hadas?... No bastaba con tener un Dios en tres, o tres que hacen uno, y la diosa madre, ha hecho falta alojar en vuestro Panteón un montón de pequeños dioses en calzones y en faldas a fin de reemplazar a los que estaban rotos y de llenar los nichos que habíais vaciado. Pero esos dioses, ¡no, verdadero Dios!, no valen lo que los viejos. No se sabe de dónde vienen; sale de todas partes, como los caracoles, todos mal hechos, gentes de poco más o menos, pouacres, estropeados, mal lavados, cubiertos de llagas y bultos, y comidos de vermina: este exhibe un muñón que sangra, o en su muslo una úlcera luciente; el otro coquetamente lleva en su cogote hundido un tajo; este se pasea con la cabeza bajo el brazo; aquel, todo glorioso, entre sus dedos sacude su pellejo como una camisa. Y, sin ir tan lejos, ¿qué diremos, cura, de tu santo, de aquel que reina en tu iglesia, el estilista Simón, que durante cuarenta años se sostuvo sobre una pierna, en la cima de un pilar, a semejanza de una garza?

Chamaille dio un brinco y gritó:

—¡Alto ahí!, ¡pase aún por los otros santos! No estoy encargado de guardarlos. Pero, pagano, ese es el mío, estoy en su casa. ¡Amigo mío, sé pulido!

—Dejemos, pues (soy tu huésped), en su pata a tu zancuda; pero dime qué piensas del abad de Corbigny, que pretende tener en botella leche de la Santísima Virgen; ¡y dime qué te parece también monseñor de Sermizelles, que un día, teniendo la correntía, se administró agua bendita y polvo de reliquias en tisana de lavativa!

—Lo que pienso —dijo Chamaille— es que tú mismo, tú que te burlas, si sufieras del fundamento, harías tal vez lo mismo. En cuanto al abad de Corbigny, todos esos monjes, para quitarnos la clientela, tendrían tienda, si pudieran, de leche de arcángeles, de crema de ángeles y de mantequilla de serafines. ¡No hables de esas gentes! Monje y cura es perro y gato.

—Entonces, cura, ¿no crees en ellas, en esas reliquias?

—No, no en las tuyas, creo en las mías. Tengo el hueso acromion de santa Diétrina, que aclara la orina y la tez de los diétreux. Y tengo el bregmatis cuadrado de san Estopa que espanta a los demonios de los vientres de los corderos... ¡Quieres hacer el favor de no reír! ¿Parpaillot, te chanzas?, ¿no crees entonces en nada? Tengo los títulos aquí (¡ciegos quienes duden!, me voy a buscarlos), en pergamino firmados; verás, verás su autenticidad.

—Quédate sentado, quédate sentado, y deja tus papeles. Tú no crees tampoco, Chamaille, tu nariz se mueve... Sea el que sea, de dondequiera que venga, un hueso será siempre un hueso, y quien lo adora un idólatra. Cada cosa en su lugar: ¡los muertos al cementerio! Yo creo en los vivos, creo que es de gran día, que bebo y razono —y razono muy bien—, que dos y dos son cuatro, que la tierra es un astro inmóvil y perdido en el espacio giratorio; creo en Guy Coquille, y puedo recitarte, si quieres, de cabo a armo, la recopilación de las Costumbres de nuestro Nivernais; creo también en los libros donde la ciencia del hombre y su experiencia gota a gota se filtran; por encima de todo creo en mi entendimiento. Y (eso va sin decir) creo igualmente en la sagrada Palabra. No corresponde a hombre prudente y sabio dudar de ella. ¿Estás contento, cura?

—No, no lo estoy —se exclamó mi Chamaille, de veras irritado—.

¿Eres calvinista, hereje, hugonote que murmura la Biblia, le enmienda la plana a su madre la Iglesia y que pretende (¡falsa nidada de víboras!) pasarse sin cura?

A su turno se enfadó mi Paillard, protestando que no permitía que se le dijera protestante, que era un buen francés, católico de peso, pero hombre de buen sentido y que no es manco del espíritu ni de los puños, que ve claro a mediodía sin ponerse las gafas, que llama a un tonto un tonto y a Chamaille tres tontos en uno, o uno en tres (como quiera), y, para honrar a Dios, honra a su razón, que del gran lumínico es el más hermoso rayo.

*
**

Con esto se callaron y bebieron, gruñiendo y emburrándose, apoyados en la mesa los dos y volviéndose la espalda. Yo estallé en risas. Entonces se dieron cuenta de que yo no había dicho nada, y lo noté yo mismo en ese instante. Hasta entonces estaba ocupado

en verlos, en escucharlos divirtiéndome con los argumentos, mimándolos con los ojos, con la frente, repitiendo muy bajo las palabras, moviendo sin ruido la boca como un conejo que masca una col. Pero los dos rabiosos habladores me intimaron a declarar por cuál de los dos estaba. Yo respondí:

—Por los dos, y por algunos otros todavía. ¿No hay más que discursar? Cuantos más locos, más nos reímos y cuanto más nos reímos, más sabios somos... Compadres míos, cuando quieren saber lo que poseen, comienzan por alinear en una página todas sus cifras; después las suman. ¿Por qué no poner entonces al cabo una de otra sus chifladuras? Todas juntas hacen tal vez la verdad. La verdad les hace un palmo de narices cuando quieren acapararla. El mundo, niños, tiene más de una explicación: porque cada una no explica sino un lado de la cuestión. Estoy por todos vuestros dioses, los paganos, los cristianos, y por el dios razón, por añadidura. A estas palabras, uniéndose los dos contra mí, coléricos, me llamaron pirrónico y ateo.

—¡Ateo!, ¿qué os hace falta?, ¿qué queréis de mí? ¿Vuestro Dios o vuestros dioses, vuestra ley o vuestras leyes quieren venir a mi casa? ¡Que vengan! Los recibo. Recibo a todo el mundo, soy hospitalario. El buen Dios me gusta mucho, y sus santos todavía más. Los amo, los honro y les hago la risita; y (son buenas gentes) no rechazan venir conmigo a echar un rato de charla. Pero, para hablaros franco, un solo Dios, lo confieso, no tengo bastante. ¿Qué hacer?, soy goloso... ¡se me pone a dieta! Tengo mis santos, tengo mis santas, mi hadas y mis espíritus, los del aire, de la tierra, de los árboles y de las aguas; creo en la razón; creo también en los locos, que ven la verdad; y creo en los hechiceros. Me gusta mucho pensar que la tierra suspendida se balancea en las nubes, y querría tocar, desmontar, remontar todos los hermosos mecanismos del reloj del mundo. Pero eso no quita que no tenga placer en escuchar cantar a los celestiales grillos, las estrellas de ojos redondos, y a espiar al hombre del haz de leña en la luna... ¿Encogéis los hombros? Vosotros estáis por el orden. ¡Eh!, ¡el orden tiene bien su precio! Pero no es en vano, y se hace pagar. El orden es no hacer lo que se quiere, y es hacer lo que no se querría. Es vaciarse un ojo

para ver mejor con el otro. Es abatir los bosques para hacer pasar por ellos las grandes carreteras rectas. Es cómodo, cómodo...

¡Pero, buen Dios, qué feo es! ! Soy un viejo galo: muchos jefes, muchas leyes, todos hermanos y cada cual para sí. Cree si quieres, y déjame, si quiero, no creer o creer. Honra la razón. ¡Y sobre todo, amigo mío, no toques a los dioses! Brota, llueve de ellos, por arriba, por abajo, sobre nuestras narices, bajo nuestros pies; el mundo está hinchado de ellos como puerca en parición. Los estimo a todos. Y os autorizo a traerme otros. Pero os desafío bien a quitarme uno solo, ni a decidirme a darle la despedida; a menos que el tunante haya por demasiado abusado de mi credulidad.

Tomándome en piedad, Paillard y el cura preguntaron cómo podía encontrar mi camino en medio de este toletole.

—Lo encuentro muy bien —dije—; todos los senderos me son familiares, me paseo por ellos a mis anchas. Cuando voy solo por el bosque, de Chamoux a Vézelay, ¿creen entonces que tenga necesidad de la gran carretera? Voy, vengo, los ojos cerrados, por los caminos de los cazadores furtivos; y si he llegado tal vez el último, al menos traigo al albergue mi morral lleno. Todo está allí en su lugar, ordenado, etiquetado: el buen Dios en la iglesia, los santos en sus capillas, las hadas entre los campos, la razón bajo mi frente. Se entienden muy bien: cada cual tiene la suya, su tarea y su casa. No están sometidos a un rey despótico; sino que, tales los señores de Berna y sus confederados, forman todos entre sí cantones aliados. Hay algunos más débiles, hay algunos más fuertes. ¡No te fíes, sin embargo! Se tiene a veces necesidad de los débiles contra los fuertes. Y ciertamente el buen Dios es más fuerte que las hadas. Del mismo modo le hace falta también mirarlas bien. Y el buen Dios todo solo no es más fuerte que todos. Un fuerte encuentra siempre uno más fuerte que lo muerde. Mordedor mordido. Sí, vaya. No se me quitará, miren ustedes, de la idea que el más grande buen Dios nadie lo ha visto todavía. Está muy lejos, muy alto, del todo en el fondo, del todo en lo alto. Como nuestro señor rey. Se conocen (demasiado) sus gentes, intendentes, tenientes. Pero él queda en su Louvre. El buen Dios de hoy, aquel a quien cada cual reza, es como quien dice monseñor de Concini... ¡Bueno, no me empujes,

Chamaille! Diré, para no enfadarte, que es nuestro buen duque, monseñor de Nivernois. ¡Que el Cielo lo bendiga! Lo honro y lo amo. Pero ante el señor del Louvre se mantiene quedo, y hace bien. ¡Así sea!

—¡Así sea! —dijo Paillard—; pero no es así. ¡Alas!, ¡mucho falta! «En ausencia del señor se conoce al servidor». Desde que nuestro Henri murió y el reino en ruca cayó, los príncipes juegan con la ruequita, la ruequera... «Los juegos de los príncipes agradan a aquellos que los hacen...» Estos ladrones van a pescar dentro del gran estanque y a vaciar el tesoro del oro y de las victorias futuras dormidas en los cofres del Arsenal que guarda monseñor de Sully. ¡Ah!, ¡que el vengador venga, que les hará escupir la cabeza con el oro que se han comido!

Con esto dijimos más de lo que es prudente anotar: porque sobre este canto dado todos estábamos de acuerdo. Y hicimos también algunas variaciones sobre los príncipes enfaldados, sobre los santurrones en zapatillas, los grasos prelados y sobre los monjes holgazanes. Debo decir que Chamaille improvisaba sobre este tema los más hermosos cantos, los más brillantes. Y el trío continuó marchando a compás, los tres como una sola voz, cuando tomamos por tema, después de los melosos los hielosos, después de los falsos devotos aquellos que lo son demasiado, ¡los fanáticos de todo pelaje, huguenotes, beatos, bobos, esos imbéciles que pretenden, para imponer el amor de Dios, hacerlo entrar a golpe de vara, o bien de daga en el pellejo! El buen Dios no es un arriero para llevarnos por el bastón. ¡Quien quiera condenarse, que se condene! ¿Hace falta todavía atormentarlo en su vida y quemarlo? ¡A Dios gracias, dejadnos tranquilos! ¡Que cada cual viva en nuestra Francia y deje vivir a su prójimo! El más impío es un cristiano: porque Dios ha muerto por todos los hombres. Y luego, el peor y el mejor, al cabo de la cuenta, son dos pobres animales: orgullo no conviene ni dureza; se parecen como dos gotas de agua.

Después de lo cual, fatigados de hablar, cantamos, entonando a tres voces un cántico a Baco, el único dios sobre el cual yo, Paillard, el cura, no discutíamos. Chamaille proclamaba muy alto que prefería a ese que a esos otros que todos esos sucios monjes de Lutero y

Calvino y los sermoneadores despachan en sermones. Baco es un dios que se puede reconocer, y digno de respeto, un dios de buena cepa, bien francesa... ¿qué digo?, cristiana, mis queridos hermanos: porque ¿no es Jesús, en ciertos viejos retratos, a veces representado en un Baco que pisa los racimos con sus pies? ¡Bebamos, pues, amigos míos, a nuestro Redentor, nuestro Baco cristiano, nuestro Jesús risueño cuyo hermoso sangre bermejo corre bajo nuestros oteros y perfuma nuestras viñas, nuestras lenguas y nuestras almas, y vierte su espíritu dulce, humano, generoso y burlón gentiment en nuestra clara Francia, al buen sentido, a la buena sangre!

*
**

A este punto del discurso, y mientras chocábamos nuestros vasos en honor al alegre buen sentido francés que se ríe del exceso en todo («Entre los dos se sienta el sabio»... de donde viene que se sienta a menudo por tierra), un gran ruido de puertas cerradas, de pasos pesados en la escalera, de ¡Jesús!, de ¡José!, de ave, y de gruesos suspiros oprimidos, nos anunció la invasión de doña Eloísa Cura, como se nombraba a la gobernanta, o «la Curée». Soplabá limpiándose su ancha cara con un pico de delantal, y se exclamó:

—¡Hola!, ¡hola!, ¡al socorro, señor cura!

—Eh!, ¡gorda bestia!, ¿qué hay? —preguntó el otro impaciente.

—¡Vienen!, ¡vienen!, ¡son ellos!

—¿Quién?, ¿esas orugas que se van por los campos en procesión? ¡Te lo he dicho, no hables más de esos paganos, mis parroquianos!

—¡Os amenazan!

—Me burlo de ello. ¿Y de qué?, ¿de un proceso ante el oficial?

¡Vayamos!, estoy listo.

—¡Ah, mi señor, si no fuera más que un buen proceso!

—¿Qué es, pues?, ¡habla!

—Están allá abajo, en casa del gran Picq, que hacen señales cabalísticas, exorcismos, como dicen, y que cantan: «¡Salid, ratones de campo y abejorros, salid de los campos, id a comer en el huerto y en la bodega del cura!».

A estas palabras, Chamaille dio un brinco:

—¡Ah, esos malditos! ¡En mi huerto sus abejorros!, y en mi bodega... ¡Me asesinan!, ¡ya no saben qué inventar! ¡Ah, Señor, san Simón, venid al socorro de vuestro cura!

Tratamos de asegurarlo, ¡nos reíamos bien!

—¡Reíd!, ¡reíd! —nos gritó—. Si estuvierais en mi lugar, mis bellos espíritus, no os reiríais tanto. ¡Eh!, pardiez, yo me reiría también en vuestro pellejo: ¡es muy cómodo! Pero ¡querría veros ante esta nueva, y preparando mesa, sótano, apartamento para recibir a estos gandules!... ¡Sus abejorros!, es asqueroso... Y sus ratones de campo... ¡No los quiero! ¡Pero es para romperse la cabeza!

—Eh!, ¿qué? —le dije—, ¿no eres tú el cura?, ¿qué temes?, ¡desexorcízate!, ¿no sabes tú veinte veces más que tus parroquianos?, ¿no eres más fuerte que ellos?

—¡Huy!, ¡huy!, no sé nada. El gran Picq es muy listo. ¡Ah, amigos míos!, ¡ah, amigos míos!, ¡qué nueva!, ¡ah, los bandidos!... ¡Estaba tan bien, tan confiado! ¡Ah, nada es seguro!, solo Dios es grande. ¿Qué puedo hacer?, estoy atrapado. Me tienen... ¡Mi Eloísa, va, corre a decirles que se detengan!, ¡ya voy, ya voy, qué remedio! ¡Ah, los bribones!, cuando a mi turno en su camastro los tenga...

Mientras tanto (*Fiat voluntas...*) ¡soy yo el que pasa por sus treinta y seis voluntades!... Vamos, hay que beber la copa. La beberé. ¡He bebido otras!...

Se levantó. Preguntamos:

—¿Adónde vas, pues?

—A la cruzada —respondió— de los abejorros.

IV

EL CALLEJERO

O UNA JORNADA DE PRIMAVERA

Abril.

Abril, grácil muchacha de la primavera, jovencita delgaducha de ojos encantadores, veo florecer tus pechos menudos en la rama de

albaricoquero, la rama blanca cuyos brotes puntiagudos, rosados, son acariciados por el sol de la fresca mañana, en mi ventana, en mi jardín. ¡Qué hermosa mañana! ¡Qué felicidad pensar que se verá, que se ve esta jornada! Me levanto, estiro mi viejos brazos donde siento las buenas agujetas del trabajo encarnizado. Los quince días pasados mis aprendices y yo, a fin de recuperar los paros forzados, hemos hecho volar las virutas y cantar la madera bajo nuestros cepillos. Nuestra hambre de trabajo es desgraciadamente más voraz de lo que es el apetito del cliente. Eh!, no se compra apenas, se apresuran aún menos a pagar lo que se ha encargado; las bolsas están sangradas en blanco; ya no hay sangre en el fondo de las escarcelas; pero la hay siempre en nuestros brazos y nuestros campos; la tierra es buena, aquella de la que estoy hecho y aquella donde vivo (es la misma). «Ara, ora y labora. Rey serás». Son todos reyes los clamecycois, o lo serán, sí, por mi fe: porque oigo desde esta mañana rugir las paletas de los molinos, rechinar el fuelle de la forja, tintinear la danza en el yunque de los martillos de los herreros, el machete en el tajo picar los huesos, los caballos en el abrevadero resoplar el agua, el zapatero que canta y clava, las ruedas de los carros en el camino, y los zuecos *pati-patoche*, los látigos restallantes, las charlas de los transeúntes, las voces, las campanas, el soplo en fin de la ciudad trabajando que hace ahan: «*Pater noster*, nosotros amasamos *panem nostrum* cotidiano, a la espera de que tú lo des: es más prudente...». Y sobre mi cabeza el hermoso cielo de la azul primavera donde el viento pasa persiguiendo las nubes blancas, el sol cálido y el aire fresquito. Y se diría... ¡es la juventud que renace! Regresa a tiro de ala desde el fondo de los tiempos a rehacer su nido de golondrina bajo el alero de mi viejo corazón que la espera. La bella ausente, ¡cómo se la ama a su regreso!, mucho más, mucho mejor que el primer día... A este momento oigo rechinar la veleta en el tejado, y mi vieja, cuya voz agria gritaba no sé qué a no sé quién, tal vez a mí. (No escuchaba). Pero la juventud espantada se había marchado. ¡Al diablo la veleta!... Ella, rabiosa (digo: mi vieja), desciende a cornearme en el tímpano su canto:

—¿Qué haces ahí, con los brazos caídos, mirando las nubes, maldito holgazán, la boca abierta como el agujero de una cisterna? Haces miedo a los pájaros del cielo. ¿Qué esperas?, ¿que una alondra toda asada caiga dentro, o bien el llanto de una golondrina? ¡Mientras tanto yo me mato, soplo, sudo, me desvivo, trabajo como un viejo caballo para servir a este animal!... ¡Va, débil mujer, es tu lote!... Pues bien, no, no, porque el Altísimo no ha dicho que nosotros tendríamos toda la pena, y que Adam iría de aquí para allá, callejeando y las manos detrás de la espalda. Quiero que sufra también, y quiero que se aburra. ¡Si fuera de otro modo, si se divertiera, el tunante, habría de qué desesperar de Dios! Por fortuna estoy aquí yo a fin de cumplir sus santas voluntades. ¿Has acabado de reír?, ¡al trabajo si quieres hacer hervir la olla!... ¡Eh!, ¡mirad si me escucha!, ¿te moverás pronto?

Con una dulce sonrisa digo:

—Sí, mi bella. Sería un pecado quedarse en el aposento por esta mañana bonita.

Regreso al taller, grito a los aprendices:

—Me hace falta, amigos míos, una pieza de madera, ligante, dulce y apretada. Voy a ver a casa de Riou si tiene en el almacén algún hermoso tablón. ¡Hop!, ¡Cagnat!, ¡Robinet!, vamos a hacer nuestra elección.

Ellos y yo salimos. Y mi vieja gritaba. Digo:

—¡Canta siempre!

Pero este último consejo no era necesario. ¡Qué música!, yo silbaba para reforzar el cuplé. El buen Cagnat decía:

—Eh!, ama, se creería que nos vamos de viaje. En un pequeño cuarto de hora estaremos de regreso.

—¡Con ese brigante de ahí —dijo ella—, se sabe jamás!

*
**

Las nueve entonces sonaban. Íbamos a Béyant, el trayecto no es largo. Pero en el puente de Beuvron se detiene uno al pasar (hay que informarse de la salud de las gentes) para saludar a Fétu, Gadin y Trinquet, llamado Beau-Jean, que comienzan su jornada sentados en la calzada a mirar el agua correr. Se conversa un momento de la lluvia y del buen tiempo. Luego nos reanudamos en marcha

juiciosamente. Somos hombres de conciencia, vamos por lo más derecho, no charlamos con nadie (es verdad que en el camino no encontramos a nadie). Solamente (somos sensibles a las bellezas de la naturaleza) se admira el cielo, los brotes jóvenes de la primavera, en los fosos de los muros un manzano floreciendo, se mira a la golondrina, se hace parada, se discute la dirección del viento...

A medio camino pienso que no he abrazado hoy a mi Glodie. Digo: —Id yendo. Hago los dos caminos. En casa de Riou os alcanzo. Cuando llegué, Martine, mi hija, estaba en tren de lavar su tienda a gran agua, sin cesar de chacharear, de chacharear, de chacharear con el uno, con el otro, su marido, sus muchachos, el aprendiz, y Glodie, y dos o tres comadres además del vecindario con quienes se reía a bazo lleno sin cesar de chacharear, de chacharear, de chacharear. Y cuando hubo acabado, no de chacharear, sino de lavar, salió y vació el cubo en la calle a todo vuelo. Yo me había detenido unos pasos antes de entrar a fin de admirarla (me alegra los ojos y el corazón, ¡qué bocado!) y recibí la mitad del cubo en las pantorrillas. Ella no se rió sino mejor, pero yo mucho más fuerte que ella. ¡Ah, la bella gala que me reía en las narices con sus negros cabellos que le comen la frente, sus fuertes cejas, sus ojos que arden y sus labios todavía más, rojos como tizones y hinchados como ciruelas! Iba con el pecho desnudo y los brazos desnudos, gallardamente remangada. Dijo:

—¡A la buena hora!, al menos ¿lo has tomado todo?

Yo respondí:

—No falta mucho; pero no me importa el agua con tal de que no esté obligado a beberla.

—Entra —dijo—, Noé, del diluvio salvado, Noé el viñador. Entré, vi a Glodie sentada en corta falda, bajo el mostrador tapada:

—Buenos días, pequeño mitón.

—Apuesto —dijo Martine— que sé lo que te ha hecho salir tan temprano de la casa.

—Apuestas sobre seguro, conoces la razón, has mamado de su teta.

—¿Es la madre?

—¡Pardiez!

—¡Qué cobardes son los hombres!

Florimond, que entraba justo, recibió el paquete. Tomó un aire picado. Le dije:

—Es para mí. ¡No te ofendas, muchacho!

—Hay parte para dos —dijo ella—, no seas tan glotón. El otro guardaba siempre su dignidad herida. Es un verdadero burgués. Jamás ha admitido que se pudiera reír de él; así, cuando nos ve a los dos, a Martine y a mí, desconfía, espía con mirada sospechosa las palabras que van a salir de nuestras bocas que ríen. ¡Eh!, ¡pobres inocentes!, ¡qué malicia se nos presta!

Dije ingenuamente:

—Te burlas, Martine; sé que Florimond es dueño en su casa; no se deja, como yo, ganar la mano. Por lo demás su Florimonde es dulce, dócil, discreta, no tiene voluntad, obedece sin hablar. ¡La buena chica, sale a mí que siempre he sido un pobre hombre tímido, sumiso y aplastado!

—¿Has acabado pronto de burlarte del mundo! —hizo Martine de rodillas, que frotaba de nuevo (y te froto, y te froto) las baldosas, las ventanas con una alegría rabiosa.

And todo trabajando (yo la miraba hacer), desgoznábamos juntos buenas y drusas palabras. Al fondo del almacén que Martine llenaba con su movimiento, con su verbo, con su robusta vida, se mantenía arrinconado Florimond, ceñudo, estirado, de cuello almidonado.

Jamás está a sus anchas en nuestra sociedad; las palabras verdes lo espantan, y las sanas gauloiserías: chocan con su dignidad; y además no comprende que se ría por salud. Es tiquitito, pálido, flacucho y moroso; le gusta quejarse de todo; no encuentra nada bien, sin duda porque no ve sino a sí mismo. Una servilleta enrollada alrededor de su cuello de pollo, tenía el aire inquieto, y movía a la derecha, a la izquierda las pupilas; en fin, dijo:

—Se está a todos los vientos aquí, como en una torre. Todas las ventanas están abiertas.

Martine, sin interrumpirse, dijo:

—Eh!, ¿qué?, me ahogo.

Algunos minutos Florimond intentó mantenerse firme... (Soplaba, a decir verdad, un hermoso vientecillo fresco)... Y partió furibundo. La gallarda agachada levantó la cabeza y dijo con su buen humor afectuoso y burlón:

—Se va a volver a meter al horno.

Narquois, preguntaba si se entendía siempre con su pastelero. Se guardó bien de decirme que no. Ah, la maldita ladina, cuando se ha equivocado, la cortarían en cuatro antes de que confesara.

—¿Y por qué —dijo ella— no habría de entenderme? Es muy de mi gusto.

—Sí, vaya, me lo comería. Pero para tu gran boca —dije— un pequeño pastel está muy pronto tragado.

—De lo que se tiene —dijo ella— hay que contentarse.

—Bien dicho. A pesar de todo, si estuviera en el lugar del pequeño pastel, estaría, lo confieso, a medias tranquilo.

—¿Por qué?, no tiene nada que temer, porque soy leal en el trato.

¡Pero que lo sea él igualmente!, porque si no, el gandul, si me engaña, está avisado: no pasará el día que no sea coquericocu.

Cada cual sus bienes. A él los suyos. A mí los míos. ¡Por tanto, que cumpla con su deber!

—Todo su deber.

—¡Vaya!, ¡faltaría más sino ver que se quejara de que la doncella fuera demasiado hermosa!

—Ah, diablesa, no me engañe, fuiste tú quien respondió a la busa que traía la orden del cielo.

—Conozco más de un busardo —dijo ella—, pero sin plumas. ¿De cuál quieres hablar?

—¿No conoces —dije— la historia de la busa que unas comadres enviaron a Nuestro Padre para pedir que los chiquillos, apenas nacidos, pudieran trotar sobre sus dos piernas? El buen Dios dijo: «Bien lo quiero». (Es galante con las damas). «No pido en cambio nada sino una pequeña condición a mis amables parroquianas: que en adelante, bajo el edredón, mujeres, chicas y jovencitas acuesten solitas». La busa se llevó fiel el mensaje bajo su ala; y yo no estaba allí el día que llegó; ¡pero sé que el mensajero oyó de hermosas!

Martine se detuvo, sobre los talones sentada, de frotar para soltar grandes carcajadas; y luego me empujó gritando:

—¡Viejo charlatán!, ¡más que un tarro de mostaza, charlatán, baboso, babante!, ¡vete de ahí, vete!, ¡contador de balivernes! ¿A qué eres bueno, di?, ¡hacer perder el tiempo!, ea, despacha. Y toma, llévate también a este pequeño perro sin cola que arrastra en mis piernas, tu Glodie, sí, que viene de hacerse echar todavía del obrador y de meter sus patas, apuesto, en la masa (tiene en la nariz). Fuera, filad los dos, dejadnos, marmosetes, dejadnos trabajar, o tomo mi escoba...

Nos puso fuera. Partimos los dos muy contentos; fuimos juntos a casa de Riou. Pero nos detuvimos un poco a la orilla del Yonne. Mirábamos pescar. Dábamos consejos. And teníamos gran alegría cuando se hundía el corcho, o cuando del verde espejo el albur saltaba. Pero Glodie, al ver en el anzuelo al gusano que se torcía de risa, me dijo con un pequeño aire asqueado:

—Abuelito, le duele, va a ser comido.

—Eh!, mi mignonne —dije—, ¡sin duda!, ser comido es un pequeño inconveniente. No hay que pensar en ello. Piensa más bien en quien lo come, en el hermoso pez. Dice: «¡es bueno!».

—¡Pero si fuera a ti a quien se come, abuelito!

—¡Pues bien, lo diría también: «¡soy bueno! ¡El feliz bribón! ¡Ah, qué suerte tiene el gallardo que me come!».

¡He aquí, hija mía, he aquí cómo es el abuelito: siempre contento! Comedor, comido, no hay nada como arreglar la cosa en su cerebro. Un borgoñón lo encuentra todo bueno.

Conversando así ya nos encontramos (no eran las once) llegados a casa de Riou, sin haber pensado en ello. Cagnat y Robinet me esperaban, pero en paz, en la orilla tumbados; y Binet, que había tomado sus precauciones y su caña de pescar, molestaba al gobio. Entré en el astillero. A partir del momento en que estoy en medio de los hermosos árboles tendidos, desvestidos y desnudos, y que el buen olor a serrín me sube a la nariz, ama, confieso, el tiempo y el agua han podido correr. No puedo cansarme de tentarles los muslos. Amo un árbol más que a una mujer. Cada cual tiene su locura. Por más que sé el que quiero y tomaré. Si estuviera con el

Gran Turco y viera en un mercado a la que amo entre veinte bellas muchachas desnudas, ¿creen que me impediría mi amor por mi dama saborear con el ojo, al pasar, los encantos del resto del rebaño? ¡No soy tan tonto!, ¿por qué Dios me habría dado ojos ávidos de la belleza si, cuando aparece, debiera cerrarlos? No, los míos están abiertos como puertas cocheras. Todo entra, nada se pierde. Y como, viejo ladino, sé ver bajo la piel de las hembras astutas sus deseos, su malicia y su taimado pensamiento, así bajo la corteza ruda o lisa de mi árboles sé leer el alma encerrada que saldrá del huevo, si quiero empollarlo.

A la espera de que yo quiera, Cagnat, que se impacienta (es un tragalotodo en crudo, no hay sino nosotros los viejos que sepamos saborear), conversa a gritos con algunos gancheros que del otro lado del Yonne van callejeando, o hacen el pie de grue en el puente de Béyant. Porque en los dos suburbios, si los pájaros difieren, su costumbre es la misma: perchar durante el día las nalgas incrustadas en el borde de los puentes, y enjuagarse el pico en una taberna vecina. La conversación, como es la costumbre entre hijos de Beuvron e hijos de Belén, consiste en quiebros. Estos caballeros de Judée nos tratan de aldeanos, de caracoles de Borgoña y de muerdepiara. Y nosotros replicamos a sus amabilidades nombrándoles «guernouilles» y bocas de lucio... Digo nosotros, porque no puedo, cuando oigo cantar las letanías, dispensarme de decir mi: *¡Ora pro nobis!*, es por ser pulido. A quien os habla se debe responder. Después de que hubimos honestamente intercambiado algunas palabras bonitas (¡hete aquí que suena el ángelus de mediodía!, doy un brinco, patidifuso... ¡Hola!, el Tiempo, ¡hola!, ¡pero si tu reloj de arena huye!...) ruego primeramente a nuestros buenos gancheros ayudar a Cagnat y a Robinet a cargar mi carreta, y de acarrearla, *secundo*, a Beuvron con la madera que he elegido. Gritan mucho:

—¡Maldito Breugnon!, ¡tú no te cortas!

Gritan mucho, pero lo hacen. Me aman en el fondo.

Regresamos al galope. En el umbral de las tiendas, admirando nuestro cielo, nos miraban pasar. Pero cuando mi tiro llegó al puente de Beuvron y se encontró fieles a los otros tres gorriones, Fétu,

Gadin, Trinquet, que veían correr el agua, las piernas se detuvieron y las lenguas, presto, se pusieron en marcha. Los unos despreciaban a los otros porque hacían algo. Los otros despreciaban a los unos porque no hacían nada. Todo el repertorio de los cantores pasó por allí. En la muga de la esquina yo me había sentado, y esperaba el final para otorgar el premio. Cuando una voz me grita al oído:

—¡Brigante!, ¡te has vuelto!, en fin, ¿me dirás cómo desde las nueve, de Beuvron a Béyant, has pasado el tiempo? ¡El holgazán!, ¡qué desgracia!, ¿cuándo habrías regresado si yo no te hubiera tomado? ¡Al aposento, scélérat!, mi comida está quemada.

Dije:

—El premio lo tienes tú. Amigos míos, por más que hagáis: en lo que toca al canto, al lado de esa sois niños pequeños.

Mi elogio no hizo sino volverla más vana. Nos regaló aún otro trozo. Gritamos:

—¡Bravo!... Y ahora regresemos. Ve delante. Te sigo.

Mi mujer regresaba, pues, sosteniendo de la mano a mi Glodie, y seguida por los dos aprendices. Dócil, pero sin prisa, iba a hacer otro tanto cuando de la ciudad alta un ruido alegre de voces, sonerías de cuernos y el alegre carillón de la torre de San Martín me hicieron, viejo rastreador, renquear el aire en busca de un espectáculo nuevo. Era el matrimonio de monseñor d'Amazy con mademoiselle Lucrèce de Champeaux, hija del recaudador de las tallas y taillon.

Para ver entrar la boda, he aquí a todos que toman sus piernas a su cuello y trepan de cuatro en cuatro hacia la plaza del castillo. ¡Ya piensan si fui el último en correr!, son esas gangas que no se tienen todos los días. Solos Trinquet y Gadin y Fétu, los callejeros, no se dignaron levantar su trasero atornillado al borde del río, diciendo que no correspondía a ellos, gentes del suburbio, ir a rendir visita a los burgueses de la torre. Ciertamente amo el orgullo y el amor propio es hermoso. Pero sacrificarle mi diversión..., ¡servidor, mi amor!, tu forma de amarme vale la del cura que me azotaba de chiquillo, decía él, por mi bien...

Aunque había tragado de un solo trago la escalera de treinta y seis gradas que sube a San Martín, llegué (¡qué desgracia!) a la plaza demasiado tarde para ver entrar la boda. Hubo pues que (era de toda necesidad) esperar a que saliera. Pero estos malditos curas jamás tienen bastante con oírse cantar. Para ocupar el tiempo conseguí entrar a gran sudor en la iglesia pisando gentiment los vientres complacientes y los cojines rechonchos; pero me encontré atrapado a la entrada del atrio bajo el edredón humano, igual que en una cama, bien al calor, bajo la pluma. Si no hubiera sido por el santo lugar, confieso que habría tenido algunos pensamientos juguetones. Pero hay que ser grave, hay tiempo y lugar; y cuando debo, puedo serlo como un jumento. Pero acontece también que la punta de la oreja reaparece a veces y que el jumento rebuzna. Aconteció este día: porque mientras devoto y discreto seguía bostezando para ver mejor el alegre sacrificio de la casta Lucrece a monseñor d'Amazy, cuatro trompas de caza, por san Huberto, sonaron acompañando el oficio en honor del cazador; la jauría sola faltaba: se lamentaba mucho. Yo me tragué mi risa y, naturalmente, no pude impedirme silbar (pero muy bajo) la fanfarria. Solamente cuando vino el momento fatídico en que a la pregunta del cura curioso la desposada responde: «Sí», y que gallardamente las mejillas hinchadas sonaron la presa, fue demasiado, grité: —¡Hallali!

¡Ya piensan si se rieron! Pero el suizo llegó frunciendo el ceño. Me hice muy pequeño y, deslizándome a lo largo de las grupas, salí. En la plaza me encontré. La compañía no faltaba allí. Todos como yo, hombres de bien, sabiendo usar los ojos para ver, las orejas para creer y beber lo que han atrapado los otros ojos, y la lengua para contar lo que no se está forzado a haber visto para hablar de ello. ¡Dios sabe si me di todo!, para bien mentir no es necesidad venir de lejos. Así el tiempo pasó muy de prisa, para mí al menos, hasta el momento en que se volvió a abrir la gran puerta de la iglesia al ruido de los órganos. Apareció la caza. Glorioso marchaba a la cabeza el Amazy, sosteniendo del brazo a la bestia presa que rodaba sus hermosos ojos de cierva a la derecha, a la izquierda en minaudant... ¡Eh!, ¡prefiero no estar encargado de guardarla, a la

bella niña!, a quien la desbobine le dará hilo para torcer. Quien toma la bête, toma los cuernos...

Pero no vi más de la caza y de la curée, del montero y de la montera, y no sabría ni siquiera describir (no es por jactarme) el color de los hábitos del señor y el vestido de la desposada. Porque justo en ese momento nuestros espíritus fueron tomados y nuestra atención por la grave cuestión del orden y de la marcha y de la precedencia de los señores del cortejo. Ya me contaron que cuando habían entrado (¡ah!, ¡por qué no estaba yo allí!) el juez y procurador de la castellanía y monseñor el regidor, alcalde en título de oficio, así como dos carneros, en el umbral se habían topado. Pero el alcalde, más gordo, más fuerte, había pasado. Se trataba de saber ahora cuál de los dos saldría el primero y mostraría su nariz en el sagrado atrio. Hacíamos apuestas. Pero no salía nada: como una serpiente cortada, la cabeza de la boda proseguía su camino; el cuerpo no seguía nada. En fin, aproximándonos a la iglesia, vimos dentro, cerca de la entrada, de cada uno de los lados, a nuestros animales furiosos de los cuales cada uno impedía al rival pasar. Como en el santo lugar no osaban gritar, se les veía mover la nariz y los belfos, abrir ojos enormes, hacer la espalda en bola, fruncir la frente, soplar, hinchar las mejillas, todo ello sin que saliera un sonido. Nos sosteníamos las costillas; y apostando y riendo nosotros también habíamos tomado partido. Los hombres de edad por el juez, representante del señor duque (que querría el respeto para sí, lo predica a los otros); los jóvenes gallos por nuestro alcalde, campeón de nuestras libertades. Yo estaba por aquel de los dos que al otro zurrara mejor. Y se gritaba para excitar cada cual al suyo:

—¡Cz! ¡Cz!, ¡ve allá, monseñor Grasset!, ¡muérdele la cresta, mons Pétaud!, ¡ea, ea, bájale los humos!, ¡a por ellos!, ¡duro, borriquito!...

Pero estos pencos se contentaban con escupirse su rabia a las narices sin agarrarse por miedo sin duda de echar a perder sus hermosos trajes. A este paso la discusión habría arriesgado eternizarse (porque no era de temer que el pico se les helara), sin monseñor el cura, inquieto por llegar con retraso a comer. Dijo:

—Mis queridos niños, el buen Dios os oye, la comida os espera; no se debe en ningún caso hacer esperar una comida, hacer oír al Señor nuestra mala sombra en su templo. Lavemos la ropa en casa...

Si no lo dijo al menos (porque no oía nada), este debió de ser el sentido: porque vi al final que sus dos gruesas manos agarraban por la nuca y aproximaban sus hocicos para un beso de paz. Después de lo cual salieron, pero en la misma línea, así como dos pilares encuadrando en medio el vientre del cura. En lugar de un amo, tres. A disputas de amos pueblo no pierde jamás.

Habían pasado todos y regresado al castillo para comer la comida que bien habían ganado; nos quedábamos, gruesas bestias, bostezando en la plaza, alrededor de la marmita que no veíamos, como para tragar los olores de la comida. Para mejor contentarme me hice decir los platos. Éramos tres golosos, mons Tripet, Bauldequin y Breugnon, aquí presente, que nos mirábamos riendo a cada manjar que se nombraba y nos dábamos del codo en las costillas. Aprobábamos este plato, discutíamos ese otro: se habría podido hacer mejor si se hubiera consultado a gentes de experiencia como nosotros; pero en fin, ni falta de ortografía ni pecado capital; y la comida en suma era muy honorable. A propósito de un guiso cada cual dio su receta; y los que escuchaban añadieron su palabra. Pero sobre esto pronto un debate estalló (estos temas son ardientes; hace falta ser un mal hombre para poder hablar de ellos de corazón y de sangre fría). Fue sobre todo muy vivo entre la dama Perrine y la Jacquotte, que son rivales y hacen las grandes comidas en la ciudad. Cada una tiene su partido, cada partido pretende eclipsar al otro a la mesa. Son hermosos torneos. En nuestras ciudades las buenas comidas son las justas de los burgueses. Pero a pesar de que soy amigo de los hermosos debates, nada me es tan fatigante como oír contar las proezas de los otros cuando yo no actúo nada; y no soy hombre para nutrirme mucho tiempo del jugo de mi pensamiento y de la sombra de los platos que no como. Por eso estuve de acuerdo cuando mons Tripet me dijo (¡el pobre también sufría!):

—A hablar de cocina demasiado tiempo se vuelve uno, Breugnon, como un amante que habla demasiado de amor. No puedo más, hola, estoy en un estado para perecer, amigo mío, ardo, me consumo y mis entrañas humean. Vamos a regarlas y alimentar al animal que me roe el vientre.

—Acabaremos con él —dije—. Cuenta conmigo. Contra la enfermedad del hambre la medicina la mejor es comer, dijo un antiguo.

Fuimos juntos a la esquina de la Calle Mayor, al hotel de los Escudos de Francia y del Delfín: porque de regresar a nuestras casas pasadas las dos horas ninguno de nosotros pensaba; Tripet habría, como yo, temido encontrar allí la sopa fría y la mujer hirviendo. Era día de mercado, la sala estaba atestada. Pero si cuando está uno solo a la mesa, bien a sus anchas, está mejor para comer, cuando está uno bien apretado por buenos compañeros come mejor: así todo está siempre muy bien.

Durante un largo momento cesamos los dos de hablar, si no fue *in petto*, es decir, del corazón y de las mandíbulas, a un tocino salado con coles que rosa y dulce humeaba y se fundía. Por encima, roja frasca para aclarar la niebla que tenía sobre los ojos: porque comer y no beber, como dicen nuestros viejos, es cegar, no ver. Después de lo cual, la vista clara y el gaznate lavado, pude recomenzar a considerar bien a los hombres y la vida, que parecen más hermosos después de que se ha comido.

A la mesa vecina un cura de los alrededores tenía por vis-à-vis a una vieja granjera que le hacía la espalda en bola; se inclinaba, hablaba metiendo la cabeza dentro de su caracho, torciéndola de lado y dulzonamente levantando hacia él su cara, como en la confesión. Y el cura de igual modo la escuchaba de perfil, afable, y sin oírla, a cada reverencia respondía pulidamente con una reverencia, sin perder un bocado, y parecía decir: «Vaya, hija mía, *absolvo te*. Todos vuestros pecados os son perdonados. Porque Dios es bueno. He comido bien. Porque Dios es bueno. Y esta morcilla negra es muy buena».

Un poco más lejos nuestro notario, maestro Pierre Delavau, que invitaba a uno de sus confrades, hablaba de escudos, de la virtud,

de dinero, de política, de contratos, de república... romana (es republicano en versos latinos; pero en la vida prudente burgués, es buen servidor del rey).

Luego, al fondo, mi ojo vagabundo descubrió a Perrin le Queux, en blusa azul, tiesa almidonada, Perrin de Corvol-l'Orgueilleux, cuyo mirar al mismo instante encontrándose con el mío, se exclamó, se levantó y me llamó. Juraría que me había visto desde el principio; pero el taimado se mantenía quedo, porque me debe dos armarios de hermoso nogal desde hace dos años que he tallado. Vino a mí, me ofreció un vaso:

—Todo mi corazón, mi corazón os saluda...

...Me ofreció dos:

—«Para marchar derecho, sobre las dos piernas marchar se debe...»

...Me propuso tomar parte en su comida. Esperaba que habiendo comido dijera que no. Lo atrapé: porque dije que sí. Sobre mi crédito, tanto ganado. Recomencé pues, pero esta vez más calmo, posadamente, no teniendo ya que temer la hambruna. Poco a poco los comedores groseros, las gentes apresuradas que no saben comer, semejantes a los animales no más que a fin de nutrirse, habían vaciado los lugares; y no quedaban sino las personas honestas, gentes de edad y de talento que saben lo que vale lo bello, lo bueno, lo superior, y para quienes un buen plato es una buena acción. La puerta estaba abierta, el aire y el sol entraban, y tres gallinitas negras alargando su cuello tieso para picar las migas bajo la mesa y las patas de un viejo perro que dormía, y los chachareos de las mujeres en la calle, el grito del cristalero y: «¡A mi hermoso pescado!» y el rugido de un asno como un león. En la plaza polvorienta se veía a dos bueyes blancos enganchados a un carro, y tumbados, inmóviles, sus piernas replegadas bajo sus hermosos flancos lucientes, y la baba en la barbilla, mascando su espuma con mansedumbre. Unas palomas en el tejado, al sol, arrullaban. Yo habría hecho bien como ellas; y creo que todos nosotros, de lo más a gusto que nos sentíamos, si se nos hubiera pasado la mano a lo largo de la espalda habríamos hecho ronrón.

La conversación se estableció entre todos, de mesa a mesa, todos unidos, todos amigos, todos hermanos: el cura, el queux, el notario, su *partner*, y la hostelera de nombre tan dulce (es Baiselat: el nombre promete; ha cumplido y más allá). Para mejor charlar me iba del uno al otro, sentándome aquí, luego allá. Se habló de política. Para que la felicidad sea completa, después de cenar no disgusta pensar en la desgracia de los tiempos. Todos nuestros caballeros se lamentaban de la miseria, de la carestía, del poco negocio, de la ruina de nuestra Francia, de nuestra raza en decadencia, de los gobernantes, de los intrigantes. Pero prudentemente. No nombraban a ninguna de las personas. Los grandes tienen orejas grandes como ellos; no se sabe si no se va a ver pasar a cada momento un trozo bajo la puerta. Sin embargo, la Verdad, como buena borgoñona, estando al fondo del tonel, nuestros amigos se arriesgaron poco a poco a gritar contra aquellos de nuestros amos que estaban más lejos. Sobre todo se pusieron de acuerdo contra los italianos, Conchine, la vermina que la gorda dondona de Florencia, la reina, trajo en sus faldas. Si encontráis a dos perros que roen vuestro asado, de los cuales uno es extranjero, de los cuales el segundo es vuestro, espantáis a este, pero aplastáis al otro. Por espíritu de justicia, por contradicción, dije que no había que castigar a un solo perro, sino a los dos, que a oír a las gentes habría parecido que no hubiera mal en Francia sino italiano, que a Dios gracias no carecíamos ni de otros males ni de bribones. A lo que todos de una sola voz respondieron que un bribón italiano vale por tres y que tres italianos honestos no valen el tercio de un honesto francés. Repliqué que aquí o allá, donde están los hombres son los mismos animales, y que una bestia vale por otra, que un buen hombre de dondequiera que sea es bueno de ver y de tener; y cuando lo tengo lo amo bien, incluso italiano. Con esto me cayeron todos a la espalda bromeando, diciendo que se conocía mi gusto y nombrándome viejo loco, Breugnnon muévete-siempre, el peregrino, el errante, Breugnnon frotador de caminos... es verdad que en el tiempo he gastado muchos. Cuando nuestro buen duque, el padre del de hoy, me envió a Mantua y a Albissola a fin de estudiar los esmaltes, las lozas y las industrias de arte que desde entonces plantamos en la tierra de

nuestra casa, no he escatimado los caminos ni la suela de mis pies. Todo el trayecto de San Martín a San Andrés-el-Mantuano lo he hecho, el bastón en el puño, sobre mi dos piernas. Es placentero bajo sus talones ver la tierra que se alarga y amasar la carne del mundo... Pero no pensemos demasiado en ello: recomenzaría... ¡Se burlan de mí!, eh!, soy un galo, soy hijo de aquellos que saqueaban el universo. «¿Qué diablos has saqueado? —me dicen riendo—, ¿y qué has traído?» —«Tanto como ellos. Llenos mis ojos. Los bolsillos vacíos, es verdad. Pero la cabeza ahíta»... ¡Dios!, ¡qué bueno es ver, oír, gustar, rememorarse! Todo ver y todo saber no se puede, lo sé bien; ¡pero todo lo que se puede, al menos! Soy como una esponja que mama del océano. O bien más bien soy un racimo panzudo, maduro, lleno a reventar del hermoso jugo de la tierra. ¡Qué vendimia se haría si se fuera a pisarlo! No tan tonto, hijos míos, ¡soy yo quien se la beberá!, porque vosotros la desdeñáis. ¡Pues bien, tanto mejor para mí!, no insistiré. Antaño quise compartir con vosotros las migas de la felicidad que había recogido, todos mis hermosos recuerdos de los países de luz. Pero las gentes de nuestra tierra no son curiosas si no es de lo que hace el vecino, y sobre todo la vecina. El resto está demasiado lejos para creer en ello. ¡Si quieres, ve a verlo!, aquí veo tanto. «Agujero atrás, agujero adelante, los que vienen de Roma valen peor que antes». ¡Muy bien!, dejo decir y no fuerzo a nadie. Puesto que me la guardáis, guardo lo que he visto bajo mis párpados, al fondo de los ojos. No hay que querer hacer a las gentes felices a su pesar. Vale mucho mejor serlo con ellas a su manera, luego a la suya. Una felicidad vale menos que dos.

Por eso, todo dibujando sin que se lo imagine los belfos de Delavau, y al cura que bate las alas hablando, escucho y canto su cuplé que conozco: «¡Qué orgullo, qué alegría ser clamecycois!». Y pardiez, lo pienso. Es una buena ciudad. Una ciudad que me ha hecho no puede ser mala. La planta humana crece allí a sus anchas, grasamente, sin espinas, nada mala, a lo sumo de la lengua que tenemos bien afilada. Pero por maldecir un poco del prójimo (que responde), no va por ello peor, no se le ama sino mejor, y no se le haría daño en uno solo de sus cabellos. Delavau nos recuerda (and

de ello estamos orgullosos todos, incluso el cura) la tranquila ironía de nuestro Nivernais en medio de las locuras del resto del país, nuestro regidor Ragon rechazando unirse a los guisardos, a los ligueros, a los herejes, a los católicos, Roma o Ginebra, perros rabiosos o lobos cervales, y san Bartolomé viniendo a lavar en nuestra casa sus manos ensangrentadas. Alrededor de nuestro duque, todos apiñados, formábamos un islote de buen sentido donde se rompían las olas... ¡El difunto duque Louis y el difunto rey Henri, no se puede hablar de ellos sin estar enternecido!, ¡cómo nos amábamos!, estaban hechos para nosotros, nosotros estábamos hechos para ellos. Tenían sus defectos, ciertamente, todo como nosotros. Pero estos defectos eran humanos y los hacían más próximos, menos lejanos. Se decía riendo: «¡Nevers está aún verde!» o: «El año será bueno. No careceremos de niños. El verde galante nos hizo uno todavía...». Ah, hemos comido nuestro pan blanco primero. Así a todos nos gusta hablar de estos tiempos. Delavau ha conocido al duque Louis como yo. Pero solo yo he visto al rey Henri, y me aprovecho: porque antes de que me lo rueguen les hago el relato por centésima vez (es siempre la primera para mí, para ellos también espero si son buenos franceses), cómo lo vi, al rey gris, con sombrero gris, con hábito gris (por los agujeros pasaban sus codos), a caballo sobre un caballo gris, el pelo gris y los ojos gris, todo gris por fuera, por dentro todo oro...

Por desgracia el primer clérigo de mons notario me interrumpe para advertirle que un cliente muere y lo pide. Debe partir, muy a su pesar, —no antes de habernos gratificado con una historia que preparaba desde hacía una hora: (lo veía que en su lengua la daba vueltas; pero yo primero coloqué la mía). Seamos justos, era buena, me he reído bien. Para contaros la jugarreta el Delavau no tiene igual.

Después de que nos hubimos así repuesto de nuestras emociones, distendidos y lavados del gaznate al talón, salimos juntos... (debían de ser entonces las cinco menos un cuarto, o las cinco apenas... En tres pequeñas horas, ¡eh!, había cosechado con dos buenas comidas y alegres recuerdos un encargo del notario para dos baúles que me hace hacer)... La compañía se separó después de haber

tomado un bizcocho mojado en dos dedos de casis en casa de Rathery el boticario. Delavau acabó de contar allí su historia, y nos acompañó para oír otra hasta la Mirandole, donde nos separamos definitivamente después de haber hecho parada, el vientre al muro, para derramar nuestras últimas efusiones.

Como era demasiado tarde y demasiado pronto para regresar, bajé hacia Belén con un mercader de carbón que seguía a su carreta sonando el clarín. Cerca de la torre Lourdeaux me crucé con un carretero que corría empujando ante sí una rueda; y cuando la veía ralentizar, saltaba soltándole un viaje. Semejante a uno que corre tras la rueda de la Fortuna; y cuando va a subir encima ella se escapa. Y anoté la imagen a fin de servirme de ella.

Sin embargo estaba dudoso si debía retomar o no para regresar a la casa el más corto o el más largo, cuando vi de Panteor venir una procesión, la cruz a la cabeza que sostenía apoyándola en su barriga como una lanza un polizón no más alto que mi pierna y que tiraba la lengua al otro niño de coro entornando los ojos hacia la punta de su sagrado bastón. Después de él cuatro viejos llevaban cahin-caha debajo de un lienzo, con sus manos rojas y hinchadas, a un dormido que se marchaba bajo el alerón de su cura a la tierra a acabar su sueño. Por cortesía hice el acompañamiento hasta el aposento. Es más alegre cuando no está uno solo. Confieso también que seguía un poco a fin de oír a la viuda que, según el uso, iba bramando al lado del oficiante y relatando la enfermedad y los remedios que había tomado el difunto y su agonía, sus virtudes, su afecto, su complexión, en fin su vida y la de su desposada.

Alternaba su elegía con las canciones del cura. Seguíamos interesados: porque no tengo necesidad de decir que a todo lo largo cosechábamos bravos corazones para compadecer y orejas para oír. En fin, rendido a domicilio, en el albergue del buen sueño, lo posaron en su ataúd al borde de la fosa bostezante; y como un mendigo no tiene derecho a llevarse su camisa de madera (se duerme igual de bien todo desnudo), después de haber levantado el lienzo y la cubierta de la caja lo vaciaron al fondo del agujero.

Cuando hube arrojado encima una palada de tierra a fin de bordearle su cama, y hecho la señal de la cruz para apartar los

malos sueños, me marché muy satisfecho: lo había visto todo, oído todo, tomado parte en las alegrías, tomado parte en las penas; mi zurrón estaba lleno. Para terminar me regresé a lo largo del agua. Contaba tomar en el confluente de los dos ríos el Beuvron para regresar a mi casa; pero la tarde era tan hermosa que me encontré sin pensar en ello fuera de la ciudad, y seguí al Yonne embaucador que me arrastró hasta el canal de La Forêt. El agua calma y lisa se escapaba sin un pliegue en su vestido claro; estaba uno tomado por las pupilas como un pez que ha tragado un anzuelo; todo el cielo estaba como yo tomado en la red del río; se bañaba en él con sus nubes que se enganchaban flotando en las hierbas, en las cañas; y el sol lavaba sus crines doradas en el agua. Cerca de un viejo hombre me senté que guardaba, arrastrando la quilla, dos vacas magras; me interesé por su salud, le aconsejé calzarse la pierna con una media forrada de ortigas picantes (hago de curandero en mis ratos libres). Me relató su historia, sus males, sus duelos con alegría, pareció vejado de que lo creyera de cinco o seis años menos viejo (tenía setenta y cinco); ponía en ello su vanidad, estaba orgulloso de haber sido aquel que habiendo vivido más había aguantado más. Encontraba natural que se aguantara, que los mejores padecieran con los malos, puesto que en cambio los favores del Cielo se derraman sin distinguir sobre los malos y los mejores: al cabo de la cuenta así todo es igual, es bien, ricos y pobres, bellos y feos, todos un día dormirán en paz en los brazos del mismo Padre... Y sus pensamientos, su voz cascada como en la hierba los grillos, el borboteo de la esclusa, el olor a madera y a alquitrán que el viento traía del puerto, el agua inmóvil que huía, los hermosos reflejos, todo se acordaba y se fundía con la paz de la tarde.

El viejo partió, regresé solo a pequeños pasos mirando los círculos que giraban en el agua, y las manos detrás de mi espalda. Tan absorbido por las imágenes que flotaban sobre el Beuvron que olvidaba reparar adónde iba, dónde estaba: de suerte que bruscamente di un respingo al oírme interpelar del otro lado del río por una voz demasiado familiar... ¡Había sin haberme dado cuenta regresado ante mi casa! En la ventana mi dulce amiga, mi mujer me

mostraba el puño. Fingí no verla nada, los ojos fijos en la corriente; y sin embargo, chanzándome, la veía agitándose, gesticulando, la cabeza abajo, en el espejo del río. Me callaba; pero en mi vientre me reía, y mi vientre bajo mí rodaba. Cuanto más me reía, más indignada se zambullía en el Beuvron; y cuanto más clavaba en él la cabeza, más me reía. En fin, de rabia cerró de golpe puerta y ventana, y salió como un huracán para buscarme... Sí, pero le hizo falta pasar por encima del agua. ¿A la izquierda?, ¿a la derecha?, entre dos puentes nos encontrábamos... Eligió la pasarela a la derecha. Y naturalmente cuando la vi en este camino yo tomé el otro y me regresé por el gran puente donde solo Gadin, como una garza, permanecía plantado, estoico, desde la mañana.

Me encontré de nuevo en el aposento. Era la noche. ¿Cómo diablos pasan los días? No soy por fortuna como Tito, ese holgazán, ese romano que gimoteaba siempre que había perdido su tiempo. Yo no pierdo nada, estoy contento de mi jornada, la he ganado. Solamente me harían falta dos, dos cada día; no tengo bastante por mi dinero. Apenas comienzo a beber mi vaso está vacío; ¡está agrietado! Conozco a otras gentes que sorben el suyo, no acaban nunca. ¿Es que por azar tienen un vaso más grande? Pardiez, eso sería ahí injusticia clamorosa. ¡Eh!, allá arriba, el hostelero de la enseña del Sol, ¡tú que viertes el día, hazme buena medida!... Pero no, bendito seas, Dios mío, que me ha dado marcharme siempre de la mesa con el hambre y amar tanto el día (la noche es también buena) que de la una y de la otra ¡jamás tengo bastante!... ¡Cómo huyes, abril!, ¡tan pronto acabada, jornada!... ¡No importa!, bien he gozado de vosotras, os he tenido y os he sostenido. Y he besado tus pechos menudos, jovencita delgaducha, hija grácil de la primavera... Y ahora, ¡a ti!, ¡buenos días, la noche!, te tomo. ¡Cada una a su turno!, vamos a acostarnos juntos... Ah, sacrebleu, pero entre nosotros otra también estará acostada... Mi vieja entra...

V

BELETTE

Mayo.

Hacía tres meses que había recibido el encargo de un arcón con un gran aparador para el castillo de Asnois; y esperaba, antes de comenzar, a haber visto con mis propios ojos la casa, la habitación y el sitio. Porque un mueble hermoso es como un fruto que se debe recoger de la espaldera; no sabría brotar sin el árbol; y tal como es el árbol, tal es el fruto. No me habéis de una belleza que pudiera estar aquí o allá y que se ajusta a cualquier medio, como una muchacha a quien mejor le paga. Esa es la Venus de las encrucijadas. El arte es para nosotros alguien de la familia, el genio del hogar, el amigo, el compañero, y que dice mejor que nosotros lo que todos sentimos; el arte es nuestro dios laire. Si quieres conocerlo, debes conocer su casa. El dios está hecho para el hombre, y la obra para el lugar que ella completa y llena. Lo hermoso es lo que es más hermoso en su sitio.

Fui, pues, a ver el sitio donde podría plantar mi mueble; y allí pasé una parte de la jornada, incluidos el beber y el comer: porque el espíritu no debe hacer olvidar al cuerpo. Después de que ambos hubieron recibido satisfacción, retomé el camino por donde había venido y me regresé gallardamente a la casa.

Ya me encontraba en el cruce de las carreteras y, aunque no tenía ninguna duda sobre la que debía seguir, miraba de reojo el otro camino que veía correr entre las praderas, entre los setos florecidos. «¡Qué bueno sería —me decía— callejear por ese lado! ¡Al diablo las grandes carreteras, que conducen al destino todo rectos! El día es hermoso y largo. No vayamos, amigo mío, más de prisa que Apolo. Llegaremos siempre. Nuestra vieja no habrá perdido su labia por esperar... ¡Dios, qué placentero es de mirar este pequeño ciruelo de carita blanca! Vayamos a su encuentro. Nada más que cinco o seis pasos. El céfiro hace volar en el aire sus pequeñas plumas: se diría una nieve. ¡Cuántos pájaros garladores! ¡Ah!, ¡ah!, ¡qué delicia!... Y este arroyo que se desliza refunfuñando bajo la

hierba, como un gatito que juega a perseguir una pelota por debajo de una alfombra... Sigámoslo. He aquí una cortina de árboles que se opone a su carrera. Se quedará bien atrapado... Ah, el ladino mosquito, ¿por dónde ha pasado?... Aquí, aquí, debajo de las piernas, las viejas piernas nudosas, gotosas y deshinchadas de este olmo desmochado. ¡Mirad al descarado!... Pero ¿adónde diablos puede llevarme este camino?...»

Así discurría yo, marchando sobre los talones de mi sombra charlatana; y fingía, hipócrita, ignorar hacia qué lado quería atraernos este sendero embaucador. ¡Qué bien mientes, Colas! Más ingenioso que Ulises, te burlas de ti mismo. ¡Bien lo sabes tú, adónde vas! Lo sabías, taimado, desde el instante en que salías por la puerta de Asnois. A una hora por allá abajo está la alquería de Céline, nuestra pasión de antaño. Vamos a sorprenderla... Pero ¿quién de ella o de mí quedará más sorprendido? ¡Tantos años han pasado desde que la vi! ¿Qué habrá quedado de su carita maliciosa y de su fina boquita, a mi Belette? Bien puedo afrontarla; ahora ya no hay riesgos de que me muerda el corazón con sus dientes puntiagudos. Mi corazón está reseco, igual que un viejo sarmiento. ¿And tiene ella aún dientes? ¡Ah, Belette, Belotte, cómo sabían reír y morder tus dientecitos! ¡Bien te has burlado de este pobre Breugnon! ¡Bien lo has hecho girar, virar, *vire-vire*, voltear como una peonza! ¡Bah!, si eso te divertía, hija mía, razón tuviste. ¡Qué gran mentecato era yo!...

Me reos veo, con la boca abierta, apoyado con los dos brazos, los codos apartados, sobre el muro medianero de maestro Médard Lagneau, mi patrón que me enseñó el noble arte de esculpir. Y del otro lado, en un gran huerto contiguo al patio que servía de taller, entre las eras de lechugas y de fresas, de rábanos rosas, de verdes pepinos y de melones dorados, iba descalza, con los brazos desnudos y el pecho a medias desnudo, no teniendo por todo equipaje sino sus pesados cabellos pelirrojos, una camisa de lienzo crudo donde apuntaban sus pechos duros, y una corta falda que se detenía en las rodillas: una hermosa muchacha alerta, balanceando con las dos manos morenas y vigorosas dos regaderas llenas de agua sobre las cabezas hojosas de las plantas que abrían su

pequeño pico para drinking... Y yo abría el mío, que no era nada pequeño, pasmado, para ver mejor. Iba, venía, vertiendo sus regaderas, regresando a llenarlas luego en la cisterna, con los dos brazos a la vez, irguiéndose como un junco y volviendo a posar con precaución, en los estrechos senderos, sobre la tierra mojada, sus pies inteligentes de largos dedos, que parecían tantear al paso las fresas maduras y los fresones. Tenía rodillas redondas y robustas de muchacho joven. Me la comía con los ojos. Ella no tenía aire de ver que la miraba. Pero se aproximaba vertiendo su pequeña lluvia; y cuando estuvo muy cerca, de pronto me disparó el dardo de su pupila... ¡Ay!, siento el anzuelo y la red apretada de los lazos que me enredan. ¡Qué bien cierto es decir que «el ojo de la hembra una araña es tal»! Apenas fui tocado, me debatí... ¡Demasiado tarde! Me quedé, tonta mosca, pegado contra mi muro, las alas engatilladas... Ella ya no se ocupaba de lo que yo hacía. Sobre sus talones sentada, repicaba sus coles. De tiempo en tiempo solamente, con un guiño de lado, la astuta bestia se aseguraba de que la presa en la trampa seguía presa. La veía reírse de reojo, y por más que me decía: «Mi pobre amigo, vete, se chanza de ti», de verla reírse de reojo, me reía de reojo yo también. ¡Qué cara de atontado debía de tener entonces!... ¡Bruscamente, henos aquí que da un brinco de lado! Salta una era, otra, otra más, corre, salta, atrapa al vuelo una semilla de diente de león que navegaba blandamente por los arroyos del aire y, agitando el brazo, grita mirándome:

—¡Otro enamorado atrapado!

Diciendo esto, embutía la barca plumosa dentro de la entreabertura de su escotito, entre sus dos pechos. Yo, que para ser un tonto no soy de la especie de los galanes consumidos, le dije:

—¡Métame a mí también ahí!

Entonces se puso a reír y, con las manos en las caderas, recta enfrente, sobre sus piernas apartadas, me replicó:

—¡Mirad a este gordo glotón! No es para tus belfos para lo que mis manzanas maduran...

Así es como hice, una tarde de finales de agosto, conocimiento con ella, la Belotte, la Belette, la bella jardinera. Belette la nombraban porque, al igual que la otra, la dama del hocico puntiagudo, tenía el

cuerpo largo y la cabeza menuda, nariz astuta de picarda, boca avanzando un poco y bien hendida en horca para reír y para roer los corazones y las avellanas. Pero de sus ojos azul-duro, ahogados en la bruma de un hermoso tiempo tormentoso, y del rincón de sus labios de faunesa remilgada de sonrisa mordiente, se devanaba el hilo con que la pelirroja araña tejía su tela alrededor de las gentes. Pasaba yo ahora la mitad de mi tiempo, en lugar de trabajar, pasmado sobre mi muro, hasta que entre mis nalgas el pie de maestro Médard vigorosamente plantado venía a hacerme descender a la realidad. A veces la Belette gritaba impaciente:

—¿Bastante me has mirado, por delante, por detrás? ¿Qué quieres ver más de mí? ¡Ya debes de conocerme!

Y yo, guiñando el ojo finamente, decía:

—«Mujer y melón, apenas se conocen».

¡Con qué gusto habría cortado una tajada!... Tal vez otro fruto habría también servido. Era joven, la sangre caliente, enamorado de las once mil vírgenes; ¿era a ella a quien amaba? Hay horas en la vida en que uno se enamoraría de una cabra con toca. Pero no, Breugnon, blasfemas, no te crees ni una palabra. La primera a quien se ama es la verdadera, es la buena, es la que se debía amar; los astros la habían hecho nacer para desalterarte. Y es probablemente porque no me la he bebido por lo que tengo sed, siempre sed, y la tendré toda mi vida.

¡Cómo nos entendíamos! Pasábamos nuestro tiempo pinchándonos. Ambos teníamos la lengua bien colgada. Ella me decía injurias; y yo, por un celemín, le devolvía una fanega. Ambos con el ojo y el diente prontos para morder el bocado. Nos reíamos a veces de ello hasta atragantarnos. Y ella, para reír, después de una picardía, se dejaba caer a tierra, sentada de cuclillas, como si quisiera empollar sus rabanillos y sus cebollas.

Por la tarde venía a charlar cerca de mi muro. La veo una vez, todo hablando y riendo, con sus ojos audaces que buscaban en mis ojos el defecto de mi corazón para hacerlo gritar; la veo, los brazos levantados, atrayendo una rama de cerezo cargada de rojos colgantes que formaban una guirnalda alrededor de sus cabellos pelirrojos; y, sin recoger los frutos, picoteándolos del árbol, el pecho

tenso, el pico al aire, dejando los huesos. ¡Imagen de un instante, eterna y perfecta, juventud, juventud ávida que mama de los pechos del cielo! ¡Cuántas veces he grabado la línea de esos hermosos brazos, de ese cuello, de esos pechos, de esa boca golosa, de esa cabeza vuelta, en los paneles de los muebles, en un follaje florecido!... Y inclinado sobre mi muro, tendiendo el brazo, tomé violentamente, arranqué la rama que ella ramoneaba, apliqué a ella mi boca y chupé golosamente los húmedos huesos.

Nos encontrábamos también los domingos en el paseo, o en la bodega de Beaugy. Danzábamos; yo tenía la gracia de maestro Martin Bâton; el amor me daba alas: el amor enseña, según dicen, a los asnos a danzar. Creo que en ningún instante cesábamos de batallar... ¡Qué provocadora era! ¡Cuánto me largó, qué malicias mordientes sobre mi larga nariz de través, mi gran boca abierta donde se habría podido, decía ella, cocer un pastel, mi barba de zapatero, y toda esta mi cara que monseñor mi cura pretende hecha a imagen del Dios que me creó! (¡Qué atracón de risa tendré entonces cuando lo vea!). No me dejaba un minuto de reposo. Y yo tampoco era ni tartamudo ni manco.

En este juego prolongado comenzábamos ambos, verdadero Dios, a calentarnos... ¿Te acuerdas, Colas, de las vendimias en la viña de maestro Médard Lagneau? Belette estaba invitada. Estábamos lado a lado encorvados en las hileras. Nuestras cabezas se tocaban casi, y mi mano a veces, al despojar una cepa, encontraba por descuido su grupa o su pantorrilla. Entonces ella levantaba su cara encendida; como una potranca joven, me aplicaba una cox o me embadurnaba la nariz con el zumo de un racimo; y yo le aplastaba a ella uno, jugoso y negro, en su pecho dorado que el sol tostaba... Se defendía igual que una diablesa. Por más que la estrechaba, jamás conseguí una sola vez atraparla. Cada uno de nosotros acechaba al otro. Ella atizaba el fuego y me miraba arder, haciéndome un palmo de narices:

—No me tendrás, Colas...

Y yo, con aire inocente y agazapado sobre mi muro, gordo gato encogido en bola que hace el que duerme y, por la estrecha línea de

los párpados entreabiertos, espía al ratón que danza, me relamía de antemano:

—Reirá bien el último.

Pues bien, una tarde (era en este mismo mes), hacia el final de mayo (pero hacía entonces mucho más calor que hoy), el aire era agobiante; el cielo blanco os soplaba su aliento abrasador como la boca de un horno; dentro de este nido cobijado, desde hacía casi una semana, la tormenta empollaba sus huevos que no querían abrirse. Se derretía uno de calor; el cepillo estaba hecho agua y mi berbiquí se me pegaba a la mano. Ya no oía a Belotte, que hace un momento cantaba. La busqué con los ojos. En el jardín, nadie... De pronto la vi allá abajo, a la sombra de la cabaña, sentada en un escalón. Dormía, con la boca abierta, la cabeza vuelta, en el umbral de la puerta. Uno de sus brazos colgaba a lo largo de la regadera. El sueño la había bruscamente derribado. ¡Se ofrecía sin defensa, todo su cuerpo extendido, a medias desnuda y desmayada bajo el cielo inflamado, como una Dánae! Me creí Júpiter. Escalé el muro, aplasté al paso las coles y las ensaladas, la tomé a brazos llenos, la besé a boca llena; estaba caliente y desnuda y mojada de sudor; a medias dormida, se dejaba tomar, hinchada de voluptuosidad y, sin volver a abrir los ojos, su boca buscaba mi boca y me devolvía mis besos. ¿Qué pasó en mí? ¡Qué aberración! El torrente del deseo me corría bajo la piel; estaba ebrio, estrechaba esta carne amorosa; la presa que codiciaba, la alondra asada venía a caerme en el pico... Y he aquí (¡gran mentecato!) que no osé ya tomarla. No sé qué escrúpulo estúpido me embargó. La amaba demasiado, me era penoso pensar que el sueño la ligaba, que sostenía su cuerpo y no su espíritu, y que a mi orgullosa jardinera no la debería sino a una traición. Me arranqué a la felicidad, desanudé nuestros brazos, nuestros labios y los lazos que nos tenían clavados. No fue sin trabajo: el hombre es fuego y la mujer estopa, ardíamos ambos, yo temblaba y soplaba, como aquel otro tonto que venció a Antíope. En fin, triunfé, es decir, que me escapé. Treinta y seis años después de aquello el rubor me sube a la frente. ¡Ah, juventud imbécile! ¡Qué bueno es pensar que se ha sido tan tonto, y qué fresco le sienta eso al corazón!...

A partir de ese día fue conmigo una diablesa encarnada. Fantástica tanto como tres rebaños de cabras caprichosas, más que nube mudable, un día me disparaba un desprecio insultante o bien me ignoraba; otro me arcabuceaba con miradas lánguidas, con risas embaucadoras; escondida detrás de un árbol, me apuntaba taimadamente con un terrón de tierra que se aplastaba en mi cogote cuando tenía la espalda vuelta o —¡zas en la nariz!— con un hueso de ciruela cuando levantaba la nariz. Y luego, en el paseo, chachareaba, coqueteaba y cacareaba con el uno, con el otro. Lo peor es que se le ocurrió, para mejor despecharme, atrapar en la trampa a otro mirlo de mi ralea, mi mejor compañero, Quiriace Pinon. Éramos, él y yo, los dos dedos de la mano. Tales Orestes y Pílates, no había riñas, bodas o festines donde se viera al uno sin el otro, esgrimiendo la boca, la zancaja o el puño. Era nudoso como un roble, rechoncho, cuadrado de hombros y cuadrado de cerebro, franco de lengua y franco de collar. Habría matado a cualquiera que hubiera querido buscarme camorra. Fue él justamente a quien ella eligió para dañarme. No tuvo gran trabajo. Bastaron cuatro ojeadas y una media docena de las acostumbradas muecas. Hacer el aire inocente, lánguido, descarado, reírse de reojo, cuchichear o hacer la melindrosa, pestañear, batir los párpados, mostrar los dientes, su labio morder o bien relamerlo con su lengua puntiaguda, torcerse el cuello, contonearse de caderas y menear el rabadilla como una lavandera, ¿cuál es el hijo de Adán que no se dejaría atrapar por las pequeñas tretas de la hija de la serpiente? Pinon perdió el poco juicio que tenía. Desde entonces fuimos dos, perchados en nuestro muro, jadeantes y pasmados, acechando a la belette. Sin despegar los dientes, ya intercambiábamos miradas furiosas. Ella atizaba el fuego y, para mejor excitarlo, lo rociaba por momentos con una ducha de agua helada.

Por más que fuera mi despecho, me reía del remojito. Pero Pinon, ese gran caballo, bufaba en el patio. Juraba de rabia, blasfemaba, amenazaba, tempestaba. Era incapaz de comprender una broma, a menos que la hubiera hecho él (y nadie en ese caso la comprendía sino él; pero se reía por tres). La mozuela sin embargo, como mosca en la leche, se deleitaba bebiendo estas injurias amorosas; esta

ruda manera difería de la mía; y aunque esta gala taimada, buena bromista, gallarda, estuviera mucho más cerca de mí que de este animal relinchante, encabritándose, dando coces, petardeando, por diversión, por amor al cambio y para hacerme condenar, no tenía sino para él miradas prometedoras, sonrisas alicientes. Pero cuando se trataba de cumplir sus promesas y ya el tonto, fanfarrón, se disponía a sonar su fanfarria, ella le reía en las narices y lo dejaba corrido. Yo me reía también, bien entendido; y Pinon despechado volvía contra mí su rabia; y me sospechaba de quitarle a su bella. Aconteció que, cierto día, me pidió a bocajarro que le cediera el sitio. Yo dije con dulzura:

—Hermano, iba justamente a hacerte la misma petición.

—Entonces, hermano —dijo él—, hay que romperse la cabeza.

—En ello pensaba —respondí—; pero, Pinon, me cuesta.

—Menos que a mí, mi Breugnon. Vete, pues, si te place: basta un solo gallo en un solo gallinero.

—De acuerdo —dije—, vete tú: porque la gallina es mía.

—¡Mía!, has mentido —gritó—, ¡paleto, muerdetierras y comedor de requesón! Es mía, yo la tengo, ningún otro gustará de ella.

—Mi pobre amigo —respondo—, ¡entonces no te has mirado! ¡Auvernio, mascanabos, a cada cual su sopa! Este fino pastel de Borgoña es nuestro; me gusta, estoy goloso de él. No hay parte para ti. Ve a desenterrar tus nabos.

De amenaza en amenaza, vinimos a los golpes. Sin embargo, nos pesaba, porque nos queríamos bien.

—Escucha —me dijo—, déjamela, Breugnon: es a mí a quien prefiere.

—Ca —dije—, es a mí.

—Pues bien, preguntémosle. El rechazado se marchará.

—¡Hecho!, ¡que elija!...

¡Sí, pero id a pedirle a una muchacha que elija! Tiene demasiado placer en prolongar la espera, que le permite tomar en pensamiento al uno y al otro y no tomar a ninguno, y voltear, revolver en la parrilla a sus galanes... ¡Imposible asirla! Cuando le hablábamos de ello, Belette nos respondía con una carcajada.

Regresamos al taller, nos quitamos las chaquetas.

—No hay otro medio. Hace falta que uno de nosotros reviente.

Al momento de agarrarse, Pinon me dijo:

—¡Bésame!

Nos abrazamos dos veces.

—¡Ahora, vamos allá!

La danza comenzó. Íbamos los dos a buen juego buena moneda. Pinon me asentaba golpes como para hundirme el cráneo sobre los ojos y yo le hundía el vientre a golpes de rodilla. No hay nada como ser amigos para ser bien enemigos. Al cabo de unos minutos estábamos todos ensangrentados; y rojos riachuelos, así como viejo borgoña, nos corrían de la nariz... A fe mía, no sé cómo habría terminado aquello; pero seguramente uno de los dos habría tenido el pellejo del otro si por gran fortuna los vecinos amotinados y maestro Médard Lagneau, que regresaba al aposento, no nos hubieran separado. No fue nada cómodo: éramos como dogos; hubo que zurrarnos para hacernos soltar presa. Maestro Médard tuvo que tomar un látigo de carretero: nos azotó, abofeteó, y luego por fin razonó. Después del golpe, borgoñón sabio. Cuando uno se ha cardado bien, se vuelve filósofo, es mucho más fácil escuchar la razón. No estábamos muy orgullosos cuando nos mirábamos. Y fue entonces cuando apareció el tercer ladrón. Gordo molinero, rapado y pelirrojo, jofaina redonda, Jean Giffard, mejillas hinchadas, ojillos hundidos, tenía siempre el aire de embocar la trompeta.

—¡Qué dos hermosos gallos! —dijo destornillándose de risa—. ¡Bien adelantados estarán cuando para esa gallina se hayan comido la cresta y los riñones! ¡Mentecatos!, ¿no veis acaso que ella se pavonea de gusto cuando os cantáis las cuarenta? Es placentero, pardiez, para una de esas hembras arrastrar en sus faldas una ralea amorosa que brama tras su pellejo... ¿Queréis un buen consejo? Os lo doy por nada. Haced la paz entre vosotros, burlaos de ella, niños, ella se burla de vosotros. Volvedle los talones y partíos, los dos. Quedará bien compungida. Hará falta, de buen grado o de mal grado, que haga al fin su elección, y veremos entonces a cuál de los dos quiere. ¡Vamos, ea, filad!, ¡sin retraso!, ¡cortemos por lo sano!, ¡ánimo!, ¡seguidme, hombres de bien! Mientras arrastráis vuestras alpargatas polvorientas por los caminos de Francia, yo me quedo,

compañeros, me quedo para servirlos: ¡hay que ayudarse entre hermanos! Acecharé a la mozuela, os tendré al corriente de sus lamentaciones. En cuanto haya elegido, avisaré al ganador; el otro irá a hacerse colgar... ¡Y con esto, vamos a beber!, beber y beber ahoga la sed, el amor y la memoria...

Los ahogamos tan bien (bebimos como esponjas) que la tarde de ese día, al salir de la taberna, hicimos nuestro fardo, tomamos nuestro bastón; y henos aquí partidos por una noche sin luna, yo y el otro necio, gloriosos como dos cuescos y llenos de gratitud hacia ese buen Giffard, que se dilatava de gusto y cuyos ojillos, bajo los grasos párpados, en la cara luciente como chicharrones, se reían. Fuimos menos gloriosos a la mañana siguiente. No conveníamos en ello, hacíamos los listos. Pero cada cual rumiaba, rumiaba y no comprendía ya la sorprendente táctica, para tomar una plaza fuerte, de haber puesto los pies en polvorosa. A medida que el sol rodaba por el cielo redondo, nos encontrábamos ambos cada vez más Jocrisses. Cuando la tarde hubo llegado, nos acechábamos con el ojo, hablando negligentemente de la lluvia y del buen tiempo, pensando:

—Amigo mío, ¡qué bien hablas! Sin embargo querías dejarme plantado. Pero no hay peligro. Te amo demasiado, hermano mío, para dejarte del todo solo. Adondequiera que vayas (máscara, lo sé, lo sé...), te sigo los pasos.

Después de mucha, mucha treta a fin de despistarnos (ya no nos separábamos ni para ir a mear), en medio de la noche —fingíamos roncar, mordidos en la jergón por el amor y las pulgas—, Pinon saltó de la cama y gritó:

—¡Voto a veinte dioses!, jardo, ardo, ardo!, ¡no puedo más!, me regreso...

Yo dije:

—Regresemos.

Empleamos un día entero en regresar a nuestra casa. El sol se ponía. Hasta que vino la noche, permanecimos escondidos en los bosques del Mercado. No teníamos muchas ganas de que se nos viera entrar: se habrían burlado de nosotros. Y además queríamos sorprender a la Belette doliente, sola, llorando, acusándose:

«¡Alas!, amigo mío, amigo mío, ¿por qué te has marchado?». Que se mordiera los dedos por ello y suspirara, ninguna duda; ¿pero quién era el amigo? Cada cual respondía:

—Yo.

Pues bien, llegados sin ruido a lo largo de su jardín (una sorda inquietud nos picoteaba el pecho), bajo su ventana abierta y bañada por la luna, en la rama de un manzano vimos colgado... ¿Qué creéis?, ¿una manzana?, ¡un sombrero de molinero! ¿Os contaré la continuación? Buenas gentes, estaríais demasiado a gusto. Ya os veo, bromistas, que os expandís. El malheur del vecino es para vuestra diversión. Cabrones están siempre contentos de que crezca la cofradía...

Quiriace tomó su impulso y saltó como un gamo (de ello tenía los cuernos). Embistió contra el manzano del fruto harinoso, escaló el muro, se zambulló en la habitación, de donde salieron al instante gritos, chillidos, mugidos de ternero, juramentos...

—¡Voto a tal, voto a cual, sacripante, sacradiós, al asesino, a muerte, al socorro, cabrón, bribón, cornudo, golfa, boñiga, santurrón, sapo, patán, carca, te desorejaré, te desentriparé, te las daré verdes, maduras y podridas, te zurraré el trasero, toma, cara de lavativa!...

Y mamporros, y mamporros... ¡Y zas!, ¡y pan!, ¡y rran! ¡Patatras!, vidrios rotos, vajilla quebrada, muebles que se hunden, cuerpos gordos que ruedan, muchacha que pía, mosquitos que berrean... ¡A esta música diabólica (¡soplad, ministriles!), ya pensáis si se vio al barrio amotinado!

No me demoré nada en mirar la continuación. Bastante había visto. Retomé el camino por donde había venido, riendo con un ojo y con el otro llorando, la oreja baja y la nariz al viento.

—¡Bien, mi Colas —me decía—, de buena te has librado!

Y en lo más profundo de él, Colas estaba penado por no haber podido dejar sus polainas en la trampa. Hacía el bromista, me rememoraba todo el ruidazo, mimaba al uno, luego al otro, al molinero, a la muchacha, al asno, lanzaba suspiros como para desencajarme el alma...

—¡Alas!, ¡qué placentero!, ¡cuánta pena tiene mi corazón! Ah, moriré —decía— de risa... no, de dolor. ¡Por qué poco esta pequeña pícara no me puso bajo el aparejo mariteux y piteoso! ¡Eh!, ¿por qué no lo ha hecho?, ¡ojalá fuera cabrón!, al menos la habría tenido. ¡Ya es algo, ser aparejado por lo que se ama!... ¡Dalila!, ¡Dalila!, ¡ah, traderidera!...

Durante quince días estuve así tironeado entre las ganas de reír y las ganas de lagrimear. Resumía yo solo en mi cara de través toda la sabiduría antigua: Heráclito el llorón y Demócrito el hilarante. Pero las gentes, sin piedad, me reían todas en las narices. A ciertas horas, cuando pensaba en mi dama, me habría hecho desfallecer. Estas horas no duraban apenas. ¡Por fortuna!... Es muy hermoso amar; ¡pero por Dios, amigos míos, es demasiado amar cuando se muere de ello! ¡Bueno para los Amadises y para los Galaos! No somos en Borgoña héroes de novela. Vivimos: vivimos. Cuando nos hicieron nacer, no se nos preguntó si nos agradaba, nadie se informó de si queríamos la vida; pero puesto que estamos en ella, nombre de un buen hombre, en ella me quedo. El mundo tiene necesidad de nosotros... A menos que seamos nosotros quienes tengamos necesidad de él. Sea bueno o malo, para que lo dejemos hace falta que nos pongan fuera. Vino sacado, hay que beberlo. Vino bebido, saquemos otro de nuestros otros mameludos. No se tiene tiempo de morir cuando se es borgoñón. Para lo que toca a sufrir, igual de bien que vosotros (not seáis tan orgullosos), nos desempeñamos. Durante cuatro o cinco meses sufrí como un perro. And luego el tiempo nos pasa y deja nuestros pesares, demasiado pesados, en la otra orilla. Ahora me digo:

—Es como si la hubiera tenido...

¡Ah, Belette!, ¡Belotte!... Del mismo modo, no la he tenido. Y es este tripeandouille, Giffard, saco de harina, cara de calabaza, el que la tiene, el que la acaricia, la mima, Belotte, desde hace treinta años pasados... ¡Treinta años!... ¡su apetito debe de estar saciado! Por lo que se me ha dicho, ya no le quedaba apenas desde el día siguiente al día en que la desposó. Para este goloso, este glú, bocado tragado ya no tiene gusto. Sin el ruidazo que hizo en la cama, en el nido, encontrar a maestro cuco (¡ah, Pinon el chillón!), jamás el gorrón se

habría dejado pinchar para meter su gordo dedo en anillo demasiado estrecho... ¡lo, Himen, Himeneo!, bien atrapado, a mi fe. Más atrapada, Belette: porque molinero descontento se paga en su bestia. Y el más atrapado de los tres soy todavía yo. Ahora bien, por tanto, Breugnon, riamos (bien hay de qué) de él, de ella y de mí... Y he aquí que riendo divisé a veinte pasos, a la vuelta del sendero (¡gran Dios!, ¿habré charlado dos horas seguidas?), la casa de tejado rojo, persianas verdes, de la que una cepa sinuosa de viña, como una serpiente, vestía el vientre blanco con sus hojas pudorosas. Y ante la puerta abierta, a la sombra de un nogal, sobre un pilón de piedra donde corría un agua clara, una mujer inclinada a la que reconocí bien (sin embargo, no la había vuelto a ver desde hacía años). Y se me rompieron las piernas...

Por poco escapo. Pero ella me había visto, y me miraba continuando sacando agua de la fuente. Y he aquí que vi que ella también, bruscamente, me había reconocido... ¡Oh!, ella no mostró nada, era demasiado orgullosa; pero el cubo que sostenía corrió de sus manos al pilón. Y dijo:

—Juan de Lagny, que no tiene prisa... No te apresures, pues.

Yo respondo:

—¿Es que acaso me esperabas?

—Yo —dijo ella—, ¡me guardaré bien, mucho me importas tú!

—A mi fe —dije—, es como yo. Del mismo modo estoy muy a gusto.

—Y no me molestas nada.

Estábamos allí plantados, el uno enfrente del otro, ella con sus brazos mojados, yo en mangas de camisa, contoneándonos los dos; y nos mirábamos, y no teníamos ni la fuerza de vernos. Al fondo de la fuente el cubo continuaba drinking. Ella me dijo:

—Entra, pues, ¿tienes bien un momento?

—Un minuto o dos. Estoy un poco apresurado.

—No se sospecharía apenas. ¿Qué es, pues, lo que te trae?

—¿A mí?, nada —hice con aplomo—, nada, me paseo.

—Entonces eres muy rico —dijo ella.

—Rico no de dinero, sino de mi fantasía.

—No has cambiado —dijo ella—, eres siempre el mismo loco.

—Quien loco nació jamás sana.

Entramos en el patio. Ella volvió a cerrar la puerta. Estábamos solos en medio de las gallinas que cacareaban. Todas las gentes de la alquería habían ido a los campos. Para darse una apostura, también por costumbre, creyó bueno ir a cerrar, o bien abrir (no sé ya de fijo), la puerta del granero, regañando a Médor. Y yo, a fin de tomar un aire desembarazado, hablaba de su casa, de los pollos, de las palomas, del gallo, del perro, del gato, de los patos, del cerdo. ¡Habría enumerado, si ella me hubiera dejado, toda la arca de Noé!

De pronto dijo:

—¡Breugnon!

Se me cortó el aliento. Ella repitió:

—¡Breugnon!

Y nos mirábamos.

—Bésame —dijo ella.

No me hice de rogar. Cuando se es tan viejo eso no hace daño a nadie, si es que ya no hace gran bien. (Eso hace siempre bien). Sentir en mis mejillas, en mi viejas mejillas raspantes, sus viejas mejillas arrugadas, eso me picó los ojos con unas ganas de llorar. ¡Pero no lloré nada, no soy tan tonto! Ella me dijo:

—Picas.

—A mi fe —dije—, esta mañana, si se hubiera sabido que te besaría, me habría hecho la barbilla. Mi barba era más dulce hace treinta y seis años cuando yo quería, tú no, cuando yo quería, mi pastora, y ron ron ron *petit patapon*, frotarla contra tu barbilla.

—¿Entonces piensas siempre en ello? —dijo ella.

—Ca, no pienso jamás.

Nos miramos riendo, a ver cuál de los dos hacía bajar los ojos al otro.

—Orgullosa, tozuda, cabezota de mulo, ¡cómo te parecías a mí! —dijo ella—. Pero tú, grisáceo, no quieres envejecer. Ciertamente, Breugnon, amigo mío, no has embellecido, tienes las patas de gallo, tu nariz se ha ensanchado. Pero como no fuiste hermoso en ningún tiempo de tu vida, no tenías nada que perder y no has perdido nada. Ni uno solo de tus cabellos, lo juraría, ¡jegoísta! Es apenas si tu pelo aquí y allá está más gris.

Yo dije:

—Cabeza de loco, ya lo sabes, no encanece.

—Bribones de hombres vosotros, no os hacéis mala sangre, os tomáis buenos ratos. Pero nosotros envejecemos, envejecemos por dos. Mira esta ruina. ¡Alas!, ¡alas!, este cuerpo tan firme y dulce de mirar, más dulce de acariciar, este pecho, estos senos, estos lomos, esta tez, esta carne sabrosa y dura como un fruto joven... ¿dónde están y dónde estoy?, ¿dónde me he perdido?, ¿me habrías reconocido solamente si me hubieras encontrado en el mercado?

—Entre todas las mujeres te habría reconocido —dije—, los ojos cerrados.

—Los ojos cerrados, sí, ¿pero abiertos? Mira estas mejillas hundidas, esta boca desdentada, esta larga nariz afinada en hoja de cuchillo, estos ojos enrojecidos, este cuello marchito, este odre flácido, este vientre deformado...

Yo dije (bien había visto todo lo que relataba):

—Pequeña ovejita siempre parece jovencita.

—¿Entonces no reparas en nada?

—Tengo buenos ojos, Belette.

—¡Alas!, ¿adónde ha pasado tu belette, tu belette?

Yo dije:

—«Ha pasado por aquí, el hurón del bosque bonito». Se esconde, huye, se ha retirado. Pero la veo siempre, veo su fino hocico y sus ojos de malicia que me acechan y me atraen al fondo de su madriguera.

—No hay peligro —dijo ella— de que entres en ella. ¡Zorro, qué panza has echado!, ciertamente pesar de amor no te ha hecho adelgazar.

—¡Bien adelantado estaría! —dije—, el pesar hay que nutrirlo.

—Ven, pues, a hacer beber al niño.

Entramos en la alquería y nos sentamos a la mesa. No sé ya muy bien lo que bebí o comí, tenía el alma ocupada; pero no perdí por ello un golpe de diente ni de gatzate. Los codos en la mesa me miraba hacer: luego dijo chanceándose:

—¿Estás menos afligido?

—Como dice la canción —hice—: cuerpo vacío, alma desolada; y bien repleto, alma consolada.

Su gran boca delgada y burlona se callaba; y mientras que para hacer el presumido yo decía no sé qué, camisas de once varas, nuestros ojos se miraban y pensaban en el pasado. De pronto: —¡Breugnon! —dijo ella—. ¿Sabes?, jamás lo he dicho. Bien puedo hacerlo ahora que eso ya no sirve para nada. Era a ti a quien amaba.

Yo dije:

—Bien lo sabía yo.

—¡Lo sabías, bribón!, eh!, ¿por qué no me lo dijiste?

—Espíritu de contradicción, habría bastado con que lo dijera para que respondieras que no.

—¿Qué podía importarte eso si yo pensaba lo contrario?, ¿es la boca la que se besa, o bien lo que ella dice?

—Es que la tuya, pardiez, no se contentaba con decir. Algo supe de ello aquella noche que encontré en tu horno al molinero.

—Es tu culpa —dijo ella—, el horno no se calentaba para él.

Ciertamente es la mía también; pero bien fui castigada. Tú que lo sabes todo, Colas, no sabes sin embargo que lo tomé por despecho de que te marcharas. ¡Ah, cómo te la guardé!, ya te la guardaba aquella tarde (¿te acuerdas?) en que me desdeñaste.

—¿Yo? —dije.

—Tú, pillo, cuando me viniste a recoger en mi jardín una tarde en que estaba dormida, y luego me dejaste en el árbol con desprecio.

Yo puse el grito en el cielo y se lo expliqué. Ella me dijo:

—Bien he comprendido. ¡No te des tanto trabajo!, ¡gran mentecato!, estoy segura de que si fuera a rehacerse...

Yo dije:

—Lo rehacería.

—¡Imbécile! —hizo ella—, por eso te amaba. Entonces, para castigarte, me divertí haciéndote sufrir. Pero no pensaba que serías bastante tonto para huir del anzuelo (¡qué cobardes son los hombres!) en lugar de tragártelo.

—¡Muchas gracias! —dije—, al albur le gusta el cebo, pero se aferra a sus tripas.

Riendo del rincón de sus labios apretados, sin pestañear:

—Cuando supe —reanudó ella— tu riña con ese otro, ese otro animal del que no sé ya el nombre (estaba en tren de lavar mi ropa en el río, me dijeron que te degollaba), solté mi batidor (¡eh!, viva la Pepa) que se fue al hilo del agua, y pisoteando mi ropa, volcando a mis comadres, corrí sin zuecos, corrí a perder el aliento, quería gritarte: «¡Breugnon!, ¿no estás loco?, ¿no ves entonces que te amo?, ¡bien adelantado estarás cuando te hayas hecho atrapar uno de tus mejores trozos por la boca de ese lobo!, no quiero un marido despedazado, dislocado. Te quiero todo entero...» ¡Ah, landeridera, lanlaire, lanturlu!, mientras yo hacía todos estos desatinos, ese maestro atolondrado pimplaba en la taberna, no sabía ya por qué se había batido, y brazo con brazo con el lobo escapó (¡ah, el cobarde!, ¡el cobarde!), ¡huyó ante la oveja!... ¡Breugnon, cómo te he odiado!... Buen hombre, cuando te veo, cuando nos veo hoy, eso me parece cómico. Pero entonces, amigo mío, te habría con delicias desollado, asado vivo; y, no pudiendo castigarte, soy yo, puesto que te amaba, soy yo a quien castigué. El hombre del 默默moli se ofreció. En mi rabia lo tomé. Si no hubiera sido este asno, habría tomado a otro. A falta de un Martin Bâton, la abadía no habría holgado. ¡Ah, cómo me vengué!, no pensaba sino en ti mientras él...

—¡Te entiendo!

—...mientras él me vengaba. Pensaba: «¡Que regrese ahora!, ¿te pica la cabeza, Breugnon?, ¿tienes ya tu cuenta?, ¡que regrese!, ¡que regrese!»... ¡Alas!, regresaste más pronto de lo que yo habría querido... Ya sabes la continuación. A mi tonto me encontré ligada para la vida. Y el asno (¿es él o yo?) se ha quedado en el molino. Se calló. Yo dije:

—Al menos, ¿estás bien allí?

Ella encogió los hombros y dijo:

—Tan bien como el otro.

—¡Diablo! —hice—, ¿esta casa debe de ser un paraíso?

Ella se rió:

—Mi amigo Carabi, lo has dicho.

Hablamos de otra cosa, de nuestros campos y de nuestras gentes, de nuestras bestias y de nuestros hijos, pero hiciéramos lo que hiciéramos regresábamos al galope, regresábamos a nuestros

carneros. Yo pensaba que ella estaría muy a gusto de conocer los detalles de mi vida, de los míos, de mi casa; pero vi (¡oh, hembras curiosas!) que sabía sobre eso casi tan largo como yo. Luego, de hilo en aguja, he aquí que se cháchara de esto, de aquello, a la izquierda, a la derecha, cuesta arriba, cuesta abajo, por la alegría de charlar, sin saber adónde se va. Ambos a porfía diciendo calambures: era un fuego rodante, se perdía el aliento. Y no era necesidad insistir en las palabras: antes de que hubieran salido todavía del horno eran atrapadas del todo calientes.

Después de haber reído bien me limpiaba los ojos cuando oigo sonar las seis en el campanario.

—¡Buen Dios —dije—, me voy!

—Tienes tiempo —diod ella.

—Tu marido va a regresar. A verlo no me tengo.

—¡Y yo tampoco! —responde ella.

Por la ventana de la cocina se veía la pradera, que ya comenzaba su tocado de la tarde. Los rayos del sol poniente frotaban con su polvo de oro los millares de briznas de hierba de pequeñas narices estremecidas. Sobre los guijarros pulidos un arroyuelo saltaba. Una vaca lamía una rama de sauce; dos caballos inmóviles, uno negro con una estrella en la frente, el otro gris tordo, uno apoyando su cabeza en la grupa del otro, soñaban en la paz del día después de haber pastado. Entraba en la casa fresca un olor a sol, a lilas, a hierba caliente y a boñiga dorada. Y en la sombra de la habitación, profunda, mullida, oliendo un poco a rancio, subía de la taza de gres que sostenía en el puño el aroma afectuoso del casis borgoñón.

Dije:

—¡Qué bien se está aquí!

—¡Y así habría sido todos los días de la vida!

Ella me agarró la mano.

Yo dije (me molestaba haber venido a verla para causarle pesares):

—¡Oh!, ya sabes, mi Belette, ¡es tal vez mejor, bien mirado, es tal vez mejor como está!, nada has perdido en ello. Por un día va bien.

Pero para toda la vida, te conozco, me conozco, pronto tendrías bastante. No sabes qué mal diablo soy: pillastre, holgazán, borrachín, calavera, charlatán, atolondrado, tozudo, tragón,

malicioso, pendenciero, fantasioso, colérico, lunático, decidor de paparruchas. Habrías sido, hija mía, desgraciada como las piedras y te habrías vengado. Solo de pensarlo mis cabellos se erizan a los dos lados de mi frente. ¡Alabanza a Dios que lo sabe todo!, todo está bien como está.

Su mirada seria y taimada me escuchaba. Movi6 la nariz e hizo:

—Dices verdad, Jacquet. Lo sé, lo sé, eres un gran brib6n. (Ella no pensaba nada de eso). Sin duda me habrías pegado; yo te habría hecho cabr6n. Pero ¿qué quieres?, puesto que del mismo modo hay que ser lo uno y lo otro en este mundo (está escrito en los cielos), ¿no habría valido más que fuera lo uno por lo otro?

—Sin duda —hice—, sin duda...

—No tienes aire convencido.

—Lo estoy —dije—. Del mismo modo, de esta doble felicidad hay que saber pasarse.

Y levantándome, concluí:

—¡Nada de pesares, Belette!, de una forma o de la otra ahora sería lo mismo. Que no se ame uno o que se ame, cuando se está como nosotros al final de su rollo, ha pasado, ha pasado, es como si no hubiera habido nada.

Ella me dijo:

—¡Mentiroso!

(¡Y cómo decía la verdad!).

La besé, partí. Con los ojos me siguió, en el umbral apoyada en la jamba de la puerta. La sombra del gran nogal se alargaba ante nosotros. No me volví hasta que hube doblado el recodo del camino y estuve bien seguro de que ya no vería nada. Entonces me detuve para recobrar mi aliento. El aire estaba embalsamado por un cenador de glicinas. Y los bueyes blancos a lo lejos mugían en los prados.

Me puse en marcha; y, cortando por lo más corto, dejé el camino, subí el otero, partí a través de las viñas y me hundí bajo el bosque. No era sin embargo a fin de regresar más de prisa. Porque, una media hora después, me encontraba todavía a la linde del bosque, bajo las ramadas de un roble, inmóvil, de pie y mirando las musarañas. No sabía lo que hacía. Pensaba, pensaba. El cielo rojo

se apagaba. Miraba morir sus reflejos sobre las viñas de pequeñas hojas nuevas, brillantes, barnizadas, vinosas y doradas. Un ruiseñor cantaba... Al fondo de mi memoria, en mi corazón entristecido, otro ruiseñor cantaba. Una tarde semejante a esta. Estaba con mi dama. Subíamos un otero que tapizaban las viñas. Éramos jóvenes, alegres, grandes habladores y risueños. De pronto, no sé qué pasó en el aire, el soplo del ángelus, el aliento de la tierra en la tarde que se estira y suspira y os dice: «Ven a mí», la dulce melancolía que cae de la luna... Hicimos silencio ambos, y de golpe nos tomamos la mano y sin decirnos una palabra, y sin mirarnos, permanecíamos inmóviles. Entonces subió de las viñas sobre las cuales la noche de primavera se había posado, la voz del ruiseñor. Para no dormirse sobre las cepas cuyas zarzillos traidores se alargaban, se alargaban, se alargaban, alrededor de sus patitas enroscarse buscaban, para no dormirse cantaba a más no poder su vieja cantinela el ruiseñor de amor:

«La viña brota, brota, brota, brota, no duermo ni noche ni día...»

Y sentí la mano de Belette que decía:

—Te tomo y soy tomada. ¡Viña, brota, brota y líanos!

Descendimos la colina. Cerca de entrar nos separamos. Desde entonces más no nos tomamos. ¡Ah, ruiseñor, tú cantas siempre!, ¿para quién tu canto?, viña, tú brotas; ¿para quién tus lazos, amor?...

Y la noche estaba allí. Y la nariz hacia el cielo miraba, apoyado de nalgas en las manos, de manos en mi bastón, como un pico en su cola; miraba siempre hacia la copa del árbol donde florecía la luna. Intenté arrancarme al encanto que me sostenía. No pude. Sin duda el árbol me ligaba con su sombra mágica, que hace perder la ruta y el deseo de encontrarla. Una vez, dos veces, tres veces hice la vuelta, la rehice; a cada vez me volví a ver en el mismo punto, encadenado.

Entonces tomé mi partido y, extendiéndome en la hierba, me alojé esta noche a la enseña de la luna. No dormí mucho en esta hostería. Melancólicamente rumiaba mi vida. Pensaba en lo que habría podido ser, en lo que había sido, en mis sueños

derrumbados. ¡Dios!, ¡cuántas tristezas se encuentran al fondo de su pasado, en estas horas de la noche en que el alma está debilitada!, ¡cómo se ve uno pobre y desnudo cuando se levanta ante la vejez decepcionada la imagen de la juventud de esperanza vestida!... Recapitulaba mis cuentas y mis desengaños, y las magras riquezas que tengo en mi escarcela: mi mujer que no es nada hermosa, y buena otro tanto; mis hijos que están lejos de mí, no piensan nada como yo, no tienen de mí sino el paño; las traiciones de amigos y las locuras de los hombres; las religiones mortíferas y las guerras civiles; mi Francia desgarrada; los sueños de mi espíritu, mis obras de arte saqueadas; mi vida, un puñado de cenizas, y el viento de la muerte que viene... Y llorando dulcemente, mis labios apoyados contra el flanco del árbol, le confiaba mis penas, acurrucado entre sus raíces como en los brazos de un padre. Y sé que me escuchaba. Y sin duda que después a su vez habló y me consoló. Porque cuando algunas horas más tarde me desperté, nariz en tierra y roncando, de mi melancolía nada me quedaba sino un poco de agujetas en el corazón adolorido y un calambre en la pantorrilla.

El sol se despertaba. El árbol, lleno de pájaros, cantaba. Manaba cantos como un racimo de uvas que se prensa entre las manos. Guillaumet el pinzón, Marie Godrée el petirrojo, y la cerrajera, y la grisácea Sylvie, curruca que charla, y Merlot mi compadre, aquel al que prefiero porque nada le hace, ni frío, ni viento, ni lluvia, y porque siempre se ríe, siempre de buen humor, el primero en cantar desde el alba, y el último, y porque tiene como yo la nariz encendida. ¡Ah, los buenos muchachos, con qué corazón berreaban! A los terrores de la noche acababan de escapar. La noche gruesa de trampas que cada tarde descende sobre ellos como una red. Tinieblas sofocantes... quién de nosotros perecerá... Pero ¡farirarira!... tan pronto como se vuelve a abrir la cortina de la noche, desde que la risa pálida del aurora lejana comienza a reanimar el rostro helado y los labios blanqueados de la vida..., *oy ty, oy ty, la la-i, la la la, laderi, la rifl*..., ¡con qué gritos, amigos míos, con qué transportes de amor celebran el día! Todo lo que se ha sufrido, lo que se ha temido, el espanto mudo y el sueño helado, la noche, todo, *oy ty,*

todo... *frttt*... está olvidado. ¡Oh, día!, ¡oh, día nuevo!... ¡Enséñame, mi Merlot, tu secreto de renacer a cada alba nueva con la misma fe inalterable en ella!...

Continuaba silbando. Su robusta ironía me ragaillardissait. En la tierra agachado, silbé como él. El cuco..., «cuco blanco, cuco negro, gris cuco nivernés» jugaba al escondite al fondo del bosque.

«Cuco, cuco, el diablo te rompa el cuello!»

Antes de levantarme di una cabriola. Un liebre que pasaba me imitó: se reía; su labio estaba hendido a fuerza de haber reído. Me puse en marcha, canté a plenos pulmones:

—¡Todo es bueno, todo es bueno!, compañeros, el mundo es redondo. Quien no sabe nadar va al fondo. ¡Por mis cinco sentidos abiertos a ventanas anchas, a plenos batientes, entra, mundo, corre en mi sangre!, ¿voy a ceñir la vida, así como un gran mentecato, porque no tengo de ella todo lo que de ella querría? Cuando se pone uno a querer «Si tuviera... Cuando tenga...», no hay medio de detenerse jamás; ¡se está siempre decepcionado, se desea siempre más de lo que os es dado!, incluso monseñor de Nevers. Incluso el Rey. Incluso Dios el Padre. Cada cual tiene sus límites, cada cual está en su esfera. ¿Voy a agitarme, gemir porque no puedo salir de ella?, ¿estaría mejor en otra parte? Estoy en mi casa, en ella me quedo, y me quedaré, ¡voto a bríos!, tan largo tiempo como pueda. ¿Y de qué me quejaba?, no se me debe nada, en suma. Habría podido no vivir... ¡Buen Dios!, cuando pienso en ello tengo frío en la espalda. ¡Este hermoso pequeño universo, esta vida, sin Breugnon!, ¡y Breugnon sin la vida!, ¡qué triste mundo, oh, amigos míos!... Todo está bien como está. ¡Al diablo lo que no tengo!, pero lo que tengo lo sostengo...

Con un día de retraso regresé a Clamecy. Os dejo pensar cómo fui allí acogido. No me importó apenas; y subiendo al granero, así como lo veis, he puesto en el papel, moviendo la nariz, hablando solo, sacando la lengua de lado, mis penas y mis placeres, los placeres de mis penas...

Lo que es enconado de soportar es, después, dulce de relatar.

VI

LOS PÁJAROS DE PASO

O LA SERENATA EN ASNOIS

Ayer por la mañana supimos del paso por Clamecy de dos huéspedes de marca, mademoiselle de Termes y el conde de Maillebois. No se detuvieron nada y continuaron su ruta hasta el castillo de Asnois, donde deben residir tres o cuatro semanas. El consejo de los regidores decidió, según el uso, enviar al día siguiente a los dos nobles pájaros una delegación a fin de presentarles, en nombre de la ciudad, nuestras felicitaciones por su feliz viaje. (¡Se diría que es milagro cuando uno de estos animales se viene en su carrozado acolchado, bien al calor, de París a Nevers, sin equivocarse de rodera o romperse los huesos!). Siempre según los usos, el consejo decidió añadir para su pico algunos finos pasteles, orgullo de la ciudad, gruesos bizcochos glaseados, nuestra especialidad. (Mi yerno, pastelero, Florimond Ravisé, hizo poner tres docenas. Estos caballeros del consejo se contentaban con dos; pero nuestro Florimond, que es también regidor, lo hace todo con largueza: a dieciséis sueldos la pieza: es la villa la que paga). En fin, para encantar todos sus sentidos a la vez, y porque, según parece, se come mejor con música (nada me importa a mí, si como y bebo), se encargó a cuatro maestros croque-notas de elección, dos violas, dos oboes, además un tamboril, de ir en sus rabeles a sonar la serenata a los huéspedes del castillo embutiendo el pastel. Me puse en la banda con mi flautín, sin que se me hubiera rogado. No podía perder una ocasión de ver caras nuevas, sobre todo cuando se trata de volatería de corte (no de corral; os tomo por testigos de que no he dicho nada de eso). Amo su fino plumaje, su cháchara y sus modales cuando se alisan las plumas o van contoneándose, torciendo el culo, la nariz al viento y describiendo círculos con sus alas, sus patas y sus zancas. Por lo demás, sea de corte o de otra parte, de dondequiera que venga, el que me trae algo nuevo para mí es siempre hermoso. Soy hijo de Pandora, me

gusta levantar la tapadera de todas las cajas, de todas las almas, blancas, roñosas, grasas, magras, nobles o bajas, hurgar en los corazones, saber lo que pasa en ellos, inquirir de los asuntos que no me miran, meter mi nariz en todas partes, rastrear, humear, gustar. Me haría azotar por curiosidad. Pero no olvido por ello (podéis estar tranquilos) mezclar siempre lo placentero con lo útil; y como justamente para el señor de Asnois tenía en mi taller dos grandes paneles esculpidos, encontré muy cómodo hacerlos llevar, sin soltar bolsa, en una de las carretas con los delegados, las violas, los oboes y los bizcochos glaseados. Habíamos tomado también con nosotros a mi Glodie, la hija de Florimond, para aprovechar el carro (era una ocasión) sin que costara nada. Y otro regidor llevaba a su muchacho. En fin, el boticario cargó en la camioneta jarabes, hipocrás, hidromiel, confituras, que pretendía ofrecer, siendo de sus productos, a expensas de Clamecy. Noto que mi yerno lo encontraba muy malo, diciendo que eso no era la costumbre y que si cada maestro, carnicero, panadero, zapatero, barbero, etcétera, quería hacerlo así, se arruinaría a la ciudad y a los particulares. No tenía tanta falta de razón; pero el otro era regidor como él, Florimond: no había nada que decir. Los pequeños están sujetos a las leyes; y los otros las hacen.

Se partió en dos carros: el alcalde, los paneles, los regalos, los chiquillos, los cuatro músicos y los cuatro regidores. Pero yo iba a pie. ¡Bueno para los impotentes hacerse acarrear como terneros al matadero o viejas al mercado! A decir verdad, el tiempo no era de los más hermosos. El cielo estaba pesado, tormentoso, harinoso. Febo disparaba su ojo redondo y abrasador sobre nuestros cogotes. El polvo y las moscas se elevaban de la carretera. Pero aparte de Florimond, que teme por su tez blanca más que una señorita, todos estábamos contentos: un aburrimiento compartido es una diversión. Mientras se vio la torre de San Martín, cada uno de los bellos caballeros guardó el aire compasado. Pero tan pronto como se estuvo fuera de los ojos de la ciudad, todas las frentes se aclararon y los espíritus se pusieron, como yo, en mangas de camisa. Se intercambiaron primero algunas palabras saladas. (Es la manera en nuestra tierra de ponerse en apetito). Luego uno cantó, luego el otro;

creo, Dios me perdone, que fue el alcalde en persona quien entonó el cuplé. Yo jugué con mi flautín. Todos los otros se pusieron a ello. Y, perforando el concierto de las voces y de los oboes, la pequeña voz tiple de mi Glodie subía, revoloteaba y piaba, piaba como un gorrión.

No se iba muy de prisa. De por sí los rocines en las subidas se detenían, soplaban, petardeaban. Para reanudar la ruta se esperaba a que hubieran exhalado su música. En la cuesta de Boychault nuestro tabellión, maestro Pierre Delavau, nos hizo hacer un gancho (no se le podía rechazar: era el único regidor que no había pedido nada) para ir, camino haciendo, a redactar en casa de un cliente un proyecto de testamento. Cada cual lo encontró bueno; pero aquello fue un poco largo; y nuestro Florimond, acordándose en este punto con el boticario, encontró aún materia de recriminación. «Prefiero una uva, aun demasiado verde, para mí que dos higos para ti». Maestro Pierre Delavau no por ello terminó menos, sin prisa, su asunto; hubo bien de aceptarlo, a las duras y a las maduras, monseñor el boticario.

En fin, llegamos (se termina siempre por llegar) como la mostaza después de comer. Nuestros pájaros salían de la mesa cuando entró el postre por nuestras manos traído. Pero se quedaron libres de recomenzar: pájaros comen siempre. Nuestros caballeros del consejo, a las aproximaciones del castillo, habían tenido cuidado de hacer una parada penúltima a fin de revestir sus ropas de gala, a la sombra del sol cuidadosamente plegadas, sus hermosas ropas de luz, cálidas a los ojos, risueñas al corazón, de seda verde para el alcalde y de lana amarillo claro para sus cuatro compadres: se habría dicho un pepino y cuatro calabazas. Entramos haciendo sonar nuestros instrumentos. Al ruido se vio salir de las ventanas las cabezas de los mozos desocupados. Nuestros cuatro vestidos-de-lana y el habitado-de-seda subieron el porche, a la puerta del cual se dignaron mostrarse (yo no veía muy bien) sobre dos gorgueras dos cabezas («en la gorguera se conoce a la bête»), rizadas, enrubanadas, así como dos carneros. Nosotros otros, croque-música y patanes, nos quedábamos en medio del patio. De suerte que no pude oír de tan lejos el hermoso discurso latín que hizo

nuestro notario. Pero de ello me consolé: porque creo que maestro Pierre fue el único en escucharlo. Me guardé bien en cambio de perder el espectáculo de mi pequeña Glodie subiendo a pasos menudos las gradas de la escalera, así como una María en la Presentación, y estrechando contra su giron, entre sus dos menotas, la cesta de bizcochos escalonados que subían hasta su barbilla. No perdió ni uno solo: los empollaba con los ojos y con los brazos, la golosa, la pícara, la mignonne... ¡Dios!, me la habría comido...

El encanto de la infancia es como una música; entra en los corazones más seguramente que la que nosotros ejecutábamos. Los más orgullosos se humanizan; se vuelve uno niño, olvida un instante su orgullo y su rango. Mademoiselle de Termes sonrió a mi Glodie, gentilmente la besó, la sentó en sus rodillas, la tomó por la barbilla y, rompiendo por la mitad un bizcocho, dijo: «Tiende tu pico, compartamos...» y metió el trozo más grueso en el pequeño horno redondo. Entonces yo, en mi alegría, grité a plena voz:

—¡Viva la buena y bella, la flor del Nivernais!

Y en mi flautín hice un alegre trino que hiendió el aire así como con su grito agudo la golondrina.

Todos al instante a reír volviéndose hacia mí; y Glodie bate las manos gritando:

—¡Abuelito!

Monseñor de Asnois me llama:

—Es ese loco de Breugnon...

(Él se conoce, a mi fe. Lo es tanto como yo).

Me hace señal. Vengo con mi flautín, subo de paso guillerito y saludo...

(Cortés de boca, mano al bonete, poco cuesta y bueno es).

...saludo a la derecha, a la izquierda, saludo delante, detrás, saludo a cada uno, a cada una. Y sin embargo, con ojo discreto, observo y trato de hacer la vuelta de la señorita suspendida en su vasto vertugado (se habría dicho un badajo de campana); y desnudándola (en pensamiento, eso se entiende), me río de verla perdida, toda menuda y desnuda debajo de sus bártulos. Era larga y delgada, un poco morena de piel y muy blanca de polvos, hermosos ojos castaños lucientes como escarbucos, nariz de pequeño gorrino

rastreador y goloso, boca buena para besar, grasa y roja, y en las mejillas unos tirabuzones de rizos. Dijo al verme, con aire condescendiente:

—¿Es de vos esta bella niña?

Replico finamente:

—¿Qué sabemos nosotros, señora? He aquí a monseñor mi yerno. A él corresponde responder de ello. No respondo de ello por él. En todo caso, es nuestro bien. Ninguno nos lo reclama. No es como el dinero. «Hijos son riqueza de pobres gentes».

Dignó sonreír, y mi señor de Asnois se desternilló a gran ruido.

Florimond se rió también; pero su risa era amarilla. Yo permanecía serio, hacía el tonto. Entonces el hombre de la gorguera y la dama de la campana quisieron condescender a cuestionarme (me habían tomado ambos por un ministril) sobre lo que podía muy bien reportar mi oficio. Respondo como es justo:

—Tanto como nada...

Sin decir lo que hacía, por lo demás. ¿Por qué lo habría dicho?, no me lo preguntaban nada. Esperaba, quería ver, me divertía.

¡Encuentro bastante placentera la altura familiar y ceremoniosa que todos estos bellos caballeros, estos ricos, creen deber tomar con los que no tienen nada y son mendigos!, ¡parece que siempre les hagan la lección! Un pobre es un niño, no tiene su razón... Y luego (no se dice, pero se piensa) es su culpa: Dios lo ha castigado, está bien; ¡el buen Dios sea bendito! Como si yo no estuviera allí, el Maillebois decía en voz alta a su comadre:

—Puesto que también, señora, no tenemos nada que hacer, aprovechemos a este pobre diablo; tiene el aire un poco necio, va de aquí para allá sonando el flautín: debe de conocer bien al pueblo de las tabernas. Inquiramos de él de lo que la provincia piensa, si es que...

—¡Chut!

—...si es que piensa.

Me preguntaron, pues:

—Pues bien, buen hombre, dinos, ¿cuál es el espíritu del país?

Repito:

—¿El espíritu?

tomando el aire de un atontado.

Y guiñaba el ojo a un gordo señor de Asnois, que se tiraba de la barba y me dejaba ir, riendo bajo su ancha garra.

—El espíritu no me tiene aire de correr la provincia —dijo el otro con ironía—. Te pregunto, buen hombre, lo que se piensa, lo que se cree. ¿Se es buen católico?, ¿se está devoto al rey?

Respondo:

—Dios es grande, y el rey es muy grande. Se les ama bien a los dos.

—¿And qué se piensa de los príncipes?

—Son grandes caballeros.

—¿Se está entonces con ellos?

—Sí, vaya, monseñor, sí.

—¿And contra Concini?

—Se está por él también.

—¡Cómo, diablo, cómo!, ¡pero si son enemigos!

—No digo yo... Eso se puede... Se está por todos los dos.

—¡Hay que elegir, por Dios!

—¿Es que hace falta, señor?, ¿no puedo dispensarme de ello? En ese caso, bien lo quiero. ¿Por quién es por quien estoy?... Señor, os lo diré uno de estos cuatro lunes. Voy a pensar en ello. Pero me hace falta tiempo.

—Eh!, ¿qué es lo que esperas?

—Pero, señor, saber quién será el más fuerte.

—Bribón, ¿no tienes vergüenza?, ¿no eres capaz de distinguir el día de la noche y al rey de sus enemigos?

—A mi fe, señor, ca. Me pedís demasiado. Veo bien que es de día, no soy ciego; pero entre gentes del rey y gentes de los señores príncipes, para lo que toca a hacer elección verdaderamente no sabría decir cuáles beben mejor y hacen más estragos. No digo ningún mal; tienen buen apetito: es que se encuentran bien. Buena salud os deseo igualmente. Los bellos comedores me placen; yo haría otro tanto. Pero para nada celer, prefiero a mis amigos que comen en casa de los otros.

—Granuja, ¿entonces no amas nada?

—Señor, amo mi bien.

—¿No puedes inmolarlo a tu maestro, el rey?

—Bien lo quiero, señor, si no puedo de otro modo. ¡Pero querría sin embargo saber, si no fuéramos en Francia algunos que amamos nuestras viñas y nuestros campos, lo que el rey podría meterse bajo el diente! A cada cual su oficio. Los unos comen. Los otros... los otros son comidos. La política es el art de comer. Pobres gentes, ¿qué podríamos hacer de ella?, ¡a vosotros la política y a nosotros nuestra tierra! Tener una opinión no es asunto nuestro. Somos ignorantes. ¿Qué sabemos nosotros sino, como Adán nuestro padre —(él fue también el vuestro, dicen; pero en cuanto a mí, no creo nada, perdón..., vuestro primo tal vez...)—, qué sabemos nosotros sino por tanto empreñar la tierra y hacerla fecunda, cavar, labrar sus flancos, sembrar, hacer brotar la avena y el trigo, podar, injertar la viña, segar, cosechar las gavillas, batir el grano, pisar la uva, hacer el vino, el pan, fender la madera, tallar la piedra, cortar el paño, coser el cuero, forjar el hierro, cisellar, carpintear, cavar los canales y las rutas, edificar, levantar las ciudades con sus catedrales, ajustar con nuestras manos en la frente de la tierra el tocado de los jardines, hacer florecer en los muros y los paneles de madera el encanto de la luz, desvestir de la vaina de piedra que los encierra a los bellos cuerpos blancos y desnudos, atrapar al acecho en el aire los sonidos que pasan y aprisionarlos en los flancos marrón dorado de un violín gemidor o en mi flauta hueca, en fin hacernos dueños de la tierra de Francia, del fuego, del agua, del aire, de los cuatro elementos, y hacerlos servir a vuestro entretenimiento..., ¿qué sabemos nosotros de más, y cómo tendríamos la pretensión de creer que comprendíamos nada de los asuntos públicos, de las querellas de los príncipes, sagrados designios del rey, juegos de la política y otras metafísicas? No hay que mear más alto que el culo. Somos bestias de carga y hechos para ser batidos. ¡De acuerdo!, pero de qué puño nos agrada más, y qué vara nos es más mullida al lomo..., ¡grave cuestión, señor, demasiado fuerte para mi cerebro! A deciros lo verdadero, lo uno o lo otro, poco me importa. Haría falta para responderos tener la vara en la mano, sopesar la una y la otra, y ensayarla muy bien. ¡A falta de lo cual, paciencia!, sufre, sufre, yunque. Sufre mientras eres yunque. Golpea cuando seas martillo...

El otro, indeciso, me miraba, la nariz fruncía y no sabía si debía reír o enfadarse, cuando un escudero de la suite, que me había visto antaño en casa de nuestro difunto buen duque de Nivernois, dijo: —Monseñor, lo conozco, el original: buen obrero, fin carpintero, gran palabrero. Es escultor de su oficio.

El noble señor no pareció por este aviso modificar su opinión sobre Breugnon; no comenzó a testimoniar algún interés por su chétiva persona («chétiva» está puesto ahí, hijos míos, por modestia: porque peso un poco menos que una barrica) sino cuando supo por el escudero y por su huésped, mons d'Asnois, que de mis obras tal y cual príncipe hacían caso. No fue entonces el último en extasiarse con la fuente que en el patio se le mostró, por mí esculpida, representando muchacha remangada que lleva en su delantal dos patos debatiéndose, abriendo el pico, el ala batiendo. Después vio en el castillo muebles míos y paneles. Monseñor d'Asnois se pavoneaba. ¡Estas ricas bestias!, ¡se diría que esta obra que han pagado con sus dineros la han creado ellos!... El Maillebois, para honrarme, juzgó asonantado extrañarse de que me quedara en este país, ahogado, lejos de los grandes espíritus de París, y permaneciera acantonado en estos trabajos de paciencia, de verdad, nada inventado —de atención, ninguna envolada—, de observación, nada de ideas, nada de símbolo, alegoría, filosofía, mitología—, en resumen, nada de todo lo que asegura al conocedor que es de la grande escultura. (Un gran señor no admira nada que no sea grande).

Respondi modestamente (humilde soy, un poco benet) que sabía muy bien lo poco que valía, que cada cual en sus límites debe encerrarse. Un pobre hombre de nuestra ralea nada ha visto, nada ha oído, nada conoce, por tanto se mantiene, cuando es sabio, en el humilde piso del Parnaso donde uno se abstiene de todo designio vasto y sublime; y de la cima donde se perfilan las alas del sagrado caballo, desviando sus ojos espantados, cava abajo, al pie del monte, la cantera cuyas piedras podrán servir para su casa. De espíritu nacido por pobreza, nada hace, nada concibe que no sea de uso cotidiano. El arte útil, he ahí su lote.

—¡El arte útil!, las dos palabras juran juntas —dijo mi tonto—. No hay de bello sino lo inútil.

—¡Grande palabra! —asentí—. Muy verdadero es. En todas partes en el arte y en la vida. Nada es más hermoso que un diamante, un príncipe, un rey, un gran señor o una flor.

Se marchó contento de mí. Monseñor d'Asnois me tomó del brazo y me sopló:

—¡Maldito bromista!, ¿has acabado de guasearte?, sí, haz la bête. Corderito balador, te conozco. No digas que no. ¡Para este hermoso fresal de París cosechón a tu gusto, ve, hijo mío!, pero si jamás te avisaras de atacarme a mí también, ¡guarda, Breugnon, muchacho!, porque tendrás del bastón.

Protesté:

—¡Yo, monseñor!, ¡atacarme a Vuestra Grandeza!, ¡mi benefactor!, ¡mi protector!, ¿es posible prestar a Breugnon esta negrura?... Pase aún ser negro, ¡pero por Dios, ser tonto!, ¡a otros, si os place!, no es nuestro hecho. Muchas gracias, amo demasiado mi pellejo para no respetar bien el que sabe hacerse respetar. No me froto; vaya, no tan tonto. Porque sois no solamente el más fuerte (eso va de suyo), sino mucho más listo que yo. Eh!, no soy sino un zorrito cerca de Zorro en su castillo. ¡Cuántos trucos en vuestro saco!, ¡cuántos habéis metido dentro, jóvenes y viejos, locos y prudentes!

Se expandió. Nada place tanto como ser alabado por el talento que se tiene menos.

—Es bueno —dijo—, maestro charlatán. Dejemos mi saco, veamos más bien lo que llevas en el tuyo. Porque me sospecho que si vienes no es para nada.

—Ved, ved, lo habéis —dije— otra vez adivinado. Uno es de vidrio. Leéis en los corazones todo como Dios el Padre...

Desempaqueté mis dos paneles, así como una obra italiana (una Fortuna sobre su rueda, antaño comprada en Mantua), que di, no sé cómo, viejo atolondrado, como mía. Los alabaron moderadamente... Después (¡qué confusión!) les mostré una obra mía (un medallón de jovencilla), que di por italiana. ¡Se exclamaron, se reciclaron, hicieron de los jo!, hicieron de los ja! Se pasmaron de admiración. El Maillebois, que de ello bataba, dijo que se veía en él el reflejo del

cielo latín, del suelo dos veces bendito de los dioses, de Jesucristo y de Jupín. Monseñor d'Asnois, que de ello rebuznaba, me contó por él treinta y seis ducados; —del otro, tres.

Repartimos hacia la tarde. Al regresar, para animar a la compañía, relaté que otra vez monseñor el duque de Bellegarde había venido a Clamecy a tirar al pájaro. El buen señor no veía a cuatro pasos. Estaba yo encargado, cuando tiraba, de hacer caer al pájaro de madera, y en su lugar presentar, pronto y adroit, otro derecho al corazón agujereado. Se rió mucho; y después de mí cada uno a su turno largó alguna buena lindeza de nuestros señores... ¡Estos buenos señores!, cuando se aburren en su grandeza realmente, ¡ah!, ¿por qué no pueden saber cuánto son para nosotros placenteros?

Pero esperé para el relato del medallón a que estuviéramos, la puerta cerrada, en la casa. Cuando lo supo, mi Florimond me reprochó amargamente haber vendido a tan buen precio como mía la obra italiana, puesto que habían tan fuertemente gustado y pagado la que no lo era sino de nombre. Respondí que quería divertirme de las gentes, sí bien, ¡pero desplumarlas para eso no! Se encarnizaba preguntándome con agrura ¡la hermosa pierna que aquello podía hacerme divertirme a mis expensas!, ¿de qué sirve burlarse de las gentes si no se tiene por su dinero?

Entonces Martine, mi buena hija, le dijo con grande sabiduría: —Así somos, Florimond, pequeños y grandes en la familia, siempre contentos, siempre contando y riéndonos de los cuentos que nos contamos. ¡Va, no te quejes de ello, mi buen!, porque a eso debes no ser diez-puntas todavía. Saber que puedo engañarte a todos momentos me causa tanto entretenimiento que me paso de hacerlo... ¡Pero no tomes un aire tan sombrío!, ¡nada de pesares!, porque es como si lo fueras. Retrae tus cuernos, caracol. Veo la sombra.

VII

LA PESTE

Primeros días de julio.

Bien se dice: «El mal se va a pie, pero viene a caballo». Se ha puesto de postillón de los carreteros de Orleans para rendirnos visita. El lunes de la semana pasada un caso de pestilencia fue sembrado en Saint-Fargeau. Mala semilla, pronto crecimiento. Al final de la semana había otros diez. Luego, luego, aproximándose a nosotros, ayer la peste estalla en Coulanges-la-Vineuse. ¡Bello ruido en la charca de los patos! Todos los bravos han tomado las piernas a su cuello. Hemos embalado mujeres, niños y ansarinos, y los hemos expedido lejos, a Montenoison. A algo malo el malheur es bueno. Ya no hay cháchara en mi casa. Florimond ha partido también con las damas, pretextando, el capón, que no podía dejar a su Martine cerca de parir. De los gordos caballeros muchos encontraron buenas razones para hacer una vuelta de paseo, la camioneta enganchada; el día les pareció bueno para ir a ver cómo se portaban sus cosechas. Nosotros otros que nos quedábamos hacíamos los bromistas. Nos guasábamos de los que tomaban precauciones. Los señores regidores habían colocado guardas en las puertas de la ciudad, en la carretera de Auxerre, con orden severa de espantar a todos los pobres y patanes del exterior que intentaran entrar. Para los otros, gentes de copete y burgueses cuya bolsa estaba sana, debían someterse al menos a la visita de nuestros tres médicos, maestro Etienne Loyseau, maestro Martin Frotier y maestro Philibert des Veaux, enjaezados para parar los asaltos del fléau con una larga nariz llena de ungüentos, una máscara y gafas. Aquello nos hacía bien reír; y maestro Martin Frotier, que era un buen hombre, no pudo sostener su serio. Arrancó su nariz diciendo que no se cuidaba de hacer la coquecigrue y que no creía nada en esas paparruchas. Sí, pero murió de ello. Es verdad que maestro Etienne Loyseau, que creía en su nariz y dormía con ella, murió ni más ni menos. Y solo escapó maestro Philibert des Veaux, que, más avisado que sus confrades, abandonó

no su nariz, sino su puesto... ¡Vaya!, quemo la etapa, ¡y heme aquí ya a la cola de la historia antes de haber solamente redondeado mi exordio! Recomendemos, hijo mío, y de nuevo tomemos nuestra cabra por la barba. Esta vez, ¿la sostienes?...

Por tanto, hacíamos los buenos Richard-sin-miedo. ¡Se creía uno tan seguro de que la peste no nos haría el honor de su visita! Tenía la nariz fina, se decía; el perfume de nuestras tenerías la ofuscaba (cada cual sabe que no hay nada más sano). La última vez que vino al país (era hacia el año mil quinientos ochenta, tenía yo la edad de un buey viejo, catorce años), avanzó la nariz hasta el umbral de nuestro aposento y luego, habiéndolo rastreado, se había regresado. Fue entonces (bien los hemos bromeado desde entonces) cuando las gentes de Châtel-Censoir, descontentas de su patrón, el gran san Potenciano que los protegía mal, lo habían puesto a la puerta, tomaron a prueba a otro, luego a otro, luego a otro; cambiaron de él siete veces, eligiendo por turno a Saviniano y Peregrino, Filiberto e Hilario. Incluso, no sabiendo ya a qué santo encomendarse, se encomendaron al de una santa (¡los gallardos!) y, a falta de Potenciano, tomaron a Potenciana.

Nos rememorábamos riendo esta historia, buenos luronos, fanfarrones y valientes espíritus fuertes. Para mostrar que no dábamos en esas supersticiones, no más que en las de los médicos y regidores, fuimos bravamente a la puerta del Chastelot a hacer la conversación por encima de los fosos con los que se quedaban en la otra orilla encallados. Incluso por fanfarronería algunos encontraban medio de deslizarse fuera e ir a beber una frasca en una posada próxima con alguien de aquellos a cuyas narices la puerta del paraíso estaba cerrada, o bien con uno de los ángeles postrados para guardarla (porque no tomaban su facción en serio). Yo hacía como ellos. ¿Podía dejarlos solos?, ¿era soportable que otros a mi barba se expansionaran, se batieran y degustaran juntos frescas nuevas y vino fresco? Habría reventado de despecho.

Salí, pues, viendo a un viejo granjero al que conocía bien, el padre Grattepain, de Mailly-le-Château. Brindamos juntos. Era un gordo regocijado, redondo, rojo y fornido, que lucía al sol de sudor y de salud. Hacía el glorioso todavía bien más que yo, nargando la

enfermedad y diciendo que era invención de los médicos. No había sino pobres diablos, a su creer, que morían, no de mal, sino de miedo.

Me decía:

—Os doy mi receta por nada:

Ten tus pies bien al calor, ten vacíos tus intestinos. No veas a Margarita, de todo mal estarás libre.

Pasamos una buena hora soplándonos en la nariz. Tenía la manía de taponaros la mano y de amasaros el muslo o el brazo hablando. No pensaba yo en ello entonces. Pensé al día siguiente.

Al día siguiente la primera palabra que me dijo mi aprendiz fue:

—Sabe, patrón, el padre Grattepain ha muerto...

Ah!, no estuve orgulloso, tuve frío en la espalda. Me dije:

—Mi pobre amigo, puedes engrasar tus botas; tu historia ha terminado, o no tardará apenas... Voy a mi banco de trabajo, me pongo a bricolar a fin de distraerme; pero os ruego creer que no tenía apenas la cabeza en lo que fabricaba. Pensaba:

—¡Tonta bestia!, eso te enseñará a hacer el listo.

Pero en Borgoña no somos hombres para rompernos la cabeza sobre lo que hacía falta hacer el anteayer. Estamos en esta jornada. ¡Por san Martín, mantengámonos en ella!, se trata de defenderse. El enemigo no me tiene todavía. Pensé un momento en pedir consejo a la botica de san Cosme (los médicos, me entendéis bien). Pero me guardé bien y nada hice de ello. Había, a pesar de mi turbación, suficientemente guardado del buen sentido de nuestra casa para decirme:

—Hijo, los médicos no saben de ello más que nosotros. Tomarán tu dinero y, por toda tu sopa, te enviarán a yacer en un parque de apestados donde no faltarás de empestar por completo. ¡Guárdate de decirles nada!, ¿no eres loco, tal vez?, si no se trata sino de morir, bien lo haremos sin ellos. Y por Dios, así como está escrito, «en despecho de los médicos, viviremos hasta el tránsito».

Por más que me aturdía y hacía el fardón, comenzaba a sentirme el estómago revuelto. Me tanteaba aquí, luego allá, luego... ¡Ay!, esta vez es ella... Y lo peor, llegada la hora de comer, ante una cazuela de grasos alubias rojas, cocidas en el vino con tajadas de tocino

salado (hoy que hablo de ello lloro de pesar), no tuve el valor de abrir las mandíbulas. Pensaba, el corazón apretado:

—A buen seguro me voy. El apetito está difunto. Es el comienzo del fin...

Ahora bien, por tanto, sepamos al menos poner nuestros asuntos en orden. Si me dejo morir aquí, estos bribones de regidores harán quemar mi casa bajo pretexto (¡camisas de once varas!) de que otros tomarán en ella la peste. ¡Una casa toda nueva!, ¡hace falta que el mundo sea malo o sea tonto! Antes de que eso sea, preferiría en mi estiércol reventar. ¡Los atraparemos bien!, no perdamos tiempo...

Me levanto, me pongo mi hábito más viejo, tomo tres o cuatro buenos libros, algunas bellas sentencias, cuentos grasos de Galia, los apotegmas de Roma, las *Palabras doradas* de Catón, las *Serées* de Bouchet y el *Nuevo Plutarco* de Gilles Corrozet; los meto en mi bolsillo con una vela y un mendrugo de pan; despido al aprendiz; cierro mi aposento y bravamente me voy a mi casilla de viña, fuera de la ciudad, pasada la última casa en la carretera de Beaumont. El aposento no es grande. Una casucha. Una pieza de desahogo donde se meten las herramientas, un viejo jergón y una silla desfondada. If hay que quemarlos, el mal no será grande.

No había llegado cuando comenzaba a castañetear de boca como un cuervo. La fiebre me abrasaba, tenía un dolor de costado y el molleja torcido como si estuviera vuelto... Entonces, ¿qué hice, bravas gentes?, ¿qué os voy a relatar?, ¿qué actos heroicos, qué magnánima frente opuesta, a semejanza de los grandes caballeros de Roma, a la fortuna enemiga y al mal de vientre?... Bravas gentes, estaba solo, nadie me veía. ¡Ya pensáis si me corté para jugar ante los muros al Régulo romano!, me arrojé sobre el jergón y me puse a rebuznar. ¿Nada habéis oído de ello?, mi voz era muy clara. Habría podido llevar hasta el árbol de Sembert.

—¡Ah! —gimoteaba—, Señor, se puede que persigáis a un tan buen hombrecito que nada os ha hecho... ¡Ah, mi cabeza!, ¡ah, mis flancos!, ¡qué duro es marcharse en la flor de sus años!, ¡alas!, ¿tenéis de veras empeño en llamarme tan pronto?... ¡Ah!, ¡ah!, ¡mi espalda!... Ciertamente estaré encantado —honrado quiero decir—

de rendiros visita; pero puesto que debemos siempre vernos, un poco más tarde, un poco más temprano, ¿a qué viene esta prisa?... ¡Ah!, ¡ah!, ¡la rate!... No estoy apresurado... Señor, no soy nada sino un pobre gusanito. ¡Si no hay otro medio, sea hecha vuestra voluntad!, ya lo veis, soy humilde y dulce, resignado... ¡Maldito!, ¡quieres levantar el campamento!, ¿qué tiene entonces este animal para roerme el costado?...

Cuando hube rebuznado bien, no sufría menos por ello, pero había gastado mi vigor patético. Me dije:

—Pierdes tu tiempo. O Él no tiene orejas, o será todo como. Si es verdadero, como se dice, que eres su imagen, Él no hará sino a su cabeza; te desgañitas en vano. Gobierna tu aliento. ¡No tienes de ello más tal vez que por una hora o dos, y vas, imbécile, a despilfarrarlo al viento!, gocemos de lo que nos queda de este bello viejo almacén que nos será fuerza dejar (¡alas, amiga mía, será bien a mi pesar!); no se muere sino una vez. Al menos satisfacemos nuestra curiosidad. Veamos cómo se hace para salir de su pellejo. Cuando era niño, nadie sabía mejor con ramas de sauce fabricar bellos flautillos. Con el mango de mi cuchillo golpeaba sobre la corteza hasta que se despellejaba. Supongo que Aquel que me mira desde allá arriba está en tren de divertirse de igual modo con la mía. ¡Duro!, ¿se irá ella?... ¡Ay!, ¡el golpe fue bueno!... ¿Es permitido que un hombre de esta edad se plazca en balivernes de niño pequeño?... Ea, Breugnon, no sueltes, y mientras la corteza sostiene todavía, observemos y anotemos lo que pasa debajo. Examinemos este cofre, espumemos nuestros pensamientos, estudiemos, rumiemos, rebañemos los humores que en mi páncreas se mueven, hacen remolinos y querellas de alemanes; saboreemos estas colicas, sondemos y retanteemos nuestras tripas y nuestros riñones...

...Así me contemplo. De tiempo en tiempo interrumpo para rebuznar mis investigaciones. La noche no pasaba apenas. Enciendo mi vela, la clavo en el gollete de una vieja botella (olía a casis, pero el casis estaba lejos: ¡imagen de lo que prometía ser antes de la mañana siguiente!, el cuerpo se había marchado, no quedaba sino el alma). Torcido en mi jergón, me esforzaba en leer. Los apotegmas heroicos

de los romanos no tuvieron ningún éxito. ¡Al diablo estos habladores!, «cada cual no ha nacido para ir a Roma». Odio el tonto orgullo. Quiero tener el derecho de quejarme a mi hartazgo cuando tengo la colica... Sí, pero cuando ella se detiene, quiero reír si puedo. Y he reído... ¿No me creeréis?, pero mientras estaba todo doliente, como nuez en un celemín, que me castañeteaban los dientes, al abrir al azar el libro de *Facécias* de este buen monseñor Bouchet, encontré una tan bella, crujiente y dorada... ¡voto a veinte dioses!, que partí de una carcajada. Me decía:

—Es demasiado tonto. No te rías, pues. Te vas a hacer mal.

Ah, bien, no paraba de reír sino para rebuznar, de rebuznar sino para reír. Y rebuzno, y río... La peste se reía también. ¡Ah, mi pobre muchacho, bien que rebuzné, bien que reí!

Cuando vino el punto del día, estaba bueno para meter en tierra. Ya no me sostenía de pie. Arrastrándome de rodillas conseguí llegar a la única lucerna que daba a la carretera. Al primero que pasó llamé con una voz de puchero roto. No tuvo necesidad para comprender de oír. Me vio, se escapó con señales de cruz. Menos de un cuarto de hora después tenía el honor de tener dos guardas ante mi casa; y defensa me fue hecha de franquear la puerta de la misma. ¡Alas!, no pensaba en ello apenas. Rogué que se fuera a buscar a mi viejo amigo, maestro Paillard, el notario, a Dornecy, a fin de redactar mis últimas voluntades. Pero tenían tanto miedo que temían hasta el viento de mi palabras; ¡y creo, mi palabra, que por miedo a la peste se tapaban las orejas!... En fin, un bravo pequeño zagal, «guardador de ouailles» (buen corazoncito), que me quería bien porque lo había sorprendido una vez picoteando mis cerezas y le había dicho: «Bello mirlo, ya que estás en ello, recoge también para mí», se deslizó cerca de la ventana, escuchó y gritó:

—¡Monseñor Breugnon, allá voy!

...Lo que pasó después, bien en pena estaría para relataroslo. Sé que durante largas horas, tumbado en mi jergón, de fiebre sacaba la lengua como un ternero... Chasquidos de látigo, cascabeles en la carretera, una gruesa voz conocida... Pienso: «Paillard ha venido...». Trato de levantarme... ¡Ah, virtud de mi vida!, me parecía que llevaba a san Martín sobre mi cogote y a Sembert sobre mi

rabadilla. Me dije: «Aunque hubiera todavía las rocas de Basseville, hace falta que vayas...». Me atenía, ved ustedes, a hacer registrar (había tenido tiempo por la noche de machacar estos pensamientos) cierta disposición, cláusula testamentaria, que me permitiera aventajar a Martine y a su Glodie, sin contestación de mis cuatro muchachos. Izo a la lucerna mi cabeza que pesaba más que Henriette, la gorda campana. Caía a la derecha, a la izquierda... Diviso en la carretera dos buenas gruesas caras que abrían unos ojos de aire espantado. Eran Antoine Paillard y el cura Chamaille. Estos bravos amigos, para verme todavía vivo, habían quemado el suelo. Debo decir que después de que me hubieron visto su fuego se puso a humear. Sin duda a fin de mejor contemplar el cuadro hicieron ambos tres pasos atrás. Y este maldito Chamaille, para devolverme el corazón, me repetía:

—¡Señor, qué vilano eres!... ¡Ah, mi pobre muchacho!, eres vilano, vilano... Vilano como tocino amarillo...

Yo dije (de humear su salud, por un efecto contrario, aquello ragaillardissait mis espíritus animales):

—¿No os ofrezco entrar?, me parecéis tener calor.

—¡No, gracias!, ¡no, gracias! —se exclaman ambos—. Se está muy bien aquí.

Acentuando su retirada se atrincheran cerca de la carreta; para darse una apostura, Paillard sacudía el bocado de su rocín, que no podía más.

—¿Y cómo te encuentras? —me preguntó Chamaille, que tenía la costumbre de conversar con los difuntos.

—¡Eh!, amigo mío, quien está enfermo no está cómodo —respondía yo moviendo la cabeza.

—Lo que es de nosotros. Ya ves, mi pobre Colas, lo que te había siempre dicho. Dios es el Todo-Poderoso. No somos sino humo, estiércol. Hoy en fiesta, mañana en caja. Hoy en flor, mañana en llanto. No querías creermelo, no pensabas sino en gaudir. Has bebido lo bueno, bebes la hez. ¡Va, Breugnon, no te aflijas!, el buen Dios te llama. ¡Ah, qué honor, hijo mío!, pero hace falta para verlo vestirme limpiamente. Ea, ven que te lave. Preparémonos, pecador.

Yo respondo:

—Dentro de un momento. ¡Tenemos tiempo, cura!

—¡Breugnon, amigo mío, hermano mío!... Ah, bien veo que estás siempre aferrado a los falsos bienes de la tierra. ¿Qué tiene ella entonces de tan placentero?, no es sino inanidad, vanidad, calamidad, dolor, cautela y malicia, nasa tuerta, emboscada, dolor, decrepitud. ¿Qué hacemos aquí?

Yo replico:

—Me navras. Jamás tendría el valor, Chamaille, de dejarte en ella.

—Nos volveremos a ver —dijo él.

—¡Por qué no vamos juntos!... En fin, yo paso delante. «La divisa de monseñor de Guisa: ¡A cada cual su turno!». ... ¡Seguidme, hombres de bien!

No tuvieron aire de oír. Chamaille puso la voz gorda:

—El tiempo pasa, Breugnon, y tú pasas con él. El Maligno, el Maufait te acecha. ¿Quieres que la puta bestia atrape tu alma encasquetada para su despensa?, ¡vamos, Colas, vamos, di tu *Confiteor*, prepárate, haz eso, haz eso, mi muchacho, haz eso por mí, compadre!

—Lo haré —dije—, lo haré por ti, por mí y por Él. ¡Dios me guarde de faltar a los miramientos que debo a toda la compañía!, pero, si te place, quiero primero decir dos palabras a monseñor mi notario.

—Las dirás después.

—Punto. Maestro Paillard, primero.

—¿Piensas en ello, Breugnon?, ¡hacer pasar al Eterno después del tabellion!

—El Eterno puede esperar o pasearse si le place: bien lo reecuento. Pero la tierra me deja. La cortesía quiere que se haga visita a quien os ha recibido antes de hacerla a quien os recibirá... tal vez.

Insistió, rogó, amenazó, gritó. No me apeé de ello. Maestro Antoine Paillard sacó su escribanía y, en la muga sentado, redactó en un círculo de curiosos y de perros mi testamento público. Después de lo cual dispuse de mi alma gentiment como había hecho de mi dinero. Cuando todo estuvo terminado (Chamaille me continuaba sus exhortaciones), dije con una voz moribunda:

—Baptiste, recobra aliento. Es muy hermoso lo que dices. Pero para hombre alterado consejo de oreja no vale una grosella. Ahora que mi alma está presta para montar en silla, querría al menos beber el trago del estribo. ¡Gentes de bien, una botella!

Ah, los bravos muchachos!, no menos que buenos cristianos, ambos buenos borgoñones, ¡cómo han comprendido bien mi último pensamiento! En lugar de una botella me trajeron tres: Chablis, Pouilly, Irancy. De la ventana de mi barco que iba hacia el ancla arrojé una cuerda. El zagal ató en ella un viejo cesto de mimbre y con mis últimas fuerzas izé a mis últimos amigos.

A partir de este momento, caído de nuevo en mi jergón, habiéndose marchado los otros, me sentí menos solo. Pero no intentaré nada haceros el relato de las horas que siguieron. Hace falta que me hayan robado ocho o diez en mi bolsillo. Sé que estaba hundido en una vasta conversación con la trinidad de los espíritus en botella; pero de lo que decíamos no me acuerdo de nada. Pierdo a Colas Breugnon: ¿adónde diablos ha pasado?...

Hacia medianoche lo vuelvo a ver sentado en su jardín, extendido de las dos nalgas en una era de fresas grasas, mullidas y frescas, y contemplando el cielo a través de las ramadas de un pequeño peral de manteca. ¡Cuántas luces allá arriba, y cuánta sombra aquí abajo!, la luna me hacía los cuernos. A unos pasos de mí un montón de viejos sarmientos negros, torcidos y ganchudos tenían el aire de bullir como un nido de serpientes, y me miraban con muecas diabólicas... Pero ¿quién me explicará lo que hago aquí?... Me parece (todo se mezcla en mi espíritu demasiado rico) que me había dicho:

—¡De pie, cristiano!, no muere un emperador romano, mi Colas, con el culo en su colchón. ¡*Sursum corda!*!, las botellas están vacías. *Consummatum est.* ¡Más nada que hacer aquí!, ¡vamos a arengar a nuestras coles! Y me parece también que quería recoger ajos porque los decían soberanos contra la peste, o porque a falta de vino hay que contentarse con ajos. Lo que es seguro es que apenas hube puesto el pie (y el trasero siguió) sobre la tierra nutricia me sentí prendido por el encanto de la noche. El cielo, como un gran árbol redondo y sombrío, extendía sobre mí su cúpula de nogal. De

sus ramadas colgaban frutos por millares. Blandamente balanceadas y brillantes como manzanas, las estrellas maduraban en las tinieblas tibias. Los frutos de mi huerto me parecían estrellas. Todas se inclinaban hacia mí a fin de mirarme. Por millares de ojos me sentía acechado. Pequeñas risas corrían en los planteles de fresales. En el árbol, por encima de mí, una pequeña pera de mejillas rojas y doradas, con un hilo de voz clara y azucarada, me cantaba:

*Espino, toma raíz. ¡Pequeño hombre gris! Como los
zarzillos de la viña, agárrate a mi espina. Para subir al
Paraíso, ¡toma raíz, toma raíz, pequeño hombre gris!*

Y de todas las ramas del huerto de la tierra y del del cielo, un coro de pequeñas voces cuchicheantes, chevrotantes y cantantes repetía:

¡Toma raíz, toma raíz!

Entonces hundí mis brazos en mi tierra y dije:

—¿Quieres de mí?, bien lo quiero yo.

Mi buena tierra grasa y blanda, en ella entré hasta los codos; se derretía como un pecho y yo la huroneaba con las rodillas y las manos. La tomé a brazo partido, marqué en ella mi huella desde el artejo hasta la frente; hice en ella mi cama, en ella me acomodé; extendido todo de largo miraba el cielo y sus racimos de estrellas, con la boca abierta, como si esperara que una de ellas viniera a lloverme bajo la nariz. La noche de julio cantaba un *Cantar de los Cantares*. Un grillo ebrio gritaba, gritaba, gritaba hasta hacerse perecer. La voz de san Martín de pronto sonó las doce horas, o bien las catorce, o las dieciséis (seguramente aquello no era una sonería ordinaria). Y he aquí que las estrellas, las estrellas de arriba y las de mi jardín se ponen a carillonar... ¡Oh, Dios, qué música!, el corazón me estallaba de ello y mis orejas rugían como los vidrios cuando truena. Y del fondo de mi agujero veía erigirse un árbol de Jese: una cepa de viña todo recta, todo empenada de pampanos que me subía del vientre; subía yo con ella; y me hacía escolta todo mi huerto cantando; en la rama más alta una estrella suspendida danzaba como una perdida; y la cabeza vuelta hacia atrás para verla, para tenerla subía bramando a plenos pulmones:

*Grano de chasselas, ¡no te vayas! ¡Duro, Colas! Colas te
tendrá, ¡aleluya!*

He debido subir, pienso, una parte de la noche. Porque he cantado horas, por lo que se me ha dicho desde entonces. Canté de ellas de todas salsas, de lo sagrado, de lo profano, y de los *De Profundis*, y de los epitalamios, los Noeles, los *Laudate*, fanfarrias y rigodones, canciones edificantes y otras que eran gallardas, y jugaba al rabel o bien a la gaita, batía el tambor, sonaba la trompeta. Los vecinos amotinados se sostenían las costillas y decían:

—¡Qué trompa!... es Colas que se va. ¡Está loco, está loco!...

Al día siguiente, como se dice, hice honor al sol. ¡No le disputé el honor de levantarse!, era bien mediodía cuando me desperté. ¡Ah, qué placer tuve en volverme a ver, amigo mío, al fondo de mi estiércol! No era que la yacija fuera dulce, ni que no tuviera lo verdadero diablesamente mal en los lomos. ¡Pero qué bueno es decirse que se tienen todavía lomos!, ¡cómo!, ¿no te has marchado, Breugnon, mi buen amigo?, ¡que te abraze, mi hijo!, ¡que tanteé este cuerpo, este bravo hocico!, eres bien tú. ¡Qué a gusto estoy!, si me hubieras dejado jamás me habría, no, Colas, consolado. ¡Salud, oh, mi jardín!, mis melones me ríen de gusto. Madurad, mononos míos... Pero soy arrancado de mi contemplación por dos Aliborones que del otro lado del muro berrean:

—¡Breugnon!, ¡Breugnon!, ¿estás muerto?

Son Paillard y Chamaille que, no oyendo más nada, se lamentan y ya pronan mis virtudes difuntas, sin duda, en la carretera. Me levanto (¡ay, mis pícaros lomos!), voy todo dulcemente, de pronto saco mi cabeza del agujero de la lucerna y grito:

—¡Cuco, aquí está!

Dan un salto de carpa.

—Breugnon, ¿no estás muerto?

Reían y lloraban de gusto. Les saco la lengua:

—El pequeño hombre vive todavía...

¡Creeríais que estos malditos me han dejado quince días encerrado en mi torre hasta que estuvieron ciertos de que ya no tenía nada!

Debo a la verdad añadir que no me dejaron carecer ni de maná ni del agua de la roca (entiendo la de Noé). Incluso tomaron la

costumbre de venir por turno a instalarse bajo mi ventana a fin de traerme las nuevas del día.

Cuando pude salir el cura Chamaille me dijo:

—Amigo mío, el gran san Roque te ha salvado. No puedes hacer menos que ir a agradecerle. ¡Haz eso, te lo ruego!

Yo respondo:

—Creo más bien que es san Irancy, san Chablis o Pouilly.

—Pues bien, Colas —dijo él—, pondremos de lo nuestro; cortemos la pera por la mitad. Ven a san Roque por mí. Y yo rendiré gracias a santa Botella por ti.

Como hacíamos juntos esta doble peregrinación (el fiel Paillard completaba el trío), dije:

—Aceptad, amigos míos, ¿que habríais menos voluntariamente brindado el día que os pedí el trago del estribo?, no parecíais dispuestos a seguirme.

—Te quería bien —dijo Paillard—, te lo juro; pero qué quieres, me quiero también. El otro dice verdad: «Mi carne me es más próxima que mi camisa».

—*Mea culpa, mea culpa* —gruñía Chamaille, que batía su pretil como un pellejo de borriquillo—, soy poltrón, es mi naturaleza.

—¿Qué habías hecho, Paillard, de las lecciones de Caton?, ¿y tú, cura, para qué te servía tu religión?

—¡Ah, amigo mío, qué bien se vive! —hicieron ambos con un grueso suspiro.

Entonces nos abrazamos los tres riendo y dijimos:

—Un bravo hombre no vale caro. Hay que tomarlo como es. Dios lo ha hecho: bien ha hecho.

VIII

LA MUERTE DE LA VIEJA

Finales de julio.

Estaba yo en tren de recobrar gusto a la vida. No tuve mucho trabajo en ello, como podéis creerme. Incluso, no sé cómo, la

encontraba todavía más succulenta que antes, tierna, mullida y dorada, cocida a punto, crujiente, crocante bajo el diente y fundiéndose en la lengua. Apetito de resucitado. ¡Qué bien debió de comer Lázaro!...

Un día, pues, que después de haber alegremente trabajado estaba a esgrimirme con mi compañeros con las armas de Sansón, he aquí que un labrador que venía del Morvan entra:

—Maestro Colas —dijo él—, vi anteayer a vuestra dama.

—¡Mosquito!, tienes suerte —dije—. ¿And cómo va la vieja?

—Muy bien. Se marcha.

—¿Adónde?

—A todas piernas, señor, hacia un mundo mejor.

—Cesará de serlo —dijo un mal bromista.

Y otro:

—Ella se marcha. Tú quedas. ¡A tu salud, Colas!, una felicidad no viene jamás sola.

Yo, para hacer como los otros (estaba emocionado del mismo modo), replico:

—¡Brindemos!, Dios ama al hombre, compadres, cuando le quita a su mujer no sabiendo ya qué hacer con ella.

Pero el vino me pareció súbitamente piquette, no pude terminar mi vaso; y, tomando mi bastón, partí sin siquiera saludar a la compañía.

Gritaban:

—¿Adónde vas?, ¿qué mosca te pica?

Estaba muy lejos ya, no respondía nada, tenía el corazón apretado... Ved ustedes, por más que no se ame a su vieja, que se hayan hecho rabiar el uno al otro día y noche durante veinticinco años, a la hora en que la camarda ha venido a buscarla, aquella que, pegada a vosotros en la cama demasiado estrecha, ha mezclado tan largo tiempo su sudor con el vuestro, y que en sus flancos magros hizo levantar la semilla de la raza que habéis plantado, siente uno ahí algo que os estrecha el gástrico; es como si un trozo de vosotros se marchara; y aunque no sea hermoso, que bien os haya molestado, se tiene piedad de él, y de sí uno se queja, lo compadece... ¡Dios me perdone!, se la ama...

Llegué al día siguiente a la caída de la noche. Desde el primer golpe de vista vi que el gran escultor había bien trabajado. Bajo la cortina arrugada de la carne craquelada el rostro de la muerte, trágico, aparecía. Pero lo que me fue una señal más cierta del fin fue que al verme me dijo:

—Mi pobre hombre, ¿no estás demasiado fatigado?

A este acento de bondad de la que fui todo removido me dije:

—Ninguna duda. La pobre vieja está terminada. Se ablanda.

Me senté cerca de la cama y le tomé la mano. Demasiado débil para hablar, me agradecía con los ojos haber venido. Para ragaillardirla, ensayando chancear, relataba cómo a la peste demasiado apresurada venía de hacerle un palmo de narices. Ella nada sabía de ello. Se quedó tan emocionada por ello (¡diantre de torpe!) que tuvo una debilidad y por poco pasa. Cuando recobró sus sentidos su lengua le regresó (¡Dios sea loado!, ¡Dios sea loado!) y su malicia. Heme aquí que se pone, farfullante y temblante (las palabras no querían nada salir, o salían todo otras de las que quería: entonces enrageaba), heme aquí que se pone a agonizarme de injurias diciendo que era vergonzoso que nada le hubiera dicho, que no tenía corazón, que era peor que un perro, que como el susodicho bien habría merecido reventar de colica todo solo en mi estiércol. Me despachó mucha otra gentileza. Querían calmarla. Me decían: —¡Vete!, ya ves, le haces mal. ¡Aléjate un momento! Pero yo me río inclinándome sobre su cama y digo: —¡A la buena hora!, ¡te reconozco entonces!, hay todavía esperanza. Eres tan mala...

Y tomándole la cabeza, su vieja cabeza temblante entre mis gruesas manos, la besé de gran corazón dos veces en las dos mejillas. Y la segunda vez ella lloró.

Permanecemos entonces tranquilos sin hablar, ambos solos en la habitación donde en la boiserie la carcoma golpeaba a golpes secos el tic-tac del reloj fúnebre. Las gentes habían ido a la pieza de al lado. Ella penosamente jadeaba y vi que quería hablar.

Dije:

—No te fatigues, mi vieja. Todo se ha dicho desde hace veinticinco años. Se comprende uno sin hablar.

Ella dijo:

—No se ha dicho nada. Hace falta que hable, Colas; sin lo cual el paraíso... donde no entraré...

—Pero sí, pero sí —hice yo.

—...sin lo cual el paraíso me sería más amargo que la hiel del infierno. Fui para ti, Colas, agria y acedía...

—Pero no, pero no —hice yo—. Un poco de acidez es bueno para la salud.

—...celosa, colérica, pendenciera, gruñona. De mi mala sombra llenaba la casa; y te las hice ver de todas las maneras...

Le taponé la mano:

—Eso no hace nada. Tengo el pellejo bueno.

Ella reanudó sin aliento:

—Pero es que te amaba.

—¡Eso sí me lo sospechaba! —hice yo riendo—. Después de todo, cada cual tiene su manera. ¿Pero por qué no me lo dijiste?, la tuya no era clara.

—Te amaba —reanudó ella—; y tú no me amabas. Por eso tú eras bueno y yo era mala: porque te odiaba de que no me amabas; y tú te preocupabas... Tenías tu risa, Colas, tu risa como hoy... ¡Dios!, ¡cuánto me ha hecho sufrir!, te encasquetabas dentro contra la lluvia; y yo podía llover, ¡jamás conseguía, brigante, rociarte!, ¡ah, cuánto mal me has hecho!, más de una vez, Colas, por poco reviento de ello.

—Mi pobre mujer —le dije—, es que no amo nada el agua.

—¡Te ríes todavía, bribón!... Va, haces bien en reír. La risa eso os mantiene calientes. A esta hora en que el frío de la tierra me sube a las piernas siento lo que vale tu risa; préstame tu manto. Ríe a tu hartazgo, mi hombre; ya no te la guardo; y tú, Colas, perdóname.

—Fuiste una brava mujer —dije—, proba, fuerte y fiel. No fuiste tal vez placentera todos los días. Pero nadie es perfecto: eso sería de la falta de respeto hacia Aquel allá arriba que lo es solo, se me ha dicho (no he ido a ver). Y en las horas negras (no digo las de la noche donde todos los gatos son pardos, sino las de los años de miserias y de vacas magras), ya no eras tan fea. Fuiste brava, jamás te echaste atrás ante el trabajo; y tu maustrería me parecía

casi bella cuando la ejercías contra la mala suerte, sin ceder una suela. No nos atormentemos más ahora por el pasado. Bastante es haberlo de una buena vez llevado, sin doblarse, sin gritar y sin guardar la huella de una vergüenza aceptada. Lo que está hecho está hecho, y no está por rehacerse. El fardel está a tierra. ¡Al Maestro ahora pesarle si quiere!, eso ya no nos mira. ¡Uf!, respiremos, mi viejo. No tenemos más ahora que desabrochar la cincha que nos apretaba la espalda, frotar nuestros dedos torpes, nuestros hombros heridos y hacer nuestro agujero en tierra para dormir con la boca abierta roncando como un órgano.

—¡*Requiescat!*, ¡paz a los que han bien trabajado!, —del gran sueño de la Eternidad.

Me escuchaba con los ojos cerrados, los brazos cruzados. Cuando hube terminado los ojos volvió a abrir, su mano tendió.

—Amigo mío, buena noche. Me despertarás mañana.

Entonces, en mujer de orden, todo recta, todo de su largo sobre la cama se extendió, tiró de los lienzos bajo su barbilla hasta que no hicieron más un pliegue, apretando en sus pechos vacíos el crucifijo; luego, en mujer decidida, la nariz pinzada, la mirada fija, presta para partir, esperó.

Pero sin duda que sus viejos huesos, antes de conocer el reposo, debían pasar una vez última a fin de ser purificados por la miseria, el fuego de la tierra (es nuestro lote). Porque, justo a este momento, la puerta de al lado se abrió; y en la habitación precipitándose, la hostelera de una voz jadeante gritó:

—¡Vite!, ¡venga, maestro Colas!

Sin comprender preguntaba:

—¿Qué hay?, hable más bajo.

Pero ella en su cama, que para el gran viaje había partido ya, como si del alto del coche donde acababa de montar pudiera volviéndose ver por encima de nuestras cabezas lo que yo no veía, se enderezó de su yacija fúnebre, roída como aquel al que Jesús despertó, tendió los brazos hacia nosotros y gritó:

—¡Mi Glodie!

A mi turno comprendí, transperzado por este grito y por la ronca tos que venía de al lado. Corrí, encontré a mi pobre pequeña alondra

que, la garganta estrechada, buscando con sus menotas desatar el estrechamiento, todo roja y abrasadora imploraba de sus ojos espantados socorro, y que se debatía como un pájaro herido... Lo que fue esta noche no lo puedo relatar. Ahora que estoy en ello a cinco días bien contados, de rememorarmela tengo las piernas rotas; me hace falta sentarme. ¡Han!, dejadme soplar... ¿Hace falta que haya en el cielo un Maestro que se complazca en hacer lentamente sufrir a estos pequeños seres, en sentir bajo sus dedos su frágil cuello craquear, en verlos debatirse y poder soportar su mirada de reproche extrañado? Comprendo que se zurre a viejos asnos como yo, que se haga mal a quien puede defenderse, muchachos sólidos, hembras fornidas. ¡Que os divirtáis haciéndonos gritar, si podéis, buen Dios, ensayadlo!, el hombre es a vuestra imagen. Que seáis como él no muy bueno todos los días, caprichoso, malicioso, amando dañar de tiempo en tiempo por necesidad de destruir, de probar vuestra fuerza, por agrura de sangre, porque estáis mal lunado o bien por pasatiempo, eso no me extrañaría en suma enormemente. Somos de edad, sí, para manteneros frente: cuando nos molestáis, sabemos decíroslo. Pero tomar como blancos a pobres corderitos de los que se torcería la nariz saldría leche, ¡alto ahí!, ¡no, es demasiado, no lo admitimos nada!, dios o rey, el que lo hace sobrepasa sus derechos. Os lo prevenimos. Señor, uno de estos días si continuais estaríamos obligados a nuestro gran pesar a decoronaros... Pero no quiero creer que eso sea vuestra obra, os respeto demasiado. Para que tales forfates sean posibles, Nuestro Padre, hace falta de dos cosas una: o no tenéis ojos, o no existís... ¡Ay!, he ahí una palabra incongruente, la retiro. La prueba de que existís es que conversamos ambos en este momento. ¡Cuántas discusiones hemos tenido juntos!, y, entre nosotros, señor, ¡cuántas veces os he reducido al silencio! En esta noche nefasta ¿os he bastante llamado, injuriado, amenazado, negado, rogado, suplicado?, ¿os he bastante tendido mis manos juntas y mostrado mi puño cerrado? Eso no ha servido de nada, no habéis pestañeado. ¡Al menos no podéis decir, a fin de tocaros, que haya nada descuidado! —Y puesto que no queréis, ¡buen dios!, que no os dignáis escucharme, ¡servidor!,

¡tanto peor para vos, Señor!, conocemos a otros, nos dirigiremos a otra parte...

Estaba solo para velar con la vieja hostelera. Martine, a la que habían tomado en ruta los dolores de gésine, se había quedado en Dornecy dejando a Glodie a la abuela. Cuando vimos por la mañana que nuestra pequeña mártir iba a pasar, tomamos los grandes medios. Levanté en mi brazos su monono cuerpo roto, no más pesado que una pluma (ya no tenía la fuerza misma de debatirse y, la cabeza pendiente con sobresaltos, palpitaba apenas así como un gorrioncillo). Miré por la ventana. Hacía viento y lluvia. Una rosa en su tallo se inclinaba a la vidriera como si quisiera entrar. Anuncio de la muerte. Hice la señal de cruz y, a pesar de todo, salí. El húmedo viento violento se engolfó en la puerta. Escondí bajo mi mano la cabeza de mi pajarilla de miedo a que la borrasca soplara su vela. Íbamos. Delante marchaba la hostelera que llevaba presentes. Se entró en los bosques que bordeaban el camino, y vimos pronto en el borde de un pantano un chopo temblón que temblaba. Sobre un pueblo de juncos de lomos flexibles reinaba alto y recto como una torre. Hicimos una vez, dos veces, tres veces la vuelta. La pequeña gemía, y el viento en las hojas, como ella, de los dientes castañeteaba. En la menota de la niña anudamos un lazo; el otro cabo a un brazo del viejo árbol temblón; y la hostelera desdentada y yo repetíamos:

Tiembla, tiembla, mi monono, toma mi temblor. Te lo ruego y te lo insto, por las personas de la Santa Trinidad. ¡Pero si haces el tozudo, si no quieres escucharme, guarda de ti!, te cortaré.

Luego entre las raíces la vieja hizo un agujero, vertió una frasca de vino, dos dientes de ajo, una tajada de tocino; y por encima metió un ochavo. Tres vueltas todavía hicimos alrededor de mi sombrero posado a tierra y embutido de juncos. Y a la tercera vuelta escupimos dentro repitiendo:

—¡Sapos estancados agachados, que el garrotillo os ahogue!
Después regresándonos a la salida del bosque nos arrodillamos ante un espino; al pie pusimos a la niña; y por la Santa Espina rogamos al Hijo de Dios.

Cuando entramos en fin a la casa la pequeña parecía muerta. Al menos habíamos hecho todo lo que podíamos.

Durante este tiempo mi mujer ella no quería morir. El amor de su Glodie la aferraba a la vida. Se agitaba, gritaba:

—No, no me marcharé, buen dios, Jesús, María, antes de que sepa lo que queréis hacer con ella, y si sí o si no debe ser curada. Curada lo será, vertudieu, lo quiero. Lo quiero, lo quiero y lo quiero: está dicho.

No estaba dicho todavía sin duda del todo: porque después de haberlo dicho recomenzaba. ¡Dios, qué soplo tenía!, ¡y yo que hace un momento creía que estaba cerca de rendir el último!, si era el último tenía bella talla... Breugnon, mal muchacho, te ríes, ¿no tienes vergüenza? —¿Qué quieres, amigo mío?, soy lo que soy. Reír no me impide sufrir; pero sufrir no impedirá jamás a un buen francés reír. ¡Viva Jano bifronte de ojos siempre abiertos!...

Por tanto, no tenía por ello menos pena al escucharla desinflarse y soplar, la pobre vieja comadre; y a pesar de que estuviera tan angustiado como ella, quería calmarla, le decía palabras como se dicen a los niños, y la empañaba en sus lienzos gentiment. Pero ella se desgasicaba furiosa gritando:

—¡Bueno para nada!, si fueras un hombre, ¿no habrías encontrado medio de salvarla tú?, ¿para qué sirves?, eres tú quien debería estar muerto.

Yo respondía:

—A mi fe, soy de tu aviso, mi vieja, razón tienes. Si alguien quería de él daría mi pellejo. Pero probable que allá arriba no hace el asunto: está usado, ha servido demasiado. No se es más bueno (es verdad) como tú que para sufrir. Suframos, pues, sin hablar. Tal vez eso será tanto ganado, tanto menos que la pobre inocente tendrá que llevar.

Entonces su vieja cabeza contra la mía se apoyó, y la sal de nuestros ojos se mezcló en nuestras mejillas. En la habitación se sentía pesar la sombra de las alas del arcángel fúnebre...

Y de pronto partió. La luz regresó. ¿Quién causó este prodigio?, ¿fue el Dios de arriba, o bien los de los bosques, mi Jesús piteoso con todos los malhechores, o la tierra redoutable que sopla y bebe

los males?, ¿fue el efecto de las oraciones, o el miedo de mi mujer, o bien porque al chopo había engrasado la pata? No lo sabremos jamás; y en la incertidumbre rindo gracias (es más seguro) a toda la compañía, añadiendo en ella incluso a los que no conozco nada (son tal vez los mejores). En todo caso lo cierto, y lo único que me importa, es desde este momento que la fiebre cayó, el aliento circuló en el frágil gaznate como un arroyuelo ligero; y mi pequeña muerta escapando al estrechamiento del arcángel resucitó.

Sentimos derretirse entonces nuestro viejo corazón. ¡Ambos entonamos el: *Nunc dimittis*, Señor!... Y mi vieja desplomándose con llantos de alegría dejó en la almohada su cabeza caer de nuevo como una piedra que se hunde, y suspiró:

—¡En fin, puedo por tanto marcharme!...

Al instante su mirada zozobró, su cara se hundió como si de un golpe de viento su soplo la hubiera dejado. Y yo inclinado sobre su cama donde ella ya no estaba, miraba así como al fondo de un agujero en el río donde la forma de un cuerpo que acaba de desaparecer queda un instante impresa y se borra girando. Cerré sus párpados, besé su frente cerúlea, encadené la una a la otra sus manos de trabajadora que no se habían jamás descansado en su vida; y, sin melancolía, dejando la lámpara apagada cuya aceite estaba quemada, fui a sentarme cerca de la llama nueva que debía ahora aclarar la casa. La miraba dormir; la velaba con una sonrisa enternecida, y pensaba (¡se puede uno defender de pensar!):

—¿No es bien extraño que se apegue uno así a esta pequeña cosa?, sin ella nada nos es. Con ella todo está bien, incluso lo peor, ¿qué importa?, ¡ah, bien puedo morir, que el diablo me lleve!, ¡con tal de que viva ella, yo me burlo del resto!... Es del mismo modo un poco fuerte. Qué, estoy ahí, vivo y estoy bien portado, dueño de mis cinco sentidos y de algunos otros además y del más bello de todos que es monseñor mi buen sentido, jamás he ceñido la vida y llevo en mi vientre diez varas de intestinos vacíos siempre para festejarla, cabeza sana, mano precisa, zancaja sólida y de la pantorrilla, bravo obrero y borgoñón salado, ¡y estaría todo listo a sacrificar eso por un pequeño animal que no conozco ni siquiera!, porque en fin ¿qué es, pues?, un tocón mofletudo, un juguete gentillón, loro que se ensaya,

un ser que no es nada, pero que será tal vez... ¡Y es por este «tal vez» por lo que yo dilapidaría mi: «¡Soy, y estoy en ello, y estoy bien en ello, pardiez!»!... Ah, es que este «tal vez» es mi más bella flor, aquella por la que vivo. Cuando los gusanos se hayan atiborrado de mi carne, cuando haya derretido en el graso cementerio, reviviré, Señor, en otro mí mismo, más hermoso, más feliz y mejor... Eh!, ¿qué sé yo de ello?, ¿por qué valdría más que yo? —Porque habrá puesto sus pies sobre mis hombros, y verá más lejos marchando sobre mi sepulcro... Oh, vosotros salidos de mí que beberéis la luz donde mis ojos que la amaban no se bañarán más, por vuestros ojos saboreo la vendimia de los días y de las noches por venir, veo sucederse los años y los siglos, gozo otro tanto de lo que presiento como de lo que ignoro. Todo pasa a mi alrededor; pero es que yo paso; voy siempre más lejos, más alto llevado por vosotros. Ya no estoy ligado a mi pequeño dominio. Más allá de mi vida, más allá de mi campo se alargan los surcos, abrazan la tierra, saltan el espacio; como una vía láctea cubren con su red toda la bóveda azurada. Vosotros sois mi esperanza, mi deseo y mi grano que a través del infinito siembro a plenas manos.

IX

LA CASA QUEMADA

A la mitad de agosto.

¿Anotaremos este día?, es un rudo bocado. No está todavía del todo digerido. ¡Vamos, viejo, del ánimo!, será el mejor medio de hacerlo pasar.

Se dice que lluvia de verano no hace nada pobreza. A este paso debería ser más rico que Crespo; porque no cesa de llover este verano sobre mi espalda, y henos aquí sin embargo sin camisa y sin calzones, así como un san Juanito. Apenas salía de esta doble prueba —Glodie estaba curada y mi vieja mujer también, la una de su enfermedad y la otra de la vida— cuando recibí de las potencias que gobiernan el universo (debe haber allá arriba una mujer que me

la guarda; ¿qué diablos le he hecho?... ¡Me ama, pardiez!) un furioso asalto de donde salgo desnudo, batido y molido hasta los huesos, pero (es lo principal, en fin) con todos mis huesos. Aunque mi pequeña hija estuviera ahora repuesta, no me apresuraba a regresar al país; me quedaba cerca de ella gozando todavía más que ella de su convalecencia. Un niño que sana es como si se viera la creación del mundo; todo el universo os parece fresco puesto y lechoso. Por tanto callejeaba escuchando distrayentemente las nuevas que traían yéndose al mercado las comadres. Cuando un día una palabra me hizo parar la oreja, viejo asno que ve venir la vara del arriero. Se decía que el fuego había tomado en Clamecy, en el suburbio de Beuvron, y que las casas flameaban como brozas. No pude obtener ninguna otra información. A partir de este momento estuve por simpatía sobre carbones sentado. Por más que me decían:

—¡Quédate tranquilo!, las malas nuevas son prestas como la golondrina. Si se tratara de ti ya lo sabrías. ¿Quién habla de tu casa?, hay más de un asno en Beuvron...

Ya no me sostenía en el sitio, me decía:

—Es ella... Ella quema, siento lo tostado... Tomé mi bastón, partí. Pensaba:

—¡Buen dios de bête!, es la primera vez que dejo Clamecy sin meter nada al abrigo. En todos los otros casos, a las aproximaciones del enemigo, acarreaba en los muros, del otro lado del puente, mis dioses lares, mi dinero, los trabajos de mi art de los que estoy más orgulloso, mis herramientas y mis muebles, y esos brimborions que son feos, engorrosos, pero que no se darían por todo el oro de la tierra porque son las reliquias de nuestras pobres felicidades... Esta vez lo he dejado todo... Y oía a mi vieja que desde el otro mundo gritaba contra mi estupidez. Yo le respondía:

—¡Es tu culpa, es por ti por lo que me he tanto apresurado!

Después de habernos bien amotinado los dos (aquello me ocupó al menos una parte del camino), traté de convencernos de que me inquietaba por nada. Pero a pesar mío la idea regresaba como una mosca a posarse en mi nariz; la veía sin cesar; y un sudor frío me corría a lo largo de la espina y de los lomos. Marchaba de un buen

tren. Había pasado Villiers y comenzaba a subir la larga cuesta boscosa cuando veo en la pendiente una carreta que venía, y dentro al padre Jojot, el molinero de Moulot, que reconociéndome se detiene, levanta su látigo y grita:

—¡Mi pobre muchacho!

Fue como si recibiera un golpe en el estómago. Me quedaba con la boca abierta en el borde de la carretera. Reanudó:

—¿Adónde vas?, ¡rebursa, mi Colas!, no entres en la ciudad. Te harías demasiado mala sangre. Todo está quemado, rasado. No te queda más nada.

El animal a cada palabra me torcía los intestinos. Quise hacer el bravo, tragué mi saliva, me enderecé, dije:

—¡Pardiez, bien lo sé yo!

—Entonces —hace él vejado—, ¿qué vas a buscar?

Respondo:

—Los escombros.

—¡No queda nada, te digo, nada, nada, ni un rábano!

—Jojot, exageras; no me harás creer que mis dos aprendices y mis bravos vecinos han mirado quemarse mi casa sin tratar de retirar del fuego algunas castañas, algunos muebles, como se hace entre hermanos...

—¿Tus vecinos, malhumorado?, ¡son ellos los que han metido el fuego!

Del golpe fui aplastado. Me dijo triunfante:

—¡Bien ves que no sabes nada!

No quería descabargar de ello. Pero él, seguro ahora de relatarme el primero la mala nueva, se puso satisfecho y contrito a narrar la parrillada:

—Es la peste —dijo él—. Están todos afocados. También ¿por qué los señores de la municipalidad y de la castellanía, regidores, procurador, nos han todos dejado? ¡Más nada de pastores!, los corderos se han vuelto rabiosos. Nuevos casos del mal sobreviniendo en Beuvron, se ha gritado: «¡Quememos las casas empestadas!». Dicho y hecho. Como no estabas ahí fue naturalmente la tuya la que comenzó. Se iba de gran corazón, cada cual metía de lo suyo: se creía trabajar por el bien de la ciudad.

Luego se excita uno al otro. Cuando se pone uno a destruir no sé lo que se produce: se está ebrio, todo pasa, ya no se puede parar... Cuando metieron en ella el fuego danzaron alrededor. Era como una locura... «En el puente de Beuvron se danza en él...». Si los hubieras visto... «Ved cómo se danza...». Si los hubieras visto tal vez con ellos tú mismo habrías danzado. Piensas si la madera que tenías en el taller flameaba, petardeaba... ¡En resumen, se ha quemado todo!

—Habría querido ver eso. Debía de ser hermoso —dije.

Y lo pensaba. Pero pensaba también:

—¡Estoy muerto!, me han matado. Esto me guardaba bien de decirlo a Jojot.

—¿Entonces eso no te hace nada? —diod él con aire descontento.

(Me quería bien, el bravo hombre; pero no se está fagocitado — ¡sagrada especie humana!— de ver de tiempo en tiempo a su vecino en la pena, no fuera sino por tener el placer de consolarlo).

Dije:

—Para este hermoso fuego es lástima que no se haya esperado a san Juan.

Hice ademán de partir.

—¿Y vas ahí de igual modo?

—Voy. Buenos días, Jojot.

—¡Cabrón de original!

Azotó su caballo.

Marché, o más bien tenía el aire de marchar, hasta que la carreta desapareció al recodo. No habría podido hacer diez pasos; las piernas me entraban en el vientre; caí en una muga como sentado en un pilón.

Los momentos que siguieron fueron de malos momentos. Ya no tenía necesidad de hacer el fanfarrón. Podía ser desgraciado, desgraciado a mi hartazgo. No me privé nada de ello. Pensaba:

—«Lo he perdido todo, mi gote y la esperanza de rehacer jamás otro, mi ahorro amontonado día por día, sueldo por sueldo con esta lenta pena que es el mejor placer, los recuerdos de mi vida engrasados en los muros, las sombras del pasado que parecen antorchas. Y he perdido mucho más, perdido mi libertad. ¿En qué

me convertiré ahora?, me será fuerza alojarme en casa de uno de mis hijos. ¡Me había sin embargo jurado evitar a todo precio esta calamidad!, los amo, pardiez; me aman, está entendido. Pero no soy tan tonto que no sepa que todo pájaro debe quedarse en su nido, y que los viejos son engorrosos para los jóvenes, y engorrosos. Cada cual sueña en sus huevos, en los que ha puesto, y no se preocupa más de aquellos de donde ha venido. El viejo que se obstina en vivir es un intruso cuando pretende mezclarse en la nidada nueva; por más que se borre se le debe el respeto. ¡Al diablo el respeto!, es la causa de todo el mal: ya no se es su igual. He hecho todo mi posible para que mis cinco hijos no estén sofocados por su respeto para mí; en ello he bastante tenido éxito; pero hagáis lo que hagáis y a pesar de que os amen os miran siempre un poco de extranjero: venís de comarcas donde no habíais nacido, y no conoceréis las comarcas adonde van; ¿cómo podríais entonces comprenderos del todo?, os molestáis el uno al otro, y de ello os irritáis... Y luego es terrible de decir: el hombre que es más amado no debe sino lo menos posible meter el amor de los suyos a la prueba: es tentar a Dios. No hay que pedir demasiado a nuestra especie humana. Buenos hijos son buenos; no tengo de qué quejarme. Son todavía mejores cuando no se tiene necesidad de recurrir a ellos. Largo diría de ello si quisiera... En fin, tengo mi orgullo. No me gusta retomar su papilla a aquellos a quienes se la he dado. Tengo el aire de decirles: «¡Pagad!». Los trozos que no he ganado me quedan en la garganta; me parece ver ojos que cuentan mis bocados. No quiero nada deber sino a mi pena. Me hace falta ser libre, ser dueño en mi casa, entrar en ella, salir de ella según mi voluntad. No soy bueno para nada cuando me siento humillado. ¡Ah, miseria de ser viejo, de depender de la caridad de los suyos!, es todavía peor que de sus conciudadanos: porque a ellos están forzados; jamás se puede saber si lo hacen de pleno agrado; y se preferiría reventar que molestarlos».

Así gemía sufriendo en mi orgullo, en mi afecto, en mi independencia, en lo que había amado, los recuerdos del pasado volados en humo, en todo lo que tenía de mejor y de peor; y sabía que, hiciera lo que hiciera, por más que me rebelara, por esta única

vía me sería fuerza pasar. Confieso que no aportaba en ello ninguna filosofía. Me sentía miserable, tal un árbol que se ha serrado al ras de tierra y cortado.

Como sentado en mi pilón buscaba algo alrededor donde engancharme, no lejos de mí vi velado por los cabellos de los árboles de un sendero la torrecilla de almenas del castillo de Cuncy. Y me acordé de pronto de todos los bellos trabajos que desde hacía veinticinco años había metido ahí dentro, de los muebles, de las boiseries, de la escalera esculpida, de todo lo que este buen señor Philbert me había encargado... ¡Famoso original!, me ha hecho a veces diablesamente enragear. ¿Es que no se ha un bello día avisado de hacerme esculpir a sus mancebas en ropa de Eva, y a él en pellejo de Adán, de Adán gallardo, galante después de la venida de la serpiente?, y en la sala de armas ¿no tuvo fantasía de que las cabezas de ciervo esculpidas en panoplia tuvieran la fisonomía de los buenos cabrones de la comarca? Bien nos hemos reído de ello... Pero el diablo no era fácil de contentar. Cuando se había terminado se debía recomenzar. And en cuanto a su dinero, se le veía raramente... ¡No importa!, era capaz de amar las bellas cosas en madera todo como en carne, y casi de la misma manera: (es la buena, se debe amar la obra de art como se ama a su manceba, voluptuosamente del espíritu y de los miembros). ¡Y si no me ha pagado, el rácano, me ha salvado!, porque sobrena do aquí cuando allá abajo he perecido. El árbol de mi pasado está destruido; pero sus frutos me quedan; están al abrigo de las heladas y del fuego. Y tuve las ganas de volverlos a ver y de morder en ellos al instante a fin de retomar gusto a la vida.

Entré en el castillo. En él se me conocía bien. El dueño no estaba ahí; pero bajo el falso pretexto de medidas por tomar para nuevos trabajos fui adonde sabía que encontraría a mis hijos. Había varios años que no los había visto. Mientras un artista se siente de la vigor en los lomos engendra, y no piensa más en lo que ha engendrado. Por lo demás la última vez que había querido entrar monseñor de Cuncy con una risa extraña me lo había impedido. Me dije que escondía sin duda alguna mala pieza, alguna mujer casada; y como estaba bien seguro de que no era la mía, no tomé ningún cuidado.

And luego con las chifladuras de estos grandes animales no se discute: es más sabio. En Cuncy ninguno ensaya comprender al dueño: está un poco tocado.

Subí, pues, bravamente por la gran escalera. Pero no había hecho diez pasos cuando, como la mujer de Lot, me quedé petrificado. Los racimos de uvas, las ramas de melocotoneros y las lianas florecidas que se enroscaban alrededor de la barandilla esculpida estaban despedazadas a grandes golpes de cuchillo. Dudé de mi ojos, agarré a plenas palmas a los pobres mutilados; sentí bajo mis dedos sus heridas escritas. Lanzando un gemido y el aliento cortado, de cuatro en cuatro escalé las gradas: ¡temblaba ahora de lo que iba a encontrar!... Pero aquello sobrepasaba lo que imaginaba.

En la sala de comer, en la sala de las armaduras, en la habitación de dormir, todas las figuritas de los muebles y de las boiserías tenían quién la nariz cortada, quién el brazo, quién la quilla, quién la hoja de viña. En las panzas de los arcones, a lo largo de las chimeneas, en los muslos deshilados de columnas esculpidas se extendían en cuchilladas inscripciones profundas al cuchillo, el nombre del propietario, alguna思想tonta, o bien la fecha y la hora de este trabajo de Hércules. Al fondo de la gran galería mi bonita ninfa desnuda del Yonne, que se apoya de la rodilla en el cuello de una leona hojosa, había servido de blanco; su vientre estaba agujereado por golpes de arcabuz. Y por todas partes al azar golpes y cortes, virutas acepilladas, manchas de tinta o de vino, bigotes añadidos o sucias facécias. En fin todo lo que el aburrimiento, todo lo que la soledad, todo lo que la bufonería y la estupidez pueden soplar de incongruencias al cerebro de un rico idiota que no sabe qué inventar al fondo de su castillo, y no siendo bueno para nada no puede nada sino destruir... Si hubiera estado ahí creo que lo habría matado.

Gemía, soplaba del fondo de mi gaznate. Estuve un largo momento sin poder hablar. Tenía el cuello rojo y las venas de la frente que saltaban; riboleaba de los ojos así como un cangrejo de río. En fin algunos juramentos consiguieron pasar. ¡Era tiempo!, un poco más y iba a sofocar... La espita una vez partida, ¡buen dios!, me he dado. Diez minutos seguidos y sin recobrar aliento he sacramento a todos los dioses y desaguado mi odio:

—«¡Ah, perro —gritaba—, hacía falta que trajera a tu zahúrda a mis bellos hijos a fin de que los torturaras, mutilaras, violaras, mancharas y compisaras!, ¡alas!, mis dulces pequeños, nacidos en la alegría, vosotros con quienes contaba para ser mis herederos, vosotros a quienes había hecho sanos, robustos y mofletudos provistos de miembros bien carnudos sin que faltara nada, vosotros que estabais fabricados de la madera de la que se vive mil años, ¡en qué estado os reencuentro!, eclopados, estropeados del alto, del bajo, del mitan, del delante, de la proa y de la popa, de la bodega y del granero, ¡más costurados de cuchilladas que una banda de viejos pillos que regresan de la guerra!, ¡hace falta que sea el padre de todo este hospital!... Gran Dios, escúchame, otórgame la gracia (tal vez mi oración te parece superflua) de no marcharme muerto a tu paraíso, sino al infierno cerca de la broche donde Lucifer asa las almas de los condenados a fin de que de mi mano gire y regire al verdugo de mi hijos, ¡ensartado por el fundamento!»

En ello estaba cuando el viejo Andoche, un lacayo al que conocía, vino a rogarme poner un término a mi mugidos... Todo empujándome hacia la puerta el bravo hombre ensayaba consolarme:

—¿Es posible —decía él— ponerse en estos estados por trozos de madera?, ¿qué dirías si te hiciera falta vivir como nosotros con este loco?, ¿no vale más que se divierta (es su derecho) con tablas que te ha pagado que a expensas de buenos cristianos como tú y yo?

—Eh! —reliqué—, ¡que te bastonee!, ¿crees que no me haría azotar por uno de esos trozos de madera que mis dedos han animado?, el hombre no es nada; es la obra la que es sagrada.

¡Triple asesino el que mata la idea!...

Habría dicho bien otras, y de esta elocuencia; pero vi que mi público nada había comprendido de ello y que era para Andoche casi tan loco como el otro. Y como en este momento me regresaba todavía en el umbral de la puerta para una última vez abrazar el espectáculo de este campo de batalla, el burlesco de las cosas de mis pobres dioses sin nariz y de su Atila, de Andoche de ojos plácidos que me tomaban en piedad, y de mí, gorda bestia que perdía mi saliva a gemir, soliloquar ante soliveaux, me atravesó la cabeza... *frrouutt...*

como un cohete; de suerte que olvidando del golpe mi cólera y mi pena me reí en la nariz de Andoche aturdido, y partí.

Me encontré de nuevo en la carretera. Decía:

—Esta vez me lo han tomado todo. Estoy bueno para meter en tierra. No me queda sino mi pellejo... Sí, pero también, ¡sangre de Dios!, queda lo que hay dentro. Como ese otro sitiado replicando a aquel que si no se rendía lo amenazaba con matar a sus hijos: «¡Si quieres!, tengo aquí el instrumento para fabricar otros», tengo el mío, voto a Dios, no me lo han tomado, no pueden tomármelo... El mundo es una llanura árida donde aquí y allá brotan los campos de trigo que nosotros, artistas, hemos sembrado. Las bestias de la tierra y del cielo vienen a picotearlos, mascar y pisotear. Impotentes para crear no pueden sino matar. Rongad y destruid, animales, pisotead mi trigo, yo haré brotar otro. Espiga madura, espiga muerta, ¿qué me importa la cosecha?, en el vientre de la tierra fermentan los granos nuevos. Soy lo que será y no lo que ha sido. Y cuando un día venga donde mi fuerza se apague, donde ya no tenga mis ojos, mis narices carnudas y el gollete debajo donde se descende el vino y donde está bien colgada mi lengua frétilarde, cuando ya no tenga mis brazos, la destreza de mis manos y mi frisque vigor, cuando sea muy viejo, sin sangre y sin buen sentido..., ese día, mi Breugnon, es que no estaré más ahí. ¡Va, no te inquietes!, ¿os imagináis a un Breugnon que ya no siente, a un Breugnon que ya no crea, a un Breugnon que ya no se ría y que no haga ya fuego de las cuatro herraduras a la vez? No por cierto, es que habrá salido de su calzón. Podéis quemarlo. Os abandono mi harapo...

Con esto me regresé en marcha hacia Clamecy. Y como llegaba a lo alto de la subida haciendo el rodomont y jugando del bastón (de verdadero me sentía ya reconfortado), vi venir a mí a un pequeño hombre rubio todo corriendo y llorando que era Robinet, llamado Binet, mi pequeño aprendiz. Un galopín de trece años al que se veía al trabajo más atento a las moscas que volaban que a las lecciones, y más a menudo fuera que dentro a hacer ricachones o lorgnear las pantorrillas de las muchachas que pasaban. Lo caloteaba veinte veces en su santa jornada. Pero era adroit como un mono, fututo;

sus dedos eran malignos como él, buenos obreros; y amaba a pesar de todo su pico siempre abierto, sus dientes de pequeño roedor, sus mejillas magras, sus ojos finos y su nariz remangada. ¡Lo sabía él, el pillo!, por más que levantaba el puño y jugaba de mi trueno: veía la risa al rincón del ojo de Júpiter. También cuando lo había caloteado se sacudía tranquilo como un asno, y luego después recommenzaba. Era un pillastre perfecto.

No estuve, pues, poco extrañado de verlo todo parecido a un tritón de fuente de gruesas lágrimas en pera corriendo, degollando de sus ojos y de su nariz. Heme aquí que se arroja sobre mí y me abraza el cuerpo inundándome el giron de sus llantos y mugiendo. Nada comprendía en ello, decía:

—Eh! ¡allá pues!, ¡con quién la tienes!, ¡quieres bien soltarme!, se suena uno, ¡sacramento!... antes de abrazaros.

Pero en lugar de cesar teniéndome enlazado como a lo largo de un ciruelo se deja deslizar a mis rodillas por tierra y llora de más bella. Comienzo a inquietarme:

—¡Vamos pues, mi muchacho!, ¡levántate!, ¿qué es lo que tienes? Lo tomo por los brazos, lo levanto... ¡jop, allá!... y veo que tenía una mano empañada que sangraba al través de los harapos, sus hábitos en guenillas y sus cejas quemadas. Dije (había ya olvidado mi historia):

—¿Granuja, has otra vez hecho una tontería?

Gimió:

—¡Ah, maestro, tengo tanta pena!

Lo siento cerca de mí en un talud. Dije:

—¿Hablarás?

Gritó:

—¡Todo está quemado!

Y de nuevo las grandes aguas se ponen a correr. Ahora bien, por tanto, comprendí que todo este gordo pesar era a causa de mí, era por el incendio; y no puedo decir el bien que aquello me hizo.

—¿Mi pobre pequeño —replico—, es por eso por lo que lloras?

Reanudó (creía que yo no había atrapado):

—¡El taller está quemado!

—Bien sí, es de lo recalentado; ¡ya la conozco tu nueva!, he ahí diez veces en una hora que me la cornean a las orejas. ¡Qué quieres!, es un malheur.

Me mira aliviado. Del mismo modo tenía gordo corazón.

—¿Te atenías entonces a tu jaula, mirlo que no pensaba sino en los medios de salir de ella?, va —dije—, te sospecho de haber, friponneau, danzado como los otros alrededor de los fagots. (No pensaba yo una palabra de ello).

Toma el aire indignado:

—¡Eso no es verdad —grita—, no es verdad!, me he batido. Todo lo que hemos podido para detener el fuego, maestro, lo hemos hecho; pero no éramos sino dos. Y Cagnat, bien enfermo (es mi otro aprendiz), había saltado de la cama aunque temblara de fiebre, y se había puesto ante la puerta del aposento. ¡Id pues a detener a un tropel de cochinos!, hemos sido barredos, rodados, foulados, boulados. Bien teníamos que golpear y ruer como sordos: han pasado sobre nosotros así como el río cuando las compuertas de la esclusa están abiertas. Cagnat se ha levantado, ha corrido tras ellos: casi lo han aplastado. Yo, mientras luchaban, me he deslizado en el taller en fuego... ¡Buen dios, qué llamarada!, todo había tomado de un golpe, era como una antorcha que alargaba su lengua blanca, roja y silbante en vuestras narices escupiéndolos flámulas y humo. Lloraba, tosía, comenzaba a cocer, me decía: «¡Robin, vas a hacer morcilla!»... ¡Tanto peor, se verá bien!, ¡jop allá!, tomo mi impulso, hago como en san Juan, salto, mi calzón quema y tengo el pelo asado. Caigo en un montón de virutas que petaban. Hice otro tanto, reboté, tropiezo y me alargo la cabeza contra el banco de trabajo. Me quedé aturdido de ello. No largo tiempo. Oía alrededor el fuego que rugía, y a esos brutos fuera que danzaban, que danzaban. Ensayo levantarme, caigo de nuevo, estaba herido; me arc-bouteo en mis restos y veo a diez pasos a vuestra pequeña santa Magdalena cuyo menú cuerpo todo desnudo, de sus cabellos vestido, mofletudo, mignonnet, estaba ya por el fuego lamido. Grité: «¡Deteneos!». Corrí, la tomé, en mis manos apagué sus bellos pies que flameaban, en mis brazos la estreché; a mi fe no sé más, no sé más lo que hice; la besaba, lloraba, decía: «¡Mi tesoro, te tengo, te

tengo, no tengas miedo, te tengo bien, no quemarás, de ello te doy mi palabra!, ¡y tú también ayúdame!, Madelon, nos salvaremos...». Ya no había tiempo que perder,... ¡bum!... ¡el techo caía!, imposible regresar por donde había venido. Nos encontrábamos muy cerca de la lucerna redonda que da al río; hundo del puño el vidrio, pasamos al través así como en un cerillo: había justo el sitio para nuestro lomo a los dos. Ruedo, pico una cabeza hasta el fondo del Beuvron. Afortunadamente que el fondo está cerca de la superficie; y como estaba bien graso y acolchado de médula, Magdalena al caer no se ha hecho un chichón. Yo fui menos feliz: no la había soltado, barbotaba, empotrado la boca al fondo del pilón; de ello bebí y de ello comí más de lo que quise. En fin he salido de ello; y, sin más charlar, ¡henos aquí a los dos!, maestro, perdonadme por no haber hecho mejor.

Entonces despaquetando piadosamente su baturrillo, de una chaqueta rodada sacó a Madelon, que mostraba sonriendo con sus ojos inocentes y coquetos sus quemados patitas. Y fui tan emocionado que (lo que no había hecho por la muerte de mi vieja, el mal de mi Glodie, mi ruina y el masacre de mis obras) lloré. Y como abrazaba a Magdalena y a Robinet, me acordé del otro, y dije:

—¿Y Cagnat?

Robinet respondió:

—Ha muerto de pesar.

Me arrodillé en la carretera, besaba la tierra, dije:

—Gracias, mi muchacho.

Y mirando al niño, que estrechaba la estatua entre sus brazos heridos, dije al Cielo mostrándolo:

—He aquí mi más bello trabajo: las almas que he esculpido. No me las quitarán. ¡Quemad la madera!, el alma es mía.

X

LA REVUELTA

Finales de agosto.

Cuando la emoción estuvo digerida, le dije a Robinet:

—¡Basta! Lo hecho, hecho está. Veamos qué queda por hacer.

Le hice contar lo que había pasado en la ciudad desde hacía quince o veinte días que me había marchado, pero de forma breve y clara, sin cháchara: porque la historia de ayer es ya historia antigua; y lo esencial es saber dónde nos encontramos. Supe que sobre

Clamecy reinaban la peste y el miedo, el miedo más que la peste: porque esta última ya parecía buscar fortuna en otra parte, dejando el lugar a los malandrines que, de todos lados, atraídos por el olor, venían a arrancarle de los dedos su presa. Eran los dueños del terreno. Los gancheros, hambrientos y vueltos rabiosos por el terror del fléau, dejaban hacer o hacían como ellos. En cuanto a las leyes, yacían por tierra. Quien había recibido su custodia se había ido a custodiar sus campos. De nuestros cuatro regidores, uno había muerto, dos habían huido; y el procurador había puesto pies en polvorosa. El capitán del castillo, viejo hombre bravo pero podatario, no teniendo más que un brazo, los pies hinchados y de cerebro no más que un ternero, se había hecho cortar en seis pedazos.

Quedaba un regidor, Racquin, que encontrándose solo frente a estos animales desbocados, por miedo, por debilidad, por astucia, en lugar de hacerles frente, creyó más sabio ceder, haciendo la parte del fuego. Al mismo tiempo, sin confesárselo (lo conozco, lo he adivinado), se las arreglaba para satisfacer a su alma rencorosa, soltando contra tal o cual cuya felicidad le hacía daño, o de quien quería vengarse, a la jauría incendiaria. ¡Me explico ahora la elección de mi casa!... Pero dije:

—¿Y los otros, los burgueses?, ¿qué hacen, pues?

—Hacen: «beee» —dijo Binet—; ¡eh!, son unas ovejas. Esperan en sus casas a que vengan a degollarlos. Ya no tienen pastor, ni perros.

—Pues bien, Binet, ¡y yo!, veamos un poco, muchacho, si me quedan colmillos. Vayamos allá, monono mío.

—Maestro, uno solo no puede nada.

—Siempre se puede intentar.

—¿Y si esos mendigos os atrapan?

—Ya no tengo nada, me burlo de ellos. ¡Ve, pues, a peinar a un diablo que ya no tiene cabellos!

Se puso a danzar:

—¡Lo que nos vamos a divertir!, *frelelefanfan, chipe, chope*, limpia, lorgnea, *tarirarirariran*, ¡leña al mono, leña al mono!

Y sobre su mano quemada hizo la rueda en la carretera, y por poco se estira de largo. Tomé un aire severo:

—¡Eh!, babuino —dije—, ¿es esto asunto para danzar en lo alto de un árbol con tu cola? ¡De pie!, ¡y seamos graves!, se trata de escuchar.

Me escuchó con los ojos brillantes.

—No te reirás mucho tiempo. He aquí: me voy, solo, a Clamecy, con este paso.

—¡Y yo!, ¡y yo!

—A ti te envío en embajada a Dornecy, a avisar a Maistrat Nicole, nuestro regidor, el hombre prudente que tiene buen corazón, mejores piernas y se ama más a sí mismo que a sus conciudadanos, pero mejor que a sí mismo ama sus bienes, que mañana por la mañana se ha de beber su vino. De allí, empujando hasta Sardy, verás en su torre de palomas a maestro Guillaume Courtignon, el procurador, y le dirás que su casa en Clamecy será sin falta, esta noche, quemada, saqueada, etcétera, si no regresa. Regresará. No te digo más. Bien sabrás tú solo encontrar lo que hay que decir, y no tienes necesidad de lecciones para mentir.

El pequeño, rascándose la oreja, dijo:

—Esa no es la dificultad. Pero no quiero dejaros.

Yo respondo:

—¿Te he preguntado acaso lo que quieres o no quieres? Yo quiero. Tú obedecerás.

Discutía. Dije:

—¡Basta!

Y como se inquietaba, el pequeño, por mi suerte:

—No te prohíbo —le dije— correr. Cuando hayas acabado, podrás alcanzarme. El mejor medio de ayudarme es traerme refuerzos.

—¡Vientre a tierra! —dijo él—, los traeré, sudando, soplando sobre sus panzas, al Courtignon y al Nicole, ¡aunque tenga que atarles a los calzones una cacerola!

Partió como una flecha, y luego deteniéndose todavía:

—¡Maestro, al menos decidme qué vais a hacer!

Con aire importante, con misterio, respondí:

—Ya se verá.

(¡Por mi fe, no sabía yo nada de ello!).

Hacia las Base de la tarde a la ciudad llegué. Bajo nubes de oro el sol rojo estaba acostado. La noche comenzaba apenas. ¡Qué hermosa noche de verano!, pero nadie para gozar de ella. Ni un curioso y ni un guarda en la puerta del Mercado. Se entraba como por su casa. En la Calle Mayor un gato flaco roía pan; se erizó cuando me vio, y luego escapó. Las casas, con los ojos cerrados, mostraban cara de madera. Ni una voz. Dije:

—Están todos muertos. He venido demasiado tarde.

Pero he aquí que oí que detrás de las persianas se espiaba al ruido de mi paso que sonaba. Llamé y grité:

—¡Abrid!

Nadie se movió. Fui a otra casa. Llamé de nuevo, con el pie y con el bastón. Nadie abrió. Oí dentro un *frr frr* de ratón. Ahora había comprendido.

—¡Se esconden, los piteosos!, ¡voto a Dios!, ¡voy a morderles las nalgas!

Con el puño y con el talón batí el tambor en el mostrador del librero, y grité:

—¡Eh!, ¡viejo hermano!, ¡Denis Saulsoy, nombre de nombre!, voy a romperlo todo. ¡Abre, pues!, abre, capón, soy Breugnon.

Al instante, como por magia (se habría dicho que una de las hadas con su varita hubiera tocado las vidrieras), todas las persianas se abrieron, y vi a todo lo largo de la calle del Mercado, al reborde de las ventanas, alineadas a todo lo largo igual que cebollas, unas caras espantadas que me desvisajaban. Me miraban, miraban,

miraban... No me sabía yo tan hermoso: me tanteé. Luego sus rasgos contraídos de pronto se distendieron. Tenían aire contento. —«Buenas gentes, ¡cómo me aman!» —pensé, sin decirme que su felicidad venía de que mi presencia, a esta hora, en este lugar, los aseguraba un poco.

Entonces se entabló la conversación entre Breugnon y las cebollas. Todos hablaban a la vez; y yo solo contra todos daba la réplica.

—¿De dónde vienes?, ¿qué hiciste?, ¿qué viste?, ¿qué quieres?, ¿cómo pudiste entrar?, ¿por dónde pudiste pasar?

Yo dije:

—¡Hola!, ¡hola!, no nos emportemos. Veo con placer que la lengua os queda, si es que habéis perdido el corazón y las zancajas. Ea, ¿qué hacéis ahí arriba?, descended, hace bueno para humear el fresco de la tarde. ¿Se os han quitado vuestros calzones, que os quedáis encerrados?

Pero en lugar de responder, preguntaban:

—Breugnon, en las calles, viniendo, ¿con quién te has encontrado?

—Idiotas, ¿con quién queréis —dije— que me encuentre, puesto que estáis todos en el nido?

—Los brigantes.

—¿Los brigantes?

—Lo saquean, lo queman todo.

—¿Adónde?

—En Béyant.

—¡Vamos a detenerlos!, ¿qué tenéis que quedaros en vuestro gallinero?

—Guardamos la casa.

—La mejor manera de guardar su casa es defender la de los otros.

—Lo más apresurado primero. Cada cual defiende lo suyo.

—Conozco el refrán: «*Amo bien a mi vecinos, pero no tengo cura de ellos*»... ¡Malaventurados!, los brigantes, trabajáis para ellos.

Después de los otros, vosotros. Cada cual tendrá su turno.

—Monseñor Racquin ha dicho que en este peligro lo mejor era quedarse quedo, hacer la parte del fuego, a la espera de que el orden sea restablecido.

—¿Por quién?

—Por monseñor de Nevers.

—De aquí a entonces bajo el puente correrá agua. Monseñor de Nevers tiene sus asuntos. Antes de que piense en los vuestros estaréis todos quemados. ¡Vamos, niños, venid!, ¡no tiene derecho a su pellejo el que no lo defiende!

—Los otros son numerosos, armados.

—Se grita siempre al lobo más grande de lo que es.

—Ya no tenemos jefes.

—Sedlo vosotros.

¡Continuaban chachareando de una a otra ventana como pájaros perchados!, disputaban entre ellos, pero ninguno se movía. Me impacienté:

—¿Vais a dejarme toda la noche plantado en la calle, con la nariz al aire, torciéndome el cuello? No he venido a cantar la serenata mientras con vuestros dientes batís la retirada. Lo que tengo que deciros no se canta ni se grita en los tejados. ¡Abridme!, abridme por Dios, o bien meto el fuego. Vamos, descended, los machos (si quedan ahí arriba); las gallinas bastarán para guardar el percho. Mitad riendo, mitad jurando, una puerta se entreabrió, luego la otra; una nariz prudente se aventuró; siguió la bestia; y tan pronto como se vio a una oveja fuera del parque, todas las otras salieron. A ver quién venía a mirarme bajo la nariz:

—¿Y estás bien curado?

—Sano como una col repollo.

—¿And ninguno te ha buscado camorra?

—Ninguno, salvo un tropel de ocas que silbaban tras de mí. De verme salir salvo de este turbio peligro respiraban mejor y me amaban más. Yo dije:

—Mirad bien. Vaya, estoy al completo. Todos los trozos están en él. No, no falta nada. ¿Queréis mis gafas?... Ea, ¡ya hay bastante!, mañana veréis más claro. La hora nos apresura, vamos, dejemos las fariboles. ¿Dónde podemos charlar?

Gangnot dijo:

—En mi forja.

En la forja de Gangnot, oliendo a cuerno, en el suelo pisoteado por los cascos de los caballos, nos apretamos en la noche como un

rebaño. Puerta cerrada. Un candil posado a tierra hacía danzar en la bóveda negra de humo nuestras grandes sombras dobladas al cuello. Todos se callaban. Y bruscamente todos a la vez hablaron. Gangnot tomó su martillo y golpeó su yunque. El golpe agujereó el ruido de las voces; por la rasgadura el silencio regresó. Yo me aproveché, dije:

—Gobernemos nuestro aliento. Ya conozco la historia. Los brigantes están en nuestra casa. ¡Bien!, pongámoslos fuera.

Dijeron:

—Son demasiado fuertes. Los gancheros están por ellos.

Yo dije:

—Los gancheros tienen sed. Cuando ven a otros beber no les gusta mirar. Los comprendo muy bien. No hay que tentar jamás a Dios, a un ganchero todavía menos. Si dejáis saquear, no os extrañéis nada de que tal que no es un ladrón prefiera en su bolsillo ver el fruto del latrocinio que en el de su vecino. Luego hay en todas partes buenos y malos. Vamos, como el Maestro, «*ab haedis scindere oves*».

—¡Pero si monseñor Racquin —dijeron—, el regidor, nos prohíbe movernos!, a él corresponde, en ausencia de los otros, teniente, procurador, asegurar el orden en la ciudad.

—¿Lo hace?

—Pretende...

—¿Lo hace, sí o no?

—¡Eso se ve bastante!

—Entonces, nosotros, hagámoslo.

—Monseñor Racquin promete que si no nos movemos seremos perdonados. La revuelta quedará acantonada en los suburbios.

—¿And cómo lo sabe él?

—¡Ha debido hacer un pacto con ellos, contrecho, forzado!

—¡Pero ese pacto es un crimen!

—Es, dice él, para dormirlos.

—¿Dormirlos a ellos, o bien a vosotros?

Gangnot golpeó de nuevo su yunque (era su gesto a él, su manera para hablar de golpearse el muslo), y dijo:

—Razón tiene.

Todos tenían aire honrado, temeroso y furioso. Denis Saulsoy, bajando la nariz:

—Si se dijera todo lo que se piensa, se tendría largo que relatar.

—Eh!, ¿por qué no hablas? —hice—. ¿Por qué no habláis?, estamos entre hermanos. ¿Qué es lo que teméis?

—Los muros tienen orejas.

—¿Cómo!, ¿en esas estáis?... ¡Gangnot, toma tu martillo y ponte de través en la puerta, muchachos!, ¡al primero que quiera o salir o entrar, húndele el cráneo en el estómago!, que los muros tengan o no orejas para espiar, respondo que no tendrán lengua para relatar. Porque cuando salgamos será al instante a fin de ejecutar el acuerdo que se va a tomar. ¡Y ahora, hablad!, quien se calla es un traidor.

Fue un hermoso alboroto. Todo el odio y el miedo refrenados estallaban como cohetes. Gritaban mostrando el puño:

—¡Ese cabrón de Racquin, nos tiene!, el Judas nos ha vendido, a nosotros y a nuestros bienes. ¡Pero qué hacer!, no se puede nada. Tiene la ley, tiene la fuerza, la policía le pertenece.

Yo dije:

—¿Dónde anida?

—En la casa de villa. En ella gita día y noche para más seguridad, rodeado de una guardia de pillastres que lo velan, lo vigilan tal vez tanto como vigilan sobre él.

—En resumen, ¿es prisionero?, muy bien —dije—, vamos con este paso primero a liberarlo. ¡Gangnot, abre la puerta!

No parecían todavía bien decididos.

—¿Qué es lo que os detiene?

Saulsoy dijo rascándose la cabeza:

—Es un grueso asunto. No se temen los golpes. Pero, Breugnon, después de todo no tenemos el derecho. Ese hombre es la ley. Marchar contra la ley es, vaya, cargarse con una pesada...

Yo dije:

—...¿res-pon-sa-bi-li-dad?, pues bien, la tomo yo. No te inquietes. Cuando veo, Saulsoy, a un cabrón cabronear, comienzo por aplastarlo; después le pregunto cómo se nombra; ¡y si es procurador, o papa, así sea!, amigos, haced lo mismo. Cuando el

orden es el desorden, hace falta bien que el desorden haga el orden y salve la ley.

Gangnot dijo:

—Vengo contigo.

El martillo al hombro, con sus manos enormes (cuatro dedos en la izquierda, el índice aplastado faltaba), bizco de un ojo, negro de piel, recto de cuerpo y ancho como una barrica, tenía el aire de una torre que marcha. Y por detrás se apretaban siguiendo el baluarte de su espalda. Cada cual corrió a su tienda para buscar en ella su arcabuz, su machete o su mazo. Y, a mi fe, no juraría que tal entró que no salió de esta noche, falta sin duda, el pobre hombre, de encontrar su aparejo. Porque para decir la verdad, llegando a la gran plaza, estábamos bastante clareados. Pero los que quedan son los buenos.

Por suerte la puerta del hotel de villa estaba abierta: el pastor estaba tan seguro de que sus ovejas se dejarían hasta la última rasar la lana sin balar, que sus perros y él dormían del buen sueño de la inocencia después de haber comido muy bien. Nuestro asalto no tuvo, pues, nada, lo confieso, de heroico. No tuvimos sino que recoger, como se dice, la urraca en el nido. Lo sacamos de él limpiamente, desnudo y sin calzones, como un conejo sin pellejo. El Racquin era graso, la cara redonda y rosa, cojinetes de carne en la frente por encima de los ojos, aire meloso, nada bueno ni tonto. Bien nos lo hizo ver. Desde el primer instante supo, sin dudar de ello, de lo que se regresaba. No fue sino un relámpago de miedo y de cólera en sus ojillos grises, sepultados bajo el burlete de los párpados. Pero enseguida se recobró y, con voz de autoridad, nos preguntó con qué derecho habíamos invadido la casa de la ley.

Yo le dije:

—Para arrancarte de su cama.

Se emportó. Saulsoy le dijo:

—Maestro Racquin, ya no es la hora de amenazar. Sois aquí el acusado. Venimos a pedir vuestras cuentas. Defendeos.

Cambió *subito* de música.

—Pero, queridos conciudadanos —dijo él—, no me explico lo que queréis de mí. ¿Quién se queja?, ¿y de qué?, al riesgo de mi vida

¿no he permanecido aquí para guardaros?, cuando todos los otros huyen, solo he debido mantener frente a la revuelta y la peste. ¿Qué se me reprocha?, ¿soy causa de los males que ensayo pansar?

Yo dije:

—«Médico avisado hace, dicen, llaga apestosa». Así haces tú, Racquin, médico de la ciudad. Engrasas la revuelta y nutres la peste, y les ordeñas la teta después a tus dos bestias. Te entiendes con los ladrones. Metes el fuego en nuestras casas. Entregas a los que debes guardar. Guías a los que debes golpear. Pero dinos, traidor, ¿es por miedo o por codicia por lo que haces este vergonzoso oficio?, ¿qué quieres que se te ponga al cuello?, ¿qué letrado?: «He aquí al hombre que vendió su ciudad por treinta dineros»... ¿Por treinta dineros?, no tan tonto. Los precios han aumentado desde el Iscariote. O: «He aquí al regidor que para salvar su pellejo puso a pública subasta el de sus conciudadanos»? Se emportó y dijo:

—He hecho lo que he debido, lo que era mi derecho. Las casas donde la peste ha pasado las quemo. Es la ley.

—¡Y tú tasas de peste, tú marcas con una cruz las casas de todos los que no están por ti!, «quien quiere ahogar a su perro...». Sin duda, ¿es también para combatir la peste por lo que dejas saquear las casas empestadas?

—No lo puedo impedir. ¿And qué os hace a vosotros si esos saqueadores después revientan como ratas?, es golpe doble. ¡Buen desembarco!

—¡Nos va a decir que combate la peste con los saqueadores, y a los saqueadores con la peste!, y de hilo en aguja quedará vencedor sobre la ciudad destruida. ¿No lo decía yo bien?, muerto el enfermo y muerto el mal, ninguno permanece sino el médico... Pues bien, maestro Racquin, a partir de hoy haremos de tus cuidados la economía, nos cuidaremos nosotros mismos; y como todo trabajo tiene derecho a un salario, te reservamos...

Gangnot dijo:

—Tu cama en el cementerio.

Fue como si en una jauría un hueso hubiera caído. Sobre la presa se lanzaron aullando; y uno gritaba:

—¡Vamos a acostar al niño!

El juego por fortuna se escapó a la alcoba; y, apoyado en el muro, pagano, miraba los hocicos prestos para morder. Yo retuve a los perros:

—¡Todo bello!, ¡dejadme hacer!

Se quedaban en parada. El miserable, desnudo, rosa como un cochinillo, tiritaba de espanto y de fresco. Tuve piedad. Le dije:

—¡Vamos, pasa tus calzones!, bastante hemos visto, mi buen amigo, tu trasero.

Se rieron como jorobados. Me aproveché de la calma para hablarles razón. El animal entretanto regresaba dentro de su pellejo, castañeteando de dientes y el ojo malo: porque sentía que el peligro se alejaba. Cuando estuvo vestido, seguro de que no sería todavía por hoy por lo que se atraparía la liebre, se volvió gallardo y nos insultó; nos nombró rebeldes y amenazó con hacernos condenar por insulto al magistrado. Yo le dije:

—Ya no lo eres. Magistrado, te destituyo.

Entonces fue contra mí contra quien volvió su cólera. El deseo de vengarse era más fuerte que la prudencia. Dijo que me conocía bien, que era yo cuyos consejos habían vuelto los cerebros débiles de estos amotinados, que haría caer sobre mí el peso de sus atentados, que era un scélérat. In su rabia farfullante, con una voz agria y silbante, descargó sobre mi espalda un volquete de gruesas palabras. Gangnot dijo:

—¿Hay que aplastarlo?

Yo dije:

—Fuiste bien inspirado, Racquin, de haberme arruinado. Bien lo sabes, bribón, que no puedo hacerte colgar sin arriesgar la sospecha de que actúo por venganza por el incendio de mi casa. Y sin embargo el collar de cáñamo asentaría a tu belleza. Pero dejamos a otros el cuidado de adornarte con él. Nada pierdes por esperar. Lo importante es que se te tiene. Ya no eres nada. Te arrancamos tu bella ropa de regidor. Somos nosotros quienes tomamos en mano el timón y el remo.

Balbuceó:

—¿Sabes, Breugnon, lo que arriesgas?

Yo le respondo:

—Lo sé, mi muchacho, mi cabeza. Y la pongo al juego, —al juego de quien pierde gana. Si la pierdo, la ciudad gana.

Lo condujeron a prisión. Encontró en ella el lugar caliente que le dejó un viejo sergent, encerrado tres días antes por haber rechazado obedecer a su mandamiento. Los alguaciles y el portero de la casa de villa, ahora que el golpe estaba hecho, decían todos que estaba bien hecho, y que habían siempre pensado que el Racquin era un traidor. ¡Al bello pensar quien no actúa nada! Hasta ahí nuestro plan se había ejecutado como una tabla lisa donde se desliza el cepillo, sin encontrar un nudo. Y yo de ello me extrañaba. Preguntaba:

—¿Dónde, pues, están escondidos los brigantes?
cuando se gritó:

—¡Al fuego!

¡Pardiez!, saqueaban en otra parte.

En la calle un hombre jadeante nos enseñó que toda la banda ponía a saco los almacenes de Pierre Poullard, en Belén, fuera de la puerta de la torre Lourdeaux, rompía, quemaba, bebía a más no poder. Dije a los compañeros:

—¡Si quieren violines para danzar, aquí estamos! Corrimos a la Mirandole. Desde la terraza se dominaba la ciudad baja, de donde subía en la noche un ruido de aquelarre. En la torre de San Martín, jadeante, el rebato rugía.

—Camaradas, va a ser fuerza descender —dije— a la hornalla. Esto va a calentar. ¿Estamos prestos?, pero primero hace falta un jefe. ¿Quién lo será?, ¿quieres, Saulsoy?

—¡No, no, no, no! —hizo él dando tres pasos a reculones—. No lo quiero. Bastante hay con que esté aquí a medianoche obligado a pasearme con este viejo mosquete. Lo que se quiera, lo que haga falta lo haré, —fuera de mandar. ¡Gracias a Dios!, jamás he sabido nada decidir...

Pregunté:

—Entonces, ¿quién quiere?

Pero ninguno de ellos se movió. ¡Los conozco a esos pájaros!, hablar, marchar, todavía eso va. Pero decidir, ya no hay nadie. La

costumbre de andar con dobleces con la vida cuando se es pequeño burgués, de dudar y de tantear el paño que se quiere comprar cincuenta veces, de regatear y de esperar para tomarlo a que la ocasión haya pasado, ¡o bien el paño!, la ocasión pasa, tiendo el brazo:

—Si ninguno quiere, pues bien, soy yo.

Dijeron:

—¡Sea!

—¡Solamente, que se me obedezca sin discutir de esta noche!, de otro modo estamos perdidos. Hasta la mañana soy solo dueño. Me juzgaréis mañana. ¿Está entendido?

Dijeron todos:

—Está entendido.

Descendimos la colina. Iba delante. A mi izquierda marchaba Gangnot. A la derecha había puesto a Bardet, pregonero de ciudad, y su tambor. A la entrada del suburbio, en la plaza de las Barreras, ya encontramos una multitud muy alegre que, sin malicia, se iba en familia, mujeres, muchachos y chicas, hacia el lugar donde se saquea. Se habría dicho una fiesta. Algunas granjeras habían tomado su cesta como en día de mercado. Se detuvieron a ver nuestra tropa pasar; y las hileras se apartaban pulidamente ante nosotros; no comprendían nada y siguiéndonos, de instinto, embozaron el paso. Uno de ellos, el peluquero Perruche, que llevaba una linterna de papel, aproximándola a mi nariz me reconoció y dijo:

—Ah, Breugnon, ¡buen muchacho!, ¿te has vuelto?, ¡eh!, ¡llegas a punto!, vamos a brindar juntos.

—Hay tiempo para todo, Perruche —respondo—. Brindaremos mañana.

—Envejeces, mi Colas. No hay hora para la sed. Mañana el vino estará bebido. Lo sacan. ¡Apresurémonos!, ¿es que por azar la puré de septiembre te asquea ahora?

Yo dije:

—El vino robado, sí.

—Robado no está nada —dijo él—, sino bien salvado. Cuando la casa quema ¿hace falta entonces tontamente dejar perder las

buenas cosas?

Lo aparté de mi camino:

—¡Ladrón!

Y pasé.

—¡Ladrón!

le repitieron Gangnot, Bardet, Saulsoy, los otros. Pasaron. El Perruche permanecía atónito; luego lo oí furioso vociferar; y volviéndome lo vi que corría mostrándonos el puño. Ninguno de nosotros pareció oírlo ni verlo. Cuando nos hubo alcanzado se calló bruscamente y con nosotros marchó.

Llegados a la orilla del Yonne, a la entrada del puente, imposible pasar. La multitud estaba apretada. Hice batir el tambor. Las primeras hileras se sufrieron abrir, sin demasiado saber por qué. Entramos como una cuña, pero nos encontrábamos tomados. Vi allí a dos gancheros a los que conocía bien, el padre Joachim, llamado el Rey de Calabria, y Gadin, llamado Gueurlu. Me dijeron:

—Ea, ea, maestro Breugnon, ¿qué diablos venís a hacer aquí con vuestro pellejo de borriquillo y todos estos enjaezados, graves como jumentos?, ¿es que queréis reír, o bien que se va a la guerra?

—No lo crees tan bien dicho, Calabria —respondo—, porque tal como me ves soy por esta noche capitán de Clamecy, y voy a defenderla contra sus enemigos.

—¿Sus enemigos? —dieron ellos—, ¿no estás loco?, ¿quién, pues?

—Los que queman allá abajo.

—¿Y qué te puede importar eso —dijeron ellos— ahora que tu casa está quemada? (Por la tuya se lamenta; ya sabes, se equivocó). Pero la de Poullard, ese pependard engordado de nuestras penas, ese torcoul que se pavonea con la lana que nos ha esquilado a la espalda, ¡y que cuando nos ha puesto del todo desnudos nos desprecia desde lo alto de su virtud!, quien lo roba está bien seguro de ir todo recto al paraíso. Es pan bendito. Déjanos hacer. ¿Qué te importa?, ¡todavía pase de no saquear!, ¿pero impedirlo!... Nada que perder, todo por ganar.

Yo dije (porque me habría hecho gordo corazón golpear a estos pobres muchachos sin haber ensayado primero razonar):

—Todo por perder, Calabria. Nuestro honor por salvar.

—¡Nuestro honor!, ¡tu honor! —dijo Gueurlu—, ¿eso se bebe?, ¿o bien si eso se atiborra?, se estará tal vez muerto mañana. ¿Qué quedará de nosotros?, no quedará nada. ¿Qué se pensará de nosotros?, no se pensará nada. El honor es una mercancía de lujo para los ricos, las bestias que se entierran con epitafios. Nosotros estaremos todos juntos en la fosa común como rodajas de merluza. ¡Vete a ver la que hiede a honor o bien a orridura!

—Solo, cada cual no se es nada, es verdad, mi rey de Calabria; pero todos se es mucho. Cien pequeños hacen un grande. Cuando hayan desaparecido estos ricos de hoy, cuando estén desmoronados con sus epitafios las mentiras de sus tumbas y el nombre de sus razas, se hablará todavía de los gancheros de Clamecy; serán en su historia su nobleza de rudas manos, de cabeza dura como sus puños, y no quiero que se diga que fueron unos bribones.

Gueurlu dijo:

—Me importa un bledo.

Pero el rey de Calabria, después de haber escupido, gritó:

—Si te importa un bledo no eres sino un saligoud. Razón tiene, Breugnon. De saber que eso se dice me vejaría también. Y por san Nicolás, eso no se dirá. El honor no es de los ricos. Se les hará bien ver. ¡Que sea señor o mesire, ni uno de ellos que nos valga!

Gueurlu dijo:

—¿Hace falta entonces molestarse?, ¿es que se molestan ellos?, ¿hay más grande tragón que estos príncipes, estos duques, el Condé, el Soissons y el nuestro, el Nevers, y el gordo d'Épernon, que cuando tienen llenas las fauces y la panza se atiborran, los cochinos, de millones hasta reventar, y cuando el rey está muerto van a saquear su tesoro!, ¡he ahí su honor a ellos!, ¡verdadero, seríamos bien tontos de no imitarlos!

El rey de Calabria juró:

—Son unos jabatos. Algún día nuestro Henri regresará de su fosa para hacerles escupir la cabeza, o bien seremos nosotros quienes los haremos asar todo rellenos de su oro. Si los grandes hacen los puercos, ¡voto a tal!, se les sañará; pero en su porquería no se les

imitará. El ejemplo lo damos nosotros. Hay más honor en el muslo de un ganchero que en el corazón de un genpillehomme.

—Entonces, ¿mi rey, vienes?

—Vengo; y este de aquí, Gueurlu también vendrá.

—¡No, qué diablo!

—Vendrás, que digo, o ves el río y te tiro abajo. Vamos, ea, marchemos. Y vosotros, ¡por la Mar Dé, plaza, andouilles, paso! Pasaba refrenando a las gentes con sus zancas. Y nosotros en el remolino seguíamos como un pececillo detrás de un grueso pez. Los que se encontraban ahora estaban demasiado «bebidos» para que se pudiera pensar todavía en discutir. Cada cosa en su lugar: los argumentos de lengua primero, y luego los puños. Se trataba solamente de asentarlos por tierra sin demasiado estropearlos: ¡un borracho es sagrado! En fin, se estuvo a las puertas del almacén. La nube de los saqueadores bullía en la casa de maestro Pierre Poullard como piojos en un vellón. Unos desvalijaban arcones, fardos; otros se habían vestido con harapos robados; ciertos alegres bromistas arrojaban para regodearse los vasos y los botes de las ventanas del primero. En medio del patio se rodaban barricas. Vi a uno que bebía, la boca pegada a la espita hasta que se desplomó con las cuatro herraduras al aire bajo el rojo meado. El vino formaba charcos que unos niños lapaban. Y a fin de ver mejor en él habían metido en montón muebles en el patio y los hacían flamear. Al fondo de los sótanos se oían los mazos que desfondaban las pipas, las barricas; hurramientos, gritos, toses que se atragantaban: por debajo de tierra la casa gruñía como si en su vientre llevara un tropel de cochinos. Y ya aquí y allá salían de los respiraderos lenguas de humo que lamían los barrotes.

Penetramos en el patio. No se ocupaban de nosotros. Cada cual a su asunto. Dije:

—¡Rueda, Bardet!

Bardet batió su caja. Pregonó los poderes que la ciudad me otorgaba; y, dando de la voz a mi turno, intimé a los saqueadores a partir. A los rolamientos del tambor se habían reunido como un enjambre de moscas cuando se golpea un caldero. Y cuando nuestro ruido cesó, todos recomenzaron furiosos a zumbar, y sobre

nosotros se lanzaron silbando y abucheando y arrojándonos piedras. Intenté forzar las puertas del sótano; pero de las ventanas del granero hacían caer tejas y vigas. Entramos sin embargo refrenando a estos mendigos. Gangnot tuvo allí dos dedos todavía de la mano arrancados, y el rey de Calabria tuvo el ojo izquierdo vaciado. Por mí, rechazando la puerta que se cerró, me encontré prensado como un zorro en la trampa, el pulgar entre los goznes. ¡Nombre de Dios!, por poco me desmayo como una mujer y devuelvo lo que tenía dentro de mi estómago. Afortunadamente divisé un barrilete despanzurrado (era aguardiente de orujo); rocié con él mi cofre y bañé en él mi pulgar. Después de lo cual, os juro, cristi, no tuve más ganas de volver la pupila. Pero me volví furioso yo también. La mostaza me había subido a la nariz.

Luchábamos ahora en las gradas de la escalera. Había que terminar. Porque estos diablos cornudos nos descargaban a la cara sus mosquetes, y de tan cerca que en las barbas de Saulsoy el fuego tomó. Gueurlu entre sus manos callosas lo apagó. Por suerte estos borrachos veían doble al apuntar, sin lo cual ninguno de nosotros habría salido vivo de allí. Debimos remontar las gradas y batimos en retirada. Pero acampados a la entrada —divisé el incendio, taimado, que se deslizaba de una y otra ala hacia el aposento del fondo donde se encontraba el sótano—, hice cerrar la salida con una barrera de piedras, de escombros, subiendo hasta el ombligo; y por encima brindados, bloqueando el desfiladero, nuestras picas y nuestros arpones, tal el lomo erizado de un puercoespín en bola. Y grité:

—¡Brigantes!, ¡ah!, ¡os gusta el fuego!, pues bien entonces, ¡comedlo!

La mayoría no comprendieron el peligro sino demasiado tarde, ebrios al fondo de los sótanos. Pero cuando las grandes llamas hicieron crujir los muros y trituraron las vigas entre sus mandíbulas, del fondo del suelo subió un pandemónium; y un torrente de mendigos, de los cuales algunos flameaban, brotó a la superficie como vino espumoso que hace saltar la espita. Vinieron a aplastarse contra nuestra muralla; y los que los empujaban formaron un tapón que obstruyó la entrada. Detrás se oyó rugir al fondo del agujero al

fuego y a los condenados. ¡Y os ruego creer que esta música no nos hacía calor!, no es alegre oír la carne herida que sufre y brama de dolor. Y si hubiera sido simple particular, Breugnon de todos los días, habría dicho:

—¡Salvémoslos!

Pero cuando se es el jefe ya no tenéis el derecho de tener un corazón ni orejas. El ojo y el espíritu. Ver y querer, y hacer sin flaquear lo que hace falta que se haga. Salvar a esos bandidos era perder la ciudad: porque si hubieran salido se habrían encontrado más numerosos y más fuertes que nosotros que los guardábamos; y maduros para el patíbulo no se habrían dejado recoger en el árbol. Las avispas están en el nido: ¡que en él se queden!...

Y vi las dos alas de llamas que se reunían y sobre el edificio del medio se cerraban, crujiendo y haciendo revolotear a su alrededor sus plumas de humo... Pues bien, justo a este momento he aquí que diviso por encima de las primeras hileras de los que se apretaban al gollete de la escalera, pegados el uno contra el otro y sin poder moverse sino de las cejas, de los ojos, de la boca que hurraban, a mi viejo compadre Éloi, llamado Gambi, ese pillastre, nada malo pero borrachín (¿cómo se ha embutido, buen Dios, en este avispero?) que reía y lloraba sin comprender, embobado.

¡Pillastre, holgazán, bien lo ha merecido!, pero del mismo modo no se le puede ver así asar... Hemos jugado de niños y hemos comido en la iglesia de San Martín juntos el cuerpo de Dios: hemos sido hermanos de primera comunión...

Aparto las picas, salto la barrera, marchó sobre las cabezas furiosas (mordían) y por encima de esta pasta humana que humeaba llego a mi Gambi, al que agarro del cuello. «¡Voto a tal!, sí, ¿pero cómo arrancarlo del tornillo?» —pensaba yo tomándolo—, «hará falta destrozarlo para tener un trozo»... Por fortuna singular (diría que hay un Dios para los borrachos si todos no hubieran otro tanto merecido sus favores), mi Gambi se encontraba en el borde de una grada vacilando hacia atrás cuando los que subían lo habían sobre sus hombros levantado de tal suerte que ya no tocaba tierra y permanecía suspendido, parecido a un hueso que se prensa entre los dedos. Ayudándome con los talones para apartar a la derecha, a

la izquierda los hombros que le apretaban los lomos, de la boca de la multitud conseguí sacar sin trabajo el hueso, limpiamente expulsado. ¡Era tiempo!, el fuego en tromba remontaba como por una chimenea el agujero de la escalera. Oí achicharrarse los cuerpos al fondo del horno; y encorvándome, marchando a grandes zancadas sin mirar sobre qué mis zapatos se hundían, regresé arrastrando a Gambi por sus cabellos grasos. Salimos del golfo, del cual nos apartamos dejando la llama terminar la obra. Y entretanto, para refrenar nuestra emoción, a Gambi le embutíamos los lomos, ¡este animal que cerca de reventar había guardado sin soltarlos sobre su corazón dos platos esmaltados y una escudilla coloreada que había, Dios sabe dónde, rebañado!... Y Gambi, desborrachado, llorando, iba arrojando sus escudillas y deteniéndose a todos los vientos para mear como una fuente, gritando:

—¡No quiero nada guardar de lo que he robado!

Al punto del día el procurador, maestro Guillaume Courtignon, apareció seguido de Robinet, que lo llevaba tambor batiendo.

Treinta hombres de armas lo flanqueaban y una partida de labradores. Vinieron otros en el curso del día que el Maistrat nos trajo. Otros todavía al día siguiente que el buen duque nos envió.

Tantearon las cenizas calientes, levantaron acta de los estragos, hicieron la cuenta, añadieron en ella sus gastos de viaje y estancia, y sin más después se marcharon por donde habían venido...

La moraleja de todo ello:

Ayúdate, el rey te ayudará.

XI

UN PALMO DE NARICES AL DUQUE

Finales de septiembre.

El orden había regresado, las cenizas enfriadas y ya no se oía hablar de enfermedad. Pero la ciudad al principio permaneció como aplastada. Los burgueses rumiaban su miedo. Tanteaban con el pie el terreno; no estaban todavía ciertos de estar encima y no debajo.

La mayoría de las veces se escondían o en la calle escapaban rozando los muros con la oreja baja y la cola entre las piernas. ¡Ah!, uno no estaba orgulloso, no se osaba casi mirarse a la cara, y no se tenía alegría de mirarse a sí mismo en el espejo: se había visto demasiado bien, se conocía demasiado; y la naturaleza humana había sido sorprendida sin camisa: ¡eso no es hermoso! Se tenía vergüenza y desconfianza. Por mi cuenta yo no estaba muy a mi anchas: el masacre y el tufo de la parrillada me perseguían; y, más que todo, el recuerdo de las cobardías, de las crueldades que había leído en rostros familiares. Lo sabían, me la guardaban secretamente. Lo comprendo; estaba yo molesto bien más todavía; habría querido, si hubiera podido, decirles: «Amigos míos, perdón. Nada he visto...». Y el pesado sol de septiembre pesaba sobre la ciudad abatida. Fiebre y torpeza de fin de verano.

Nuestro Racquin había partido bajo buena escolta para Nevers, donde el duque y el rey se disputaban el honor de juzgarlo, de suerte que, aprovechándose del diferendo, contaba con deslizarse de sus dedos. En cuanto a mí, nuestros señores de la castellanía habían tenido la bondad de querer bien cerrar los ojos sobre mi conducta. Parece que había cometido, al salvar Clamecy, dos o tres gruesos delitos que me habrían podido valer por lo menos las galeras. Pero como no habrían podido en suma producirse si estos señores, en lugar de decampar, hubieran permanecido para conducirnos, no insistieron, ni yo. No me gusta nada tener que desenredar en justicia mi lana. Por más que se sienta uno inocente: ¿se sabe jamás?, ¡cuando se tiene el dedo tomado en la sacrada máquina, adiós el brazo!, cortad, cortad sin dudar si no queréis que todo el animal pase en ella... Así, entre ellos y nosotros, sin habernos dicho nada, estaba convenido que yo nada había hecho, y que ellos nada habían visto, y que lo que se había cumplido esta noche bajo mi capitanat lo había sido por ellos. Pero por más que se quiera, no se puede todo de un golpe borrar lo que ha pasado. Se acuerda uno, y es engorroso. Lo leía en todos los ojos: se tenía miedo de mí; y tenía miedo yo mismo de mí, de mis proezas, de este Colas Breugnon desconocido, saugrenu, que ayer había sido. ¡Al diablo este César, este Atila, este rayo!, rayo de vino bien lo

quiero. ¡Pero de guerra no, no, eso no es asunto mío!... En resumen, estábamos corridos, corbaturados y lasos; teníamos remordimientos de corazón y de estómago.

Nos reos metimos todos al trabajo con rabia. El trabajo bebe las vergüenzas y las penas como una esponja. El trabajo hace al alma pellejo nuevo y sangre nueva. El trabajo no faltaba; ¡qué de ruinas por todas partes!, pero la que más nos vino al socorro fue la tierra. Jamás se había visto abundancia pareja en frutos y en cosechas; y el ramillete fue, para terminar, la vendimia. Se habría dicho verdaderamente que esta buena madre quería devolvernos en vino la sangre que había bebido. ¿Por qué no, después de todo?, nada se pierde, no debe perderse. Si se perdiera, ¿adónde iría?, el agua viene del cielo y a él regresa. ¿Por qué el vino no haría de igual modo el va-y-viene entre la tierra y nuestra sangre?, es el mismo zumo. Soy una cepa, o lo he sido, o lo seré. Me placería pensarlo; y quiero serlo, y prefiero a toda otra inmortalidad convertirme en viña o huerto, y sentir mi carne tenderse y hincharse en hermosas uvas bien redondas, bien llenas, de racimo negro y plumoso, y hacer crujir su pellejo hasta reventar al sol de verano, y (lo mejor) ser comido. Sea como fuere, este año el zumo de las viñas desbordó, y por todos sus poros la tierra sañó. ¡Hete aquí que los toneles faltaron; y, a falta de recipientes, se dejó la uva en cuba, o bien en cuveau de colada, sin solamente pressurarla! Bien mejor, aconteció esta cosa inaudita que un viejo burgués de Andries, el padre Coullemard, no pudiendo con ello, vendió por treinta sueldos la barrica de uva con la condición de tomarla en la viña. ¡Juzgad de nuestra emoción, a nosotros que no podemos ver perder de sangre fría la buena sangre del buen Dios!, antes de arrojarla hubo bien que beberla. Nos devotamos, somos hombres de deber. Pero aquello fue un trabajo de Hércules; y más de una vez fue Hércules y no Anteo quien tocó tierra. En fin, lo bueno de este asunto fue que se cambió en él la librea de nuestros pensamientos; su frente se desfrunció y su tez se aclaró.

A pesar de todo, un no sé qué quedaba todavía al fondo del vaso como una hez, un gusto a cieno; se mantenía uno siempre a distancia los unos de los otros; se observaba uno. Se había bien

recobrado un poco de aplomb de espíritu (titubeando); pero no se osaba aproximarse a su vecino; se bebía solo, se reía solo: eso es muy malsano. Las cosas habrían podido durar largo tiempo así, y no se veía el medio de salir de ello. Pero el azar es un listo. Sabe encontrar el verdadero medio, el único que cementa a los hombres: es a saber, unirlos contra alguien. El amor también aproxima: pero lo que de todos hace un solo hombre es el enemigo. Y el enemigo es nuestro dueño.

Pues bien, aconteció en este otoño que el duque Charles pretendió impedirnos danzar en redondo. ¡Eso es un poco fuerte!, ¡voto a bríos!, del golpe no hubo podatario, o cojo, o sin pata que no se sintiera subir las hormigas a las pantorrillas. Como siempre, la ocasión del debate fue el Pré-le-Comte. Es la botella al tintero, no se saldrá de ella. Este hermoso prado situado al pie del monte del Croc Pinçon, a las puertas de la ciudad, y en el borde del cual parece negligentemente posado como una podadera el Beuvron serpenteante, está desde hace trescientos años disputado, tironeado entre las grandes fauces de monseñor de Nevers y las nuestras que son menos grandes, pero que saben sostener lo que sostienen. Ninguna animosidad de una parte ni de la otra; se ríe, se es pulido, se dice: «Mi amigo, mis amados, mi señor...». Solamente no se hace sino a su cabeza, y ninguno consiente en ceder una pulgada del terreno. Para decir lo verdadero, en nuestros procesos jamás hemos tenido razón. Tribunales, corte de bailía, Tabla de mármol del Palacio han rendido acuerdo sobre acuerdo estableciendo que nuestro prado no era nuestro. Como se sabe, justicia es el art, por dinero, de llamar negro a lo que se ve blanco. Eso no nos turbaba mucho. Juzgar no es nada, tener lo es todo. Que la vaca sea negra o blanca, guarda tu vaca, mi hombre. Nosotros la guardábamos y permanecíamos en nuestro prado. ¡Es tan cómodo!, ¡pensad, pues!, es el único prado que no es de uno de nosotros en Clamecy. Siendo del duque, es de todos. No tenemos pues ningún escrúpulo en estropearlo. ¡También Dios sabe si nos lo damos!, todo lo que no se podría hacer en su casa se hace allí: en él se trabaja, en él se limpia, en él se cardan los colchones, en él se baten las viejas alfombras, en él se arrojan sus desahogos, en él se

juega, en él se pasea uno, en él se hace pastar a su cabra, en él se danza al sonido de los rabeles, en él se ejercita uno en el manejo del arcabuz y del tambor; y por la noche en él se hace el amor en la hierba florecida de papeles, a lo largo del chachareante Beuvron, a quien nada extraña (¡bien vio otros!).

Mientras vivió el duque Louis todo fue bien: porque fingía nada ver. Era un hombre que sabía, para mejor sostener su tiro bajo el arnés, dejar juego a sus súbditos. ¿Qué le hacía que tuviéramos la ilusión de ser libres y de jugar a las cabezas duras si en el hecho era dueño?, pero su hijo es un vanidoso a quien le gusta más parecer que ser (eso se concibe, no es nada), y que se sube a sus espuelas en cuanto se hace cocorico. Sin embargo hace falta que un francés cante y que se burle de sus amos. Si no se burla se rebela: no tiene gusto en obedecer a quien quiere ser tomado siempre en serio. No amamos bien sino aquello de lo que podemos reír. Porque la risa nos hace a todos iguales. Pero este ansarino se avisó de hacernos inhibición de ir a jugar, danzar, hollar, estropear la hierba en el Pré-le-Comte. ¡Bien tomaba su tiempo!, ¡después de todos nuestros malhechores, cuando habría debido más bien desgravarnos de impuestos!... ¡Ah!, pero le mostramos que los clamecycois no son de esa madera de la que se hacen fagots, sino de cepa bien dura de roble donde el machete tiene gran trabajo para entrar, y, cuando ha entrado, más gran trabajo para salir. No fue necesidad darse la palabra. Fue un hermoso concierto. ¡Tomarnos nuestro prado!, retomar el regalo que se nos había dado, —o que nos habíamos arrogado (es lo mismo: un bien que se ha robado y trescientos años guardado se convierte en propiedad tres veces santa y sagrada), ¡un bien tanto más caro cuanto que no era nuestro y que lo habíamos hecho nuestro pulgada a pulgada, día por día, y por lenta conquista y por tenacidad, el único bien que nada nos había costado sino la pena de tomarlo!, ¡era para desgustar de tomar jamás nada!, ¿a qué bueno vivir entonces?, ¡si hubiéramos cedido, pero nuestros muertos habrían salido de sus tumbas!, el honor de la ciudad nos encontró a todos de acuerdo.

La tarde misma del día en que el tambor de ciudad, en un modo lúgubre (tenía el aire de acompañar a un condenado a las horcas de

Sembert), nos pregonó el fatal decreto, todos los hombres de autoridad, los jefes de las cofradías y de las corporaciones y los porta-bastones se reunieron bajo los pilares del Mercado. Estaba allí, representaba como es justo a mi patrona, madame Joachim, la madre-grand, santa Ana. Sobre la manera de actuar los avisos diferían; pero que hiciera falta actuar cada cual convenía en ello. Gangnot por san Éloi, y por san Nicolás Calabria eran partidarios de la manera fuerte: querían que en la hora se metiera el fuego a las puertas, que se rompieran las barreras y la cabeza de los sergents, y que se rasara el prado, *rasibus*, hasta el cuero. Pero por san Honorato panadero Florimond, y Maclou jardinero por san Fiacre, hombres dulces y santos dulces, eran benignos, querían sagement que uno se tuviera a la guerra de pergamino: votos platónicos y súplicas a la duquesa (acompañados sin duda de los productos no gratuitos del horno y del jardín). Afortunadamente éramos tres, yo, Jean Bobin por san Crispín, Emond Poifou por san Vicente, que no estábamos más dispuestos para hacer la lección al duque a besarle que a botarle el trasero. *In medio stat* la virtud. Un buen galo sabe la manera, cuando quiere burlarse de las gentes, de hacerlo tranquilamente a su barba, sin que toque en ella, y sobre todo sin que le cueste. No es todo vengarse: hace falta todavía bien divertirse. Pues bien, he aquí lo que encontramos... ¿Pero debo primero relatar la buena farsa que inventé antes de que la pieza sea jugada?, no, no, eso sería deventarla. Basta notar para nuestro honor a todos que nuestro gran secreto, catorce días durando por toda la ciudad, fue conocido y guardado. Y si la idea primera es mía (de ello estoy orgulloso), cada cual añadió en ella algún embellecimiento, uno rehaciendo la oreja, el otro añadiendo aquí un bucle, un lazo: de suerte que el niño se encontró bien provisto; no carecía de padres. Los regidores, el alcalde, en secreto y discretos, se informaban cada día de los progresos del marmot; y maestro Delavau, nuitamente escondiéndose la nariz bajo su manto, venía a entretenerse con nosotros del asunto, enseñándonos la manera de violar la ley todo respetándola, y triunfalmente nos sacaba de sus bolsillos alguna laboriosa inscripción en latín que celebraba al duque y nuestra obediencia, y podía decir también todo justo lo contrario.

En fin, el gran día vino. En la plaza de San Martín esperábamos a los regidores, maestros y compañeros, bien rasados, pompones, sagement alineados alrededor de nuestros bastones. En el golpe de las diez horas las campanas de la torre se pusieron a sonar. Al instante a los dos rincones de la plaza las dos puertas de la casa de villa y de la iglesia de San Martín todas grandes se hubieron de abrir; y en los dos porches (se habría dicho muñecos de reloj que desfilan) salieron de un lado los sobrepellices blancos de los curas, del otro, amarillos y verdes como cuñas, los regidores. Al verse intercambiaron por encima de nosotros grandes saludos. Luego en la plaza descendieron precedidos los primeros de los pertigueros de coro enluminados, ropas rojas y rojas narices, los otros de los alguaciles de la ciudad, bridados haciendo tintinear su cadena al cuello y rebotar sus largas lattes en el pavimento. Nosotros, rangados a todo alrededor de la plaza y a lo largo de las casas, dibujábamos un redondo; y las autoridades justo en medio colocadas figuraban el ombligo. Todo el mundo estaba ahí. Punto de rezagados. Los chicanous, los basochiens y el notario, bajo la bandera de san Ivo, el hombre de negocios de Nuestro Padre, y los apotecarios, mires y médicos, finos conocedores de orina (cada cual humea su viña), y dadores de clystères *sub invocatione* de san Cosme, que refresca las entrañas del paraíso, formaban alrededor del alcalde y del viejo arcipreste una guardia sagrada, la pluma y la jeringa. De los señores burgueses uno solo faltaba, creo: era el procurador, representante del duque, pero marido de la hija de Maistrat el regidor, y buen clamecycois teniendo en nuestra casa su bien, que sagement instruido de lo que se iba a hacer y no temiendo nada tanto que tomar partido, había encontrado medio de ausentarse la víspera.

Se permaneció algún tiempo a borbotar en el sitio. Era como una cuba donde fermenta el moño. ¡Qué alegre brouhaha!, cada cual hablaba, reía, los violines se acordaban y los perros ladraban. Se esperaba... ¿A quién?, ¡paciencia!, la sorpresa... Y la he aquí que viene. Antes de que se la haya visto una estela de voces corre delante y la anuncia; y todos los cuellos se tornan como veletas bajo el viento de un solo golpe. En la plaza desemboca de la calle del

Mercado, portada sobre los hombros de ocho sólidos muchachos y houlant por encima de la multitud, una construcción de madera en pirámide, tres mesas desiguales colocadas la una sobre la otra, los pies enrubanados, galonados, culoteadas de telas de seda clara; y en la cumbre, debajo de un dosel picado de aigrettes y de donde caían un torrente de lazos de colores, una estatua velada. Ninguno pensó en extrañarse: porque todos estaban en el secreto. Cada cual le tiró su bonete, bien pulidamente; pero en la coifa nosotros, viejos malins, nos rigolábamos.

Tan pronto como en la plaza la máquina fue avanzada justo en medio, entre el alcalde y el cura, las corporaciones, música en cabeza, desfilaron haciendo primero alrededor del eje inmóvil una vuelta entera, luego se engolfaron en la callejuela que lonjeando el portal de la iglesia descende a la puerta de Beuvron.

Primero, como se debe, marchaba san Nicolás. El rey de Calabria, vestido con una capa de iglesia con un sol de oro brocado encima de su espalda así como un escarabajo, sostenía con sus brazos negros y nudosos el bastón del santo del río en forma de barco encorvado de los dos cabos sobre el cual Nicolás bendice con su báculo a los tres pequeños niños de la barca. Cuatro viejos marineros lo escoltaban portando cuatro cirios amarilleados, gruesos como muslos y duros como varas, de los cuales estaban todo prestos a usar al caso. Y Calabria, frunciendo las cejas y levantando hacia el santo su ojo único, marchaba apartando las piernas y bombando lo que tenía de vientre.

Seguían los compañeros del jarro de peltre, los hijos de san Éloi, cuchilleros, cerrajeros, charrons y mariscales a los que precedía Gangnot a la mano mutilada portando alto en su pinza de dos dedos una cruz y, esculpidos en el manche en haz, el yunque y el martillo. Y los oboes sonaban «la culotte al revés del buen rey Dagoberto». Luego venían viñadores, toneleros cantando el himno del vino y de su santo, Vicente, que perchado en el cabo del bastón estrechaba un pichel en una mano y en la otra una uva. Carpinteros de taller, carpinteros de armar, san José y santa Ana, yerno y suegra, buenos borrachines, seguíamos al patrón de las ramas de taberna claquéando de la lengua y lorgneando hacia la muga de vino. Y los

san Honorato, grasos y blancos de harina, como un trofeo romano, levantaban en un arpón un pan redondo superado por una corona rubia. Después de los blancos, los negros, los zapateros empegados que danzaban haciendo claquear sus tire-pieds alrededor de san Crispín. En fin, para el ramillete, san Fiacre todo florecido. Jardineros, jardineras portaban en un angarillas claveles y alhelíes, rosas enguirlandadas alrededor de sus sombreros, azadones, rastrillos. Su bandera de seda roja representando a Fiacre, las pantorrillas desnudas y arremangado hasta el trasero, su grueso artejo crispado sobre la azada hundida, claquéaba al viento de otoño.

La máquina velada se puso en marcha a la continuación. Jovencitas en blanco que trotoneaban delante miaulaban cánticos. El alcalde y los tres regidores de los dos lados marchaban sosteniendo los gruesos borlas de los lazos que caían de lo alto del dosel. Alrededor san Ivo y san Cosme hacían la tapia. Detrás el suizo como un gallo erguido en sus espuelas avanzaba su jabot; y el cura flanqueado de sus abades, el uno largo así como un día sin pan, el otro grueso, aplastado como un pan sin levadura, cantaba cada diez pasos de su baja profunda un cabo de letanía, pero sin fatigarse, dejando cantar a los otros, moviendo los belfos y, las manos en su vientre, dormía marchando. El grueso del pueblo en fin rodaba de un solo pedazo, de una pasta compacta y blanda como un raudal graso. Y nosotros éramos la esclusa.

Salimos de la ciudad. Derecho al prado nos rendimos. El viento hacía volar las hojas de los plátanos. En la carretera su escuadrón galopaba al sol. Y el río lento acarreaba sus cotas de oro. En la barrera los tres sergents de la policía y el nuevo capitán del castillo hicieron ademán de defendernos de pasar. Pero como ladrones en feria se estaba todos de acuerdo. No por ello se juró, se sacró, uno se garmó: estaba en nuestro papel, se jugó en conciencia; pero se tenía gran mal para permanecer serio. No habría hecho falta sin embargo hacer durar la farsa demasiado largo tiempo, porque Calabria y los suyos comenzaban a jugar demasiado bien; san Nicolás al cabo de su bastón se volvía amenazador, y los cirios

bailaban en los puños atraídos por las espaldas de los sergents. Entonces el alcalde se avanzó, quitó su bonete de su cabeza y gritó: —¡Sombrero abajo!

Al mismo instante cayó la cortina que cubría la Estatua bajo el dosel, y los alguaciles de villa gritaron:

—¡Plaza al duque!

El alboroto cesó de pronto. San Nicolás, san Éloi, san Vicente, san José y santa Ana, san Honorato, san Fiacre de los dos lados rangados presentaron las armas; los sergents de policía y el gordo capitán, perplejo, cabeza desnuda, cedieron el pasaje; y se vio avanzarse contoneándose por encima de los portadores, coronado de laureles, la toca en la oreja y la espada en el vientre, al duque en efígie. La inscripción al menos de maestro Delavau lo proclamaba *urbi et orbi*; pero, para decir lo verdadero y lo bueno de la cosa, es que no teniendo el tiempo ni los medios de hacer un retrato semejante, habíamos buenamente tomado en los graneros de la casa de villa una vieja estatua (jamás se ha bien sabido ni de quién ni por quién; en el zócalo se leía solamente el nombre medio roído de Baltasar; y desde entonces se la nombró Balduc). ¿Pero qué importa?, es la fe la que salva. Los retratos del buen san Éloi, de san Nicolás o de Jesús ¿son más verdaderos?, con tal de que se crea se ve en todas partes a aquel a quien se quiere. ¿Hace falta un dios?, me basta si me place un trozo de madera para alojarlo a él y a mi fe. Hacía falta un duque este día. Se encontró.

Ante las banderas inclinadas el duque pasó. Puesto que el prado era de él, en él entró. Y nosotros para honrarlo le hicimos escolta todos, estandartes al viento, tambores batientes, trompetas y gaitas, y el Santísimo Sacramento. ¿Quién lo habría encontrado malo?, solo un mal sujeto del duque, un espíritu mohíno. A las duras y a las maduras hubo bien que el capitán lo encontrara bueno. No tenía sino la elección entre detener al duque o unirse a la continuación. Embozó el paso.

Todo iba para lo mejor cuando se estuvo en el punto de encallar cerca de llegar al puerto. A la entrada san Éloi topó con san Nicolás, y san José se tomó de belfos con su suegra. Cada cual quería pasar el primero sin cuidado de la edad, de los miramientos de la

galantería. And como este día se había todos venido prestos al combate y de humor guerrero, los puños nos picaban a todos. Afortunadamente yo, que soy a la vez de san Nicolás por mi nombre, y de José y de Ana por mi profesión, sin hablar de mi hermano de leche san Vicente, que tette la uva, yo que estoy por todos los santos con tal de que estén por mí, divisé un carro de vendimia que pasaba por la carretera y a Gambi mi compadre titubeando al lado, y grité:

—¡Amigos!, no hay de primero entre nosotros. ¡Abracémonos!, he aquí a aquel que nos pone a todos de acuerdo, nuestro maestro, el único (después del duque, bien entendido). Ha venido. ¡Que se le salude!, ¡gloria a Baco!

Y tomando por las nalgas a mi Gambi lo izo en el carro donde se desliza y culbutea en una pipa de uva aplastada. Luego empuño las bridas, y en el Pré-le-Comte entramos los primeros; Baco templando su base en el zumo del tonel, la cabeza coronada de pampanos, gigoteaba de las piernas y reía. Brazo con brazo todos los santos y las santas detrás del trasero de Baco triunfante lo seguían danzando. ¡Hacía bueno en la hierba!, en ella se bailó, comió, jugó, acampó todo el día alrededor de este buen duque... Y a la mañana siguiente el prado era parecido a un parque de cochinos. Ni un hilo de césped. Nuestras suelas estaban escritas en el suelo tierno, y testimoniaban del celo con el cual la ciudad había festejado al señor duque. Pienso que estuvo de ello bien contento. ¡And, voto a tal!, lo fuimos nosotros también!... A decir verdad, al día siguiente el procurador creyó oportuno, cuando regresó, indignarse, protestar, amenazar. Nada hizo de ello, se guardó bien. Sí bien, abrió una investigación; pero tuvo cuidado de no cerrarla nada: es más sano dejar las puertas abiertas. Ninguno se atenía a nada encontrar. Es así como mostramos que los clamecycois pueden todo a la vez ser sujetos sumisos de su duque y del rey, y no hacer jamás sino a su cabeza: ella es de madera. Y esta prueba hecha regresó la alegría a la ciudad probada. Se sentía revivir. Se abordaba uno guiñando el ojo, se abrazaba uno riendo, se pensaba:

—«No hemos vaciado nuestro saco de malicias. No nos han tomado lo mejor. Todo va bien».

Y el recuerdo de nuestros malhechores se voló.

XII

LA CASA DE LOS OTROS

Octubre.

He debido tomar partido en fin para el alojamiento. Tanto como he podido he tardado. Se recula para mejor saltar. Desde que no tengo por hogar sino cenizas he acampado un día aquí, un día allá, en casa de un amigo, en casa del otro; las gentes no faltaban que me guardaban en sus casas una noche o dos a la espera. También largo tiempo como el recuerdo de los peligros de todos pesaba sobre todos, se formaba un rebaño y cada cual se sentía en casa de los otros, en su casa. Pero eso no podía durar. El peligro se alejaba. Cada cual retraía su cuerpo en su concha. Salvo los que no tenían ya cuerpo, y yo que no tenía ya concha. No podía sin embargo instalarme en la posada. Tengo dos hijos y una hija que son burgueses de Clamecy, no me lo habrían permitido. ¡No porque los dos muchachos hubieran de ello mucho padecido en su afecto!, ¡pero el qué dirán!... No estaban apresurados sin embargo por tenerme. Y yo no me apresuraba nada. Mi francopalabra jura demasiado con su beatería. ¿Cuál se devotaría de los dos?, ¡los pobres muchachos!, estaban todo tanto como yo embarazados. Afortunadamente para ellos Martine, la brava chica, me ama de veras, creo. Me reclamaba a todo precio... Sí, pero está mi yerno. No tiene razones, lo comprendo a este hombre, para quererme en su casa. Entonces estaban todos a espiarse, a espiarme con ojos enfadados. Y yo los huía; me parecía que se ponía mi viejo cuerpo a pública subasta.

Me había, por el instante, gitado en mi «casilla de viña» en la pendiente de Beaumont. Había sido allí donde en julio había, viejo polizón, acostado con la peste. Porque lo bueno de la historia era que estos embobados que por salubridad quemaron mi casa sana, han dejado la casucha donde la muerte ha pasado. Yo que no la

temo nada, a la señora sin nariz, estuve bien alegre de reecuentrar la cabaña de suelo batido donde yacían los frascos del ágape fúnebre. A hablar franco sabía que no podría jamás invernar en este agujero. Puerta desunida, vidriera rota y un tejado de donde se goteaba el agua de las nubes, sagement como de una tartera de queso. Pero no llovía hoy; y mañana sería bastante tiempo de pensar en mañana. No me gusta nada atormentarme de porvenir incierto. Y luego cuando no puedo a mi contento resolver un embarazo, mi remedio es remitirlo a la semana próxima. «¿A qué sirve?» —me dicen—, «hará falta bien siempre tragar la píldora». —«¡Vaya! —respondo yo—, ¿quién sabe si en ocho días el mundo estará ahí?, ¿estaría bastante vejado, la píldora tragada, si las trompetas de Dios se pusieran a sonar, de haberme demasiado apresurado!, ¡amigo mío, no remitas de una hora la felicidad jamás!, la felicidad se bebe fresca. Pero el aburrimiento puede esperar. Si la botella se desvanece no por ello valdrá sino mejor»».

Adonques, esperé, o mejor hice esperar al partido importuno que sería un día fuerza tomar. And para que nada viniera de aquí a allá a turbarme, eché los cerrojos a la puerta y me barricadeé. Mis meditaciones no me pesaban pesado. Cavaba mi jardín, rastrillaba los senderos, recubría los planteles bajo las hojas caídas, batía las alcachofas y pansaba los bobos de los viejos árboles heridos: en resumen, hacía el tocado a la señora tierra que se va a dormirse bajo el edredón de invierno. Después para pagarme iba a tantear los lomos a un pequeño peral de manteca, rojo o amarillo marmoleado, olvidado en el peral... ¡Dios!, qué bueno es dejarlo derretirse todo de largo, cuesta arriba, cuesta abajo, todo de largo de su gaznate, boca llena, el zumo perfumado!... No me arriesgaba en la ciudad sino para renovar mis municiones (entiendo no solamente el beber y el comer, sino las nuevas). Evitaba encontrar a mi posteridad. Les había hecho creer que estaba de viaje. No juraría que lo creyeran; pero, en hijos respetuosos, no querían desmentirme. Teníamos el aire así de jugar al escondite como esos galopines que se gritan: «Lobo, ¿estás ahí?»; y algún tiempo todavía habríamos podido para prolongar el juego responder: «Lobo no está ahí...». Contábamos sin Martine. Cuando una mujer juega, trampea siempre. Martine se

sospechaba, Martine me conoce; Martine tuvo pronto hecho desbaratar mis trucos. No bromea nada con lo que se debe entre padre e hijo, hermanos, hermanas y etcétera.

Una tarde que salía de la casilla de viña la vi que subía el camino y venía. Entré y cerré. Luego no me moví más, agazapado al pie del muro. Llegó, golpeó, llamó, pateó la puerta. Yo no me movía tampoco más que una hoja muerta. Retenía mi aliento (justamente estaba tomado por unas ganas de toser). Ella sin cansarse gritaba: —¡Quieres abrir!, sé que estás ahí.

Y con el puño, con el zueco sobre la puerta ruaba. Pensaba: «¡Qué gallarda!, si la puerta cediera no las tendría todas conmigo». Y estaba en el punto de abrir para abrazarla. No era del juego. And yo cuando juego quiero siempre ganar. Me obstiné. Martine todavía gritó, luego en fin renunció. Oí alejarse su paso, que dudaba. Dejé mi escondrijo y me puse a reír... pero a reír y toser..., me atragantaba de risa. Había reído todo mi hartazgo, me limpiaba los ojos cuando detrás de mí oigo de lo alto del muro una voz que decía:

—¿Es que no tienes vergüenza?

Por poco caigo abajo de ello. Respingo, torné la cabeza y vi agarrada al muro a Martine que me miraba. Con ojos severos dijo:

—Viejo bromista, te tengo.

Pasmado respondo:

—Estoy tomado.

Con esto partimos los dos de una carcajada. Corrido fui a abrir.

Entró tal César, se plantó ante mí y me dijo:

—Pide perdón.

Yo dije:

—*Mea culpa*.

(Pero es como a confesa; se dice que mañana se recomenzará).

Me sostenía siempre la barbilla, la barbeta, y la tiraba, y grommelaba:

—¡Vergüenza!, ¡vergüenza!, un barbon, ¡esta cola blanca al mentón, y en la frente no más de razón que un chiquillo recién nacido!

Dos veces, tres veces la tiró como una campana a la izquierda, a la derecha, arriba, abajo, luego en las mejillas me dio una palmada y

me abrazó:

—¿Por qué no venías, malo? —dijo ella—, malo, ¡bien sabes que te esperaba!

—Mi pequeña hija —dije—, me voy a explicarte...

—Me explicarás en mi casa. ¡Vamos, ea, partamos!

—¡Ah!, pero ¡no estoy presto!, déjame hacer mis fardos.

—¡Tus fardos!, ¡día de Dios!, te voy a ayudar a hacerlos.

Me arrojó a la espalda mi vieja capa, me hundió en la cabeza mi sombrero de fieltro usado, me ficeló, me sacudió y me dijo:

—¡And ya está!, ¡ahora en adelante!

—¡Un instante! —que dije.

Me senté en un escalón.

—¡Qué! —hizo ella indignada—, ¿me vas a resistir?, ¿no quieres venir a mi casa?

—No resisto —dije—, hace falta bien que venga a tu casa, puesto que no hay medio de hacer de otro modo.

—¡Pues bien, eres amable! —dijo ella—, ¡he ahí tu afecto!

—Te amo bien, mi buena hija —respondo—, te amo bien. Pero te amaría mejor en mi casa que verme en casa de otro.

—¡Entonces soy un otro! —dijo ella.

—Eres la mitad de él.

—¡Ah, que ca! —hizo ella—, ni la mitad ni el cuarto. Soy yo todo entero, yo de la cabeza a los pies. Soy su mujer: ¡posible!, pero él es mi marido. Y quiero lo que él quiere si él quiere lo que yo quiero. Puedes estar tranquilo; estará encantado de que logues en mi casa. ¡Ah!, ¡ah!, ¡hermoso sería de ver que no lo estuviera!

Yo dije:

—¡Bien lo creo!, tal monseñor de Nevers cuando mete guarnición en nuestra casa. De ellos he bastante logado. Pero no tengo la costumbre de ser de los que se logan.

—La tomarás —dijo ella—. ¡Más réplica nada!, ¡marchemos!

—Sea. Pero a una condición.

—¿Condiciones ya?, presto estás habituado.

—Es que se me logará según mi voluntad.

—¿Vas a hacer el tirano, veo?, pues bien, sea.

—¿Está jurado?

—Está jurado.

—Y luego...

—En ello hay bastante, charlatán. ¿Quieres marchar!

Me agarró el brazo, nombre de Dios, ¡qué pinza!, hizo falta bien filar. Llegados al logueo me hizo ver la habitación que me destinaba: en la trastienda; bien caliente y bajo su ala.

La buena chica me trataba como al niño a la teta. La cama estaba todo presta: fino plumón y lienzos frescos. And sobre la mesa en un vaso un ramo de brezos. Me reía en mi corazón, divertido y tocado; para agradecerle me dije:

—Brave Martine, la voy a hacer enragear. Entonces declararé todo neto:

—Esto no me conviene nada.

Me enseñó vejada las otras habitaciones en el piso de calle. No quise de ninguna, y paré mi elección en un pequeño reducto mansardado bajo el tejado. Pusiera los altos gritos, pero le dije:

—Mi bella, es como tú quieras. A tomar o a dejar. O me instalo aquí, o me regreso al «casilla de viña».

Hizo falta bien que cediera. Pero todos los días desde entonces y a toda hora del día regresaba a la carga:

—No puedes quedarte ahí; estarías mejor abajo; dime lo que te desplace; en fin, cabeza de madera, ¿por qué no quieres?

Yo respondía narquois:

—Porque no quiero.

—Me harías condenar —gritaba indignada—, pero bien sé por qué... ¡Orgullosos!, ¡orgullosos!, ¡que nada quiere deber a sus hijos, a mí!, ¡a mí!, ¡te pegaría!

—Sería la manera —dije— de forzarme a encajar de ti, al menos, mamporros.

—Va, no tienes corazón —dijo ella.

—¡Mi pequeña hija!

—¡Sí, haz el meloso!, ¡bajo las garras!, ¡vilano!

—¡Mi grande, mi doucette, mi dama, mi toda bella!

—¿Vas a hacerme la corte ahora, boca de miel?, ¡lisonjero, hablador, mentiroso!, ¿cuándo habrás acabado, di, de reírme en la nariz con tu larga boca torturada?

—Mírame. Te ríes, tú también.

—No.

—Te ríes.

—¡No!, ¡no!, ¡no! !

—Lo veo... ahí.

Y apoyé mi dedo en su mejilla, que se hinchaba de risa, y que quebró.

—Es demasiado tonto —dijo ella—. ¡Te la guardo, te odio y no tengo ni siquiera el derecho de estar enfadada!, ¡hace falta que este viejo mono me haga, a mi pesar, reír de sus muecas!... Pero, va, te detesto. ¡Un mal mendigo arruinado que hace su Artabán, el orgulloso con sus hijos!, no tienes de ello el derecho.

—Es el único que me queda.

Me dijo todavía palabras afiladas. Y yo le serví de ellas también bien afiladas. Tenemos los dos lenguas de amoladores, repasamos las palabras en la muela de los cuchillos. Por fortuna a los momentos en que se es más malo se dice, ella o yo, una buena burla, y se ríe; no hay manera de impedirse. Y todo está por recomenzar.

Cuando hubo bien sacudido el batiente de su lengua (desde un largo momento yo ya no escuchaba), le dije:

—Ahora sonemos el toque de queda. Reanudaremos mañana.

Ella me dijo:

—Buena noche. ¿Entonces no quieres?...

Boca cerrada.

—¡Orgulloso!, ¡orgulloso! —repitió ella.

—Escucha, mi mignonne. Soya un orgulloso, un Artabán, un pavo real, todo lo que tú quieras. Pero dime francamente: si estuvieras en mi lugar, ¿qué harías?

Reflexionó y dijo:

—Haría otro tanto.

—¡Bien lo ves!, con esto bésame, buena noche.

Me abrazó de mal grado, se fue refunfuñando:

—¡No es malaventurado haber recibido del Cielo dos cabezotas parejas!

—Eso es —dijo—, hazle la lección, mi bella, a él y no a mí.

—La haré —dijo ella—. Pero no quedarás libre.

Y no quedé libre. A la mañana siguiente recommenzó. Y no sé cuál fue la parte del Cielo. Pero la mía era bella.*

Estuve como un gallo en nido los primeros días. Cada cual me mimaba, estropeaba; el Florimond mismo estaba en los pequeños cuidados y me marcaba más miramientos de los que me hacían falta. Martine lo acechaba, recelosa por mí más de lo que yo lo estaba. Glodie me regalaba con su pequeño cháchara. Tenía el mejor asiento. A la mesa se me servía el primero. Se me escuchaba cuando quería hablar. Estaba muy bien, muy bien... ¡Uf!, no podía más. Estaba mal a mi anchas; ya no me sostenía en el sitio; descendía, remontaba, redescendía veinte veces por hora la escalera de mi granero. Cada cual estaba de ello asombrado.

Martine, que no es nada paciente, de ello daba respingos, muda y contraída al oír mi paso crujir. Si hubiera sido al menos el verano habría batido la campaña. La batía, pero en el aposento. El otoño era de hielo; las grandes brumas cubrían los prados; y la lluvia caía, caía el día, la noche. Estaba clavado en el sitio. ¡Y este sitio no era el mío, día de Dios!, este pobre Florimond tenía un gusto necio con pretensión; Martine no se preocupaba de ello; y todo en la casa, los muebles, los objetos me chocaban; sufría; habría querido cambiar todo de forma o de sitio, las manos me picaban. Pero el propietario vigilaba: si tocaba del cabo del dedo uno de sus bienes era todo un asunto. Había sobre todo en la sala de comer un jarro adornado con dos palomas besándose, y de una señorita que hacía la melindrosa con su soso amante. Tenía de ello náuseas; rogaba a Florimond al menos quitarlo de la mesa cuando comía; los trozos se detenían en mi gaznate, me atragantaba. Pero el animal (era su derecho) se negaba. Estaba orgulloso de su pastel; el más grande art era para él un pastel de pisos. Y mis muecas regocijaban a los de casa.

¿Qué hacer?, reír de mí; era un tonto, es seguro. Pero por la noche me revolvía en la cama como una chuleta mientras que en las parrilas, en mi tejado quiero decir, sin parada la lluvia chisporroteaba. Y no osaba pasearme en mi granero, que mis gruesos pasos hacían temblar. En fin, una vez que estaba sentado, las piernas desnudas y meditando encima de mi cama, me dije: «Mi Colas Breugnon, no sé ni cuándo ni cómo, pero volveré a hacer mi

casa». —A partir de este momento estuve más alegre: conspiraba. Me guardaba bien de hablar de ello a mi hijos: me habrían dicho que en hecho de habitación no era bueno sino para el manicomio. ¿Pero dónde encontrar el dinero?, desde Orfeo y Anfión las piedras ya no vienen a danzar en redondo y, haciéndose la corta escala, edificar los muros y las casas, si no es al canto de las escarcelas. La mía había perdido su voz, que jamás fue bella.

Recurrí sin dudar a la del amigo Paillard. El bravo hombre, a decir verdad, no me la había nada ofrecido. Pero como buenamente tengo placer en pedir servicio a un amigo, creo que tendrá otro tanto en darlo. Aproveché un claro para marcharme a Dornecy. El cielo estaba bajo y gris. El viento húmedo y laso pasaba como un gran pájaro mojado. La tierra os colaba a los pies; y sobre los campos caían planeando las hojas amarillas de los nogales. A las primeras palabras que le dije Paillard, inquieto, me interrumpió gimiendo sobre el poco negocio, la ausencia de los cobros, falta de dinero, malos clientes, tanto y tan bien que le dije:

—Pero, Paillard, ¿quieres que te preste un ochavo?

Estaba frozado. Lo estaba él más. Y permanecimos a emburrarse hablándonos de aire helado de esto, de aquello, yo furioso y él honrado. Lamentaba su tacañería. El pobre viejo no es mal muchacho; me ama, bien lo sé, pardiez; no habría pedido mejor que darme su dinero si no le hubiera de ello nada costado; e incluso insistiendo habría obtenido de él lo que habría querido; pero no es su culpa si lleva en su pellejo tres siglos de fesse-mathieux. Se puede ser burgués y generoso, sin duda: eso se ve a veces, o bien se ha visto, dicen; pero para todo buen burgués el primer movimiento cuando se toca a su bolsa es responder que no. El amigo Paillard habría dado gordo en este momento por decir que sí; pero para eso habría hecho falta que yo le hiciera de nuevo avances: me guardé bien. Tengo mi orgullo; cuando pido a un amigo creo hacerle un gran placer; y si duda no quiero más de él, ¡tanto peor para él!, por tanto hablamos de otra cosa de un tono de rudo temperamento, y el corazón gordo. Rechacé almorzar (lo navraba). Me levanté. La cabeza baja hasta el umbral me siguió. Pero al momento de abrir la puerta no me sostuve más, le pasé mi brazo

alrededor de su viejo cuello y sin hablar lo abracé. Me lo devolvió bien. Tímidamente dijo:

—Colas, Colas, ¿quieres?...

Hice:

—No hablemos más de ello.

(Soy tozudo).

—Colas —reanudó él con aire corrido—, almuerza al menos.

—Para eso —dije— es otro asunto. Mi Paillard, almorcemos.

Comimos como cuatro; pero permanecí de bronce y no regresé sobre mi decisión. Bien sé que era yo el primero castigado. Pero lo era él también.

Me regresé a Clamecy. Se trataba de reedificar mi alojamiento sin obreros y sin dinero. Eso no era para detenerme. Lo que tengo atornillado bajo mi frente no está, voto a Dios, en mi talón. Comencé por visitar cuidadosamente el emplazamiento del incendio haciendo la elección de todo lo que podía servir, vigas roídas, ladrillos ennegrecidos, viejos herrajes, los cuatro muros tambaleantes y negros como un gorro de deshollinador. Luego fui a hurtadillas a Chevroches, en las canteras, a azadonar, rascar, roer los huesos de la tierra, la bella piedra caliente a los ojos y sañosa, donde se ven coladas como de sangre cuajada. E incluso se podría que hubiera en el camino a través del bosque ayudado a algún viejo roble al cabo de su carrera a encontrar el reposo. Tal vez aquello no era permitido: se puede también. Pero si no se debiera jamás hacer sino lo que es permitido la vida sería demasiado difícil. Los bosques son de la ciudad, y es para usar de ellos. Se usa de ellos, cada cual sin ruido, va sin decir. Y no se abusa, se piensa: «Después de mí, los otros». Pero tomar no era nada. Hacía falta acarrear. Gracias a los vecinos con ello cumplí, el uno prestándome su carro, el otro sus bueyes, o sus herramientas, o más bien una mano porque nada cuesta. Todo se puede pedir al prójimo, incluso su mujer, salvo que os dé su dinero. Lo comprendo, el dinero es lo que se puede tener, lo que se tendrá, lo que se tendría con el dinero, todo lo que se sueña; el resto se tiene: no se tiene apenas.

El día en que pudimos en fin, yo y mi Robinet llamado Binet, comenzar a levantar los primeros andamios, los fríos habían venido.

Se me trataba de loco. ¡Mis hijos me hacían escenas cada día!, y los más indulgentes me aconsejaban esperar al menos hasta la primavera. Pero yo nada escuchaba; nada me place tanto como hacer enragear a las gentes y a los regentes. ¡Eh!, bien lo sabía yo que no podría a mí solo y en invierno edificar una casa. Pero me bastaba con una cabaña, un tejado, una jaula de conejos. Sociable soy, sí, pero con la condición de serlo si quiero, y de no serlo nada cuando me place. Soya charlatán, me gusta conversar con los otros, sí, pero quiero conmigo poder conversar también, solo a solo, a mis horas: de todos mis compañeros es el mejor, me atengo a él; y para reecuentrarlo me iría descalzo bajo el cierzo, y sin calzones. Era pues para entretenerme conmigo todo a placer por lo que me obstinaba en construir en despecho del qué dirán mi casa, y chanzándome de los bellos sermones de mi hijos...

¡Ah!, pero no me río el último... Una mañana de finales de octubre en que la ciudad se encasquetaba bajo las escarchas y en que lucía en los pavimentos la baba de plata del verglas, al subir a mi andamio resbalé en uno de los barrotes, ¡y zas!, me encontré abajo más de prisa que de abajo había llegado. Binet gritaba:

—¡Se ha matado!

Se acudía a levantarme. Estaba frozado. Dije:

—Eh!, lo he hecho adrede...

Quise levantarme solo. ¡Ay!, ¡el tobillo, la clavija!, caí de nuevo... La clavija estaba rota. En un angarillas me acarrearón. Martine al lado levantaba los brazos; las vecinas me escoltaban lamentándose y comentando el acontecimiento; teníamos el aire de un santo cuadro: ¡el Hijo de Dios puesto en el sepulcro!, y las Marías no escatimaban sus gritos, sus gestes y sus pasos. Habrían despertado a un muerto. Yo no lo estaba, pero fingí estarlo: era lo mejor para no recibir esta lluvia en mi espalda. Y el aire dulce, inmóvil, la cabeza vuelta y la barba tendida en punta hacia allá arriba, enrageaba en mi corazón todo haciendo el bello...

XIII

LA LECTURA DE PLUTARCO

Finales de octubre.

Y ahora heme aquí retenido por la pata... ¡Por la pata!, buen Dios, ¿no podías romperme, si eso te divertía, una costilla o un brazo y dejarme mis pilares? No habría por ello menos gemido, pero no gemido derrumbado. ¡Ah, el malo, el maldito!, (su santo nombre sea bendito), se diría que no busca sino haceros enragear. Sabe que más me es cara que todos los bienes de la tierra, que el trabajo, que el banquete, que el amor y que la amistad, aquella que he conquistado, la hija no de los dioses sino de los hombres, mi libertad. Por eso en mi nicho (debe reír, el ladino) me ha ligado por el pie. Y contemplo ahora extendido sobre la espalda, así como un escarabajo, las telas de araña, las vigas del granero. ¡Esa es mi libertad!... Vaya, pero no me tienes todavía, mi hombre. ¡Ligota mi armazón, ficela, ata, rodea, vamos, otra vuelta como se hace a los pollos que se giran en el asador!... ¿Ahora me tienes?, ¿y el espíritu qué haces de él?, ¡mira!, ¡allá partió con mi fantasía!, trata de atraparlos. Te harán falta buenas piernas. Mi comadre fantasía no tiene la pierna rota. ¡Vamos, corre, mi amigo!...

Debo decir que al principio estuve de mal humor. La lengua me quedaba, de ella usé para blasfemar. No hacía bueno esos días aproximarse a mí. Sabía sin embargo bien que no podía culpar sino a mí solo de mi caída. Eh!, no lo sabía sino demasiado. Todos los que venían a verme me lo corneaban a las orejas:

—¡Ya se te había dicho!, ¿qué necesidad tenías de trepar como un gato?, ¡un barbon de tu edad!, se te había advertido. Pero tú nada quieres oír. Hace falta siempre que trotes. Pues bien, ¡trotta ahora!, no te lo has robado...

¡Bella consolación!, cuando sois miserable, ¡esforzarse en probar para ragaillardirlos por encima del mercado que sois un tonto!, la Martine, mi yerno, amigos, indiferentes, todos los que venían a verme se habían dado la palabra. And yo debía sufrir sus

exhortaciones sin moverme, tomado en la trampa y enrageando hasta reventar. Hasta esta mostaza de Glodie que me dijo:

—No has sido juicioso, abuelo, ¡bien hecho está!

Le arrojé mi bonete, grité:

—¡Fuera de aquí!

Entonces me quedé solo, y eso no fue más alegre. La Martine, buena chica, insistía para que se pusiera mi colchón abajo en la trastienda. Pero yo (confieso que en el fondo habría estado muy a gusto), pero yo cuando he dicho que no una vez, ¡voto a bríos!, es que no. Y luego no se gusta, cuando se es impotente, mostrarse a las gentes. La Martine, inalcanzable, regresaba a la carga: importuna como son las moscas y las mujeres. Si ella no hubiera tanto hablado pienso que habría cedido. Pero ponía en ello demasiada obstinación: si hubiera consentido habría de la mañana a la noche trompeteado su victoria. La mandé a paseo. Y naturalmente es lo que todo el mundo hizo, salvo yo bien entendido; me dejaron morrear al fondo de mi granero. ¡No te quejes, Colas, eres tú quien lo ha querido!...

Pero la razón, la verdadera por la que me obstinaba, no la decía. Cuando ya no se está en su casa, cuando se está en casa de los otros, se tiene miedo de molestar, nada se quiere deberles. Es un mal cálculo si se quiere hacerse amar. La peor de las tonterías es hacerse olvidar... Se me olvidaba muy bien. ¿No se me veía más?, no se venía más a verme. Incluso Glodie me dejaba. La oía que se reía abajo; y en mi corazón me reía al oírla; pero suspiraba también: porque habría bien querido saber por qué se reía... «¡La ingrata!», la acusaba, y pensaba que en su lugar habría hecho otro tanto... «¡Diviértete, mi bella!»... Solamente para ocuparse, cuando ya no se puede mover, hace falta bien hacer un poco el Job que blasfema en su estiércol.

Un día que en el mío, mohíno, yacía, Paillard vino. A mi fe no lo recibí demasiado bien. Estaba allí ante mí, sentado al pie de la cama. Sostenía preciosamente un libro empaquetado. Ensayaba conversar, y tanteaba sin éxito un tema, y luego el otro. Les torcía el cuello a todos de una palabra con aire furibundo. Ya no sabía qué decir, tosoaba, taponaba en la madera de mi cama. Le rogué cesar.

Entonces permaneció quedo y no osaba más moverse. Yo me reía bajo capa. Pensaba:

—«Mi hombre, tienes remordimientos ahora. Si me hubieras prestado el dinero que pedía no habría sido contrecho a hacer el albañil. Me he roto la pierna: ¡atrapa!, ¡bien hecho está!, porque es tu tacañería la que me ha puesto donde estoy».

Por tanto, no se arriesgaba más a dirigirme una palabra; y yo, que me forzaba también a sostener mi lengua y que moría de ganas de moverla, estallé:

—En fin habla —le dije—, ¿te crees al cabezal de un moribundo?, ¡no se viene a casa de las gentes para callarse, qué diablo!, vamos, ¡habla, o vete!, no ruedes los ojos. No manosees ese libro. ¿Qué es lo que sostienes ahí?

El pobre hombre se levantó:

—Bien veo que te irrita, Colas. And me voy. Había traído este libro... ya ves, es un Plutarque, *Vida de los Hombres ilustres*, translatado en francés por el obispo de Auxerre, mesire Jacques Amyot.

Pensaba...

(No estaba todavía del todo decidido)...

...que tal vez encontrarías...

(¡Dios!, ¡cuánto le costaba aquello!)...

...placer, consolación quiero decir, en su compañía...

Yo, que sabía cuánto este viejo atesorador, que quería a sus libros todavía más que a sus escudos, sufría por prestarlos (cuando se tocaba uno en su biblioteca os ponía una cara de enamorado corrido que vería a un soldado tomar la garganta a su bella), fui tocado de la grandeza del sacrificio. Dije:

—Viejo camarada, eres mejor que yo, soya un animal; bien te he desairado. Vamos, ven a abrazarme.

Lo abracé. Tomé el libro. Habría bien querido todavía devolvérmelo.

—¿Tendrás gran cuidado de él?

—Estate tranquilo —le dije—, este será mi cabezal. Partió a desgana con aire no demasiado asegurado.

And me quedé con Plutarque de Queronea, un volumen pequeño, panzudo, más grueso que largo de mil y trescientas páginas bien

apretadas y bondadas: se habían empilado las palabras como trigo en un saco. Me dije:

—Hay ahí de qué comer durante tres años, y sin parada para tres jumentos.

Primero me divertí en mirar, al debut de cada uno de los capítulos, en medallones redondos las cabezas de estos ilustres cortadas y empaquetadas de hojas de laurel. No les faltaba más que un brizna de perejil a la nariz. Pensaba:

—¿Qué hacen estos griegos y estos romanos?, están muertos, están muertos y nosotros estamos vivos. ¿Qué podrán relatarme que no sepa yo también bien como ellos?, que el hombre es un animal muy malo pero placentero, que el vino gana envejeciendo, la mujer no, ¿y que en todos los países los grandes muerden a los pequeños, y que los patanes mordidos, que los pequeños se ríen de los grandes? Todos estos habladores romanos os hacen largos discursos. Bien me gusta la elocuencia; pero les prevengo de antemano que no hablarán solos; les cerraré el belfo...

Con esto hojeé el libro con un aire condescendiente dejando distrayentemente mis miradas aburridas caer como una línea a lo largo del río. ¡Y desde el primer golpe fui tomado, amigos míos... amigos míos, qué pesca!, el corcho no flotaba en el agua cuando se hundía, ¡y yo retiraba de ahí qué carpas, qué lucios!, peces desconocidos, de oro, de plata, irizados, vestidos de pierrerías y sembrando a su alrededor una lluvia de chispas... ¡Y que vivían, danzaban, que se atizaban, saltaban, palpitaban de las agallas y batían de la cola!, ¡yo que los creía muertos!... A partir de este momento el mundo habría podido desmoronarse, nada habría reparado; miraba mi línea: ¡eso mordía, eso mordía!, ¿qué monstruo va a salir de la onda esta vez?... ¡Y zas!, el bello pez que vuela al cabo del hilo con su vientre blanco y su cota de mallas, verde como una espiga o azul como una ciruela, ¡y luciendo al sol!, los días que pasé allí (¿los días o las semanas?) son el joyón de mi vida.

¡Bendita mi enfermedad!

¡Y benditos sean mis ojos por donde se infiltra en mí la visión maravillosa encerrada en los libros!, ¡mis ojos de mago que bajo el bordado de los signos grasos y apretados, cuyo negro tropel camina

entre los dos fosos de las margas en la página, hacen surgir los ejércitos desaparecidos, las ciudades desmoronadas, los bellos habladores de Roma y los rudos jugadores, los héroes y las bellas que los llevaron por la nariz, el gran viento sobre las llanuras, el mar soleado, ¡y el cielo de Oriente, y las nieves de antaño!...

Veo pasar a César, pálido, grácil y menú acostado en su litera en medio de los soldados que siguen gruñendo, y a ese tragón de Antoine que se va por los campos con todos sus aparadores, su vajilla, sus golfas para banquetear a la linde de alguna verde arboleda, que bebe, devuelve y bebe de nuevo, que come en su comida ocho jabatos asados, y que pesca con caña un viejo pez salado, y a Pompée compasado a quien Flora muerde de amor, y al Poliorcete con su gran sombrero y su manto dorado sobre el cual están retratados la figura del mundo y los círculos del cielo, y al gran Artajerjes reinando como un toro sobre el blanco y negro tropel de sus cuatrocientas mujeres, y al bello Alexandre vestido de Baco que regresa de las Indias encima de un andamio arrastrado por mi ocho caballos cubierto de ramaje fresco y de alfombras de púrpura, a los sonidos de los violines, de los pífanos, de los oboes, que bebe y que festeja con sus mariscales, flores en sus sombreros, y su ejército que sigue brindando, y las mujeres tales cabritos saltando... ¿No es una maravilla?, la reina Cléopâtre, Lamia la flautista y Statira tan bella que se tenía mal en los ojos cuando se la miraba, a la barba de Antoine, de Alex o de Artajerjes las tengo si me place, de ellas gozo, las poseo. Entro en Ecbatane, bebo con Thaïs, acuesto con Roxane, acarreo en mi cuello en un paquete de harapos a Cléopâtre empaquetada; con Antiochus, ruborizándome y roído de fiebre por Stratonice, ardo por mi suegra (¡la curiosa historia!), extermino las Galias, vengo, veo, venzo y (lo que me place bien) todo ello sin que me cueste una gota de sangre.

Soy rico. Cada historia es una carabela que me trae de las Indias o bien de Barbaría los metales preciosos, los viejos vinos en los odres, los animales bizarros, los esclavos capturados... ¡los bellos pillastres!, ¡qué pechos!, ¡qué grupas!... es mío todo eso. Los Imperios vivieron, crecieron y están muertos para mi diversión...

¿Qué carnaval es ese?, parece que sea por turno todos estos disfraces. Me cuelo en su pellejo, me ajusto sus miembros, sus pasiones; y danzo. Soy al mismo tiempo el dueño de la danza, llevo la música, soya el buen Plutarque; soy yo, sí, soy yo quien ha puesto por escrito (¡fui bien inspirado este día, ¿no es verdad?!) estas pequeñas burlas... ¡Qué hermoso es sentir la música de las palabras y la ronda de las frases emportaros danzando y riendo en el espacio, libre de los lazos del cuerpo, de los males, de la vejez!, ¡el espíritu no es sino el buen Dios!, ¡loado sea el Saint-Esprit!... A veces detenido en medio de la historia imagino la continuación; luego comparo la obra de mi fantasía y la que la vida o que el art ha esculpido. Cuando es el art bien a menudo adivino el enigma: porque soya un viejo zorro, conozco todos los trucos, y me río dentro de mi barba de haberlos desbaratado. Pero cuando es la vida soya a menudo en defecto. Desbarata nuestras malicias y sus imaginaciones pasan de lejos las nuestras. ¡Ah, la loca comadre!... No es sino en un punto en el que se pone poco en gastos de variar su relato: aquel que cierra la historia. Guerras, amores, facécias, todo termina por el chapuzón que ya sabéis al fondo del agujero. Con esto ella machaca. Es como una manera de niño caprichoso que rompe sus juguetes cuando de ellos tiene bastante. Soya furioso, le grito: «¡Malo brutal, quieres, quieres dejármelo!...». Se lo tomo de las manos... ¡Demasiado tarde!, está roto... Y gusto una dulzura en acunar como Glodie los restos de mi muñeca. Y esta muerte que viene como la hora al reloj a cada vuelta del cuadrante toma la belleza de un estribillo. ¡Sonad, campanas y bourdones, zumbad, dig, ding, don!

«Soy Cyrus, aquel que ha conquistado el Asia, el emperador de los persianos, y te ruego, amigo mío, que no me lleves envidia de este muy poco de tierra que cubre mi pobre cuerpo...»

Vuelvo a leer el epitafio a los lados de Alexandre, que estremece en su carne presta a escapársele, porque le parece oír ya su propia voz que sube de la tierra. ¡Oh, Cyrus, Alexandre, cómo me sois más próximos cuando os veo muertos!...

¿Los veo o si sueño?... Me pinzo, digo: «Vamos, Colas, ¿duermes?». Entonces en el reborde de la tableta cerca de mi cama tomo las dos medallas (las he desenterrado en mi viña el año pasado) de Commode peludo vestido de Hercule, y de Crispine Augusta con su mentón graso, su nariz de picaza. Digo: «No sueño nada, tengo bien los ojos abiertos, sostengo Roma bajo mi pulgar...».

El placer de perderse en cogitaciones sobre pensamientos morales, disputar con uno mismo, volver a poner en cuestión los problemas del mundo que la fuerza ha cortado, pasar el Rubicón... no, quedarse en el borde... ¿pasaremos o no?, batirse con Brutus o bien con César, ser de su aviso luego del aviso contrario, ¡y tan elocuentemente, y embrollarse tan bien que no se sabe al final de qué partido se mantiene uno!, es lo más divertido: está uno lleno del tema, parte en discursos, prueba, va a probar, replica, riposta; cuerpo a cuerpo, golpe de cabeza, prima alta, ¡párame esta bota!... y luego en fin de cuenta se encuentra uno ensartado... ¡Ser batido por uno mismo!, estoy de ello estomago... es la culpa a Plutarque. Con su lengua dorada y su aire bonhomet de deciros: «Mi amigo», se encuentra uno siempre, siempre de su aviso; y tiene otro tanto como cambia de relatos. En resumen, de todos sus héroes el que prefiero es imancablemente el último que he leído. También bien están todos sumisos, así como nosotros, a la misma heroína, atados a su carro... Triunfos de Pompée, ¿qué sois al lado?... Ella lleva la historia. Es a saber, la Fortuna cuya rueda gira, gira y jamás permanece «en un estado, no más de lo que hace la luna», como dice en casa de Sophocle Ménélas el cabrón. Y eso es todavía muy bien reconfortante, —para estos que, al menos, están en el primer creciente.

Por momentos me digo: «Pero, Breugnon, amigo mío, ¿en qué diablo puede bien interesarte esto?, ¿qué tienes que ver, dime, con la gloria romana?, ¿todavía menos con las locuras de estos grandes sacripantes?, tienes bastante con las tuyas, están a tu medida. ¡Qué desocupado estás para ir a cargarte con los vicios, las miserias de las gentes que están difuntas desde hace mil ochocientos años!, porque en fin, muchachos (es mons Breugnon, ordenado, sensato,

burgués, clamecycois el que prona), conven con ello, tu César, tu Antoine y Cléo su golfa, tus príncipes persianos que degollan a sus hijos y desposan a sus hijas son unos fieros pillastres. Están muertos: en su vida nada han hecho mejor. Deja en paz su polvo. ¿Cómo un hombre de edad encuentra placer en estas insanias?, mira un poco a tu Alexandre, ¿no estás revolucionado de verlo gastar para enterrar a Éphestion, ese bello mignonne, los tesoros de una nación?, ¡todavía pase de matar!, semilla humana, mala semilla. ¡Pero despilfarrar el dinero!, se ve bien que esos tipos no han tenido la pena de hacerlo brotar. ¿Y encuentras eso placentero?, ¡abres tus gruesos ojos, estás todo glorioso como si esos escudos te hubieran salido de los dedos!, si hubieran salido serías un gran loco. Eres dos para encontrar alegría en las locuras que los otros han hecho, y no tú»».

Yo respondo: «Breugnon, hablas de oro, tienes siempre razón. Eso no impide que no me haría azotar por estas balivernes, y que estas sombras descarnadas desde hace dos mil años no tengan más sangre que los vivos, las conozco y las amo. Para que Alexandre llore sobre mí como sobre Clytus, consiento de gran corazón también a que me mate. Tengo la garganta estrechada cuando veo en el senado a César bajo los puñales agitándose en las últimas, así como la bestia acorralada entre los perros y los monteros. Me quedo con la boca abierta cuando pasa Cléopâtre en su barca dorada con sus Nereidas apoyadas en los cordajes y sus bellos pequeños pajes, desnudos como Amores; y abro mi gran nariz a fin de aspirar mejor la brisa perfumada. Lloro como un ternero cuando al final Antoine, sañoso, moribundo es ficelado, izado por su bella inclinada a la lucerna de su torre, y que tira de todo su cuerpo (¡con tal de que... es tan pesado!... ¡que no lo deje caer!) el pobre hombre que le tiende los brazos...

¿Qué es, pues, lo que me emociona y lo que me ata a ellos como a una familia? —¡Eh!, son mi familia, son yo, son el Hombre.

¡Cómo compadezco a los pobres desheredados que no conocen la voluptuosidad de los libros!, hay quienes hacen ascos del pasado orgullosamente ateniéndose al presente. ¡Ocas aparejadas que no ven más lejos que el cabo de su nariz!... Sí, el presente es bueno.

Pero todo es bueno, voto a bríos, tomo de todas manos y no hago ascos ante la mesa abierta. No maldeciríais nada de ello si la conocierais. O bien es, amigos míos, que debéis tener un mal estómago. Comprendo que se estreche lo que se estrecha. Pero vosotros no estrecháis apenas, y vuestra dama es magra. Bien y poco es bien poco. Prefiero mucho y bien... Ateniéndose al presente eso era bueno, amigos míos, en el tiempo del viejo Adán, que él iba todo desnudo a falta de vestimentas y que, nada habiendo visto, no podía amar nada sino su costilla hembra. ¡Pero nosotros que tenemos la dicha de venir después de él en una casa llena donde nuestros padres, nuestros abuelos y nuestros archiabuelos han empilado, apretado lo que han amontonado, seríamos bastante locos para quemar nuestros graneros bajo el pretexto de que nuestros campos producen todavía trigo!... ¡El viejo Adán no era sino un niño!, soy yo el viejo Adán: porque soy el mismo hombre, y desde entonces he crecido. Somos el mismo árbol, pero yo he brotado más alto. Cada uno de los golpes que hace sañar una de las ramas resuena en mi follaje. Las penas y las alegrías del universo son mías. Quien sufre lo padezco; quien es feliz, río. Bien mejor que en la vida siento a través de mis libros la fraternidad que nos liga, a todos nosotros, los porta-cuévanos y los porta-coronas; porque de los unos y de los otros no queda sino cenizas y la llama que, nutrida de la médula de nuestras almas, sube única y múltiple hacia el cielo cantando con las mil lenguas de su boca sañosa la gloria del Todo-Poderoso...

Así sueño en mi granero. El viento se apaga. La luz cae. La nieve del cabo de sus alas roza la vidriera. La sombra se desliza. Mis ojos se nublan. Me inclino sobre mi libro y sigo el relato, que en la noche escapa. Mi nariz toca el papel: tal un perro a la pista rastreo el olor humano. La noche viene. La noche ha venido. Y mi juego se escapa y se hunde en la avenida. Entonces me detengo en medio del bosque y escucho, el corazón batiente de la persecución, la huida. Para mejor ver al través de la sombra cierro los ojos. Y sueño inmóvil, extendido sobre mi cama. No duermo apenas, rumio mis pensamientos; miro a veces el cielo por la ventana. Cuando tiendo el brazo toco el vidrio; veo la cúpula de ébano que raya de una gota

de sangre una estrella fugaz... Otras... Llueve fuego en la noche de noviembre... Y pienso en el cometa de César. Es tal vez su sangre la que en el cielo mana...

El día regresa. Sueño todavía. Domingo. Las campanas cantan. De su borbotón mi fantasía se embriaga. Llena la casa de la bodega al granero. Cubre mi libro (¡ah, el pobre Paillard!) de mis inscripciones. Mi habitación resuena con las ruedas de los carros, de los ejércitos, de los clarines y de los relinchos. Las vidrieras tiemblan, mis orejas rugen, mi corazón cruje, voy a gritar:

—¡Ave, César, *imperator*!

Y mi yerno Florimond, que ha subido a verme, mira por la ventana, bosteza con ruido y dice:

—No pasa un gato en la calle hoy.

XIV

EL REY BEBE

San Martín (11 de noviembre).

Hacía esta mañana una dulzura extrema. Caminaba en el aire tibia como la caricia de un pellejo satinado. Se frotaba a uno como un gato que os roza. Corría a la ventana como un moscatel dorado. El cielo había levantado su párpado de nubes y de su ojo azul pálido, apacible, me miraba; y sobre mi tejado veía un rayo de sol rubio. Me sentía languidecido, vieja bestia, y soñador tal un adolescente. (He renunciado a envejecer, remonto mis años; si eso continúa seré chiquillo pronto). Por tanto mi corazón estaba lleno de quimérica espera como el buen Roger que balea tras Alcine. Veía todas las cosas de una mirada enternecida. No habría este día hecho mal a una mosca. Y había vaciado mi saco de malicias.

And como me creía solo, de pronto divisé a Martine sentada en un rincón. No había reparado en cuándo había entrado. Nada me había dicho, contra su costumbre; se había instalado con un trabajo en la mano y no me miraba nada. Experimentaba la necesidad de hacer

parte a otros del bienestar donde estaba. Y dije al azar (para abrir el entretenimiento todos los temas son buenos):

—¿Por qué entonces el rebato ha sonado esta mañana?

Ella encogió los hombros y dijo:

—Por la Saint-Martin.

De ello caí de mi alto. En las fantasías, ¡qué!, ¡había olvidado al dios de mi ciudad!, dije:

—¿Es la Saint-Martin?

Y vi surgir al instante en la tropa de las damiselas y de las damas de Plutarque, entre mis amigos nuevos al amigo viejo (es de su talla), surgir el caballero que corta con su sable su manto.

—¡Eh!, ¡Martinet, mi viejo compadre!, ¿se puede que haya olvidado que era tu aniversario!

—¿Te extrañas de ello? —dijo Martine—. ¡Ya es tiempo!, lo olvidas todo: al buen Dios, a tu familia, a los diablos y a los santos; Martinet y Martine, nada existe para ti salvo tus sagrados libracos.

Me reí; ya había reparado en su ojo malo cuando venía cada mañana y veía que con Plutarque acostaba. Jamás mujer amó los libros de un amor desinteresado; ve en ellos rivales o amantes. Hija o mujer, cuando lee hace el amor y engaña al hombre. De ahí que cuando nos ve leer grita a la traición.

—Es la culpa a Martin —dije—, ya no se le ve. Sin embargo le quedaba la mitad del manto. La guarda, eso no es hermoso. Mi buena hija, ¿qué quieres?, no hay que dejarse olvidar en la vida. Quien se deja olvidar, se le olvida. Retén esta lección.

—No tengo necesidad de ella —dijo ella—. Dondequiera que esté ninguno lo ignora.

—Es verdad, se te ve bien, se te oye mejor todavía. Salvo esta mañana, que esperaba tu querella diaria. ¿Por qué me has privado de ella?, me falta. Ven a hacérmela.

But ella sin tornar la cabeza dijo:

—Nada te hace. Y me callo.

Miraba su rostro obstinado que su labio mordía para picar su ourlet. Tenía aire triste y abatida; y mi victoria me pesaba. Dije:

—Ven a abrazarme al menos. A falta de Martin no he olvidado a Martine. Es tu fiesta, vamos, tengo un regalo para ti. Ven a buscarlo.

Frunció la ceja y dijo:

—¡Mal bromista!

—No bromeo nada —dije—. Ven, ven pues, verás.

—No tengo tiempo.

—¡Oh!, hija desnaturalizada, ¿qué?, ¿no tienes tiempo de venir a abrazarme?

A desgana se levantó; recelosa se aproximó:

—¿Qué truco de Villon, qué farsa vas a hacerme todavía?

Le tendí los brazos.

—Vamos —dije—, bésame.

—¿Y el regalo? —dijo ella.

—Lo tienes, lo tienes, soy yo.

—¡Hermoso regalo!, ¡el bello pájaro!

—Vilano o hermoso, todo lo que tengo te lo doy, me entrego sin condiciones, a discreción. Haz de mí lo que quieras.

—¿Consientes en venir abajo?

—Pies y puños ligados me entrego.

—¿And consientes en obedecerme, a que se te ame, a dejarte llevar, regañar, mimar, cuidar, humillar?

—He abdicado mi voluntad.

—¡Ah!, ¡cómo me voy a vengar!, ¡ah, mi viejo querido!, ¡mal muchacho!, ¡qué bueno eres!, ¡viejo tozudo!, ¡bien me has hecho enragear!

Me abrazaba, me sacudía como un paquete y me apretaba en su giron tal un lactante.

No quiso esperar una hora. Se me empaquetó. Y Florimond y los mitrons, casados con el gorro de algodón, me enfurnaron por la escalera estrecha los pies delante, la cabeza después, abajo en una gran cama en una habitación clara donde Martine y Glodie me bordaron, nargaron, repitieron veinte veces:

—Ahora te tenemos, te tenemos, te tenemos bien, ¡vagabundo!...

¡Qué bueno es!

Y desde entonces estoy tomado, he arrojado mi orgullo al cesto; a Martine me someto, viejo marmouset... And soy yo, sin que en ello aparezca, quien lleva todo en la casa.

Martine de ahora en adelante se instala cerca de mí a menudo. Y conversamos. Nos reos acordamos de otra vez ya, hace bien largo tiempo, donde estábamos sentados el uno cerca del otro así. Pero era ella entonces la que se encontraba ligada por el pie habiéndose hecho una torcedura al querer una noche (¡ah, la gata amorosa!) saltar por la ventana para correr tras su galán. En despecho de la torcedura, ¡eh!, bien la he zurrado. Se ríe de ello ahora y dice que no he todavía bastante golpeado. Pero entonces por más que golpeaba y vigilaba; y sin embargo soy bastante listo; ella lo era diez veces más que yo, la rusée, y me filaba entre las manos. Al cabo de la cuenta no era tan tonta como la creía. Supo bien guardar su cabeza a falta del resto; y fue el galán sin duda quien la perdió, puesto que es hoy, puesto que es su marido.

Se ríe conmigo de sus locuras y dice con un grueso suspiro que ha terminado el reír, los laureles están cortados, no iremos más al bosque. Y hablamos de su marido. En brava mujer lo juzga honrado, en suma suficiente, nada divertido. El matrimonio no está hecho para la diversión...

—Cada cual lo sabe —dijo ella—, y tú mejor que nadie. Es así. Hay que hacerse una razón. Buscar el amor en un esposo es tan loco como sacar agua en un cribleau. No soy loca, no me causo de tracas llorando sobre lo que no tengo. De lo que tengo me contento; lo que es está bien como es. Nada de pesares... Del mismo modo ahora veo cuánto está lejos de lo que se quiere lo que se puede, de lo que se sueña en su juventud lo que se está bien contento de tener cuando se es viejo o que se va a serlo. And es emocionante o ridículo: no se sabe cuál de los dos. ¡Todos estos esparos, estos desesparos, y estos ardores y estos languores, y estos bellos votos y estos bellos fuegos de chimenea para llegar a hacer cocer la marmita y encontrar bueno el cocido!... Y es bueno verdaderamente, lo es bastante para nosotros: es todo lo que merecemos... ¡Pero si antaño se me lo hubiera dicho!... En fin nos queda en todo caso, para dar gusto a la comida, nuestra risa; y es un fiero aderezo, haría comer piedras. ¡Rica recurso y que no me ha jamás faltado, no más que a ti, de poder burlarse de sí cuando se fue tonto y se lo ve!

No nos hacemos por ello falta —todavía menos de burlarnos de los otros. A veces nos callamos fantasaseando, rumiando, yo la nariz en mi libro, ella en su trabajo; pero las lenguas muy bajo continúan marchando así como dos arroyos que caminan bajo tierra y resurten de pronto al sol saltando. Martine en medio del silencio parte de una gran carcajada; ¡y las lenguas de reanudar su danza!

Intenté hacer entrar a Plutarque en nuestra compañía. Quise hacer gustar a Martine sus bellos relatos y la manera patética de que leo. Pero no tuvimos ningún éxito. De la Grecia y de Roma se preocupaba tanto como un pez de una manzana. Cuando mismo quería, a fin de ser pulida, escuchar, al cabo de un instante estaba lejos y su espíritu corría los campos; o más bien hacía su ronda del alto al bajo de su logueo. Al lugar más palpitante de mi relato, cuando sagement gobernaba la emoción y preparaba chevrotando el efecto de la conclusión, me interrumpía para gritar alguna cosa a Glodie, o bien a Florimond al otro cabo de la casa. Estaba frozado. Renuncié. No hay que pedir a las mujeres compartir nuestros sueños vanos. La mujer es la mitad del hombre. Sí, vaya, ¿pero qué mitad?, ¿la de arriba?, ¿o si es la otra?, no es en todo caso el cerebro el que es común: cada cual de los dos tiene el suyo, su caja de locuras. Así como dos renuevos salidos de un mismo tronco es por el corazón por donde se comuniega...

Comuniego muy bien. Aunque barbon marchito, arruinado y mutilado, soya bastante listo para tener casi todos los días una guardia del cuerpo de jóvenes y bonitas comadres de alrededor que, rangadas alrededor de mi cama, me hacen alegre compañía. Vienen alegando una nueva de importancia, o un servicio que pedir, un utensilio que tomar prestado. Todos los pretextos les son buenos con la condición de no más pensar en ello apenas entradas en la casa. Una vez ahí, como en el mercado, se instalan, Guillemie de ojos alegres, Huguette de nariz bonita, Jacquotte la entendida, Margueron, Alizon, y Gillette, y Macette alrededor del ternero bajo el edredón; y *jai, jai, jai*, charlamos, mi comadre, mi comadre, como batientes de campana, y nos reímos, ¡qué carillón!, y yo soy el gordo rebato. Tengo en mi saco siempre algunas finas historias que cosquillean en el buen lugar: ¡hace bello verlas desfallecer!, de la

calle se oyen sus risas. Y Florimond, a quien mi éxito depita, me pregunta chanzándose mi secreto. Respondo:

—¿Mi secreto?, soya joven, mi viejo.

—And luego —dijo él picado— es tu mal renombre. Viejos corredores hacen correr tras ellos a las hembras.

—Sin duda —respondo yo—, ¿no se tiene acaso respeto hacia un viejo soldado?, se apresura uno a verlo, se dice: «Regresa del país de la gloria». Y estas se dicen: «Colas ha hecho campaña en el país del amor. Lo conoce, nos conoce... Y luego, ¿quién sabe?, tal vez todavía combatirá».

—¡Viejo polizón! —se exclama Martine—, ¡miradme eso!, ¿va a avisarse de ser todavía enamorado?

—¿Y por qué no?, ¡es una idea!, puesto que es así para haceros enragear me voy a volver a casar.

—Eh!, ¡vuélvete a casar, muchachos, gran bien te haga!, ¡hace falta bien que la juventud pase!...

San Nicolás (6 de diciembre).

Para la Saint-Nicolas fuera de mi cama en un sillón se me rodó entre la mesa y la ventana. Bajo mis pies una estufa de pies. Delante un pupitre de madera con un agujero para la vela.

En las diez horas la cofradía de los marineros, «hacedores de flote» y obreros, «compañeros de río», violines en cabeza, desfiló ante nuestra casa brazo con brazo danzando detrás de su bastón. Antes de rendirse a la iglesia hacían la vuelta de las ramas de taberna. Al verme me aclamaron. Me levanté, saludé a mi patrón, que me lo devolvió. Por la ventana estreché sus garras negras, vertí en el embudo de sus grandes gousiers béantes la gota (¡tanto verter verdaderamente una gota dentro de un campo!).

En el mediodía mis cuatro hijos vinieron a ofrecerme sus cumplidos. Por más que uno no se entienda muy bien hace falta entenderse una vez al año; la fiesta del padre es sagrada: es el pivote alrededor del cual está enganchada la familia como un enjambre; festejándola ella resucita su haz, y a ello se constriñe. And yo me atengo a ello. Por tanto este día mis cuatro muchachos se encontraron reunidos en mi casa. No tenían de ello mucha alegría. Se aman poco, y creo bien que soy el único lazo entre ellos. A nuestra época todo se va de

lo que hacía la unión entre los hombres: la casa, la familia y la religión; cada cual cree solo tener razón, y se vive cada cual para sí. No haré el viejo que se indigna y rechigna, y que cree que el mundo con él terminará. El mundo sabrá bien salir de ello; y creo que los jóvenes saben mejor lo que les conviene que los viejos. Pero es un papel ingrato el papel del viejo. El mundo a su alrededor cambia; ¡y si no cambia también, más plaza para él!, ahora bien yo no entiendo de esa oreja. Estoy en mi sillón. ¡Hola, hola, en él me quedo!, y si hace falta para guardar su plaza que se cambie de espíritu cambiaré, vaya, sabré arreglarme para cambiar, —permaneciendo (bien entendido) el mismo. A la espera, desde mi sillón miro cambiar el mundo y disputar a los jóvenes; los admiro y entretanto espero, discreto, el buen momento para llevarlos adonde lo entiendo...

Mis gallardos se tenían ante mí alrededor de la mesa: Jean-François el beato, a la derecha; a la izquierda Antoine el Huguenot, que está establecido en Lyon. Sentados ambos y sin mirarse, engatillados en su cuello, el cuello recto y el croupion fijado. Jean-François, floreciente, las mejillas llenas, el ojo duro y la sonrisa en los labios, hablaba de sus asuntos intarissablemente, se jactaba, extendía su dinero, sus éxitos, alababa sus paños y a Dios que se los hacía vender. Antoine, labios rasados, cola de barba al mentón, moroso, recto y frío hablaba como para sí de su comercio de librería, de sus viajes a Ginebra, de sus relaciones de asuntos y de fe, y alababa también a Dios; pero no era el mismo. Cada cual hablaba a turno de papel sin escuchar el canto del otro, y luego retomaba su estribillo. Pero al final ambos, vejados, comenzaron a tratar los temas que podían poner fuera de los goznes al compañero, este los progresos de la religión verdadera, aquel el éxito de la verdadera religión. Y entretanto se obstinaban en ignorarse; y sin moverse, como afligidos ambos de un tortícolis, el aire furioso con una voz agria glapían su desprecio por el Dios del enemigo. De pie entre ellos mirándolos, encogiendo el hombro y desternillándose de risa se tenía mi hijo el sergent en el regimiento de Sacermore, Aimon-Michel el sacripante (este no es un mal niño). No podía sostenerse en el sitio, y tornaba como un lobo en jaula, tamborileaba en las vidrieras o fredonaba: *tayaut, tayaut*, se detenía para desvisajar a los dos primogénitos que

disputaban, les estallaba de risa en la nariz o les cortaba brutalmente la palabra para proclamar que dos ovejas, que estén o no marcadas con una cruz roja o azul, si están bien grasas son siempre buenas, y que se sabrá hacérselo ver... «¡Nos hemos comido bien otras!...»

Anisse, mi último muchacho, lo miraba horrorizado. Anisse, el muy bien nombrado que no ha la pólvora inventado. Las discusiones lo inquietan. Nada en el mundo lo interesa. No tiene felicidad sino en poder bostezar en paz y aburrirse todo lo largo de la santa jornada. También encuentra diabólicas la política y la religión, esas invenciones para turbar el buen sueño de las gentes de espíritu, o el espíritu de las gentes que seestean...

«Que lo que tengo sea mal o bueno, puesto que lo tengo ¿por qué cambiar?, la cama donde se ha hecho su agujero está hecha por nosotros, está hecha para nosotros. No quiero de nuevos lienzos...». Pero que lo quisiera o no se sacudía su colchón. Y en su indignación a fin de asegurar su reposo este hombre dulce habría entregado todos los despertadores al verdugo. Por el instante, el aire espantado, escuchaba hablar a los otros; y desde que su tono se elevaba su cuello entraba en sus hombros.

Yo, todo orejas y todo ojos, me divertía en desenredar en qué estos cuatro ante mí eran de mí, eran míos. Son sin embargo mis hijos; por eso respondo de ellos. Pero si vienen de mí bien han salido de mí; y, ¡voto a bríos!, ¿por dónde diablo habrían entrado en ella?, me tanteo: ¿cómo he bien podido llevar en mi bedaine a este predicador, a este papelard y a esta oveja rabiosa? (¡Pase todavía por el aventurero!)... ¡Oh, naturaleza traidora!, ¡estaban pues en mí!, sí, tenía los gérmenes; reconozco ciertos de los gestos, de las maneras de hablar, e incluso de los pensamientos; me reencuentro en ellos enmascarado, el disfraz extraña, pero por debajo es el mismo hombre. El mismo, uno y múltiple. Cada hombre lleva en él veinte hombres diferentes, el que ríe, el que llora, el que es indiferente como una cepa y a la lluvia y al buen tiempo, el lobo, el perro y la oveja, el buen niño, el pillastre; pero uno de los veinte es el más fuerte y, arrogándose solo la palabra, cierra el belfo a los diecinueve otros. De ahí viene que estos decampen tan pronto como

ven la puerta abierta. Mis cuatro hijos han decampado. ¡Los pobres muchachos!, *mea culpa*. ¡Tan lejos de mí, están tan cerca!... Eh!, son siempre mis pequeños. Cuando dicen tonterías tengo ganas de pedirles perdón de haberlos hecho tontos. ¡Afortunadamente que están contentos y que se encuentran hermosos!, que se admiren estoy bien alegre; pero lo que no puedo soportar es que no quieran nada tolerar que los otros sean feos todo su hartazgo si les place. Erguidos en sus espuelas, amenazándose con el ojo y con el pico, todos los cuatro tenían el aire de gallos en cólera prestos a saltar. Observaba con placidad, luego dije:

—¡Bravo!, bravo, mis corderos, veo que no se os esquilara la lana en la espalda. La sangre es buena (¡pardiez!, es la mía), y la voz es mejor. ¡Ahora que se os ha oído, a mi turno!, la lengua me picotea. Y vosotros, haced reposo.

Pero no estaban muy apresurados por obedecerme. Una palabra había hecho estallar la tormenta. Jean-François levantándose empuñaba una silla. Aimon-Michel tiraba su larga espada, Antoine su cuchillo; y Anisse (es fuerte para mugir como un ternero) gritaba: «¡Al fuego!, ¡al agua!». Vi venir el instante donde estos cuatro animales iban a degollarse. Me apoderé de un objeto, el primero que se ofreció a alcance de mi puño (justamente fue por azar el jarro de las dos palomas que hacía mi desespero y el orgullo de Florimond); y sobre la mesa en tres trozos sin pensar en ello lo rompí. Mientras que Martine, acudida, blandía un caldero fumante y amenazaba con rociarlos con él. Gritaban como un tropel de jumentos; pero cuando yo rebuzno no hay asno que no baje pabellón. Dije:

—Soy el amo aquí, ordeno. Callaos. ¡Ah!, ¿qué?, ¿estáis locos?, ¿estamos reunidos a fin de discutir el Credo de Nicea?, bien me gusta que se discuta, vaya; pero, si os place, elegid, amigos míos, temas más nuevos. Estoy laso de estos, estoy de ellos asesinado. Qué diablo, discutid, si para vuestra salud os es ordenado, sobre este vino de Borgoña o sobre este salchichón, sobre lo que se puede ver, o beber, o tocar, o comer: comeremos, beberemos a fin de controlar. ¡Pero discutir sobre Dios, buen Dios!, sobre el Espíritu Santo es mostrar, amigos míos, que de espíritu no se tiene apenas!... No digo mal de los que creen: creo, creemos, creéis...

todo lo que os plazca. Pero hablemos de otra cosa: ¿no la hay en el mundo?, cada cual de vosotros está seguro de entrar al paraíso. Fuertemente bien, de ello estoy encantado. Se os espera allá arriba, la plaza está retenida para cada uno de los elegidos; los otros se quedarán a la puerta; está entendido... Eh!, dejad al buen Dios lugar como le place a sus huéspedes: es su oficio, y no os mezcléis en hacer su policía. A cada cual su reino. El cielo a Dios, a nosotros la tierra. Hacerla, si se puede, más habitable es asunto nuestro. No se es demasiado de todos para salir de ello. ¿Creéis que se podría pasar de uno de vosotros?, sois todos los cuatro útiles al país. Tiene tanto necesidad de tu fe, Jean-François, en lo que ha sido, como de la tuya, Antoine, en lo que debería ser, de tu humor aventurero, Aimon-Michel, que Anisse de tu inmovilidad. Sois los cuatro pilares. Que uno solo flaquee y la casa se desmoronará. Permaneceríais ruina inútil. ¿Es eso lo que queréis?, bien razonado, a mi fe. ¿Qué diríais de cuatro marineros que en los raudales por el grueso tiempo en lugar de hacer la maniobra no pensarían sino en disputar?... Me acuerdo de haber oído al tiempo de antaño un entretenimiento del rey Henry con el duque de Nevers. Gemían de la manía de sus franceses encarnizados en destruirse. El rey decía: «¡Voto a tal!, tendría ganas para calmarlos que se me los cosiera dos a dos en un saco, monje enragado y predicador del Evangelio frenético, y que en la Loire, así como una nidada de gatos, se los arrojara». Y Nevers riendo decía: «Para mí me contentaría con expedirlos en fardos en este islote donde, se nos dice, los señores de Berna hacen depositar en la orilla a maridos y mujeres querellantes, que un mes después cuando el barco viene a retomarlos se encuentra arrullando de amor tierno como tórtolos». ¡Bien tendríais necesidad de una cura pareja!, ¿gruñís, marmousets?, ¿os volvéis la espalda?... ¡Eh!, ¡miraos pues, niños!, bien tenéis que creer que estáis cada cual amado de otra materia y bien mejor que vuestros hermanos; sois cuatro molientes *ejusdem farinae*, Breugnons todo escupidos, borgoñones salados. ¡Miradme este gran nariz insolente que se extiende de través del rostro, esta boca entallada anchamente en la corteza, embudo para verter el beber, estos ojos emboscados que querrían bien tener el aire de malos, y que ríen!, ¡pero si estáis

firmados!, ¿no veis que haciéndoos daño es a vosotros mismos a quienes destruíis?, ¿y no haríais mejor en daros la mano?... No pensáis de igual modo. ¡La bella asunto!, ¡eh!, ¡tanto mejor!, ¿querríais cultivar todos el mismo campo?, más la familia tendrá de campos y de pensamientos más seremos felices y fuertes. Extendeos, multiplicad y abrazad todo lo que podáis de la tierra y del pensamiento. Cada cual la suya, y todos unidos (¡vamos, mis hijos, abracémonos!) a fin de que el gran nariz Breugnon sobre los campos alargue su sombra y rastree la belleza del mundo. Se callaban con aire mohíno, pinzando los labios; pero se veía que tenían pena en no reír. Y de pronto Aimon-Michel, partiendo de una gran carcajada ruidosa, tendió la mano a Jean-François diciéndole: «Vamos, el primogénito de los narices, ¡bene!, ¡mentecatos, hagamos la paz!». Se abrazaron.

—¡Martine, hola!, ¡a nuestras saludes!

Reparé a este momento que hace un momento en mi cólera, golpeando con el jarro, me había cortado la muñeca. Un poco de sangre manchaba la mesa. Antoine, siempre solemne, levantando mi mano colocó debajo su vaso, recogió en él el zumo de mi vena bermeja y dijo pomposamente:

—¡Para sellar nuestra alianza bebamos todos cuatro en este vaso!

—Ahora bien, ahora bien —dije—, Antoine, ¡estropear el vino de Dios!, ¡puf!, ¡me asqueas!, arroja esa mixtura. Quien quiere drinking mi sangre todo pura que beba seco y puro su muga de vino. Con esto pintamos, y sobre el gusto del vino punto no disputamos. Como se habían marchado, Martine, pansándome la mano, me dijo:

—Viejo scélérat, ¿has entonces venido a tus fines esta vez?

—¿Qué fines quieres decir?, ¿ponerlos de acuerdo?

—Hablo de otra cosa.

—¿And de qué entonces, entonces?

En la mesa enseñó el jarro roto.

—Bien me comprendes. No hagas el inocente... Conviene... Convendrás... ¡Vamos, a mi oreja!, no lo sabrá...

Jugaba al extrañado, al indignado, al necio, negaba; pero bufgué de risa... *pfl*... y me atragantaba. Me repitió:

—¡Scélérat!, ¡scélérat!

Yo dije:

—Era demasiado fea. Escucha, mi buena hija: hacía falta que de ella o de mí uno desapareciera.

Martine dijo:

—El que queda no es más hermoso.

—¡Para ese pájaro, que sea feo tanto que le plazca!, me importa un bleo. No lo veo.

Vigilia de Navidad.

En sus goznes aceitados el año gira. La puerta se cierra y se vuelve a abrir. Tal una tela que se pliega, los días caen sepultados en el cofre mullido de las noches. Entran de un lado y resurtan del otro creciendo ya de un salto de pulga a la Santa Luce. Por una furgoneta veo brillar la mirada del año nuevo.

Sentado bajo el manto de la gran chimenea en la noche de Navidad lorgneo como del fondo de un pozo en alto el cielo soleado, sus párpados que pestañean, sus pequeños corazones que tiritan; y oigo venir las campanas que en el aire liso vuelan, vuelan sonando la misa de medianoche. Me gusta que haya nacido el Niño a esta hora de la noche, a esta hora la más sombría donde el mundo parece terminar. Su pequeña voz canta: «¡Oh, día, regresarás!, vienes ya. ¡Año nuevo, te he aquí!». And el Esparo bajo sus cálidas alas cubre la noche de invierno helada, y la ablanda.

Estoy todo solo en la casa; mis hijos están en la iglesia; por la primera vez no voy punto. Me quedo con mi perro Citron y mi gris gatito Patapon. Fantasaseamos y miramos el fuego lamer la chimenea. Rumio mi tarde. Hace un momento tenía cerca de mí mi nidada; contaba a Glodie, que hacía los ojos redondos, historias de hadas, y de Cabo-de-Pato y de Polluelo pelado, y del muchacho que hace fortuna con su gallo vendiéndolo a las gentes que van en sus carretas a buscar el día para acarrearlo allí. Bien nos hemos divertido. Los otros escuchaban y reían, y cada cual añadía su rasgo. Y luego se callaba uno por momentos espiando el agua que hierve, los tizones, y en la vidriera los frisonos de los blancos copos, y bajo la ceniza el grillo. ¡Ah, las buenas noches de invierno, el silencio, la tibieza del pequeño tropel apretado, las fantasías de la

velada donde el espíritu gusta de divagar, pero lo sabe, y si delira es para reír...

Ahora hago mi balance del cabo del año, y constato que en seis meses lo he perdido todo: mi mujer, mi casa, mi dinero y mi piernas. ¡Pero lo más divertido es que cuando al final establezco mi balanza me encuentro tan rico como antes!, ¿ya no tengo nada, dicen?, no, más nada que llevar. ¡Eh!, estoy deslastrado. Jamás me he sentido más fresco, más libre y más flotante al corriente de mi fantasía... ¡Quién me habría dicho el año pasado sin embargo que lo tomaría tan alegremente!, ¡había bastante jurado que quería permanecer hasta mi muerte dueño en mi casa, amo de mí, independiente y no debiendo sino a mí mi gote y mi ración y la cuenta de mis extravagancias!, el hombre propone... Finalmente las cosas tornan todo de otro modo de lo que se quería; y es justo lo que hacía falta. And en fin en suma el hombre es un bravo animal. Todo le es bueno. Se ajusta de igual modo a la felicidad, a la pena, al banquete, a la escasez. Dadle cuatro piernas, o quitadle sus dos, hacedlo sordo, ciego, muto, encontrará medio de acomodarse y en su aparte de ver, de oír y de hablar. Es como una cera que se estira y que se prensa; el alma la amasa a su fuego. Y es hermoso sentir que se tiene esta flexibilidad en el espíritu y en las zancajas, que se puede de igual modo ser pez en el agua, pájaro en el aire, en el fuego salamandra y sobre la tierra un hombre que lucha alegremente con los cuatro elementos. Así se es más rico cuanto más se está desprovisto: porque el espíritu crea lo que le falta: el árbol hojoso que se poda sube más alto. Menos tengo y más soya...

Medianoche. El reloj tiñe...

Ha nacido el divino Niño...

Canto Navidad...

Jugad, oboes, sonad, gaitas. ¡Ah!, ¡qué hermoso es, qué hermoso es, qué encantador!...

Me amodorro, y echo un sueño bien acomodado para no caer en el hogar...

Ha nacido... Oboes, jugad, sonad, gaitas divertidas... Ha nacido el pequeño Mesías...

Pero si tengo menos, eh más soya...

Epifanía.

¡Soy un buen bromista!, porque menos tengo, y más tengo. Y lo sé muy bien. He encontrado el medio de ser rico sin tener nada, rico del bien de los otros. Tengo el poder sin cargas. ¿Qué se habla de estos viejos padres que cuando se han despojado, cuando han todo dado a sus hijos ingratos, su camisa y sus calzones, son dejados, dejados y ven todas las miradas empujarlos a la fosa?, son unos malditos torpes. Jamás he estado, a mi fe, más amado, más mimado que en mi pobreza. Es que no soy tan tonto como para despojarme de todo sin nada guardar. ¿No hay entonces sino su bolsa que dar?, yo cuando he todo dado guardo lo mejor, guardo mi alegría, lo que he amontonado en cincuenta años de paseo en largo, en ancho de la vida, de bella humor y de malicia, y de loca sabiduría o de sabia locura. Y la provisión no está cerca de terminar. La开放o a todos; ¡que todos saquen de ella!, ¿no es entonces nada?, si recibo de mis hijos doy también, estamos quietos. Y si acontece que este da un poco menos que aquel el afecto suministra el apunto; y de la cuenta ninguno se queja.

Quien quiere ver a un rey sin reino, a un Jean sin tierra, a un feliz bribón, ¡quien quiere ver a un Breugnon de Galia que me vea esta noche en mi trono presidiendo el ruidoso festín!, es hoy la Epifanía. Por la tarde se vio pasar en nuestra calle a los tres reyes magos, su aparejo, un blanco tropel, seis zagalillos, seis zagalillas que cantaban; y los perros del barrio berreaban. Y esta noche estamos a la mesa todos mis hijos y los hijos de los hijos de mi hijos. Eso hace treinta contándome. Y todos los treinta gritan juntos:

¡El rey bebe!

El rey soy yo. Tengo la corona en mi cabeza, un molde de pastel. Y mi reina es Martine: como en los santos libros he desposado a mi hija. Cada vez que llevo a mi boca mi vaso se me aclama, río, trago de través; pero de través o no trago y nada pierdo en ello. Mi reina bebe también y, pecho desnudo, hace drinking a su rojo tetón su rojo lactante, mi último nieto, berreando, drinking, babiando y extendiendo su trasero. Y el perro bajo la mesa ladra y lame la escudilla. Y el gato gruñiendo y haciendo el grueso lomo escapa con un hueso.

Y pienso (todo alto: no me gusta pensar bajo):

—La vida es buena. ¡Oh, amigos míos!, su único defecto es que es breve: no se tiene de ella bastante por su dinero. Me diréis: «Tente contento, tu parte es buena y la has tenido». No digo que no. Querría dos de ellas. ¡Y quién sabe!, tal vez que tendré, no gritando demasiado alto, un segundo trozo de pastel... Pero lo triste es que si yo todavía estoy ahí, tanto de buenos muchachos que he conocido, ¿dónde están, alas?, ¡Dios!, cómo el tiempo pasa, y los hombres también, ¿dónde está el rey Henry y el buen duque Louis?...

Y he aquí partido sobre los caminos del tiempo de antaño a recoger las flores marchitas de los recuerdos; y relato mis historias, no me canso de ellas, y machaco. Mis hijos me dejan ir; y cuando en mi relato una palabra me falta, o me embrollo, me soplan el final del cuento; y me despierto de mi sueño ante sus ojos maliciosos.

—Eh!, ¡viejo padre! —me dicen—. ¡Hacía bueno vivir a los veinte años!, las mujeres tenían en este tiempo el pecho más hermoso y provisto; y los hombres tenían el corazón en el buen lugar, el resto también. Hacía falta ver al rey Henry y a su compadre el duque Louis... No se hacen más de esta madera de aquí...

Yo respondo:

—Malins, ¿os reís?, hacéis bien, hace bueno reír. Pardiez, no soya tan loco como para creer que en nuestra casa haya escasez de vendimia y de gallardos para vendimiar. Bien sé que por uno que parte vienen tres, y que la madera de la que se fabrican los lurones, los muchachos de Galia, brota siempre espeso, recto y apretado. Pero ya no son los mismos los que se fabrican con esta madera. Mil y mil varas se tallarían, jamás, jamás se rehacería a Henry mi rey, ni a mi Louis. Y era a esos a los que amaba... Vamos, vamos, mi Colas, no nos enternezcamos. ¿Lágrima al ojo?, ¡eh!, gorda bestia, ¿es que vas a lamentar no poder toda tu vida remasticar el mismo bocado?, ¿el vino ya no es el mismo?, no por ello es menos bueno. ¡Bebamos!, ¡viva el rey que bebe!, ¡y viva también su pueblo biberón!...

Y luego para ser francos entre nosotros, mis hijos, un buen rey es bien bueno; pero el mejor soy todavía yo. ¡Seamos libres, gentiles

franceses, y a nuestros dueños enviemos a pastar!, mi tierra y yo nos amamos, nos bastamos. ¿Qué tengo que ver con un rey del cielo o de la tierra?, no tengo necesidad de un trono aquí abajo ni allá arriba. ¡A cada cual su plaza al sol, y su sombra!, ¡a cada cual su parcela del suelo, y sus brazos para volverlo!, no pedimos nada de otro. Y si el rey viniera a mi casa le diría:

—«Eres mi huésped. ¡A tu salud!, siéntate ahí. Primo, un rey vale por otro. Cada francés es rey. Y el buen hombre es dueño en su casa».

«¿Cómo?, dijo el hermano Jean, ¿vos rimáis también?, por las virtudes de Dios, yo rimaré como los otros, bien lo siento; esperad, y tenedme por excusa si no rimo en carmesí...» Pantagrúel, V. 46.